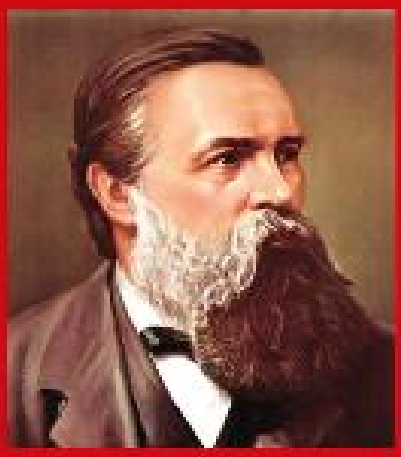
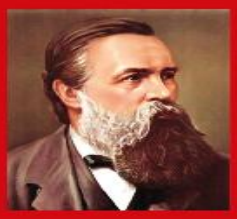


La situación de la clase obrera en Inglaterra

Friedrich Engels

Akal Cuestiones de antagonismo
Serie CLÁSICOS



La situación de la clase obrera en Inglaterra

Friedrich Engels

Akal Cuestiones de antagonismo
Serie CLÁSICOS

Akal / Cuestiones de antagonismo / 113 / Serie Clásicos

Friedrich Engels

La situación de la clase obrera en Inglaterra

akal
ARGENTINA
ESPAÑA
MÉXICO

Cuando un individuo causa un daño a otro sabiendo de antemano que las consecuencias van a ser mortales, está cometiendo un asesinato; en la presente obra, Friedrich Engels se propone demostrar que la naciente sociedad capitalista de la Inglaterra victoriana es culpable de asesinato, cada día, a cada minuto. Ella ha reducido al proletariado a un estado tal que, necesariamente, este cae víctima de una muerte prematura y antinatural. Si niega a miles de individuos las condiciones necesarias para la vida; si los constriñe –con el inflexible brazo de la ley– a permanecer en tal situación hasta sucumbir; si esa sociedad sabe que los obreros mueren en tales condiciones y, sin embargo, no solo permite que perdure tal estado de cosas, sino que lo fomenta por propio interés; todo ello constituye un asesinato premeditado, un asesinato ante el que todo obrero queda indefenso. Y de ningún modo es una muerte accidental: las instituciones conocen la aciaga situación de la clase obrera y nada hacen a fin de mejorarla.
Sumergiéndose en documentos oficiales, informes del parlamento y del gobierno, analizando sus propias vivencias y acudiendo a los periódicos de la época, Engels investiga y relata la situación a la que se ven condenados los trabajadores en Inglaterra. Con un tono periodístico no solo desgrana cuáles son las condiciones laborales de la clase obrera –desde la industria textil hasta la extractora en minas–, expone cómo son sus viviendas, en qué consiste su alimentación o qué educación reciben, sino que también expone cómo surge el espíritu emancipador en el pueblo inglés y cómo comienza a organizarse el movimiento obrero.

Friedrich Engels, filósofo y revolucionario, nació en la Prusia renana el 28 de noviembre de 1820, en el seno de una próspera familia de fe pietista. Vinculado por tradición a los negocios familiares –muchos años de su vida los pasó en Mánchester, a cargo de la empresa textil de su padre–, por devoción se ligó desde muy joven a la causa revolucionaria. Amigo íntimo y colaborador intelectual de Karl Marx, a quien sostuvo económicamente durante décadas, las obras de ambos fueron fundamentales para el nacimiento del comunismo, el socialismo o el sindicalismo modernos. El *gentleman* comunista murió en Londres, el 5 de agosto de 1895, cuando trabajaba en la edición del libro IV de *El capital.*

Diseño de portada
RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:
Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:
Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Título original
Die Lage der Arbeitenden Klasse in England

© De esta edición, Ediciones Akal, S. A., 1976, 2020
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-4890-9

A la clase trabajadora de Gran Bretaña

Trabajadores:

A vosotros dedico una obra en la que he intentado poner ante mis conciudadanos alemanes un fiel retrato de vuestra situación, de vuestros sufrimientos y luchas, de vuestras esperanzas y perspectivas. He vivido bastante entre vosotros para conocer algo de vuestra situación; a vuestro conocimiento he dedicado mi mayor esfuerzo; he estudiado, cuando me fue posible, los varios documentos oficiales y no oficiales; no me contenté con esto; quise algo más que el conocimiento abstracto de mi asunto, sentí la necesidad de veros en vuestras mismas casas, de observaros en vuestra vida cotidiana, de charlar con vosotros respecto de vuestras condiciones de vida y sufrimiento, de asistir a vuestras luchas contra el poder político y social de vuestros opresores. He hecho así: abandoné la compañía, los convites, el vino de oporto y el champán de las clases medias y he dedicado mis horas de ocio, casi exclusivamente, a relacionarme con sencillos trabajadores. Estoy contento y orgulloso de haberlo hecho así. Contento, porque así dediqué horas felices a conocer la realidad de la vida –muchas horas que de otro modo habrían estado ocupadas en discursos a la moda y etiquetas agotadoras–; orgulloso, porque de esta manera encuentro una oportunidad de hacer justicia a una clase de hombres oprimida y calumniada, los cuales, a pesar de sus posibles errores y de las desventajas de su situación, sin embargo, imponen respeto a todo el mundo, excepto a un especulador inglés; orgulloso, también, porque de este modo estoy en posición de defender al pueblo inglés del desprestigio creciente en que ha caído en el continente, como necesaria consecuencia de la política brutalmente egoísta y de la conducta general de nuestra clase media gobernante.

Al mismo tiempo, habiendo tenido amplia oportunidad de observar a vuestros adversarios, las clases medias, he llegado pronto a la conclusión de

que tenéis razón, perfecta razón en no esperar de ellas ningún apoyo. Sus intereses son diametralmente opuestos a los vuestros, aun cuando se esfuercen siempre en sostener lo contrario y en haceros creer en su más cordial simpatía por vuestra suerte. Espero haber recogido en abundancia pruebas evidentes de que –por más que digan lo que quieran– las clases medias no piensan, en realidad, nada más que en enriquecerse con vuestro trabajo y abandonaros al hambre apenas no puedan continuar sacando provecho de este comercio de carne humana. ¿Qué han hecho para probar la buena disposición que dijeron tener hacia vosotros? ¿Han escuchado alguna vez vuestros lamentos? ¿Qué otra cosa han hecho que pagar el gasto de una media docena de comisiones de investigación, cuyos voluminosos informes están condenados al sueño eterno entre el montón de papeles de las estanterías del Ministerio del Interior? ¿Han pensado alguna vez, no digo otra cosa que componer, con estos desgastados libros azules, un solo libro legible, en el cual todos puedan fácilmente encontrar cualquier información sobre la situación de la gran mayoría de los ingleses nacidos libres? No, verdaderamente; estas son cosas de las cuales no nos gusta hablar. Han dejado a un extranjero la tarea de informar al mundo civilizado sobre el estado de degradación en que debéis vivir.

Un extranjero para ellos, aunque, espero, no para vosotros. Aun cuando mi inglés pueda no ser puro, todavía me auguro que queráis encontrarlo claro. Ningún hombre trabajador, ni en Inglaterra ni en Francia, me trató como extranjero. Con la más grande satisfacción os he visto libres de esa maldición destructora, el prejuicio y la soberbia nacional, los cuales, después de todo, no son más que grosero egoísmo. He observado que tenéis simpatía por quien ha combatido por el progreso humano, sea o no inglés; he visto que admiráis las cosas grandes y buenas, estén en vuestro suelo nativo o no. Encontráis que sois, más que meros ingleses, miembros de una nación aislada; encontráis que sois hombres, miembros de la gran familia humana, conscientes de que son los mismos vuestros intereses y los de la raza humana. Y como tales, como miembros de esta familia humana «una e indivisible», como seres humanos en la más amplia acepción de la palabra,

como tales, yo y otros muchos en el continente, saludamos vuestro progreso en todas direcciones y os auguramos un rápido éxito.

Adelante, pues, como habéis hecho hasta este momento. Mucho queda todavía por sufrir; manteneos firmes e intrépidos; vuestro éxito es seguro y ningún paso de vuestra marcha hacia adelante se perderá para vuestra causa común, ¡la causa de la humanidad!

Friedrich Engels
Barmen, 15 de marzo de 1845

Prefacio a la primera edición (1845)

Tratan, las páginas que siguen, un asunto que, en principio, quería yo desarrollar solo como capítulo particular de un amplio y comprensivo trabajo sobre la historia social inglesa; pero la importancia del objeto me constriñó, pronto, a darle un tratamiento independiente.

La situación de la clase trabajadora es el terreno positivo y el punto de partida de todos los movimientos sociales contemporáneos, porque ella señala el punto culminante, más desarrollado y visible, de nuestra persistente miseria social. Ella produjo, por vía directa, el comunismo de los obreros franceses y alemanes, y por vía indirecta, el fourierismo y el socialismo inglés, así como el comunismo de la culta burguesía alemana. El conocimiento de las condiciones del proletariado es, por tanto, una necesidad indispensable para dar a las teorías socialistas, por una parte, y a los juicios sobre su legitimidad, por otra, una base estable, y para poner fin a todos los sueños y fantasías *pro et contra.* Pero las condiciones del proletariado existen, en su forma clásica, en su forma acabada, solamente en el Imperio británico y particularmente en Inglaterra propiamente dicha; al mismo tiempo, solamente en Inglaterra se ha recogido el material necesario y completo, y se ha aclarado con encuestas oficiales, en la forma requerida para tratar exhaustivamente el tema.

Tuve, durante 21 meses, ocasión de conocer de cerca, por observaciones y vinculaciones personales, al proletariado inglés, sus esfuerzos, sus dolores, sus alegrías, y después pude completar lo que había observado mediante el uso de las necesarias fuentes auténticas. Todo aquello que he visto, oído y leído está elaborado en este escrito. Estoy dispuesto a ver atacados no solamente mi punto de vista, sino también los hechos expuestos, especialmente si mi libro cae en manos de los ingleses; sé, igualmente, que si bien aquí o allá se me podrá probar una insignificante inexactitud, que ni un inglés podría evitar, dada la amplitud del trabajo y todas sus

presuposiciones, tanto más que en Inglaterra no existe todavía una obra particular que, como la mía, trate sobre todos los trabajadores; a pesar de ello, no vacilo un momento en desafiar a la burguesía inglesa a que me pruebe, siquiera en un solo hecho que de algún modo sea de importancia para el punto de vista general, una inexactitud, y probármela con pruebas tan auténticas como las que yo he presentado.

Particularmente para Alemania, la exposición de las condiciones de la clase proletaria del Imperio británico –y especialmente en el momento presente– tiene gran importancia. El socialismo y el comunismo alemanes han nacido, más que de otra cosa, de hipótesis teóricas; nuestros teóricos alemanes conocían todavía muy poco del mundo real como para saber que estas condiciones reales habrían debido empujarnos directamente hacia la reforma de esta «desgraciada realidad». Al menos, de los conocidos representantes de tales reformas, no se ha llegado al comunismo sino a través de la disolución de la especulación hegeliana, cumplida por obra de Feuerbach. Las verdaderas condiciones de vida del proletariado son tan poco conocidas entre nosotros, que aún las bien intencionadas «sociedades por la mejora de la clase trabajadora», en las cuales nuestra burguesía maltrata la cuestión social, continuamente ponen en circulación las más ridículas y absurdas opiniones sobre las condiciones de vida de los trabajadores. Para nosotros, los alemanes, es necesario ante todo el conocimiento de los hechos en tal cuestión. Aunque las condiciones del proletariado alemán no sean tan clásicas como las inglesas, todavía tenemos como base el mismo orden social, que podrá, en breve o a la larga, ser empujado al mismo punto culminante a que ha llegado del otro lado del mar del Norte, a menos que, a tiempo, la prudencia de la nación tome medidas que den a todo el sistema social una nueva base. Las mismas causas fundamentales que en Inglaterra han determinado la miseria y la opresión del proletariado, existen también en Alemania y deben dar con el tiempo igual fruto. Pero, entretanto, la manifiesta miseria inglesa nos ofrecerá una ocasión para comprobar nuestra miseria alemana y una pauta para que podamos calcular su extensión y la importancia –puesta en evidencia en los

desórdenes de la Silesia y Bohemia– del peligro que amenaza en esta parte la quietud de Alemania.

Para terminar, debo hacer ahora dos observaciones. En primer lugar, que siempre he usado la palabra *clase media* con el significado de la inglesa *middle-class* (o como casi siempre se dice: *middle-classes)* cuando ella, de modo semejante a la *bourgeoisie* francesa, indica la clase poseedora, especialmente aquella clase poseedora distinta de la llamada aristocracia; la clase que, en Francia e Inglaterra por vía directa, y en Alemania como «opinión pública», está en posesión de la fuerza del Estado. Así he usado también las expresiones obreros *(working-men),* proletarios, clase trabajadora, clase no propietaria y proletariado, siempre con el mismo significado. En segundo lugar, que en la mayor parte de las referencias he mencionado el partido al que pertenecen los autores citados, porque muy generalmente los liberales hacen resaltar la miseria de los distritos agrícolas, pero buscan disimularla en los distritos industriales, mientras, por el contrario, los conservadores reconocen la miseria de los distritos industriales, pero no quieren saber de las regiones agrícolas. Por esta razón, también, en donde me faltaron documentos oficiales respecto de los trabajadores industriales, he preferido un documento liberal, y generalmente recurrí solo a los *tories* o a los cartistas; así, o reconocía la exactitud del hecho por observación directa, o podía ser convencido de la verdad del documento por el carácter personal o literario de las autoridades invocadas por mí.

Friedrich Engels
Barmen, 15 de marzo de 1845

El movimiento obrero en América
Prefacio a la edición norteamericana (1887)

Han transcurrido 10 meses desde que, para corresponder al deseo del traductor al inglés, redacte el «Epílogo» de este libro; y durante esos 10 meses se ha llevado a cabo en la sociedad norteamericana una revolución que, en cualquier otro país, hubiera requerido, por lo menos, una década. La opinión pública norteamericana, en febrero de 1885, era casi unánime sobre este punto: en Estados Unidos no existía «clase obrera», en el sentido europeo de la expresión; que, por lo tanto, no existía ninguna lucha de clases entre obreros y capitalistas, como la que desgarra a la sociedad europea; y que el socialismo era por tanto un acontecimiento importado desde otra parte del mundo, incapaz de echar raíces en el país.

Sin embargo, en ese mismo momento, la lucha de clases en marcha proyectaba ante ella su sombra gigantesca en las huelgas de mineros de Pensilvania y de otros sectores obreros, y sobre todo en la elaboración por todo el país del gran movimiento de las 8 horas que debía estallar y estalló en el siguiente mayo. Y lo que muestra el «Epílogo» es que entonces aprecié exactamente esos síntomas y predije el movimiento obrero que se produjo en el marco nacional. Pero nadie podía prever que en tan poco tiempo el movimiento estallaría con una fuerza tan incontestable que se propaga con la rapidez de un incendio y que sacudiría a la sociedad norteamericana hasta sus cimientos.

Ahí está el hecho, patente e indiscutible. En cuanto al terror que ha embargado a las clases dirigentes de Estados Unidos, para mi gran regodeo, he podido darme cuenta del mismo por los periodistas norteamericanos que me honraron con su visita la primavera pasada. Ese «nuevo inicio» las había sumido en un estado de angustia y perplejidad desesperadas. Por entonces, sin embargo, el movimiento solo estaba todavía en su inicio. No había sino

una serie de explosiones confusas y sin vínculo aparente, de la clase que, por la supresión de la esclavitud de los negros y el rápido desarrollo de las manufacturas, ha llegado a ser la última capa de la sociedad norteamericana. Pero no había terminado el año cuando esas convulsiones sociales desordenadas comenzaron a tomar una dirección muy definida. Los movimientos espontáneos e instintivos de esas grandes masas del pueblo obrero en una vasta extensión de territorio, la explosión simultánea de su descontento común contra una miserable situación social por todas partes y debida a las mismas causas, todo dio a esas masas la conciencia de que ellas formaban una nueva clase, una distinta, dentro de la sociedad norteamericana, una clase de asalariados más o menos hereditarios, de proletarios. Y, con verdadero instinto norteamericano, esa conciencia los condujo inmediatamente al primer paso hacia su emancipación; dicho de otro modo, a la formación de un partido político obrero con programa propio y como meta la conquista del Capitolio y de la Casa Blanca. Mayo: la lucha por la jornada de ocho horas, las perturbaciones de Chicago, Milwaukee, etc., los intentos de la clase dominante por aplastar el naciente movimiento obrero por la fuerza bruta y una brutal justicia de clase. Noviembre: el nuevo partido de los trabajadores ya está organizado en todos los grandes centros, y las elecciones socialistas de Nueva York, de Chicago y de Milwaukee. Cuando la burguesía pensaba en los meses de mayo y noviembre, a la mente se le venía el pago de los cupones de la deuda pública de Estados Unidos; a partir de ahora, mayo y noviembre le recordará, además, la fuerza del proletariado norteamericano.

En los países europeos la clase obrera necesitaba años y años hasta que comprendió cabalmente que formaba una clase especial y que, bajo las circunstancias existentes, es inherente a la sociedad moderna. Y además necesitaba años hasta que esta conciencia de clase llevaba a unirse en un partido político especial, un partido contrario independiente y adversario que se opone a todos los viejos partidos formados por diferentes grupos de las clases dominantes. En la tierra más privilegiada de América donde no hay residuos feudales cerrando el paso, donde la historia empieza con los

elementos de la sociedad moderna burguesa, elaborados en el siglo XVII, la clase obrera ha recorrido estas dos etapas de su desarrollo en solo 10 meses.

Sin embargo, esto solo es el comienzo: las masas trabajadoras sienten la causa común de sus miserias e intereses, su solidaridad como clase frente a todas las otras clases, que ellos, para dar expresión y eficacia a este sentimiento, ponen en movimiento la maquinaria política que está disponible en cada país libre. El próximo paso consiste en encontrar el remedio común para estos padecimientos comunes y en expresarlos en el programa del nuevo partido proletario. Y este paso –el más importante y más difícil de todo el movimiento– está aún pendiente en América. Mientras no se haya elaborado tal programa, o solo exista en forma rudimentaria, el nuevo partido no tendrá sino una existencia rudimentaria; puede existir localmente, pero no nacionalmente; podrá convertirse en un partido, pero aún no lo es.

Dicho programa, cualquiera que fuere su forma inicial, debe desarrollarse en una dirección que puede determinarse de antemano. Las causas que han cavado el abismo entre la clase trabajadora y la clase capitalista son las mismas en Estados Unidos y en Europa; los medios de llenar ese abismo son los mismos en todas partes. Consecuentemente, el programa del proletariado norteamericano deberá coincidir a la larga, en cuanto al supremo objetivo a alcanzar, con aquel que ha llegado a ser luego de 60 años de disensiones y debates el programa adoptado por la gran masa del proletariado militante de Europa. Deberá proclamar, como fin supremo, la conquista del poder político por la clase obrera, a fin de efectuar la apropiación directa de todos los medios de producción –suelo, ferrocarriles, minas, máquinas, etc.–, por toda la sociedad y su realización por todos y para beneficio de todos.

Pero si el nuevo partido norteamericano, como todos los partidos políticos de todas partes, aspira por el simple hecho de su formación a la conquista del poder político, todavía está lejos de comprender qué hacer con dicho poder una vez conquistado. En Nueva York, y en otras grandes ciudades del este, la organización de la clase obrera se ha hecho sobre la línea de los sindicatos, que forman en cada ciudad una poderosa asociación de

trabajadores. En Nueva York, en el pasado noviembre, la *Central Labor Union* eligió como abanderado a Henry George y, como consecuencia, su programa electoral provisional se ha impregnado fuertemente de los principios de este último. En las grandes ciudades del noroeste, la batalla electoral se ha comprometido en un programa obrero más indeterminado todavía, en el cual la influencia de las teorías de Henry George era nula o apenas visible. Y mientras que en esos grandes centros de población e industriales el nuevo movimiento de clase tenía una finalidad política, vemos desarrollarse por todo el país dos organizaciones obreras: *Knights of Labor* y el *Socialist Labor Party,* poseyendo solamente este último un programa en armonía con el moderno punto de vista europeo resumido anteriormente.

De esas tres formas más o menos definidas bajo las que se nos presenta el movimiento obrero norteamericano, la primera, el movimiento que personifica Henry George en Nueva York, tiene por el momento una importancia meramente local. Desde luego, Nueva York es con mucho la ciudad más importante de Estados Unidos, pero Nueva York no es París ni Estados Unidos, Francia. Y me parece que el programa de Henry George, en su contenido actual, es demasiado estrecho para servir de base a otra cosa que a un movimiento local, o, a lo sumo, para una fase muy limitada del movimiento general. Para Henry George la gran y universal causa de la división de la humanidad en ricos y pobres consiste en que la masa del pueblo es expropiada del suelo. Ahora bien, históricamente, eso no es exacto. En la Antigüedad asiática y clásica, la forma de opresión de clase era la esclavitud, o sea no tanto la expropiación del suelo a las masas como la apropiación de sus personas. Cuando, en la decadencia de la República romana, a los campesinos libres se les expropiaron sus tierras, formaron una clase de «blancos pobres» parecida a la de los negros de los Estados esclavistas del sur antes de 1861; y entre los esclavos y los blancos pobres, dos clases igualmente incapaces de emanciparse por sí mismas, el mundo antiguo se hizo pedazos. En la Edad Media, la fuente de la opresión feudal no era la expropiación del suelo, sino por el contrario la apropiación al suelo de las masas. El campesino conservaba su parcela de tierra, pero

estaba atado a la misma como siervo y obligado a pagar al señor un tributo en trabajo o en productos. No fue sino en la aurora de los nuevos tiempos, hacia finales del siglo XV, que la expropiación de los campesinos, llevada a cabo en gran escala, echó los primeros cimientos de la clase moderna de los trabajadores asalariados, que no poseen nada aparte de su fuerza de trabajo y que solo pueden vivir mediante la venta de la misma. Pero si bien la expropiación del suelo dio nacimiento a esa clase, fue el desarrollo de la producción capitalista, de la moderna industria y de la agricultura en gran escala lo que la perpetuó, la acrecentó y la transformó en otra clase con intereses diferentes y una misión histórica distinta. Todo ello ha sido plenamente expuesto por Marx (en *El capital,* libro primero, sección VII, «El proceso de acumulación del capital»). Según Marx, la causa del antagonismo actual de las clases y de la degradación social de la clase trabajadora, reside en su expropiación de todos los medios de producción, en los cuales se halla naturalmente incluido el suelo.

Al declarar que la monopolización del suelo es la única causa de la pobreza y de la miseria, Henry George, desde luego, halla el remedio en la reconquista del suelo por toda la sociedad. Ahora bien, los socialistas de la doctrina de Marx también exigen esa reconquista del suelo por la sociedad, pero no limitan su demanda, sino que la extienden a todos los medios de producción. Al margen de esto, existe otra diferencia. ¿Qué se debe hacer con el suelo? Los socialistas modernos, representados por Marx, demandan que sea conservado y trabajado en común para el beneficio común; exigen lo mismo en cuanto a los demás medios de producción social, minas, ferrocarriles, fábricas, etc. Henry George se conformaría con arrendarlo individualmente como se hace hoy día, regulando su distribución y vendiéndolo para servicios públicos en vez de, como en el presente, para fines privados. Lo que demandan los socialistas implica una revolución total de todo el sistema de producción social. Lo que demanda Henry George deja intacto el presente modo de producción social y ha sido preconizado, por otra parte, hace años, por los más avanzados economistas burgueses de la escuela ricardiana, los cuales también exigían la confiscación de la renta territorial por el Estado. Evidentemente, sería

injusto suponer que Henry George ha dicho, de una vez por todas, su última palabra. Pero me veo obligado a interpretar su teoría tal como la encuentro.

Los *Knights of Labor* forman la segunda gran sección del movimiento obrero norteamericano y esta sección parece ser la más típica del estado actual del movimiento, a la vez que es, sin duda alguna, la más fuerte de todas. El espectáculo que los *Knights of Labor* presentan al observador europeo es el de una inmensa asociación esparcida en una inmensa extensión de territorio en innumerables asambleas, representando todos los matices de opinión individual y local de la clase obrera; mantenidos juntos, mucho menos por su impracticable constitución como por el sentimiento instintivo de que el simple hecho de su unión para una aspiración común hace de ellos una gran fuerza dentro del país; una paradoja muy norteamericana que reviste las tendencias más modernas con las momerías más medievales y que oculta el espíritu más democrático e incluso más insurreccional detrás de un despotismo aparente, pero impotente en realidad. Pero si no nos dejamos arredrar por simples extravagancias externas, podemos ver ciertamente, en esa inmensa aglomeración, una suma enorme de energía latente, que se convierte lenta pero segura en una fuerza real. Los *Knights of Labor* son la primera organización nacional creada por el conjunto de la clase obrera norteamericana. Poco importa su origen y su historia, sus defectos y sus pequeños absurdos, su programa y su constitución; ellos son la obra prácticamente de toda la clase de los asalariados norteamericanos, el único vínculo nacional que los une, que les hace sentir su fuerza a la vez que lo hace sentir a su enemigo y los llena de una gran esperanza en la victoria futura. No sería exacto decir que los *Knights of Labor* son susceptibles de desarrollo. Ellos se hallan constantemente en plena vía de desarrollo y de revolución; se trata de una masa de material plástico en fermentación en busca de la forma apropiada a su propia naturaleza. Y esa forma será alcanzada con tanta certeza como el hecho de que el desarrollo histórico, al igual que la evolución natural, tiene sus propias leyes inmanentes. Tiene poca importancia que los *Knights of Labor* conserven o no su nombre actual; pero para un espectador parece evidente que ese es el primer elemento de donde habrá de brotar el futuro

del movimiento obrero norteamericano y, por consecuencia, el futuro de la sociedad norteamericana en general.

La tercera sección la constituye el *Socialist Labor Party.* Es un partido que solo existe de nombre, porque en ninguna parte de Estados Unidos ha estado en posición de afirmarse como partido político. Además, hasta cierto punto resulta ajeno para Estados Unidos, ya que hasta muy recientemente estaba formado casi exclusivamente por inmigrantes alemanes, que usan su propio idioma y, en su mayoría, se hallan poco familiarizadas con el inglés. Pero si bien es de germen extranjero, llega al propio tiempo armado de toda la experiencia adquirida en largos años de lucha de clases en Europa, y con una noción de las condiciones generales de la emancipación de la clase de los trabajadores muy superior a la que poseen los trabajadores norteamericanos. Es una fortuna para el proletariado norteamericano que de ese modo puede absorber y utilizar el conocimiento intelectual y moral de 40 años de lucha de sus compañeros de clase en Europa, y acelerar así su propia victoria. Porque, como he dicho, no puede haber duda alguna al respecto. El programa supremo de la clase obrera norteamericana debe ser y será fundamentalmente el mismo que ha sido aceptado actualmente por todo el proletariado militante de Europa, el mismo del *Socialist Labor Party* germano-norteamericano. Por tanto este partido está llamado a desempeñar un papel muy importante dentro del movimiento. Pero, para ello, necesitará despojarse de todo vestigio de su indumentaria extranjera. Tendrá que llegar a ser norteamericano hasta la médula. No puede pedir que los norteamericanos vayan a él: a él, minoría –y minoría inmigrada–, le corresponde ir a los norteamericanos, que son a la vez la inmensa mayoría –y mayoría autóctona–. Y, a ese efecto, debe ante todo aprender el inglés.

La obra de fusión de esos diferentes elementos de la inmensa masa en movimiento –elementos que no son realmente discordantes, sino que se hallan mutuamente aislados por la diversidad de su punto de partida– tomará cierto tiempo y no se logrará sin muchos choques sobre diferentes puntos que ya son visibles. Los *Knights of Labor,* por ejemplo, se hallan aquí y allá, en las ciudades del este, localmente en guerra con los sindicatos. Pero ese mismo choque existe en el seno de los *Knights of Labor,* entre los

cuales la paz y la armonía están lejos de reinar. Sin embargo, no se trata de síntomas de disolución de los cuales pudieran regocijarse los capitalistas. Son sencillamente indicios de que los innumerables ejércitos de trabajadores, por primera vez puestos en marcha en una dirección común, no han hallado hasta ahora ni una expresión adecuada a sus intereses comunes, ni la forma de organización mejor adaptada a la lucha, ni la disciplina requerida para asegurar la victoria. Todavía no son más que las primeras levas *en masse* de la gran guerra revolucionaria, reclutadas y equipadas localmente e independientes las unas de las otras tendiendo todas a la formación de un ejército común, pero todavía sin organización regular y sin plan común de campaña. Las columnas convergentes chocan aquí y allá; de ello resulta confusión, disputas violentas, incluso amenazas de conflicto. Pero la comunidad del objetivo supremo termina por superar esas dificultades; dentro de poco los batallones esparcidos y tumultuosos se formarán en una larga línea de batalla, presentando al enemigo un frente bien ordenado, silencioso bajo el fragor de sus armas, defendidos por osados tiradores y apoyados en reservas inagotables.

Para llegar a ese resultado, el primer gran paso que hay que dar en Estados Unidos es la unificación de los diversos sindicatos independientes en un solo ejército nacional del trabajo con un programa común –prescindiendo de lo provisional que sea dicho programa, salvo solamente que sea un verdadero programa de la clase trabajadora–. A este efecto, y a fin de hacer el programa digno de la causa, el *Socialist Labor Party* puede ser de gran ayuda si obra solamente como obraron los socialistas europeos en la época en que todavía no eran más que una pequeña minoría de la clase obrera. Esta línea de acción fue expuesta por primera vez en 1847 en el *Manifiesto del partido comunista* en los términos siguientes:

> Los comunistas –este es el nombre que entonces habíamos adoptado y que todavía hoy día estamos muy lejos de repudiar– no forman un partido distinto, opuesto a los demás partidos obreros.
>
> Ellos no tienen intereses separados y distintos de los intereses del conjunto del proletariado.
>
> Ellos no proclaman principios especiales, a los cuales tendría que amoldarse el movimiento proletario.

> Los comunistas solo se distinguen de los demás partidos obreros en dos puntos: 1.º en las luchas nacionales de los proletarios de diferentes países, proclaman y ponen en primer plano los intereses comunes de todo el proletariado, independientemente de toda nacionalidad; 2.º en las diferentes fases de desarrollo por las cuales tiene que pasar la lucha de la clase obrera contra la clase capitalista, siempre y por todas partes representan los intereses del movimiento en su conjunto.
>
> Prácticamente, los comunistas son, pues, el sector más avanzado y resuelto de los partidos obreros de todos los países; teóricamente, de otra parte, tienen sobre la gran masa de los proletarios la ventaja de tener una visión clara de las condiciones, de la marcha y del resultado final del movimiento proletario.
>
> Los comunistas luchan por alcanzar los objetivos inmediatos, por la vindicación de los intereses presentes de la clase obrera; pero, dentro del movimiento actual, representa y defienden el porvenir del movimiento.

Esa es la línea de acción seguida durante más de 40 años por el gran fundador del socialismo moderno, Karl Marx, y por mí mismo, así como por los socialistas de todas las naciones que trabajan de común acuerdo con nosotros. Con el resultado de que nos ha conducido a la victoria en todas partes; gracias a ella es que actualmente la masa de los socialistas europeos en Alemania y en Francia, en Bélgica, Holanda y Suiza, en Dinamarca y en Suecia, en España y Portugal, en lucha como un solo y común ejército bajo una sola y misma bandera.

Friedrich Engels
Londres, 26 de enero de 1887

Prefacio a la segunda edición (1892)

Este libro, que volvemos a ofrecer a la atención de los lectores alemanes, fue publicado por vez primera en el verano de 1845. En sus bondades, lo mismo que en sus desaciertos, lleva claramente el sello de la juventud de su autor. En aquella época tenía yo 24 años. Ahora mi edad se ha triplicado, pero al releer esta obra de mis años juveniles no hallo nada que me obligue a sonrojarme. Por eso no tengo la menor intención de borrar de ella ese sello de juventud, y vuelvo a ofrecerla a los lectores sin modificaciones. Lo único que he hecho ha sido redactar con más precisión algunos párrafos que no estaban muy claros, añadiendo aquí y allá pequeñas notas que se publican al pie de la página con la fecha del año en curso [1892].

Respecto a los destinos de este libro diré únicamente que en 1887 fue publicada en Nueva York una traducción en inglés (hecha por la señora Florence Kelley), reeditada en 1892 en Londres por Swan Sonnenschein and Co. El «Prefacio» de la edición americana sirvió de base para el de la edición inglesa, y este, a su vez, para el de la presente edición alemana. La gran industria moderna nivela hasta tal punto las condiciones económicas en todos los países donde hace su aparición, que dudo de tener que dirigirme al lector alemán en forma distinta a como me he dirigido al lector norteamericano o al inglés.

El estado de cosas descrito en este libro –por lo menos en lo que a Inglaterra se refiere– pertenece hoy día en gran parte al pasado. Aunque los libros de texto al uso no lo digan expresamente, una de las leyes de la Economía política moderna establece que cuanto más desarrollada está la producción capitalista, menos puede recurrir a aquellas trampas mezquinas y pequeñas raterías que distinguen el periodo inicial de su desarrollo. Las pequeñas trapacerías del judío polaco, las artimañas de ese representante de la etapa más primitiva del comercio europeo y que tan buenos servicios le prestan en su patria, donde son de uso corriente, le hacen traición en cuanto

se traslada a Hamburgo o a Berlín. Y de la misma manera –por lo menos hasta hace poco–, el comisionista, judío o cristiano, que llegaba a la Bolsa de Mánchester procedente de Berlín o Hamburgo, se convencía inmediatamente de que para comprar a bajo precio hilados o tejidos tenía que renunciar primero a sus tretas y astucias que, si bien ya no eran tan burdas, seguían siendo aún muy mezquinas, aunque en su patria se las considerase como la máxima expresión de la habilidad comercial. Por lo demás, parece que con el desarrollo de la gran industria también ha habido grandes cambios en Alemania; particularmente después del «Jena industrial» sufrido por los alemanes en Filadelfia, perdió todo su prestigio incluso aquella honorable regla alemana de los viejos tiempos, según la cual la gente queda satisfecha cuando a las muestras de buena calidad sigue el envío de artículos malos. En efecto, esos trucos ya no valen para los grandes mercados, donde el tiempo es oro y donde el establecimiento de un determinado nivel de honorabilidad comercial no obedece a cierto fanatismo ético, sino simplemente a la necesidad de no perder inútilmente tiempo y trabajo. Y los mismos cambios han ocurrido en Inglaterra en las relaciones entre los fabricantes y sus obreros.

La reanimación de los negocios que siguió a la crisis de 1847 marcó el comienzo de una nueva época industrial. La abolición de las *Corn Laws* y las subsiguientes reformas financieras proporcionaron la holgura necesaria para la expansión de la industria y el comercio de Gran Bretaña. Vino a continuación el descubrimiento de los yacimientos de oro en California y Australia. Los mercados coloniales fueron desarrollando rápidamente su capacidad de absorber artículos manufacturados ingleses. El telar mecánico de Lancashire arruinó súbitamente a millones de tejedores de la India. China se abría cada vez más al comercio. A la cabeza marchaba Estados Unidos, que se desarrollaba con una rapidez que resultaba asombrosa hasta en un país de tan gigantesco ritmo de desenvolvimiento como este. Pero, tengámoslo bien presente, Estados Unidos no era a la sazón más que un mercado colonial, el mayor mercado colonial del mundo, es decir, un país que exportaba materias primas e importaba los productos de la industria, en este caso de la industria inglesa.

Por añadidura, los nuevos medios de comunicación que habían aparecido a finales del periodo precedente –los ferrocarriles y los transatlánticos– fueron empleados ahora en escala internacional y convirtieron en realidad lo que hasta entonces solo había existido en germen: el *mercado internacional*. Formaban por el momento este mercado internacional unos cuantos países, fundamental o exclusivamente agrícolas, que se agrupaban en torno a un gran centro industrial –Inglaterra–, que consumía la mayor parte de los excedentes de materias primas de estos países, suministrándoles a cambio casi todos los artículos manufacturados que necesitaban. Nada tiene, pues, de extraño que el progreso industrial de Inglaterra fuese tan gigantesco e insólito, ni que el nivel de 1844 nos parezca ahora relativamente insignificante y casi primitivo.

Y a medida que se producía este progreso, la gran industria adquiría una apariencia que estaba más de acuerdo con los requerimientos de la moral. La competencia entre industriales con ayuda de pequeñas raterías cometidas contra los obreros ya no resultaba provechosa. El aumento del volumen de los negocios habían dejado atrás estos procedimientos mezquinos de hacer dinero; el industrial millonario tenía asuntos más importantes como para dedicarse a perder el tiempo en estas pequeñas triquiñuelas, válidas aún para la gente menuda sin dinero, obligada a recoger cada céntimo con tal de poder mantenerse a flote en la lucha contra los competidores. De este modo, desapareció de los distritos industriales el llamado *truck system* y fueron aprobadas en el parlamento la ley de la jornada de 10 horas y varias pequeñas reformas. Todo esto hallábase en abierta contradicción con el espíritu del libre cambio y de la competencia desenfrenada, pero daba al gran capitalista ventajas aún mayores para poder competir con sus colegas situados en condiciones menos favorables.

Sigamos. Cuanto mayor era la empresa industrial y cuantos más obreros ocupaba, tanto mayores eran los perjuicios que experimentaba y las dificultades comerciales con que tropezaba ante cualquier conflicto con los obreros. Por eso, con el transcurso del tiempo, apareció entre los industriales, sobre todo entre los grandes fabricantes, una nueva tendencia. Aprendieron a evitar los conflictos innecesarios y a reconocer la existencia

y la fuerza de los sindicatos; por último, llegaron incluso a descubrir que las huelgas constituyen –en un momento oportuno– un excelente instrumento para sus propios fines. Así, resultó que los grandes fabricantes, que antes habían sido los instigadores de la lucha contra la clase obrera, eran ahora los primeros en predicar la paz y la armonía. Tenían para ello razones muy poderosas.

Todas estas concesiones a la justicia y al amor al prójimo no eran en realidad más que un medio para acelerar la concentración del capital en manos de unos pocos y aplastar a los pequeños competidores, que no podían subsistir sin estas ganancias adicionales. Las mezquinas extorsiones indirectas de los años anteriores no solo habían perdido ya todo valor para aquellos pocos, sino que incluso se habían convertido en un estorbo para las empresas montadas en grande. De este modo –por lo menos en lo tocante a los sectores más importantes de la industria, pues en las ramas de menor importancia este no era el caso– el desarrollo mismo de la producción capitalista se había encargado de eliminar las pequeñas cargas que en años anteriores habían empeorado la suerte del obrero. Así, aparecía cada vez más en primer plano el hecho capital de que la causa de la miserable situación de la clase obrera no debía buscarse en ciertas deficiencias aisladas, sino en el propio sistema capitalista. El obrero cede su fuerza de trabajo al capitalista a cambio de un jornal. Después de unas cuantas horas de trabajo, el obrero ha reproducido el valor del jornal. Pero, según el contrato de trabajo, el obrero aún debe trabajar unas cuantas horas más hasta completar su jornada. El valor creado por el obrero durante estas horas de plustrabajo constituye la plusvalía, que no cuesta ni un céntimo al capitalista, pero que este se embolsa. Tal es la base del sistema que va dividiendo más y más a la sociedad civilizada en dos partes: de un lado, un puñado de Rothschilds y Vanderbilts, propietarios de todos los medios de producción y consumo, y de otro, la enorme masa de obreros asalariados, cuya única propiedad es su fuerza de trabajo. Y que la causa de todo esto no reside en tal o cual deficiencia de tipo secundario, sino únicamente en el sistema mismo, lo ha demostrado hoy con toda evidencia el desarrollo del capitalismo en Inglaterra.

Prosigamos. Las repetidas epidemias de cólera, tifus, viruela y otras enfermedades mostraron al burgués británico la urgente necesidad de proceder al saneamiento de sus ciudades, para no ser, él y su familia, víctimas de esas epidemias. Por eso, los defectos más escandalosos que se señalan en este libro, o bien han desaparecido ya o no saltan tanto a la vista. Se han hecho obras de canalización o se han mejorado las ya existentes; anchas avenidas cruzan ahora muchos de los barrios más sórdidos; ha desaparecido la «Pequeña Irlanda» y ahora le toca el turno a *Seven Dials*. Pero ¿qué puede importar todo esto? Distritos enteros que en 1844 yo hubiera podido describir en una forma casi idílica, ahora, con el crecimiento de las ciudades, se encuentran en el mismo estado de decadencia, abandono y miseria. Ciertamente, ahora ya no se toleran en las calles los cerdos ni los montones de basura. La burguesía ha seguido progresando en el arte de ocultar la miseria de la clase obrera. Y que no se ha hecho ningún progreso sustancial en cuanto a las condiciones de vivienda de los obreros lo demuestra ampliamente el informe de la comisión real *On the Housing of the Poor*, redactado en 1885. Lo mismo ocurre en todos los demás aspectos. Llueven las disposiciones policiacas como si salieran de una cornucopia, pero lo único que pueden hacer es aislar la miseria de los obreros; no pueden acabar con ella.

Pero mientras Inglaterra ha rebasado ya esta edad juvenil de la explotación capitalista, que describo en mi libro, otros países acaban de llegar a ella. Francia, Alemania y sobre todo Estados Unidos son los terribles competidores que –como lo había previsto yo en 1844– están destruyendo cada vez más el monopolio industrial de Inglaterra. Comparada con la industria inglesa, la de estos países es una industria joven, pero crece con mucha mayor rapidez que aquella y ha alcanzado hoy día casi el mismo grado de desarrollo que la industria inglesa en 1844. La comparación es mucho más sorprendente por lo que respecta a Estados Unidos. Las condiciones ambientales en que vive la clase obrera norteamericana son, ciertamente, muy distintas de las condiciones de vida del obrero inglés; pero como en uno y otro sitio rigen las mismas leyes económicas, los resultados, aunque no sean idénticos en todos los aspectos, tienen que ser

del mismo orden. De aquí que en Estados Unidos nos encontremos con la misma lucha por la reducción de la jornada de trabajo, por una limitación legal de la misma, sobre todo para las mujeres y los niños que trabajan en las fábricas; pleno florecimiento del *truck system* y del *cottages system* en las zonas rurales, utilizado por los patronos y sus agentes como medio de dominar a los obreros. Cuando leí en 1886 las noticias publicadas en los periódicos norteamericanos acerca de la gran huelga de los mineros del distrito de Connellsville, en Pensilvania, me pareció leer mi propia descripción de la huelga declarada en 1844 por los mineros del norte de Inglaterra. El mismo engaño de los obreros con pesas y medidas falsas, el mismo sistema de pago en productos, los mismos intentos de quebrantar la resistencia de los mineros poniendo en juego el último y más demoledor de los recursos utilizados por los capitalistas: desahucio de los obreros de las viviendas que ocupan en las casas de los fabricantes.

En esta edición, lo mismo que en las ediciones inglesas, no he tratado de poner el libro al día, enumerando todos los cambios ocurridos desde 1844. Y no lo he hecho por dos razones. En primer lugar, porque hubiera tenido que hacer un libro dos voces más voluminoso, y en segundo lugar, porque me habría visto obligado a repetir lo dicho ya por Marx, pues el primer tomo de *El capital* ofrece una exposición detallada de la situación de la clase obrera británica hacia 1865, es decir, la época en que la prosperidad industrial de Inglaterra había llegado a su apogeo.

No creo que haya necesidad de indicar que el punto de vista teórico general de este libro, lo mismo en el aspecto filosófico que en el económico y en el político, no coincide plenamente, ni mucho menos, con mi actual punto de vista. En 1844 no existía aún el moderno socialismo internacional, convertido desde entonces en una ciencia gracias sobre todo y casi exclusivamente a los esfuerzos de Marx. Mi libro no representa más que una de las fases de su desarrollo embrionario; y lo mismo que el embrión humano reproduce todavía, en las fases iniciales de su desarrollo los arcos branquiales de nuestros antepasados acuáticos, a lo largo de todo este libro pueden hallarse las huellas de la filosofía clásica alemana, uno de los antepasados del socialismo moderno. Así, sobre todo al final del libro, se

recalca que el comunismo no es una mera doctrina del partido de la clase obrera, sino una teoría cuyo objetivo final es conseguir que toda la sociedad, incluyendo a los capitalistas, pueda liberarse del estrecho marco de las condiciones actuales. En abstracto, esta afirmación es acertada, pero en la práctica es totalmente inútil e incluso algo peor. Por cuanto las clases poseedoras, lejos de experimentar la más mínima necesidad de emancipación, se oponen además por todos los medios a que la clase obrera se libere ella misma, la revolución social tendrá que ser preparada y realizada por la clase obrera sola. El burgués francés de 1789 decía también que la emancipación de la burguesía era la emancipación de toda la humanidad; pero la nobleza y el clero no quisieron aceptar esta tesis, que degeneró rápidamente –a pesar de ser, por lo que respecta al feudalismo, una verdad histórica abstracta indiscutible– en una frase puramente sentimental y se volatilizó totalmente en el fuego de la lucha revolucionaria. Tampoco faltan ahora quienes desde el alto pedestal de su imparcialidad predican a los obreros un socialismo situado por encima de todos los antagonismos y luchas de clase. Pero, o bien estos señores son unos neófitos a los que falta mucho aún por aprender, o bien se trata de los peores enemigos de la clase obrera, de unos lobos disfrazados de corderos.

El libro estima en 5 años el ciclo de las grandes crisis industriales. Esta conclusión derivaba del curso de los acontecimientos entre 1825 y 1842. Pero la historia industrial de 1842 a 1868 vino a demostrar que, en realidad, la duración de dichos ciclos debe ser estimada en 10 años, pues las crisis intermedias son de carácter secundario y desde 1842 aparecen cada vez con menos frecuencia. A partir de 1868 la situación vuelve a cambiar; pero de ello hablaremos más adelante.

He puesto cuidado en no eliminar del texto muchas profecías –entre ellas la de la inminente revolución social en Inglaterra–, inspiradas por mi ardor juvenil. No tengo la menor intención de presentar mi libro ni de presentarme a mí mismo como mejores de lo que éramos entonces. Lo sorprendente no es que muchas de estas profecías hayan fallado, sino el que tantas hayan resultado acertadas, y que la situación crítica de la industria inglesa a consecuencia de la competencia continental, y sobre todo de la

norteamericana, situación predicha por mí en aquel entonces –aunque para un periodo demasiado próximo, ciertamente–, sea actualmente una realidad. En este punto veo preciso poner el libro al día, para lo cual reproduciré un artículo publicado por mí en inglés en la revista londinense *Commonweal* del 1 de marzo de 1885, y cuya versión en alemán apareció en el número 6 de *Neue Zeit,* correspondiente al mes de junio de ese mismo año.

Hace 40 años, Inglaterra se enfrentó con una crisis que, según todas las apariencias, solo podía ser resuelta por la violencia. El inmenso y rápido desarrollo de la industria se había adelantado a la ampliación de los mercados exteriores y al crecimiento de la demanda. Cada 10 años, la marcha de la industria era violentamente interrumpida por una crisis general del comercio, seguida, tras un largo periodo de depresión crónica, por unos pocos años de prosperidad, que terminaban siempre en una febril superproducción y, finalmente, en un nuevo crac. La clase capitalista clamaba por el libre cambio en el comercio de cereales, y amenazaba con lograrlo haciendo que los hambrientos habitantes de las ciudades volviesen a los distritos rurales de donde habían salido, para invadirlos, como decía John Bright, «no como pobres que mendigan pan, sino como un ejército que acampa en territorio enemigo». Las masas obreras de las ciudades exigían la Carta del Pueblo, con la que reivindicaban su parte en el poder político. Eran apoyadas en esta demanda por la mayor parte de la pequeña burguesía. El camino a seguir para lograr la Carta –el de la violencia o el legal– era la única diferencia que los separaba. Entretanto, llegaron la crisis comercial de 1847 y el hambre en Irlanda, y con ellas la perspectiva de la revolución.

La Revolución francesa de 1848 salvó a la burguesía inglesa. Las consignas socialistas de los obreros franceses victoriosos asustaron a la pequeña burguesía inglesa y desorganizaron el movimiento de los obreros ingleses, que corría por cauces más estrechos, pero que tenía un carácter más práctico. En el preciso momento en que tenía que desplegar todas sus fuerzas, e incluso antes de experimentar la patente derrota del 10 de abril de 1848, el cartismo sufrió un colapso interno. La actividad política de la clase obrera fue relegada a segundo plano. La clase capitalista había triunfado en toda la línea.

La reforma parlamentaria de 1831 había sido la victoria de toda la clase capitalista sobre la aristocracia terrateniente. La abolición de las *Corn Laws* fue la victoria de los capitalistas industriales no solo sobre los grandes terratenientes, sino también sobre los sectores capitalistas –bolsistas, banqueros, rentistas, etc.–, cuyos intereses eran más o menos idénticos o estaban más o menos ligados a los intereses de los terratenientes. El libre cambio significaba la reorganización, en el interior y en el exterior, de toda la política financiera y comercial de Inglaterra de acuerdo con los intereses de los capitalistas industriales, que constituían desde ese momento la clase representativa de la nación. Y esta clase se puso manos a la obra con toda energía. Cualquier obstáculo que se opusiese a la producción industrial era barrido implacablemente. Las tarifas aduaneras y todo el sistema fiscal fueron transformados

radicalmente. Todo quedó supeditado a un objetivo único, pero que tenía la máxima importancia para los capitalistas industriales: abaratar todas las materias primas, y principalmente, todos los medios de subsistencia de la clase obrera, reducir el precio de coste de las materias primas y mantener los salarios a un bajo nivel, cuando no reducirlos aún más. Inglaterra tenía que convertirse en «el taller industrial del mundo»; todos los demás países tenían que ser para Inglaterra lo que ya era Irlanda: mercados para su producción industrial y fuentes de materias primas y de artículos alimenticios. ¡Inglaterra, gran centro manufacturero de un mundo agrícola, con un número siempre creciente de satélites productores de trigo y algodón girando en torno al sol industrial! ¡Qué magnífica perspectiva!

Los capitalistas industriales se lanzaron a la conquista de este gran objetivo con aquel poderoso sentido común y aquel desprecio por los principios tradicionales que siempre los han distinguido de sus competidores continentales más contaminados por el filisteísmo. «El cartismo agonizaba.» La nueva prosperidad industrial, lógica y casi natural después de que la crisis de 1847 finalizara, fue atribuida exclusivamente al influjo del libre cambio. En virtud de estos dos hechos, la clase obrera inglesa se convirtió políticamente en la cola del «gran» Partido Liberal, que dirigían los fabricantes. Una vez conseguida esta posición ventajosa, había que perpetuarla. La violenta oposición de los cartistas, no contra el libre cambio, sino contra el que se le convirtiese en la única cuestión vital del país, hizo comprender a los fabricantes –y cada día que pasaba se lo hacía comprender mejor– que sin la ayuda de la clase obrera la burguesía no lograría jamás establecer plenamente su dominio social y político sobre la nación. De esta manera, fueron cambiando poco a poco las relaciones entre las dos clases. Las leyes fabriles que en tiempos habían sido un espantajo para todos los fabricantes, ahora no solo eran observadas voluntariamente por ellos, sino que se extendían más o menos a todas las ramas de la industria. Los sindicatos, considerados hasta hacía poco obra del diablo, eran mimados y protegidos por los industriales como instituciones perfectamente legítimas y como medio eficaz para difundir entre los obreros sanas doctrinas económicas. Incluso se llegó a la conclusión de que las huelgas, reprimidas hasta 1848, podían ser en ciertas ocasiones muy útiles, sobre todo cuando eran provocadas por los señores fabricantes en el momento que ellos consideraban oportuno. Aunque no desaparecieron todas las leyes que colocaban al obrero en una situación de inferioridad con respecto a su patrono, al menos las más escandalosas fueron abolidas. Y la Carta del Pueblo, antes tan execrable, se convirtió en el principal programa político de esos mismos fabricantes que hasta hacía poco la habían combatido. Fueron convertidos en ley la abolición del requisito de propiedad y el voto secreto. Las reformas parlamentarias de 1867 y 1884 se acercan ya considerablemente al sufragio universal, por lo menos tal como existe hoy día en Alemania; el nuevo proyecto de ley sobre las circunscripciones electorales que se está discutiendo ahora en el parlamento crea circunscripciones iguales, que en conjunto no son menos iguales que las existentes hoy día en Francia o en Alemania. Ya se perfilan como indudables conquistas de un futuro próximo las dietas parlamentarias y la reducción del periodo de vigencia de las actas, aunque no se llegue todavía a los parlamentos elegidos cada año. Y después de todo esto aún hay gente que se atreve a decir que el cartismo ha muerto.

La Revolución de 1848, al igual que otras muchas anteriores a ella, ha tenido un destino bien extraño. Los mismos que las habían aplastado se convirtieron, como solía decir Marx, en sus albaceas testamentarios. Luis Napoleón se vio obligado a crear la Italia una e independiente. Bismarck tuvo que revolucionar Alemania a su manera y devolver a Hungría cierta independencia; y a los fabricantes ingleses no les quedaba por hacer nada mejor que dar fuerza de ley a la Carta del Pueblo.

Las consecuencias que tuvo en Inglaterra este predominio de los capitalistas industriales fueron en un principio asombrosas. Los negocios, que habían resucitado, se extendieron en proporciones sorprendentes hasta para Inglaterra, cuna de la industria moderna. Los éxitos logrados anteriormente, gracias a la aplicación del vapor y de la maquinaria, palidecían en comparación con el poderoso auge alcanzado por la producción en los 20 años comprendidos entre 1850 y 1870, con sus abrumadoras cifras de exportación e importación, con las riquezas fantásticas que acumulan los capitalistas y con la enorme masa de mano de obra que se concentra en ciudades gigantescas. Ciertamente, este progreso seguía interrumpiéndose como antes por crisis que se repetían cada 10 años y que hicieron su aparición en 1857 y en 1866. Pero estas recaídas eran consideradas ahora como fenómenos naturales e inevitables, a los que había que someterse y tras los cuales todo volvía de nuevo a su cauce normal.

¿Cuál era la situación de la clase obrera durante este periodo? A veces se producía una mejora temporal, que se extendía incluso a las grandes masas. Pero esta mejora era reducida cada vez a su antiguo nivel por el aflujo de una gran masa de obreros procedentes de la reserva de desocupados, por la introducción de nuevas máquinas, que desalojaban a un número cada vez mayor de obreros, y por la inmigración de obreros agrícolas, desalojados ahora también en proporciones crecientes por las máquinas.

Solo en dos sectores «protegidos» de la clase obrera hallamos una mejora permanente. El primer sector lo integran los obreros fabriles. La legislación que establece límites relativamente razonables para la jornada de trabajo les ha permitido restaurar hasta cierto punto sus fuerzas físicas y les ha proporcionado una superioridad moral, acrecentada por su concentración local. La situación de estos obreros es indudablemente mejor que antes de 1848. La mejor prueba de ello nos la ofrece el hecho de que de cada diez huelgas, nueve son provocadas por los mismos fabricantes, en su propio interés y como único medio de reducir la producción. Jamás lograréis persuadir a los fabricantes de que acepten la reducción de la jornada de trabajo, ni siquiera en el caso de que no encuentren ninguna salida para sus mercancías; pero si hacéis que los obreros se declaren en huelga, los capitalistas cerrarán sus fábricas como un solo hombre.

El segundo sector de obreros «protegidos» lo integran los grandes sindicatos. Son estas organizaciones de ramas de la producción en las que trabajan única o predominantemente hombres adultos. Ni la competencia del trabajo de las mujeres y de los niños ni la de las máquinas han podido debilitar hasta ahora su fuerza organizada. Los metalúrgicos, los carpinteros y los ebanistas y los albañiles constituyen otras tantas organizaciones, cada una de las cuales es tan fuerte que puede, como ha ocurrido con los obreros de la construcción, oponerse con éxito a la introducción de la maquinaria. No cabe duda de que la situación de estos

obreros ha mejorado considerablemente desde 1848; la mejor prueba de ello nos la ofrece el que desde hace más de 15 años no solo los patronos están muy satisfechos con ellos, sino también ellos con sus patronos. Constituyen la aristocracia de la clase obrera, han logrado una posición relativamente desahogada y la consideran definitiva. Son los obreros modelo de los señores Leone Levi y Giffen (y también del honorable Lujo Brentano). Se trata, en efecto, de personas muy agradables y complacientes, tanto, en particular, para cualquier capitalista sensato, como, en general, para toda la clase capitalista.

En cuanto a las grandes masas obreras, el estado de miseria e inseguridad en que viven ahora es tan malo como siempre o incluso peor. El East End de Londres es un pantano cada vez más extenso de miseria y desesperación irremediables, de hambre en las épocas de paro y de degradación física y moral en las épocas de trabajo. Y si exceptuamos a la minoría de obreros privilegiados, la situación es la misma en las demás grandes ciudades, así como en las pequeñas y en los distritos rurales. La ley que reduce el valor de la fuerza de trabajo al precio de los medios de subsistencia necesarios, y la otra ley que, por regla general, reduce su precio medio a la cantidad mínima de esos medios de subsistencia, actúan con el rigor inexorable de una máquina automática cuyos engranajes van aplastando a los obreros.

Tal era, pues, la situación creada por la política de libre cambio establecida en 1847 y por los 20 años de dominación de los capitalistas industriales. Pero luego se produjo un viraje. La crisis de 1866 fue seguida de una débil reanimación que tuvo lugar por 1873 y fue de poca duración. Bien es verdad que no se produjo la crisis total que, según era de esperar, debía haberse producido en 1877 o en 1878; pero, a partir de 1876, todas las ramas principales de la industria se suman en un estancamiento crónico. No llega la crisis total ni sobreviene el tan esperado periodo de florecimiento que debía haberse producido antes o después de ella. Un estancamiento letárgico, una saturación crónica en todos los mercados de todas las ramas industriales: tal es la situación en que vivimos desde hace casi una década. ¿Cuál es la causa?

La teoría del libre cambio tenía por única base el supuesto de que Inglaterra habría de ser el único gran centro industrial de un mundo agrícola. Pero los hechos han dado un mentís a dicha suposición. Las condiciones precisas para la industria moderna –la fuerza del vapor y la maquinaria– pueden ser creadas en cualquier lugar donde haya combustible, y sobre todo carbón. Pero Inglaterra no es el único país que posee carbón, también lo tienen Francia, Bélgica, Alemania, Norteamérica e incluso Rusia. Y los habitantes de esos países no encontraban ninguna ventaja en verse reducidos a la condición de hambrientos colonos irlandeses, para mayor gloria y riqueza de los capitalistas ingleses. Por eso construyeron fábricas y empezaron a producir no solo para su propio consumo, sino también para todo el mundo. Y la consecuencia ha sido que el monopolio industrial, detentado por Inglaterra durante casi un siglo, quedó definitivamente roto.

Pero el monopolio industrial es la piedra angular del presente régimen social de Inglaterra. Incluso en la época en que subsistía dicho monopolio, los mercados no alcanzaban a seguir la creciente productividad de la industria inglesa. El resultado eran las crisis que se producían cada 10 años. Y ahora los mercados nuevos son cada vez más escasos, hasta el punto de que incluso a los negros del Congo se les impone la civilización bajo la forma de géneros de Mánchester,

vasijas de barro del condado de Stafford y quincalla de Birmingham. ¿Qué ocurrirá cuando las mercancías continentales y, sobre todo, norteamericanas afluyan en proporciones cada vez mayores y vaya reduciéndose de año en año la parte del león que aún corresponde a los industriales ingleses en el aprovisionamiento de los mercados mundiales? ¡Responda a esto el libre cambio, panacea universal!

No soy el primero en señalar este hecho. En 1883, en la asamblea celebrada en Southport por la *British Association,* el señor Inglis Palgrave, presidente de la Sección Económica, indicó ya que

> para Inglaterra habían pasado los días de las grandes ganancias y que el desarrollo de varias importantes ramas de la industria se había detenido. Casi se podía afirmar que Inglaterra pasaba a un estado en el que ya no había progreso.

Pero ¿cómo va a terminar todo esto? La producción capitalista no puede detenerse en un punto; tiene que crecer y extenderse o morir. Ya ahora, la mera reducción de la parte del león que corresponde a Inglaterra en el aprovisionamiento de los mercados mundiales significa estancamiento, miseria, exceso de capital por una parte y exceso de obreros desocupados por otra. ¿Qué va a ocurrir cuando el aumento anual de la producción cese por completo? Este es el punto vulnerable, el talón de Aquiles de la producción capitalista. La extensión continua es la condición de su vida; pero ahora esta extensión continua es imposible. La producción capitalista se encuentra en un callejón sin salida. Cada año es más aguda la forma en que se le plantea a Inglaterra esta cuestión: ¿quién ha de sucumbir, la nación o la producción capitalista? ¿Cuál de las dos es la condenada a desaparecer?

¿Y la clase obrera? Si incluso durante el auge sin precedentes alcanzado por el comercio y la industria entre 1848 y 1868 tuvo que vivir en la situación de miseria que hemos señalado, si incluso entonces la inmensa mayoría de los obreros experimentó, en el mejor de los casos, un alivio pasajero, mientras que solo una pequeña minoría, privilegiada y protegida, obtuvo beneficios duraderos, ¿qué no ocurrirá cuando este deslumbrante periodo termine definitivamente, cuando no solo se agrave el actual estado depresivo, sino cuando esta agravada situación de estancamiento letárgico se convierta en crónica y adquiera el carácter de estado normal de la industria inglesa?

He aquí la verdad: mientras duró el monopolio industrial de Inglaterra, la clase obrera inglesa participó hasta cierto punto en los beneficios de dicho monopolio. Estos beneficios se distribuían dentro de la misma clase obrera de una manera muy desigual: la mayor parte correspondía a su minoría privilegiada, aunque también a la gran masa le tocaba algo de vez en cuando. Por eso, desde la muerte del owenismo no ha habido socialismo en Inglaterra. Cuando se derrumbe el monopolio, la clase obrera inglesa perderá su situación privilegiada. Y llegará un día en que toda ella, sin exceptuar la minoría privilegiada y dirigente, se encuentre en el mismo nivel que los obreros de los demás países. Por eso, volverá a haber socialismo en Inglaterra.

Así termina el artículo de 1885. El «Prefacio» escrito el 11 de enero de 1892, para la edición inglesa, continuaba así:

Poco me queda que añadir a esta descripción del estado de cosas, tal como lo veía yo en 1885. No creo que sea necesario decir que hoy «vuelve a haber socialismo en Inglaterra». Lo hay en masa y de todos los matices: socialismo consciente e inconsciente, socialismo en prosa y en verso, socialismo de la clase obrera y socialismo de la burguesía. En efecto, el socialismo, horror de los horrores, no solo se ha vuelto muy respetable, sino que incluso viste frac y se deja caer negligentemente en los divanes de los salones mundanos. Esto demuestra de nuevo la incorregible veleidad de la opinión pública burguesa, ese terrible déspota de la «buena sociedad»; con lo que queda justificado una vez más el desprecio con que nosotros, los socialistas de la pasada generación, la hemos tratado siempre. Por lo demás, no tenemos ningún motivo para quejarnos de este nuevo síntoma.

Pero lo que a mi entender importa mucho más que esta moda pasajera de hacer alarde de un socialismo acuoso en los círculos burgueses, e incluso más que los éxitos logrados en general por el socialismo en Inglaterra, es el despertar del East End londinense. Este valle de infinita miseria ha dejado de ser la pocilga de agua estancada que era hace 6 años. El East End se ha sacudido la apatía de la desesperación; ha vuelto a la vida y se ha convertido en la patria del «nuevo sindicalismo», es decir, la organización de la gran masa de obreros «no calificados». Aunque esta organización ha revestido en muchos aspectos la forma de los viejos sindicatos de obreros «calificados», tiene sin embargo, un carácter esencialmente distinto. Los viejos sindicatos guardan las tradiciones correspondientes a la época de su surgimiento; para ellos el sistema del salariado es algo definitivo y establecido de una vez para siempre, algo que, en el mejor de los casos, solo pueden suavizar en interés de sus afiliados. Los nuevos sindicatos, por el contrario, fueron organizados cuando ya la fe en la eternidad del salariado se había debilitado considerablemente. Sus fundadores y sus dirigentes eran hombres de conciencia socialista o de sentimientos socialistas; las masas que afluyeron a ellos y que constituyen su fuerza estaban integradas por hombres toscos e ignorantes, a los que la aristocracia de la clase obrera miraba por encima del hombro. Pero tienen la enorme ventaja de que su mentalidad es todavía un terreno virgen, absolutamente libre de los «respetables» prejuicios burgueses heredados que trastornan las cabezas de los «viejos sindicalistas», mejor situados que ellos. Y ahora vemos cómo esos nuevos sindicatos asumen la dirección general del movimiento obrero y cómo las «viejas» asociaciones, ricas y orgullosas, marchan cada vez más a remolque suyo.

Los hombres del East End han cometido –de ello no cabe duda– errores colosales. Pero también los cometieron sus predecesores y también siguen cometiéndolos los socialistas doctrinarios, que los miran por encima del hombro. Para una gran clase, lo mismo que para una gran nación, no hay nada que enseñe mejor y más deprisa que las consecuencias de sus propios errores. Y a pesar de todos los errores del pasado, del presente o del futuro, el despertar del East End londinense sigue siendo uno de los acontecimientos más grandes y más fecundos de este *fin de siècle.* Me alegro y me enorgullezco de haber podido asistir a él.

Las líneas precedentes fueron escritas hace seis meses. En este tiempo el movimiento obrero inglés ha dado otro gran paso. Las elecciones parlamentarias, celebradas hace pocos días, fueron un aviso en forma a los dos partidos oficiales, a los conservadores y a los liberales, de que desde ahora tendrán que contar con un tercer partido, con el partido obrero. Este se halla aún en periodo de formación. Sus elementos aún tienen que sacudirse toda clase de prejuicios tradicionales –burgueses, del viejo sindicalismo, y ya incluso del socialismo doctrinario– antes de poder unirse, por fin, en el terreno que les es común a todos ellos. Sin embargo, el instinto que los une ahora es ya tan fuerte que les ha permitido obtener en las elecciones parlamentarias unos resultados que no tienen precedente en Inglaterra. En Londres se presentaron como candidatos dos obreros, que además declararon abiertamente su condición de socialistas. Los liberales no se atrevieron a oponerles ningún candidato, y los dos socialistas fueron elegidos por una mayoría tan aplastante como inesperada. En Middlesbrough se presentó un candidato obrero contra uno liberal y otro conservador y derrotó a los dos. Por otra parte, los nuevos candidatos obreros que se aliaron a los liberales fueron, a excepción de uno, irremisiblemente derrotados. De los llamados representantes obreros de viejo cuño, hombres a quienes se perdona su origen porque ellos mismos están dispuestos a diluir su calidad de obreros en el océano de su liberalismo, Henry Broadhurst, el más destacado representante del viejo sindicalismo, sufrió una aplastante derrota por oponerse a la jornada de 8 horas. En dos distritos electorales de Glasgow, en uno de Salford y en otros muchos, a los candidatos de los dos viejos partidos se enfrentaron candidatos obreros independientes. Y aunque fueron derrotados, también lo fueron los candidatos liberales. En una palabra: en varios distritos electorales de las grandes ciudades y de los centros industriales los obreros renunciaron resueltamente a todo pacto con los dos viejos partidos, obteniendo así, directa o indirectamente, éxitos jamás vistos en ninguna de las elecciones anteriores. La alegría que esto ha producido entre los obreros es indescriptible. Por primera vez han visto y sentido lo que pueden conseguir haciendo uso del sufragio en interés de su clase. Ha quedado

destruida la fe supersticiosa que durante cerca de 40 años han tenido los obreros ingleses en el «gran» Partido Liberal. Los obreros han visto a través de elocuentes ejemplos que ellos constituyen en Inglaterra la fuerza decisiva, siempre y cuando quieran y sepan lo que quieren; las elecciones de 1892 señalan el comienzo de ese querer y de ese saber. El resto corre a cuenta del movimiento obrero del continente; los alemanes y los franceses, que ya tienen una representación muy importante en los parlamentos y en los consejos municipales, mantendrán vivo con sus nuevos éxitos el espíritu de emulación de los ingleses. Y cuando se descubra, en un futuro no muy lejano, que el nuevo parlamento no puede hacer nada con el señor Gladstone, ni tampoco el señor Gladstone con este parlamento, el partido obrero inglés estará ya lo suficientemente organizado como para acabar de una vez con el columpio de los dos viejos partidos, que se van turnando en el poder a fin de perpetuar el dominio de la burguesía.

Friedrich Engels
Londres, 21 de julio de 1892

Introducción

La historia de la clase obrera inglesa comienza en la última mitad del siglo pasado, con el descubrimiento de la máquina de vapor y de las máquinas para la elaboración del algodón. Estos descubrimientos dieron, como es sabido, impulso a una Revolución industrial, a una revolución que transformó al mismo tiempo toda la sociedad burguesa y cuya importancia para la historia mundial solamente ahora comienza a ser reconocida. Inglaterra es el terreno clásico de esta revolución, que avanzó tanto más potente cuanto más silenciosa, y por eso es Inglaterra también la tierra clásica para el desarrollo del principal producto de tal revolución: el proletariado. Solo en Inglaterra el proletariado puede ser estudiado en todas sus vinculaciones y sus diferentes aspectos.

Entretanto, aquí nada tenemos que hacer con la historia de esta revolución y con su enorme importancia para el presente y el porvenir. Tal exposición debe ser reservada para un futuro trabajo, más completo. Por el momento, debemos limitarnos a lo poco que es necesario para entender los hechos que siguen y la presente situación del proletariado inglés.

Antes de la introducción de las máquinas, el hilado y tejido de la materia prima se hacían en casa del obrero. La mujer y las hijas extendían el hilo que el marido tejía o vendía si no lo trabajaba. Estas familias de tejedores vivían generalmente en el campo, en las cercanías de las ciudades, y podían con su salario arreglárselas bien, porque el mercado del país, que se regulaba según la demanda de las telas, era casi el único mercado, y la importancia de la competencia, que irrumpió después de la conquista de los mercados extranjeros y con el desarrollo del comercio, no ejercía todavía una presión sensible sobre las mercancías del trabajo. Con esto se tuvo, en el mercado local, un continuo aumento de la demanda, que fue proporcional al gradual crecimiento de la población y, por lo tanto, pudo ocupar a todos los trabajadores; agréguese a esto la imposibilidad de una activa

competencia de unos obreros con otros, a causa de la dispersión de las viviendas rurales. De ahí derivaba que el tejedor estaba casi siempre en condición de poner aparte algún dinero, y arrendarse una parcela de tierra que trabajaba en sus horas de ocio, y de estas tenía cuantas quería, porque podía tejer cuando quisiera y tuviera ganas. En verdad, era un mal agricultor y cultivaba sus campos con negligencia y a menudo obteniendo cosechas pobres; pero, al menos, no era un proletario; tenía, como dicen los ingleses, clavada una estaca en la tierra de su patria, tenía domicilio y ocupaba, en la sociedad, un escaloncito más alto que el del obrero inglés de hoy.

De este modo, los trabajadores vegetaban en una existencia dulce y plena, y llevaban una vida honesta y tranquila, en la devoción a Dios y en la probidad; su condición material era mucho mejor que la de sus sucesores; no tenían necesidad de excederse en el trabajo; no hacían más que lo que deseaban y, no obstante, ganaban lo que les era necesario, tenían descanso para un trabajo sano en su campo o jardín, trabajo que era para ellos un pasatiempo, y, además de eso, podían tomar parte en las diversiones y juegos de sus vecinos, y todos esos juegos, bolos, juego de balón, etc., contribuían a la conservación de la salud y al fortalecimiento del cuerpo. En su mayor parte, eran gente sana y en la constitución de sus cuerpos nada o casi nada se podía encontrar de diferente con la de sus vecinos agricultores. Sus niños crecían al aire libre, y si podían, ayudaban en el trabajo de sus progenitores; esto sucedía solo de cuando en cuando, y no era cosa de hablar de un trabajo cotidiano de 8 o 12 horas.

Fácil es adivinar cuál era el carácter moral e intelectual de esta clase. Excluida de las ciudades, a las cuales jamás llegaba, consignaba el hilado y el tejido a los agentes viajantes, contra pago de la mercancía separada, de modo que viejos residentes, muy cercanos a las ciudades, no fueron jamás a ellas, hasta que, con la introducción de las máquinas, esa clase fue privada de ganancias y obligada a buscar trabajo en las ciudades. Se encontraba en el grado intelectual y moral de la gente de campo, con la cual estaba todavía unida, y en especial, de modo directo, por su pequeño arrendamiento. Estos obreros consideraban a su señor *(squire)* –el más grande propietario

terrateniente del país– como su superior natural, y recurrían a él para obtener consejo; llevaban ante él los pequeños litigios para que decidiese y le tributaban todos los honores que van unidos a estos hábitos patriarcales. Eran gente «respetable» y buenos padres de familia, vivían moralmente, porque no tenían ningún motivo para ser inmorales: en su vecindad no había tabernas ni casas de mala fama y el dueño de la hostería, junto al cual, de cuando en cuando, apagaban la sed, era también un hombre respetable y a menudo un gran arrendatario que gustaba de la buena cerveza, del buen orden y de descansar a su tiempo. Durante el día tenían sus niños consigo y los educaban en la obediencia y el temor a Dios; la condición de la familia patriarcal permanecía sin cambios, hasta que los niños, ya adultos, se unían en matrimonio; jóvenes, crecían en idílica simplicidad y familiaridad, cerca de sus camaradas, hasta que se casaban, y aunque las relaciones sexuales se daban ordinariamente antes del matrimonio, esto sucedía solamente donde era reconocido por ambas partes el deber moral del matrimonio, y este, que lo seguía, ponía todo en orden. En síntesis, los obreros industriales ingleses de aquel tiempo vivían y pensaban todos de un mismo modo, como ocurre todavía, aquí y allá, en Alemania, retirados y apartados, sin actividad intelectual y sin excitaciones violentas en su condición de vida. Raramente sabían leer y mucho menos escribir, iban regularmente a la iglesia, no participaban en política, no conspiraban, no pensaban, se divertían con los ejercicios del cuerpo, oían leer la Biblia con devoción hereditaria y se comportaban noblemente en su modestia, sin pretensiones con las clases elevadas de la sociedad. Pero, por lo demás, estaban muertos intelectualmente, vivían solo para sus pequeños intereses privados, para el telar y su pequeña huerta, y nada sabían del grandioso movimiento que afuera invadía a la humanidad. Se sentían cómodos en sus apacibles campos y, de no haber sido por la Revolución industrial, nunca hubieran salido de esta existencia que, por muy romántica que fuera, no era digna para los seres humanos. En verdad no eran humanos: eran máquinas trabajadoras el servicio de una minoría aristocrática que había dictado los derroteros que había seguido la historia hasta entonces. La Revolución industrial no ha hecho otra cosa que llevar hasta sus últimas consecuencias esa situación

haciendo de los obreros meras máquinas, arrebatándoles los últimos vestigios de independencia, forzándolos a pensar y exigir un *status* digno para la humanidad. Si en Francia fue la política, en Inglaterra fue la industria y el consiguiente movimiento de la sociedad civil lo que atrajo al torbellino de la historia a las clases más desfavorecidas, que estaban sumidas en una apática indiferencia respecto al interés general de la humanidad.

El primer invento que supuso un cambio radical en la condición existente hasta entonces entre los trabajadores ingleses fue la *jenny* (torno para hilar) del tejedor James Hargreaves, de Standhill, cerca de Blackburn, en el Lancashire del norte (1764). Esta máquina fue el tosco principio de las hilanderías que vinieron después, y se ponía en movimiento con la mano, pero en vez de un huso, como el molinete habitual, tenía entre 16 y 18, que eran movidos por un solo obrero. Por ello fue posible consignar mucho más hilado que anteriormente; mientras que antes un tejedor tenía ocupados tres telares y el hilado no era nunca suficiente –de modo que a menudo el tejedor debía atenderlo–, ahora el hilado era más de lo que podía ser tejido por los trabajadores. La demanda de tejidos, que iba ya en aumento, creció todavía más por su bajo precio, consecuencia de la nueva máquina, que bajaba el costo de producción del hilado; fue necesario un número mayor de tejedores y su salario creció. Ahora, el tejedor podía ganar más en su telar y dejaba poco a poco sus ocupaciones agrícolas y se dedicaba totalmente a la tejeduría. En esta época, una familia de cuatro adultos y dos niños, ocupados en los pequeños husos, ganaba en una semana, con un trabajo diario de 10 horas, 4 libras esterlinas y a menudo todavía más si los negocios iban bien y si el trabajo era sostenido; ocurría frecuentemente que un solo tejedor en su telar ganara 2 libras esterlinas por semana. Poco a poco desapareció la clase de los tejedores-agricultores y se transformó en una clase de simples tejedores, que vivían de su salario, no tenían ninguna propiedad, ni siquiera la aparente posesión de un arriendo, y con esto se convirtieron en proletarios *(working men)*. Además, sucedió que también el viejo oficio de hilador se transformó en el de tejedor. Hasta ahora había sucedido que bajo el mismo techo el hilo se hilaba y se tejía. Además,

donde la *jenny* requería, como el telar, una mano vigorosa, también los hombres comenzaron a hilar, y toda la familia dependía solo de la *jenny,* mientras que otros, al dejar de lado el envejecido y superado huso, faltándoles medios para comprarse una *jenny,* debían vivir solo del telar del padre de familia. Así, más tarde se originó en la industria la completa división de trabajo entre tejedores e hilanderos, que hoy se ha extendido y llevado tan lejos.

Mientras la primera máquina, todavía imperfecta, desarrollaba el proletariado industrial, también fue causa del origen del proletariado agrícola. Hasta entonces había existido un gran número de pequeños propietarios campesinos, los llamados *yeomen,* que habían vegetado en la misma apacible tranquilidad y ajenos al pensamiento como sus vecinos, los tejedores-agricultores. Los *yeomen* cultivaban sus parcelas de tierra con el viejo método, descuidado, el mismo que empleaban sus padres, y se oponían con terquedad a cualquier innovación, como a menudo ocurre en generaciones rutinarias. Entre ellos había muchos pequeños arrendatarios, pero no arrendatarios en el significado actual de la palabra, sino gente que, por arriendo hereditariamente estipulado o por la fuerza de la costumbre, recibían su pedazo de tierra de sus padres o abuelos y se establecía como si fuese de su propiedad. Ahora, librados los obreros industriales de la agricultura, un gran número de parcelas de terreno quedó libre y sobre ellas se estableció una nueva clase de grandes arrendatarios, que tomaban en arriendo 50, 100, 200 o más acres; eran *tenants-at-will,* o sea, arrendatarios cuyo contrato podía ser rescindido cada año, y que supieron aumentar la producción y mejorar la explotación de la tierra aplicando mejores métodos agrícolas en una escala más grande. Ellos podían vender sus productos a mejor precio que el pequeño *yeomen* y a este no le quedaba otro remedio, porque su parcela no le bastaba, que venderla para procurarse una *jenny* o un telar, o emplearse como jornalero o proletario agrícola de un gran arrendatario. Su innata pereza y el método descuidado de cultivo del terreno, que había aprendido de sus predecesores y que no podía superar, no le dejaba nada cuando era colocado en la necesidad de competir contra la gente que cultivaba el terreno según principios racionales y con todas las

ventajas que daban una gran economía y el empleo de capitales para la mejora del suelo.

El movimiento de la industria, entretanto, no cesó en este punto. A poco, los capitalistas comenzaron a instalar la *jenny* en grandes edificios y a impulsarla con la fuerza hidráulica; así se encontraron en condiciones de disminuir el número de obreros y de vender a mejor precio el hilado de cada uno de los hiladores, los cuales ponían en movimiento la máquina solo con los brazos. Se produjeron algunas mejoras de la *jenny,* de modo que a cada poco una máquina caía en desuso y debía ser modificada en parte o del todo; y si el capitalista, con la aplicación de la fuerza hidráulica, podía todavía mantenerse con las viejas máquinas, esto fue imposible con el tiempo a cada hilador en particular. Y si con la fuerza hidráulica tuvo lugar el principio del sistema de manufactura, pronto recibió un nuevo impulso con la *spinning throstle,* que fue inventada en 1767 por Richard Arkwright, un barbero de Preston, en Lancashire del norte. Esta máquina es, junto con la máquina de vapor, el descubrimiento mecánico más importante del siglo XVIII. Está basada en una fuerza hidráulica mecánica y en principios completamente nuevos. Por la unión de las propiedades de la *jenny* y de la *throstle,* Samuel Crompton, de Firwood (Lancashire), descubrió en 1785 la *mule,* torno, y Arkwright, al mismo tiempo, inventa la máquina para cardar e hilar, y así ya dominó solo, el sistema de fábrica para el hilado del algodón. Sucesivamente, comenzaron a aplicarse estas máquinas, con algunas insignificantes modificaciones, al hilado de la lana, y más tarde (en el primer decenio de este siglo) al del lino, y por lo tanto, para estas materias fue suplantado el trabajo manual. Pero aquí no termina todo: en los últimos años del siglo pasado, el doctor Cartwright, un clérigo rural, había inventado el telar mecánico, y hacia 1804 fue perfeccionado, de modo que podía competir, con pleno éxito, con los tejedores manuales; y todas estas máquinas tuvieron doble importancia, gracias a la máquina de vapor de James Watt, la cual fue descubierta en 1764 y se aplicó desde 1785 para el funcionamiento de las máquinas de hilar.

Con estos descubrimientos, que fueron mejorados cada año, se decidió en las principales ramas de la industria inglesa la victoria del trabajo a

máquina sobre el trabajo manual, y toda la historia de estos últimos años, desde aquel momento, muestra cómo los trabajadores manuales, unos tras otros, fueron desplazados por obra de la máquina. La consecuencia fue, por una parte, la rápida caída del precio de las manufacturas, el florecimiento del comercio y de la industria, la conquista de casi todos los mercados extranjeros no protegidos y el veloz aumento de los capitales de la riqueza nacional; por otra parte, un rápido aumento del proletariado, la destrucción de todos los pequeños propietarios, de toda la seguridad de sostén para la clase trabajadora, la desmoralización, la agitación política y las mayores vicisitudes para los poseedores ingleses, vicisitudes que observaremos en las siguientes páginas. Hemos visto ya qué revolución había traído una sola máquina imperfecta, como la *jenny,* en las relaciones sociales de las clases bajas, y por lo tanto, nadie se maravillará de la que ha producido un sistema completo de máquinas hábilmente perfeccionadas, sistema que convertía la materia prima en tejido.

Seguimos el desarrollo de la industria inglesa[1] y más exactamente comenzamos con su rama principal, la industria del algodón. Entre 1771 y 1775 fueron importados anualmente, término medio, menos de 5.000.000 de libras de algodón bruto; en 1841, 518.000.000, y en 1844 aumentó, por lo menos, a 600.000.000 de libras. En 1834, Inglaterra exportó 556.000.000 de *yards* de tela de algodón tejido, 76,5 millones de libras de hilado de algodón y artículos de calcetería de algodón por valor de 1.200.000 libras. Ese mismo año, la industria textil contaba con más de 8.000.000 de husos, 110.000 telares mecánicos y 250.000 manuales, sin contar con los *throstle;* según los cálculos de M'Culloch, cerca de 1.500.000 personas vivían directa o indirectamente de este sector, de los cuales solo 220.000 trabajaban en las fábricas. La fuerza necesaria para estas fábricas era de 33.000 caballos de fuerza a vapor, y de 11.000 caballos de fuerza hidráulica. En la actualidad estas cifras son muy superiores, y se podrá admitir tranquilamente que en 1845 la fuerza y el número de las máquinas, como el número de obreros, serán casi el doble que en 1834. El lugar principal de esta industria es Lancashire, donde tiene su origen; ella ha revolucionado poco a poco este condado, transformando un oscuro y feo pantano mal

cultivado, en una región animada y laboriosa, con su población duplicada en 80 años, y ha hecho crecer, como por arte de magia, ciudades gigantescas, como Liverpool y Mánchester, que en conjunto cuentan con 700.000 habitantes, y las cercanas Bolton (con 60.000), Rochdale (con 75.000), Oldham (con 50.000), Preston (con 60.000), Ashton y Stalybridge (con 40.000) y un número de otras pequeñas ciudades industriales. La historia de Lancashire del sur sabe de las grandes maravillas de los tiempos modernos, y, sin embargo, nadie habla de ella; la industria del algodón ha hecho todas estas maravillas. Además, Glasgow forma un segundo centro para los distritos algodoneros de Escocia, de Lanarkshire y Renfrewshire, y aún aquí la población de la ciudad central, desde la introducción de esta industria, ha aumentado de 30.000 a 300.000 habitantes. La tejeduría de medias de Nottingham y Derby recibió igualmente, por el bajísimo precio del hilado, un nuevo impulso y todavía otro por la mejora del telar para medias, porque con un telar podían tejerse dos medias al mismo tiempo. La fabricación de encajes llegó a ser tras 1777, año en que fue inventada la máquina para encajes, una de las ramas más importantes de la industria; después, Lindley inventó la máquina *point-net* (a malla), y en 1809, Heathcote, la máquina *bobbin-net* (a huso); con esto, la fabricación de encajes fue infinitamente simplificada y, a consecuencia del bajo precio, el consumo tuvo un fuerte ascenso, tanto que de esta industria viven ahora no menos de 200.000 personas. Tiene su base principal en Nottingham, Leicester y en el occidente de Inglaterra (Wiltshire, Devonshire, etc.). Igual desarrollo han tenido las ramas de trabajo dependientes de la industria del algodón, lavado, teñido e impresión. El blanqueado por el empleo del cloro en la velocidad del lavado, la tintura y el estampado por el rápido desarrollo de la química, y el estampado por una serie de espléndidas invenciones mecánicas, tuvo todavía un desarrollo que llevó, con el aumento de las fábricas de algodón, la consiguiente extensión de esta rama de negocios a un florecimiento antes nunca visto.

En la elaboración de la lana se desarrolló la misma actividad. Hasta entonces, había sido la rama principal de la industria inglesa, pero la masa de la producción de aquellos años es insignificante comparada con la actual.

En 1782, toda la trasquila de lana de los tres años anteriores yacía todavía sin elaborar, por falta de trabajadores, y así hubiera quedado, si las nuevas máquinas descubiertas no hubieran venido en su auxilio y no la hubieran hilado. La aplicación de estas máquinas al hilado de la lana se hizo con el mayor éxito. Comenzó en los distritos laneros el mismo desarrollo rápido que hemos visto en los distritos algodoneros. En 1738, en West Riding de Yorkshire, se hicieron 75.000 piezas de paño de lana; en 1817 se hicieron 490.000, y fue tan rápido el desarrollo de la industria de la lana que en 1834 se hicieron 450.000 piezas más que en 1825. En 1801 se trabajaron 101.000.000 de libras de lana (de los cuales 7.000.000 eran importados). El distrito principal de esta industria es West Riding de Yorkshire, donde, especialmente en Bradford, la lana larga inglesa es trabajada para hilo de medias, etc., y en otras ciudades, como Leeds, Halifax, Huddersfield, etc., la lana corta es usada para el hilado retorcido y para el tejido de los paños; después viene la parte limítrofe del Lancashire, la región de Rochdale, donde, junto a la elaboración del algodón, se fabrica gran cantidad de franela, y el occidente de Inglaterra, que elabora paños más finos. El aumento de la población es igualmente digno de anotarse:

	Habitantes	
	1801	*1831*
Bradford	29.000	77.000
Halifax	68.000	110.000
Huddersfield	15.000	34.000
Leeds	53.000	123.000
Todo West Riding	564.000	980.000

Población que desde 1831 debe haber aumentado, a lo menos, entre un 20 y un 25 por 100. En 1835 el hilado de la lana ocupaba en Reino Unido 71.300 obreros con 1.313 fábricas; estos obreros eran solo una pequeña parte de la masa que directa o indirectamente vivía de la elaboración de la lana ya que los tejedores no están incluidos en el cómputo.

El progreso de la industria del lino se desarrolló más tarde, porque la condición natural del material bruto hacía bastante difícil el uso de la máquina de hilar. En verdad, ya en los últimos años del siglo pasado se hicieron en Escocia algunos ensayos; sin embargo, no fue hasta 1810 cuando el francés Girard consiguió montar con éxito el torno de hilar para el lino, aunque sus máquinas no obtuvieron el reconocimiento que merecían hasta que, ya en suelo británico, se perfeccionó y se instaló para su uso en Leeds, Dundee y Belfast. A partir de ese momento, el comercio británico del lino se extendió rápidamente. En 1814 fueron importadas en Dundee 3.000 toneladas[2] de lino; en 1833, 17.000 toneladas de lino y 3.400 de cáñamo. La importación del lino irlandés en Gran Bretaña subió de 32.000.000 (en 1800) a 53.000.000 de *yards* (en 1825), de las cuales una gran parte fue exportada de nuevo; la exportación de tejido de lino inglés y escocés subió de 24.000.000 de *yards* (en 1820) a 51.000.000 (en 1833). Las hilanderías para el lino se elevaron en 1835 a 347, con 33.000 obreros; la mitad de las hilanderías estaba en el sur de Escocia, 60 estaban en West Riding de Yorkshire, Leeds y alrededores, 25 en Belfast, en Irlanda, y el resto en Dorset y Lancashire. La tejedura se lleva a cabo en el sur de Escocia, en diversos puntos de Inglaterra, pero fundamentalmente en Irlanda.

Con igual éxito se dedicaron los ingleses a la elaboración de la seda. Recibían el material, ya hilado, de Suráfrica y de Asia, y el trabajo principal era el tramado. Hasta 1824, la elevada tarifa de aduana sobre la seda en bruto (4 chelines por libra) constituía un obstáculo serio para la industria inglesa de la seda, y solamente el mercado de Inglaterra y sus colonias estaba, debido a las tarifas proteccionistas, a su disposición. Entonces se rebajó en un penique el impuesto de entrada y de pronto aumentó sensiblemente el número de fábricas; en un año, el número de

doublirspindeln (máquina de hilado) subió de 780.000 a 1.118.000, y aunque la crisis comercial de 1825 paralizó por un tiempo este sector, sin embargo, en 1827 se fabricó más que nunca. El talento mecánico y la práctica de los ingleses aseguraban a sus máquinas de tramado la preponderancia sobre la insuficiente capacidad de sus competidores. En 1835, el Imperio británico poseía 263 fábricas de tramado, con 30.000 obreros; la mayor parte de ellas estaban en Cheshire (Macclesfield) Congleton y alrededores, Mánchester y Somersetshire. Había, además, muchas fábricas para la elaboración de la seda del gusano de seda; con los restos se hacía un artículo especial *(spun silk)* que los ingleses suministraban a las fábricas de tejidos de París y Lyon. El tejido de la seda hilada en trama se hacía especialmente en Paisley (Escocia) y Spitalfields (Londres); luego también en Mánchester y en otras partes. Pero el desarrollo gigantesco que la industria inglesa ha tomado desde 1760 no se limitó a la fabricación de telas para vestidos. Una vez dado el impulso, se extendió a todos los sectores de la actividad industrial y una serie de descubrimientos, en conexión con aquellos ya mencionados, tuvieron doble valor por ser contemporáneos del movimiento general. Pero tan pronto como la inmensa importancia de la fuerza mecánica en las industrias se puso de manifiesto en la práctica, se buscó cualquier medio para utilizarla y explotarla en provecho de cada inventor y fabricante y, además, todo lo concerniente a la maquinaria, al combustible y al trabajo, redobló la actividad de una masa de obreros y de industrias. La máquina de vapor dio, en primer lugar, importancia a los vastos depósitos de carbón de Inglaterra; de ahí nace la construcción de la máquina y con ello se derivó un interés renovado por las minas de hierro, que daban la materia prima para las máquinas; el mayor consumo de lana dio incremento a la cría de ovejas en Inglaterra, y la creciente exportación de la lana, del lino y de la seda amplió el comercio marítimo inglés. Ante todo, aumentó la producción del hierro. Las minas de hierro de Inglaterra habían sido, hasta entonces, poco explotadas; siempre se había fundido el mineral de hierro con los carbones vegetales, que por el mejor cultivo del suelo y por la destrucción de los bosques se habían vuelto cada vez más caros y escasos; en el siglo pasado

se comenzó a usar el carbón fósil sulfúreo (coque) y desde 1780 se descubrió un nuevo método para transformar el hierro fundido con el coque, que hasta entonces había sido usado solamente como hierro de fundición, en hierro que podía utilizarse para la forja. Este método, que consiste en la separación del carbono, el cual se mezcla en la fusión con el hierro, es llamado por los ingleses *puddling,* y mediante él se abrió un nuevo campo a la producción inglesa del hierro. Los altos hornos se hicieron 50 veces más grandes, se simplificó con fuelles a calor la fusión del metal y por este medio se podía producir el hierro más barato. Una cantidad de cosas que antes se hacían con leña y con piedra, se hicieron desde entonces con hierro.

En 1788, Thomas Paine, el conocido demócrata, levantó en Yorkshire el primer puente de hierro, al cual siguieron muchos otros, de modo que ahora casi todos los puentes, especialmente los de ferrocarriles, se construyen en hierro fundido, y en Londres se construyó, por fin, con ese material, un puente sobre el Támesis, el Southwark Bridge. Las columnas, el esqueleto de las máquinas, etc., son generalmente de hierro, y desde que se introdujeron las vías férreas y la iluminación a gas, se abrieron nuevas salidas comerciales al tráfico inglés del hierro. En adelante, y al igual que las máquinas, los clavos y los tornillos fueron fabricadas también de hierro; Huntsman, de Sheffield, encontró en 1790 un método para fundir el acero, mediante el cual se ahorraba mucho trabajo y se hacía factible la producción de bienes baratos completamente nuevos. Por la gran pureza del material, por su perfecto instrumental, por la nueva maquinaria y la minuciosa división del trabajo, la fabricación inglesa, principalmente en el sector metalúrgico, asumió gran importancia. La población de Birmingham creció de 73.000 (en 1801) a 200.000 (en 1844) habitantes; la de Sheffield, de 46.000 (en 1801) a 110.000 (en 1844), y el consumo de carbón, solo en esta última ciudad, se elevó, en 1836, a 515.000 toneladas. En 1805 se exportaron 4.300 toneladas de materiales de hierro y 4.600 toneladas de hierro en bruto, y la producción completa de hierro, que en 1710 era de 17.000 toneladas, subió en 1834 a cerca de 700.000 toneladas. La fusión del hierro en bruto consumió anualmente más de 3.000.000 de toneladas de carbón; no es fácil hacerse una idea sobre la importancia que en el curso de

los últimos 60 años alcanzaron las minas de carbón. Todos los depósitos carboníferos ingleses y escoceses son ahora explotados, y solo la mina de Northumberland y Durham producen entre las dos más de 5.000.000 de toneladas anuales y dan empleo a entre 40.000 y 50.000 obreros. Según el *Durham Chronicle,* en los dos condados nombrados estaban en actividad: durante 1753, 14 minas; en 1800, 40; en 1836, 76 minas; y en 1843, 130 minas de carbón. Además, ahora todas las minas son explotadas mucho más activamente que nunca. Una actividad igualmente redoblada se empleó para la explotación de las minas de estaño, cobre y plomo, y junto al desarrollo de la fabricación del vidrio surgió un nuevo ramo de la industria: la fabricación de vajilla, que, por obra de Josiah Wedgewood, asumió importancia hacia 1763. Este basó toda la fabricación de vajilla en principios científicos, introdujo un mejor gusto y fundó las fábricas de vajillas de North Staffordshire, un distrito de 8 millas cuadradas, que antes era un desierto árido y que ahora está cubierto de fábricas y casas, y mantiene a más de 60.000 personas.

En esta vorágine general, todo fue arrastrado. La agricultura sufrió igualmente una revolución. Y no solamente, como hemos visto, la propiedad del suelo pasó a manos de otros propietarios y cultivadores, sino que la agricultura también se vio afectada de otro modo. Los grandes arrendatarios invirtieron el capital en la mejora del suelo, demolieron las separaciones inútiles, abonaron, usaron mejores instrumentos e introdujeron una sistemática variación de cultivos. Se beneficiaron también del progreso de las ciencias; sir Humphrey Davy aplicó con éxito la química a la agricultura, y el desarrollo de la mecánica dio un gran número de ventajas. En consecuencia, al aumento de la población siguió el crecimiento de la demanda de productos, de manera que de 1760 a 1834, 684.540 acres de terreno desierto fueron desmontados, y, pese a ello, Inglaterra se transformó de país exportador en país importador de granos.

La misma actividad se desarrolló en la aplicación de los medios de transporte. Entre 1818 y 1829 se trazaron en Inglaterra y en Gales 1.000 millas de carreteras de un ancho legal de 60 pies, y casi todas las viejas fueron renovadas, según los principios de McAdam (el sistema macadán).

En Escocia, el Ministerio de Trabajos Públicos, desde 1803, abrió cerca de 900 millas de caminos y tendió más de 1.000 puentes, lo cual permitió a las poblaciones sitas en alta montaña un contacto directo con la civilización. Los montañeses habían sido hasta entonces, en su mayor parte, cazadores clandestinos y contrabandistas; después se convirtieron en diligentes agricultores y obreros, y a pesar de que se han construido escuelas con el propósito de mantener el galés, las costumbres y la lengua galesa-céltica están perdiendo rápidamente terreno frente a la llegada de la civilización inglesa. Otro tanto sucedió en Irlanda. Entre los condados de Cork, Limerick y Kerry existía una extensión de campo inculto, sin carreteras, que, por ser casi inaccesible, servía de refugio a todos los asesinos y constituía el baluarte principal de la nacionalidad céltico-irlandesa en el sur de Irlanda. Ahora está atravesada por caminos y se abrió así paso, aun en este país salvaje, a la civilización. Todo el Imperio inglés, pero en particular Inglaterra, que poseía hace 60 años calles tan malas como antaño Alemania y Francia, está cubierto ahora de una red de bellísimos caminos y son, como casi todo en Inglaterra, obra de la iniciativa privada, porque el Estado poco o nada ha hecho en este sentido.

Antes de 1755, Inglaterra no tenía casi ningún canal. En 1755 fue abierto en Lancashire el canal que va de Sankey Brook a St. Helens; en 1759, James Brindley abrió el primer canal importante, el del ducado de Bridgewater, que va de Mánchester y las minas carboníferas aledañas a la desembocadura del Mersey, y que, cerca de Barton, es conducido por un acueducto a través del río Irwell. De esa época data la canalización inglesa, a la que dio relevancia Brindley por primera vez; fueron abiertos, enseguida, canales en todas direcciones y muchos ríos se hicieron navegables. Solo en Inglaterra hay 2.200 millas de canales y 1.800 millas de ríos navegables; en Escocia fue abierto el canal de Caledonia, que divide transversalmente al país, e igualmente en Irlanda fueron excavados numerosos canales. También estos trabajos, como las vías férreas y los caminos, fueron casi todos obra privada y de compañías.

Las vías férreas han sido instaladas en época más reciente. La primera línea ferroviaria importante fue la de Liverpool a Mánchester (inaugurada

en 1830); desde entonces, todas las grandes ciudades se unieron unas con otras por vías férreas. Londres con Southampton, Brighton, Dover, Colchester, Cambridge, Exeter (por Bristol) y Birmingham; Birmingham con Gloucester, Liverpool, Lancaster (por Newton y Wigan y por Mánchester y Bolton), más tarde con Leeds (por Mánchester, Halifax y por Leicester, Derby y Sheffield); Leeds con Hull y Newcastle (por York). Además, hay que mencionar las pequeñas vías férreas que están en construcción y las líneas proyectadas que, en poco tiempo, harán posible ir de Edimburgo a Londres en un día.

El vapor, que ya había revolucionado el transporte por tierra, también transformaría el marítimo. El primer buque a vapor se construyó en Hudson, en Norteamérica. El primero en el Imperio británico fue construido en Clyde. Después se construyeron más de 600 en Inglaterra, y en 1836 había en actividad, en los puertos ingleses, más de 500.

Esta es, brevemente, la historia de la industria inglesa en los últimos 60 años, una historia que no tiene igual en los anales de la humanidad. Inglaterra, 60 u 80 años atrás, era un país como todos los demás, con pequeñas ciudades, una industria irrelevante y elemental, y una población agrícola escasa pero porporcionalmente grande; ahora es un país como ningún otro, con una capital de 2.500.000 de habitantes, con ciudades industriales inmensas, con una industria que provee a todo el mundo y que hace casi todo con máquinas complejas, con una sagaz, inteligente y densa población, que en sus dos terceras partes entró en relación con la industria, y que está compuesta por una clase totalmente distinta, que forma una nación completamente nueva, con otras costumbres y otras necesidades que las del pasado. La Revolución industrial tiene para Inglaterra el mismo significado que la Revolución política para Francia y la filosófica para Alemania, y el contraste entre la Inglaterra de 1760 y la de 1844 es tan grande como la Francia del *Ancien Régime* y la Francia de la Revolución de julio. Pero el fruto más importante de esta Revolución industrial es el proletariado inglés.

Hemos visto antes cómo el proletariado surgió por la introducción de las máquinas. El rápido desarrollo de la industria exigía brazos; el salario

aumentó y, en consecuencia, cuadrillas de trabajadores emigraron de los distritos agrícolas a la ciudad. La población aumentó rápidamente y casi todo el crecimiento vino de la clase proletaria. Además, Irlanda había iniciado un desarrollo pacífico solo a partir del siglo XVIII. Allí, la población, que había sido diezmada por la crueldad inglesa en disturbios del pasado, se multiplicaba rápidamente, especialmente después de que el avance de la manufactura comenzara a atraer a masas de irlandeses hacia Inglaterra. Así surgieron las grandes ciudades industriales y comerciales del Imperio británico, donde se encuentran, por lo menos, las tres cuartas partes de la población de clase trabajadora y donde la pequeña burguesía está compuesta especialmente de mercaderes y, en un número muy inferior, de artesanos. Porque, del mismo modo que la manufactura en ascenso alcanzó importancia al transformar las herramientas en máquinas, los talleres en fábricas y, en consecuencia la clase baja-media trabajadora en proletariado y los antiguos grandes comerciantes en industriales; al igual que la clase media-baja fue temporalmente aplastada y la población reducida a dos elementos antagónicos, trabajadores y capitalistas, lo mismo ocurrió fuera del sector industrial propiamente dicho entre artesanos y minoristas. Así, los maestros y oficiales han sido sustituidos por grandes capitalistas y obreros que jamás han tenido perspectivas de elevarse por encima de su clase. Los trabajos manuales se llevaron a cabo al modo industrial, la división del trabajo se aplicó rigurosamente y los pequeños empleadores, que no podían competir con los grandes, se vieron empujados a la clase proletaria. Al mismo tiempo, la destrucción de la antigua organización del trabajo manual y la desaparición de la clase media privaron al trabajador de toda posibilidad de ascenso social. Hasta entonces había tenido siempre la opción de asentarse en cualquier lugar como patrón estable y tomar a su vez, con el tiempo, otros trabajadores; pero ahora, cuando los mismos patronos eran arrojados por los fabricantes, cuando para el ejercicio independiente de un trabajo eran necesarios grandes capitales, el proletariado llega a constituir, por primera vez, una clase genuina, una clase fija de la población, mientras que antes había sido, a menudo, solamente un tránsito hacia la burguesía. El que ahora nacía trabajador no tenía ninguna

otra perspectiva que seguir siéndolo toda su vida. Por primera vez, el proletariado estba en condiciones para iniciar un movimiento independiente.

De este modo fue cómo se aglutinó la prodigiosa masa de obreros que llena actualmente todo el Imperio británico, y cuya situación social reclama cada día más la atención del mundo civilizado. La situación de la clase trabajadora, es decir, la situación de la inmensa mayoría del pueblo inglés, plantea un problema: ¿qué ocurrirá con estos millones de indigentes, que hoy consumen aquello que ayer han ganado, que con sus inversiones y su trabajo han hecho la grandeza de Inglaterra, que día a día van teniendo más conciencia de su fuerza y día a día exigen, con mayor insistencia, su parte de los beneficios sociales? Tal es el problema, que ha llegado a ser una cuestión nacional desde la *Reform Bill.* Todas las discusiones de cierta importancia en el Parlamento se refieren a ella, y si todavía la clase media inglesa no lo quiere confesar, si procura igualmente evitar esta cuestión candente y considera sus intereses particulares como los intereses reales de la nación, todo ello no le sirve de nada. En cada sesión parlamentaria la clase trabajadora gana terreno, los intereses de las clases medias pierden importancia, y si bien la clase media es, ciertamente, la fuerza principal, la única fuerza del Parlamento, con todo, la última sesión de 1844 fue una continua discusión sobre la situación de los trabajadores (el *Poor Relief Bill,* el *Factory Act,* el *Masters' and Servants' Act*) y Thomas Duncombe, el representante de la clase trabajadora en la misma Cámara, fue el hombre de la sesión; mientras, la clase media liberal, con su moción sobre la supresión de las *Corn Laws,* y la clase media radical, con su propuesta sobre el rechazo de los impuestos, representaron una escena lastimosa. Las mismas discusiones sobre Irlanda fueron, en el fondo, solo discusiones sobre la situación del proletariado irlandés y un medio de ayudarlo a levantarse. Pero hace ya mucho tiempo que la clase media inglesa hace concesiones a los trabajadores, que ya no piden, sino que amenazan y exigen.

A pesar de todo, la clase media inglesa, y particularmente la industrial, que se enriquece directamente con la miseria de los trabajadores, nada sabe de esta miseria. Ellos, que se sienten fuertes, que se sienten la clase que

representa a la nación, se avergüenza de exponer claramente la parte llagada ante los ojos del mundo; ellos no quieren confesar que los trabajadores son pobres porque las clases propietarias e industriales tienen la responsabilidad moral de esta miseria. De ahí el aire burlón que los ingleses instruidos –y solamente ellos, es decir, los de la clase media, son conocidos en el continente– suelen asumir cuando se comienza a hablar de la situación de los trabajadores; de ahí la completa ignorancia de la clase media en todo lo que respecta a los trabajadores; de ahí los errores ridículos que esa clase media comete, dentro y fuera del Parlamento, cuando la situación del proletariado entra en discusión; de ahí la ridícula despreocupación en que vive, con respecto al terreno que se está socavando bajo sus pies y que cualquier día puede hundirse, cuyo derrumbe es tan seguro como una ley de la mecánica o la matemática; de ahí lo sorprendente de que los ingleses no posean todavía un solo libro sobre la situación de los trabajadores, si bien desde hace ya quién sabe cuántos años estudian el asunto. Pero de ahí deriva también el profundo odio contra los ricos de toda la clase trabajadora, de Glasgow a Londres; contra los ricos que los explotan sistemáticamente, dejándolos abandonados a su suerte; un odio que dentro de poco tiempo –casi se puede calcular– ha de estallar en una revolución, frente a la cual la Revolución francesa y el año 1794 serán un juego de niños.

[1] Según Porter y su *Progress of the Nation,* Londres, vol. I, 1836, vol. II, 1838, vol. III, 1843 (de informes oficiales) y también de otras fuentes oficiales. [1892: El anterior bosquejo histórico de la Revolución industrial es inexacto en los detalles; pero no existe para 1843-1844 ninguna fuente mejor.]

[2] La tonelada inglesa es una medida igual a 2.240 libras inglesas, cerca de 1.000 kilogramos.

I
El proletariado industrial

El orden en que debemos considerar las diversas categorías del proletariado resulta de la precedente historia de su origen. Los primeros proletarios pertenecieron a la industria y fueron producto directo de ella; los trabajadores industriales, aquellos que se ocupan de la elaboración de la materia prima, ocuparán en primer término, por tanto, nuestra atención. La producción del material industrial, de las materias primas y combustibles adquirió importancia enseguida, tras la Revolución industrial, e hizo surgir un nuevo proletariado: los trabajadores de las minas de carbón y de las minas de metales. En tercer lugar, la industria desplegó su acción sobre la agricultura, y, en cuarto lugar, sobre Irlanda; y conforme a ello, se debe asignar su puesto a las fracciones del proletariado que pertenecen a ella. Encontraremos también, a excepción quizá de los irlandeses, que el grado de educación de los diversos trabajadores guarda relación precisamente con su conexión con la industria y que, por lo tanto, los trabajadores industriales en su mayoría, los mineros ya menos y los agricultores casi nada, son conscientes de sus intereses. Volveremos a encontrar este mismo orden entre los trabajadores industriales, y veremos cómo los trabajadores de las fábricas, estos antiquísimos hijos de la Revolución industrial, han sido, desde el principio hasta ahora, el alma del movimiento obrero y cómo los restantes se unieron al movimiento en la medida en que su oficio era atacado por la Revolución industrial; comprenderemos, por el ejemplo de Inglaterra, por la concordancia entre la marcha del movimiento obrero y la del movimiento industrial, la importancia histórica de la industria.

Pero ya que en el presente todo el proletariado industrial participa en este movimiento y ya que la situación de las diversas categorías de trabajadores tienen mucho en común, trataremos ante todo estos puntos que comparten;

más tarde, podremos observar más rigurosamente cada ramificación en sus particularidades.

Hemos observado ya cómo la industria centraliza la propiedad en manos de unos pocos. Ella exige grandes capitales, con los que levanta colosales establecimientos, arruina así a la pequeña burguesía artesana y hace suyas las fuerzas de la naturaleza para la conquista de mercados y de obreros aislados. La división del trabajo, la utilización de la fuerza hidráulica y especialmente la del vapor y la mecánica, son las tres grandes palancas con las que la industria, desde la mitad del siglo pasado, trabaja para desquiciar el mundo. La pequeña industria creó a la clase media, la gran industria creó a la clase trabajadora y llevó al trono a los pocos predestinados de la clase media, pero solo para arruinarlos un día con tanta mayor certeza. Entretanto, sin embargo, es un hecho innegable, y fácilmente explicable, que la numerosa pequeña clase media de los «buenos y viejos tiempos» es destruida por la industria y disociada, de una parte, en ricos capitalistas y, de otra, en pobres trabajadores[1].

Pero la tendencia centralizadora de la industria no se limita a eso. La población se centraliza tanto como el capital; naturalmente, ya que en la industria el hombre, el trabajador, es considerado solamente como una parte del capital, a la que el fabricante concede en compensación por su explotación, ciertos intereses bajo el nombre de salario. El gran establecimiento industrial requiere muchos obreros que trabajan juntos en un edificio; deben vivir juntos, forman ya una villa, incluso cuando la fábrica sea pequeña. Tienen necesidades, y para satisfacerlas es necesaria otra gente; obreros, sastres, zapateros, panaderos, albañiles, carpinteros, son admitidos, pues, en la aldea. Los habitantes de esta, especialmente la joven generación, se habitúan al trabajo de la fábrica, se familiarizan con él, y si la primera fábrica no puede ocuparlos a todos, el salario desciende; en consecuencia, se establecen nuevas fábricas. Y así surge de la pequeña villa una pequeña ciudad y de esta, una grande. Cuanto más grandes sean las ciudades, mayores son sus ventajas. Si tienen vías férreas, canales y caminos, la selección de obreros expertos se hace mayor; a causa de la competencia entre los obreros y las máquinas, que se tienen fácilmente a

mano, la construcción de una fábrica es más barata, y esta puede producir más barato que una región lejana, donde la leña para construcciones, las máquinas, los trabajadores, los obreros de la fábrica, deben ser primero transportados; también se tiene un mercado, una bolsa, a la cual afluyen los compradores; se está en contacto directo con los mercados que suministran la materia prima o acogen las mercancías elaboradas. De ahí el maravilloso desenvolvimiento de las ciudades industriales. Es cierto que el campo tiene la ventaja de que allí el salario es más barato; el campo y la ciudad industrial permanecen así en continua competencia, y si hoy la ventaja está de parte de la ciudad, mañana el salario se rebaja, de modo que nuevas fábricas se ubican en el campo de un modo más ventajoso. Pero la tendencia centralizadora de la industria queda, sin embargo, con plena fuerza, y cada nueva fábrica que se establece en el campo lleva en sí el germen de una nueva ciudad. Si este excesivo movimiento de la industria prosiguiera todavía durante un siglo, podría suceder que cada uno de los distritos industriales de Inglaterra se transformase en una ciudad industrial, y Mánchester y Liverpool se encontraran cerca de Warrington o Newton. También en el comercio se realiza esta centralización de la población, exactamente del mismo modo; por esto un par de puertos como Liverpool, Bristol, Hull y Londres monopolizan casi todo el comercio marítimo del Imperio británico.

En estas grandes ciudades la industria y el comercio alcanzan su más completo desarrollo y también sus últimas consecuencias; con respecto al proletariado, se muestran de la manera más clara y abierta. La centralización de la propiedad ha llegado al punto más alto; aquí han desaparecido completamente las costumbres y las condiciones de los viejos tiempos; aquí se ha ido ya bastante lejos como para que la expresión «*Old merry England* [Vieja y alegre Inglaterra]» no tenga sentido, porque la vieja Inglaterra solo se conoce por la memoria y relato de los abuelos. Aquí hay solamente una clase rica y una pobre, porque la pequeña burguesía desaparece día a día. Esta, que fuera antaño la clase más estable, se ha vuelto ahora la más variable; consiste solamente en unos pocos vestigios de un tiempo concluido y en un número de personas que quieren hacer fortuna,

completos caballeros de industria y especuladores, de los cuales uno llega a rico mientras noventa y nueve quiebran, y de estos noventa y nueve, más de la mitad viven solo de las bancarrotas.

Pero la inmensa mayoría de esas ciudades está formada por proletarios, y ahora examinaremos cómo viven y qué influencia ejerce sobre ellos la gran ciudad.

[1] Consúltese sobre esto mis «Apuntes para una crítica de la economía política», en los *Anales franco-alemanes*. En este trabajo el punto de partida es la «libre competencia»; pero la industria es la práctica de la «libre competencia» y esta, el principio de la industria.

II
Las grandes ciudades

Una ciudad como Londres, en la que se puede caminar horas enteras sin llegar al principio del fin, sin encontrar el más mínimo signo que anuncie la vecindad del campo, constituye algo totalmente fuera de lo común. Esta colosal centralización, esta reunión de 3.500.000 de personas en un solo punto, ha centuplicado su fuerza, ha elevado a Londres a la categoría de capital comercial del mundo, ha creado los gigantescos muelles, ha reunido miles de naves que siempre cubren el Támesis. No conozco nada más imponente que la vista que ofrece el Támesis cuando se lo recorre desde el mar hasta el London Bridge: la masa de edificios, los astilleros a ambos lados, en particular desde Woolwich en adelante; las innumerables naves a lo largo de las dos riberas, que se hacen más numerosas a medida que se avanza y que, al final, dejan libre solamente una pequeña vía en medio del río, una vía por la que pasan centenares de vapores. Todo esto es tan magnífico y grandioso, que cualquiera puede quedar aturdido y estupefacto ante la vastedad de Inglaterra incluso antes de haber puesto los pies en su suelo[1].

Pero el sacrificio que todo esto ha entrañado se descubre solo más tarde. Si se camina un par de días a lo largo de las calles principales, abriéndose paso a duras penas entre la multitud y la serie infinita de coches y carrozas, si se visitan las peores partes de la ciudad mundial, entonces solamente se percibe que estos londinenses han tenido que sacrificar la mejor parte de su humanidad para alcanzar todas las maravillas de la civilización, en las que abunda la ciudad; que mil fuerzas latentes han debido quedar irrealizadas y oprimidas, a fin de que algunas pocas se desarrollaran plenamente y pudieran multiplicarse mediante la unión con otras. El tumulto de las calles tiene ya algo de desagradable, algo contra lo cual nuestra naturaleza se

rebela. Estos centenares de miles de individuos de todas las clases y de todas las condiciones, urgiéndose los unos a los otros, ¿no son todos hombres de la misma calidad y capacidad y con el mismo interés de ser felices? ¿Y no deben todos fatigarse para obtener al fin la felicidad, con los mismos medios y por el mismo camino? Sin embargo, avanzan juntos como si no tuvieran nada en común, nada que hacer uno con otro, y el único acuerdo entre ellos, tácito acuerdo, es mantenerse a su derecha en la acera para que las dos corrientes de la multitud no se estorben el paso recíprocamente, sin que ninguno se digne a lanzar una mirada al otro. La brutal indiferencia, el duro aislamiento de cada individuo en el seno de sus intereses privados, resultan tanto más desagradables y chocantes cuanto más hacinados están estos individuos en espacios reducidos, y aun sabiendo que el aislamiento de cada uno, ese sórdido egoísmo, es, por todas partes, el principio básico de nuestra sociedad actual, en ningún lugar aparece tan vergonzosamente al descubierto, tan consciente, como aquí, entre la multitud de las grandes ciudades. La disgregación de la sociedad en mónadas, de las cuales cada una tiene un principio de vida aparte y un fin especial, el mundo de los átomos es llevado aquí al extremo.

De ahí proviene también que la guerra social, la guerra de todos contra todos, esté aquí abiertamente declarada. Como el individualista Stirner, las personas se consideran recíprocamente como sujetos de uso, cada uno explota al otro, y ocurre que los más fuertes aplastan al más débil y que los pocos poderosos, es decir, los capitalistas, atraen todo para sí mientras a los más numerosos, los humildes, les queda apenas para vivir.

Y lo que vale para Londres vale también para Mánchester, Birmingham y Leeds; vale para todas las grandes ciudades. Por todas partes bárbara indiferencia, duro egoísmo por un lado y miseria sin nombre por el otro; en todas partes guerra social, la casa de cada uno en estado de sitio; por todas partes saqueo recíproco bajo la protección de las leyes, y todo esto tan impunemente, tan manifiestamente, que uno se espanta ante las consecuencias de nuestro estado social, tal como aparece aquí en forma descubierta y se maravilla solo de que continúe todavía esta vida de locura.

Como en esta guerra social, el capital, la posesión directa o indirecta de los medios de subsistencia, son el arma con que se lucha, es evidente que todas las desventajas de tal situación recaen sobre el pobre. Nadie se ocupa de él; lanzado al confuso torbellino, debe abrirse camino como pueda. Si es tan afortunado que encuentra trabajo, es decir, si la burguesía le hace el favor de permitirle enriquecerla, recibirá un salario que le posibilite apenas tener el alma unida al cuerpo; si no encuentra trabajo, puede robar, si no teme a la Policía, o sufrir hambre, y todavía en este caso la Policía cuidará de que, muriendo de inanición, no estorbe demasiado a la burguesía. Durante mi estancia en Inglaterra, de 20 a 30 personas han muerto precisamente de hambre, en las circunstancias más indignantes, y a la vista de los cadáveres, raramente se encontró un juez que tuviese el coraje de comprobarlo en forma clara. Los testimonios podían ser bien decisivos, pero la burguesía, entre la cual se escogía el juez, encontraba una escapatoria para poder rehuir el terrible veredicto «muerto de hambre». En tales casos, la burguesía no puede decir la verdad; sería pronunciar su propia condena. Además, muchos mueren de hambre indirectamente –muchos más directamente–, porque la falta de medios suficientes de subsistencia produce enfermedades mortales, porque dicha privación produce en aquellos que son víctimas de ella un debilitamiento tal del cuerpo, que enfermedades que para otros serían ligeras, se hacen para ellos gravísimas y mortales. Los obreros ingleses llaman a eso un homicidio social y acusan a la sociedad entera de cometer el delito. ¿Están equivocados?

Además, si solo algunos caen víctimas del hambre, ¿quién le garantiza al obrero que no caerá mañana? ¿Quién le asegura su situación? Si es despedido por sus patrones, con motivo o sin él, ¿quién le garantiza que podrá resistir con los suyos hasta que haya encontrado otra ocupación que le dé el pan? ¿Quién garantiza al obrero que la buena voluntad en el trabajo, la honestidad, la inteligencia, la economía y todas las otras virtudes que le son recomendadas por los prudentes burgueses lo conducirán verdaderamente por el camino de la felicidad? Nadie puede. Sabe que hoy tiene alguna cosa, pero que no depende de su voluntad el tener algo

mañana; sabe que cada soplo de viento, cada capricho del patrón que le da trabajo, cada mala operación comercial, puede volverlo a arrojar a la lucha salvaje, de la que se ha salvado temporalmente y de la que con frecuencia le es difícil, si no imposible, salir victorioso.

Pasamos ahora a hacer un examen particularizado de las condiciones a las que el conflicto social arroja a la clase desheredada. Analicemos cuál es el salario que, en realidad, suministra la sociedad al obrero por su trabajo, en habitación, vestido y alimentos, y qué asistencia garantiza a los que coperan en mayor proporción a su subsistencia. Examinemos, ante todo, la vivienda.

Toda gran ciudad tiene uno o más «barrios feos» en los cuales se amontona la clase trabajadora. A menudo, a decir verdad, la miseria habita en callejuelas escondidas, junto a los palacios de los ricos; pero en general tiene su barrio aparte, donde, desterrada de los ojos de la gente feliz, tiene que arreglárselas como pueda. En Inglaterra estos «barrios feos» están más o menos dispuestos del mismo modo en todas las ciudades; las casas peores están en la peor localidad del lugar; por lo general, son de uno o dos pisos, en largas filas, posiblemente con los sótanos habitados, casi siempre construidos de manera irregular. Estas casitas, de tres o cuatro habitaciones y una cocina, llamadas *cottages,* son en Inglaterra, y con excepción de una parte de Londres, la forma general de vivienda de toda la clase obrera. En general, las calles están sin empedrar, son desiguales, sucias, llenas de restos de animales y vegetales, sin canales de desagüe y, por eso, siempre llenas de fétidos cenagales. Además, la ventilación se hace difícil por el defectuoso y embrollado plan de construcción, y dado que muchos individuos viven en un espacio pequeño, puede fácilmente imaginarse qué atmósfera envuelve a estos barrios obreros. Por último, cuando hace buen tiempo, se extiende la ropa a secar sobre cuerdas tendidas de una casa a otra, perpendicularmente a la calle.

Examinemos algunos de estos barrios. Primero hablemos de Londres[2] y del célebre barrio «habitado por cornejas», St. Giles, que por fin ahora está a punto de ser dividido por dos anchas calles, y que debe ser destruido. Este barrio está situado en medio de las partes más pobladas de la ciudad, circundado por calles anchas y espléndidas, en las cuales pasea el gran

mundo de Londres; muy cercano a Oxford Street y Regent Street, Trafalgar Street y el mercado; cestos de verdura y fruta, naturalmente casas altas, de tres o cuatro pisos, con calles estrechas y sucias, curvas, en las cuales el movimiento es tan grande como en las principales calles de la ciudad, con la única diferencia de que en St. Giles se ven solo personas de la clase obrera. En las calles está el mercado; cestos de verdura y fruta, naturalmente todas de mala calidad, apenas aprovechables, restringen aún más el paso, y de ellas, como de los puestos de los vendedores de carne, emana un olor nauseabundo. Las casas están habitadas desde el sótano hasta el desván, sucias por fuera y por dentro, hasta el punto de que por su aspecto parecería imposible que los hombres pudieran habitarlas. Y todavía esto no es nada frente a las viviendas que se ven en los patios estrechos, y en las callejuelas dentro de las calles, a las que se llega por pasajes cubiertos entre las casas, y en las que la suciedad y el estado ruinoso supera toda descripción; no se ve casi ningún vidrio en las ventanas, las paredes están rotas, las puertas y las vidrieras destrozadas y arrancadas, las puertas exteriores sostenidas por viejos herrajes o faltan del todo; aquí, en este barrio de ladrones, las puertas no son de ningún modo necesarias, al no haber nada para robar. Montones de suciedad y de ceniza se encuentran a cada paso, y todos los desechos líquidos echados en las puertas se acumulan en fétidas cloacas. Aquí habitan los pobres entre los pobres, los trabajadores peor pagados, con los ladrones; los explotadores y las víctimas de la prostitución, ligados entre sí; en su mayor parte son irlandeses o descendientes de irlandeses, que todavía no se han sumergido en la vorágine de la corrupción moral que los rodea, pero que cada día descienden más bajo y pierden la fuerza de resistir a la influencia desmoralizadora de la miseria, de la suciedad y de los compañeros disolutos.

Pero St. Giles no es el único «barrio feo» de Londres. Entre la enorme cantidad de calles se encuentran centenares y millares de callejas y callejuelas, con casas que son demasiado indecentes para aquellos que todavía pueden gastar algo por una vivienda humana; a menudo, junto a las espléndidas casas de los ricos, se encuentran estos escondrijos de la mayor miseria. Hace poco tiempo, con ocasión de la inspección de un cadáver, en

una localidad muy cercana a Portman Square, una plaza pública decentísima, fue designada como «la residencia de una cantidad de irlandeses desmoralizados por la suciedad y la miseria». Así, en avenidas como Long Acre, etc., que si no son de las más elegantes, son todavía de las más decentes, se encuentran, en gran número, sótanos habitados, de los que salen a la luz del día figuras enfermizas de niños y mujeres, medio hambrientos y andrajosos. En la proximidad del Drury Lane Theater –el segundo de Londres– se encuentran algunas de las peores calles de toda la ciudad: Charles, King y Parker Streets, con casas habitadas desde el sótano al desván, por las familias más pobres. En la parroquia de St. John y St. Margaret en Westminster vivían, en 1840, según el *Diario de la Sociedad de Estadística,* 5.466 familias de obreros en 5.294 viviendas, si es que merecen tal nombre. Hombres, mujeres y niños, todos juntos, sin miramientos por la edad y el sexo, 26.830 individuos; y tres cuartas partes del número de familias citado poseía solamente una habitación. En la aristocrática parroquia de St. George, Hanover Square, vivían, siempre según el citado diario, 1.465 familias, en total 6.000 personas, en iguales condiciones; también aquí las dos terceras partes del número total de familias estaban comprimidas en una sola habitación. ¡Y cómo la miseria de estos infelices, entre los cuales ni los ladrones esperan encontrar algo, es explotada legalmente por la clase poseedora! Por las horribles habitaciones mencionadas arriba, vecinas a Drury Lane se pagan los siguientes alquileres, por semana: dos locales en el sótano, 3 chelines; un cuarto en la planta baja, 4 chelines; una habitación en el primer piso, 4,5 chelines; en el segundo piso, 4 chelines; en el desván, 3 chelines; de modo que solamente los hambrientos habitantes de Charles Street pagan a los propietarios de casas un tributo anual de 2.000 libras esterlinas y las ya citadas 5.366 familias de Westminster pagan un alquiler anual de 40.000 libras esterlinas.

El mayor barrio obrero está al este de la Torre, en Whitechapel y Bethnal Green, donde está concentrada la masa principal de los trabajadores de Londres. He aquí lo que dice el señor G. Alston, predicador de St. Philip, en Bethnal Green, sobre el estado de la parroquia:

> Engloba 1.400 casas, habitadas por 2.795 familias, o cerca de 12.000 personas. El espacio habitado por esta gran población es menor de 400 *yards* (1.200 pies) cuadradas y, con tal aglomeración lo más común es que un hombre, su mujer, cuatro o cinco hijos, y todavía también el padre y la madre, vivan en una misma habitación de diez a doce pies cuadrados, donde trabajan, comen y duermen. Creo que, antes que el obispo de Londres reclamase la atención pública sobre esta pobrísima parroquia en el oeste de la ciudad, se sabía tanto de esto como de la bárbara Australia o de las islas del Pacífico. Y si nosotros, observando personalmente, nos damos cuenta exacta de los sufrimientos de estos infelices, si observamos su pobre alimento y los vemos curvados bajo el peso de las enfermedades y de la falta de trabajo, encontraremos tal cantidad de miseria y de privaciones que una nación como la nuestra debería avergonzarse de su existencia. He sido párroco de Huddersfield durante tres años, cuando las fábricas andaban mal, pero no he presenciado un abandono tan completo de los pobres como en Bethnal Green. Ni un padre de familia, entre diez, tiene otro traje que el de trabajo, como no sean guiñapos; algunos tienen, para cubrirse, nada más que dichas vestimentas y, por lecho, una bolsa de paja o viruta.

Solo con esta descripción puede percibirse cómo son tales viviendas obreras. Pero, aun así, sigamos a los funcionarios ingleses que de vez en cuando se dejan caer por estos hogares de obreros.

Con motivo de una inspección realizada por el señor Carter, *coroner* del condado de Surrey, junto al cadáver de Ann Galway, el 14 de noviembre de 1843, los diarios expusieron lo que sigue, relativo a la habitación de la fallecida:

> Había vivido con su marido y un hijo de 19 años en una pequeña habitación del número 3 en White Lion Court, Bermondsey Street, Londres, donde no se encontraron lechos, ni nada similar, ni otros muebles. Yacía muerta junto al hijo, sobre un montón de plumas esparcidas sobre su cuerpo casi desnudo, ya que no había mantas ni sábanas. Las plumas se adherían tan tenazmente a todo su cuerpo que el médico no pudo examinar el cadáver sino después de que fue limpiado, y entonces lo encontró completamente desnutrido, y en algunas partes con picaduras de insectos peligrosos. Una parte de suelo estaba rota y el agujero era utilizado por la familia como retrete.

> El lunes 15 de enero de 1844 fueron llevados al tribunal de Policía de Worship Street, dos muchachos que, hambrientos, habían robado en una bodega una pata de vaca medio cocida y se la habían comido enseguida. El juez hizo hacer investigaciones ulteriores, recibiendo de la Policía la siguiente información: la madre de estos muchachos era viuda de un soldado, más tarde agente de Policía; después de la muerte del marido quedó con 9 hijos y los negocios le fueron muy mal. Vivía en Pool's Place, número 2, Quaker Street, Spitalfields, en la mayor miseria. Cuando el agente de Policía llegó a la casa encontró a la viuda con 6 de sus hijos literalmente amontonados en una habitación interna, sin muebles, exceptuando dos viejas sillas de junco, desfondadas, una mesita con las patas rotas, una taza, también rota, y un platito. En la

chimenea, apenas un poco de fuego, y en un rincón, un montón de trapos que podría llevar una señora en su delantal, que servían como lecho a la familia entera. Por cobertura no tenían nada más que sus miserables vestidos. La pobre señora contó al agente de Policía que había tenido que vender la cama, el año anterior, para comprar alimentos; había dado las sábanas a un comerciante de comestibles, como prenda por algunos alimentos, y había vendido, en general, todas sus cosas para poder comprar pan. El juez dio a la mujer una suma considerable del fondo de los pobres.

En febrero de 1844 fue recomendada a la protección del juez de Policía de Marlborough Street una viuda de 60 años, Teresa Bishop, con su hija enferma, de 26 años. Habitaban en Brown Street, número 5, Grosvenor Square, en un cuarto interior, no más grande que un armario, y sin muebles. En un ángulo había algunos andrajos, sobre los que dormían ambas mujeres: una caja servía de mesa y de silla. La madre ganaba algo limpiando habitaciones; vivían en este estado desde mayo de 1843, como hubo de declarar el patrón, vendiendo o empeñando, poco a poco, todas las cosas que les quedaban, y todavía sin pagar el alquiler. El juez les dio una esterlina del fondo de los pobres.

No quiero, ciertamente, sostener que todos los trabajadores londinenses vivan en tal miseria, como las tres familias citadas; sé bien que, por uno tan golpeado por la sociedad, hay diez que viven mejor; pero sostengo que miles de familias, honestas y diligentes, mucho más honorables y decentes que todos los ricos de Londres, se encuentran en esta situación indigna, y que cualquier proletario, sin excepción, sin que sea su culpa, y a pesar de todas las privaciones, puede ser golpeado de igual manera.

A pesar de todo, aquellos que todavía tienen un techo de cualquier especie resultan afortunados si se los compara con los que no lo tienen. En Londres, cada mañana se levantan 50.000 personas que no saben dónde podrán reposar la noche siguiente. Los felices, entre ellos, que logran ahora un centavo o dos, irán a uno de los llamados albergues *(lodging-house)* numerosísimos en todas las grandes ciudades, donde encontrarán con su dinero un asilo. Pero ¡qué asilo! La casa está repleta de camas, de arriba abajo: cuatro, seis lechos en un cuarto, tantos como puedan entrar. En cada lecho se ubican cuatro, cinco, seis personas a la par, cuantas puedan caber, enfermos y sanos, viejos y jóvenes, hombres y mujeres, borrachos y hambrientos, todos amontonados, como vengan. Hay discusiones, riñas, heridas; y si los compañeros de lecho están de acuerdo, es todavía peor: se

planean robos, o se hacen cosas que nuestra lengua humana no puede reproducir con palabras. ¿Y los que no pueden pagarse tal alojamiento? Duermen donde encuentran lugar: en los pasajes, bajo arcadas, en un rincón cualquiera donde los propietarios y la Policía los dejan dormir en paz; algunos se van a las casas abiertas, aquí y allá, por la beneficencia privada; otros duermen en los bancos de los parques, bajo las ventanas de la reina Victoria. Leamos lo que dice el *Times* de octubre de 1843:

> Según los informes policiales de ayer, resulta que un promedio de 50 seres humanos duermen cada noche en los parques, sin otra protección contra la intemperie que los árboles y alguna cavidad en los diques. En su mayor parte son muchachas seducidas por los soldados, llevadas a la capital y arrojadas al mundo en el abandono de la miseria, en una ciudad desconocida, en el salvaje abandono del vicio precozmente maduro.
>
> Esta es terriblemente la verdad. Pobres se encontrarán por todas partes. El vicio hallará por todos lados su camino y descenderá con toda su abominación al corazón de la grande y feliz ciudad. En las miles de callejas y callejuelas de una populosa metrópoli habrá siempre, lo tememos, muchos sufrimientos, muchas cosas que ofenden la vista, muchas que no ven jamás la luz del día.
>
> Pero que en los lugares donde se albergan la riqueza, la alegría y el esplendor, que cerca de la gran mole del palacio real de St. James, cerca del espléndido palacio Bayswater, donde se encuentran los antiguos y los nuevos barrios aristocráticos, donde se ostenta el más cuidadoso refinamiento del moderno arte de construir las ciudades, se levante también la mísera cabaña para la pobreza; que en un lugar que parecía consagrado al exclusivo placer de los ricos, se alberguen la miseria y el hambre, las enfermedades y el vicio, con todos los horrores que de ellos se derivan, consumándose en los cuerpos y en las almas, esto constituye, en realidad, un orden de cosas monstruoso.
>
> ¡Los más grandes goces que pueden reportar la salud del cuerpo, los estímulos espirituales, los más inocentes placeres de los sentidos, en contacto inmediato con la más negra miseria! ¡La riqueza riendo en sus espléndidos salones, con brutal indiferencia por los desconocidos dolores de la indigencia! ¡Alegría que, inconsciente pero cruelmente, hace escarnio del dolor que allá abajo gime! Lucha de contrastes y antítesis, no solo el vicio que induce en tentación, sino también el vicio que se deja seducir… Que todos los hombres piensen que en los más bellos lugares de la más rica ciudad de la tierra, por las noches, en invierno, se encuentran mujeres jóvenes en edad, envejecidas en el pecado y los sufrimientos, arrojadas de la sociedad, presas fáciles del hambre, la suciedad y las enfermedades. Puedan ellos aprender, no a teorizar, sino a actuar. ¡Dios sabe si hay mucho que hacer hoy!

He hablado más arriba de las casas para albergue de los sin techo. Podemos probar, con dos ejemplos, cuán excesivo es el número de los que están en tal condición. El *Refuge for the Houseless,* abierto recientemente en Upper Ogle Street, que puede albergar cada noche 300 personas, dio refugio desde su apertura, el 27 de enero, hasta el 17 de marzo de 1844, a 2.740 personas por una o varias noches; y aunque la estación no fuera desfavorable, el número de los que buscaban albergue en este asilo, como en los de White Cross Street y Wapping, fue mucho mayor, y cada noche, por falta de espacio, se debían rechazar muchísimos de los sin techo. En otro, el *Central Asylum* en Playhouse Yard, en los primeros tres meses de 1844, se dio albergue a una media de 460 personas por noche, en total, 6.681 personas, y se distribuyeron 96.141 raciones de pan. No obstante esto, el comité directivo declara que también este albergue era apenas suficiente para albergar a todos los necesitados, aun cuando el asilo del este de la ciudad hubiera estado abierto a los sin techo.

Dejemos Londres, para ocuparnos ordenadamente de las otras grandes ciudades de los tres reinos. Veamos primeramente a Dublín, una ciudad que cuyo acceso desde el mar es tan atractivo como imponente es el de Londres; la bahía de Dublín es la más bella de todas las del reino, y es comparada, por los irlandeses, a la de Nápoles. La ciudad misma encierra muchas bellezas, y los barrios aristocráticos están mejor dispuestos y con más gusto que los de cualquier otra ciudad inglesa. Por contraste, los barrios más pobres de Dublín son los más feos y repugnantes del mundo. Por otra parte, no es del todo ajeno a este estado de cosas el propio pueblo irlandés, que, en ciertos casos, se siente cómodo en medio de la suciedad; pero como quiera que en toda gran ciudad de Escocia y de Inglaterra encontramos miles de irlandeses, y que toda población pobre debe caer siempre en la misma porquería, no es la miseria de Dublín nada especial, nada particularmente propio a esta ciudad irlandesa, sino algo común a todas las ciudades del mundo. Los distritos pobres de Dublín son extensísimos, y la suciedad, la inhabitabilidad y el abandono de las casas superan toda imaginación. De cómo están hacinados los pobres, se puede tener una idea cuando se sabe que, en 1817, y según el informe de los inspectores de las casas de trabajo,

en Barral Street, 1.318 personas vivían en 52 casas con 390 cuartos, y en Church Street y alrededores, en 71 casas con 393 habitaciones, se alojaban 1.997 personas; que

> en este y en el barrio vecino, existe una cantidad de callejas y callejuelas hediondas, que muchos sótanos reciben luz solamente por la puerta y que en muchos de ellos los inquilinos duermen sobre la tierra desnuda, bien que la mayor parte posee al menos un lugar para el lecho, pero que, por ejemplo, en la Nicholson's Court, se encuentran 151 personas en 28 pequeñas y miserables habitaciones, en la mayor miseria, de modo que en todo el barrio fabril había solamente 2 camas y 2 mantas[3].

La miseria es tan grande en Dublín, que un solo instituto de beneficiencia, la *Mendicity Association,* recoge cada día a 2.500 personas, esto es, el 1 por 100 de la población, a las cuales atiende únicamente de día, suministrándole el alimento.

Algo similar relata el doctor Alison en lo referente a Edimburgo, ciudad cuya magnífica ubicación le ha valido el nombre de la Atenas Moderna, y cuyo barrio aristocrático, en la parte nueva de la ciudad, contrasta de modo estridente con la enorme miseria del barrio pobre, en la ciudad vieja. Alison sostiene que esta parte de la ciudad es sucia y tan fea como los peores barrios de Dublín y que la *Mendicity Association* tendría que socorrer en Edimburgo a un número de gente necesitada, proporcionalmente igual al de la capital irlandesa; agrega que los pobres, en Escocia, y particularmente en Edimburgo y Glasgow, están en peores condiciones que los de cualquier otra parte del Imperio británico, y que los más miserables no son los irlandeses, sino los escoceses. El doctor Lee, pastor de la vieja iglesia de Edimburgo, declaró, en 1836, ante la *Commission of Religious Instruction:*

> Que no había visto nunca una miseria como la de su parroquia. La gente no tiene muebles, les falta de todo, a menudo habitan dos parejas de esposos en el mismo cuarto. Un día visitó siete casas en las que no encontró ninguna cama, en algunas ni siquiera paja; personas de 80 años dormían sobre un armazón de madera, casi todas permanecían vestidas durante la noche. En un sótano había encontrado dos familias de campesinos escoceses: dos de los hijos habían muerto poco después de haber llegado a la ciudad, el tercero estaba moribundo en el momento en que los visitó; para cada familia había sobre el pavimento un montoncito de paja sucia; además, el sótano –donde no era posible reconocer a una persona en pleno día– también daba albergue a un asno. El ver tanta miseria, en un país como Escocia, haría sangrar a un corazón de piedra.

Datos semejantes aporta el doctor Hennan, en el *Edimburgh Medical and Surgical Journal.* Por un informe parlamentario[4] sabemos qué inmundicia reina en las casas de los pobres en Edimburgo, cosa naturalísima, por lo demás, en tales circunstancias. Sobre los barrotes de las camas, las gallináceas encuentran su refugio por la noche; perros y hasta caballos duermen con los hombres en las mismas habitaciones, y una consecuencia natural es la presencia de ejércitos de parásitos y de una horrible suciedad y hedor. La forma en que está construida Edimburgo favorece todo lo posible este horrible estado de cosas. La ciudad vieja está edificada sobre los dos lados de una colina, sobre cuya loma corre High Street. De esta se desparraman a ambos lados, bajando de la colina, cantidad de sendas estrechas y curvas, llamadas, por lo tortuosas, *wynds,* y que conforman el barrio proletario. Las casas de las ciudades escocesas tienen, generalmente, cinco o seis pisos –como en París y contrariamente a las ciudades inglesas, donde, en lo posible, cada uno tiene su casa aparte– y cada una está habitada por un gran número de familias; la aglomeración de muchos individuos en una pequeña superficie es, por esta causa, mayor. Un diario inglés, en un artículo sobre las condiciones sanitarias de los trabajadores en las ciudades, decía:

> Estas calles son tan estrechas, que desde la ventana de una casa se puede entrar en la casa de enfrente, y las casas son altas como torres, de modo que la luz apenas puede penetrar en los patios y las calles. En estos lugares de la ciudad no existen cloacas, ni hay en las casas cañerías o retretes, y por lo tanto, cada noche, todas las inmundicias, los residuos y excrementos de, por lo menos, 50.000 personas, son arrojados a los albañales, de modo que, a pesar del barrido de las calles, se produce una capa de suciedad estancada y un olor nauseabundo. Y con esto, no solamente se ofende la vista y el olfato, sino que además está dañada, en alto grado, la salud de los habitantes. ¿No es de maravillarse que en tales condiciones estén completamente postergadas todas las normas de salud, la moral y aún de la más elemental conveniencia? Por el contrario, todos los que conocen de cerca las condiciones de los habitantes, pueden testimoniar el alto grado alcanzado por la miseria, las enfermedades y la inmoralidad. La sociedad ha caído, en estos lugares, en un estado de miseria indescriptible. Las viviendas de las clases más pobres son, en general, muy sucias, y evidentemente no se han limpiado nunca; constan, en la mayoría de los casos, de un solo cuarto, que por la pésima ventilación y a causa de las ventanas rotas e inadecuadas, es frío, muchas veces húmedo y se encuentra en parte bajo tierra, siempre mal amueblado y, por lo tanto, inhabitable. A menudo, un montón de paja sirve de lecho a una

familia entera; sobre él yacen hombres y mujeres, viejos y jóvenes, en una promiscuidad repugnante. El agua se obtiene solo de pozos públicos, y la fatiga requerida para bombearla justifica, naturalmente, cualquier posible suciedad[5].

En otras grandes ciudades marítimas no se ve nada mejor. Liverpool, con todo su comercio, su esplendor y su riqueza, trata a sus obreros con la misma barbarie. Una quinta parte de la población, es decir, 45.000 personas, habitan en estrechos sótanos oscuros, húmedos y mal ventilados; de estos existen en la ciudad 7.862. Además, hay 2.270 patios *(courts),* es decir, pequeñas plazas con construcciones a los cuatro lados y con un solo pasaje, en general cubierto y, por lo tanto, sin ventilación. De tales viviendas hablaremos más ampliamente cuando nos ocupemos de Mánchester. En Bristol se visitaron, en una ocasión, 2.800 familias obreras, y de ellas el 46 por 100 tenían un solo cuarto.

Las mismas condiciones encontramos en las ciudades industriales. Nottingham tiene, en total, 11.000 casas, de las cuales, entre 7.000 y 8.000 están construidas con el muro posterior en común, de manera que es imposible cualquier clase de ventilación; además, existe una sola letrina en común para muchas viviendas. En una inspección recientemente hecha, se comprobó que muchas filas de casas están construidas sobre húmedos albañales, cubiertos solo con una capa de pavimento. En Leicester, Derby y Sheffield el panorama no es mejor. Sobre Birmingham el artículo citado del *Artisan* señala:

En las partes viejas de la ciudad existen muchas localidades sucias y descuidadas, llenas de montones de residuos y de cenagales. Los patios, muy numerosos, en Birmingham, suman más de 2.000 y albergan a la mayor parte de la clase obrera; son, en su mayoría, estrechos y fangosos, mal ventilados y con malos desagües; encierran de 8 a 20 casas, la mayor parte de las cuales reciben el aire de una sola parte, porque tienen el muro posterior en común con otra casa, y en el fondo del patio existe un depósito de desperdicios, o algo semejante, cuyo aspecto es indescriptible. Debemos señalar que, en las nuevas construcciones, los patios están dispuestos más racionalmente y mantenidos con mayor decencia. En estos últimos las viviendas están menos apretadas que en Mánchester y Liverpool. Por esto, en periodos en que dominaban enfermedades epidémicas, Birmingham tuvo un número mucho menor de muertos que Wolverhampton, Dudley y Bilston que están solo a algunas millas de aquella. En Birmingham, los sótanos que sirven para habitaciones son desconocidos, aunque algunos locales bajos sean impropiamente utilizados como *ateliers.* Las casas de albergue para obreros son bastante

numerosas (más de 400), sobre todo en los patios del centro de la ciudad; son casi todas repugnantemente sucias y húmedas, y sirven de refugio a pordioseros, *trampers* (explicaremos después el significado exacto de esta palabra), ladrones y prostitutas, que allí comen, beben, fuman y duermen, sin ninguna consideración sobre las conveniencias o al bienestar, en una atmósfera soportable solo para esa gente degradada.

Glasgow tiene, bajo muchos aspectos, semejanzas con Edimburgo; los mismos *wynds,* las mismas casas altas. Sobre esta ciudad, el *Artisan* observa:

La clase obrera constituye aquí el 78 por 100 de la población total (300.000 habitantes), vive en partes de la ciudad que en miseria y horror superan los reductos más sórdidos de St. Giles y Whitechapel, las Liberties de Dublín, los *wynds* de Edimburgo. En el corazón de Glasgow existen, en gran número, tales localidades –al sur de Trongate, al oeste de Saltmarket, en Calton, junto a High Street, etc.–, laberintos sin fin de callejuelas y de *wynds,* en los que desembocan, a cada paso, patios, calles o callejas cerradas, formadas por edificios viejos, mal ventilados, altísimos, sin agua y ruinosos. Estas casas están generalmente repletas de inquilinos; en cada piso habitan tres o cuatro familias –tal vez 20 personas– y a veces todo un piso está alquilado solo por la noche, de modo que de 15 a 20 personas están como embaladas, no podemos decir que están alojadas, en una sola habitación. Estos barrios comprenden la parte más pobre, más depravada y sin valor, de la población, y deben considerarse como la fuente de aquellas terribles epidemias de fiebre que, desde esos lugares, esparcen la desolación por todo Glasgow.

Escuchemos cómo es descrita esta parte por J. C. Symonds, comisionado por el gobierno, con motivo de una encuesta sobre la condición de los tejedores manuales:

He visto la miseria en una de sus peores fases, tanto aquí como en el continente, y no creía, antes de haber visitado los *wynds* de Glasgow, que en un país civilizado pudieran existir tantos delitos, tanta miseria y tantas enfermedades. En las pobrísimas casas de alojamiento duermen sobre el pavimento, en desorden, 10, 12 y a 20 veinte personas, de ambos sexos y de todas las edades, en variados grados de desnudez. Estos refugios están generalmente tan sucios, húmedos y ruinosos, que nadie quisiera guardar allí ni su propio caballo[6].

Y en otra parte:

Los *wynds* de Glasgow encierran una población fluctuante de 15.000 a 30.000 personas. Este barrio de Glasgow consiste en calles estrechas y *courts* en medio de los cuales se encuentra siempre un montón de basuras. Por muy repugnante que fuese el aspecto exterior de estos lugares, todavía no estaba preparado para ver la miseria y suciedad del interior. En algunos de

aquellos cuartos para dormir, que nosotros (el superintendente de Policía, capitán Miller, y Symonds) visitamos de noche, encontramos un piso de seres humanos extendidos sobre el suelo, a menudo de 15 a 20, algunos vestidos, otros desnudos, hombres y mujeres en desorden. Su cama era un lecho de paja podrida, mezclada con algunos andrajos. Pocos o ningún mueble; lo único que daba a estas cuevas cierto aspecto de habitación era un fuego encendido en la chimenea. El robo y la prostitución son los principales medios de vida de esta gente. Nadie parece preocuparse de limpiar este establo de Augías, este pandemónium, este cúmulo de delitos, suciedad y pestilencia, que se encuentran en el centro de la segunda ciudad del reino. Un cuidadoso examen de los barrios más bajos de las otras ciudades no nos ha presentado, nunca, algo que fuese ni la mitad de malo, ni por la intensidad de infección moral y física, ni por la densidad relativa de la población. En estos barrios, la mayor parte de las casas han sido declaradas inhabitables por el tribunal, pero precisamente estas son las más pobladas, porque, según la ley, no se puede cobrar por ellas ningún alquiler.

La gran región industrial en el medio de la isla británica, la franja con densa población del oeste de Yorkshire y el sur de Lancashire, con sus numerosas ciudades industriales, no va a la zaga de las otras grandes ciudades. El distrito lanero de West Riding, del Yorkshire, es una región atrayente, un hermoso país de verdes colinas, cuya elevación va creciendo hacia el oeste, hasta alcanzar su máxima altura en la áspera cresta del Blackstone Edge –la línea divisoria entre el mar de Irlanda y el mar del Norte–. El valle Aire, sobre el que yace Leeds, y el del Calder, a través del cual corre la vía férrea Mánchester-Leeds, figuran entre los más pintorescos de Inglaterra y están por doquier cubiertos de fábricas, aldeas y ciudades; las casas grises, de piedra tallada, presentan un aspecto tan ordenado y limpio, frente a los edificios de ladrillos ennegrecidos de Lancashire, que es un placer mirarlos. Pero si se entra en la ciudad, uno tiene pocos motivos por los que alegrarse. Leeds yace, como la describe el *Artisan,* tal como pude confirmar

en un suave declive que desciende haca el valle del Aire. Este río atraviesa la ciudad a lo largo de cerca de una milla y media[7], y durante el deshielo, o las épocas de lluvias abundantes, trae fuertes aluviones. Las partes de la ciudad situadas en alto están limpias, pero aquellas otras en las posiciones más bajas, cerca del río y sus canales confluentes, son sucias, estrechas y suficientes ya, por sí mismas, para abreviar la vida de cualquiera, especialmente de los niños de muy corta edad; téngase en cuenta, además, el estado repugnante de los barrios obreros alrededor de Kirkgate, Marsh Lane, Cross Street y Richmond Road, que se componen, especialmente, de calles sin pavimento ni desagües y de construcción irregular, de numerosos

> patios y callejas oscuras, desprovistas de los más elementales medios de limpieza; todo esto explica la enorme mortalidad en estas desdichadas regiones de la miseria más sórdida. Después de las inundaciones del Aire –que, como todos los ríos que sirven a las industrias, entra en la ciudad como una corriente pura y transparente y sale arrastrando aguas densas, negras y hediondas, cargadas de toda clase de inmundicias–, las viviendas y los sótanos se inundan frecuentemente de agua hasta el punto que es necesario extraerla con bombas; en tales casos el agua, incluso donde hay cloacas, por donde llega hasta los sótanos[8], producen exhalaciones miasmáticas, mezcladas con gas hidrógeno sulfurado, que dejan un depósito nauseabundo, muy nocivo para la salud. Durante la inundación de la primavera de 1839, la acción de tales obstrucciones de las cloacas fue tan dañina, que, según la información oficial, en este barrio, durante el trimestre, se habían producido tres decesos por cada dos nacimientos, mientras que en el mismo trimestre, todos los otros barrios tenían tres nacimientos por cada dos casos de decesos. Otros barrios muy poblados carecen de desagües y están tan precariamente atendidos que no prestan ninguna ventaja sobre los otros. En algunos grupos de casas, los sótanos están rara vez secos; en otros barrios, las calles aparecen cubiertas con una capa de fango. Los habitantes se han cansado en vano tratando, de cuando en cuando, de reparar con cenizas estas calles; a pesar de ello, por todas partes se encuentran cenagales, y de las casas sale agua sucia, que permanece en las calles hasta que el viento o el sol la sequen. Una vivienda ordinaria de Leeds cubre una superficie no mayor de 5 yardas cuadradas y consta generalmente de un sótano y dos cuartos. Estas habitaciones estrechas, ocupadas día y noche, constituyen otro punto peligroso, tanto en lo referente a la moral como a la salubridad[9].

Y de qué manera están repletas estas habitaciones, nos ilustra el citado informe sobre condiciones sanitarias de la clase obrera: «En Leeds encontramos hermanas y hermanos, y pensionistas de los dos sexos, que compartían con sus padres la misma pieza para dormir; de esto se deducen consecuencias que sobrecogen el ánimo».

Dígase lo mismo de Bradford, que dista solamente 7 millas de Leeds, y yace en el centro de numerosos valles convergentes en un pequeño río, de aguas negras como el alquitrán y hediondas. La ciudad, en los lindos días de fiesta –ya que en los días de trabajo está cubierta por una nube gris de humo– ofrece, desde las alturas circundantes, una vista magnífica, pero en su interior domina la misma suciedad e inhabitabilidad que en Leeds. Los viejos barrios de la ciudad se levantan sobre una cuesta en pendiente y son estrechos e irregularmente construidos; en las calles, callejuelas y patios, yacen acumulados residuos e inmundicias; las casas están desmanteladas, sucias e inhabitables, y en las proximidades del río y de las partes bajas del

valle encontré muchas con el piso bajo excavado a medias en la cuesta del monte y enteramente inhabitables. En general, los lugares de la parte baja del valle, en los que las viviendas obreras están incrustadas entre las altas fábricas, son los peor construidos y más sucios de toda la ciudad. En los barrios nuevos de esta, como en los de las otras ciudades, los *cottages* están construidos con más regularidad, dispuestos en fila; tienen, sin embargo, todos los inconvenientes propios del método habitual de alojar a los obreros, del cual hablaremos cuando consideremos más de cerca las condiciones de Mánchester. Esta observación vale también para las otras ciudades del West Riding, en particular Barnsley, Halifax y Huddersfield. Esta última, por su encantadora situación y por su arquitectura moderna, es, con mucho, la más bella ciudad industrial de Yorkshire y de Lancashire, aunque tiene también sus barrios malos. Un comité elegido en una asamblea de ciudadanos para visitar la ciudad, informaba el 5 de agosto de 1844:

> Es notorio que en Huddersfield, calles enteras, muchas callejuelas y patios no están pavimentados ni provistos de cloacas u otros desagües; que toda clase de residuos, inmundicias y desechos yacen amontonados en putrefacción y fermentación y que en todas partes se acumulan charcas de agua estancada; que, en consecuencia, las habitaciones adyacentes son necesariamente sucias y malas, de manera que en tales lugares se producen enfermedades y está amenazada la salud de toda la ciudad.

Si cruzamos el Blackstone Edge, o si lo atravesamos por ferrocarril, llegamos al territorio clásico donde la industria inglesa ha llevado a cabo sus obras maestras y donde se originan todos los movimientos de los trabajadores al sur de Lancashire, con su centro en la ciudad de Mánchester. De nuevo tenemos una bella región de colinas, que se extiende suavemente desde la vertiente occidental hacia el mar de Irlanda, con los graciosos valles verdes del Ribble, Irwell y Mersey, y sus afluentes; un país que hace un siglo estaba todavía cubierto, en su mayor parte, de lagunas y poco poblado, y que ahora está sembrado de ciudades y aldeas y es el distrito más poblado de Inglaterra. En el Lancashire, y particularmente en Mánchester, la industria del Imperio británico tiene su centro y su punto de partida; la Bolsa de Mánchester es el termómetro que marca todas las oscilaciones del movimiento industrial; el moderno arte de la fabricación ha alcanzado en

Mánchester su mayor perfección. En la industria del algodón del sur de Lancashire se pone de manifiesto la utilización de las fuerzas de la naturaleza, la sustitución del trabajo manual por el de las máquinas (particularmente con el telar mecánico y el torno automático para hilar *[self-acting mule]*) y la división del trabajo en su mayor grado; y si reconocemos en estos tres elementos lo característico de la industria moderna, debemos convenir en que también en estos tres aspectos la elaboración del algodón, desde su comienzo hasta ahora, se ha mantenido a la cabeza de todas las ramas de la industria. Entretanto, habrían de desarrollarse, del modo más complejo y genuino, las consecuencias de la moderna industria, y el proletariado habría de manifestarse en su forma clásica. El sometimiento en que yace el trabajador, por la aplicación del vapor, de las máquinas y de la división del trabajo, por un lado, y las tentativas del proletariado para elevarse de esta degradante posición, por otro, debían ser llevados a su mayor grado, adquiriendo una conciencia más clara. Por lo tanto, por ser Mánchester el tipo clásico de la moderna ciudad industrial y, además, porque la conozco tan bien como a mi propia ciudad natal –mejor que la mayor parte de sus habitantes–, nos ocuparemos de ella un poco más extensamente.

Las ciudades alrededor de Mánchester difieren poco de los barrios obreros de la ciudad central, solo que en ellos, en cuanto es posible, los trabajadores forman una parte todavía más numerosa de la población que en Mánchester. Estos lugares, en particular, son puramente industriales y realizan todo su intercambio comercial por intermedio de Mánchester; dependen en todas sus relaciones económicas de Mánchester y están solamente habitados por obreros, fabricantes y comerciantes subordinados a esa ciudad; mientras Mánchester posee también una importante población comercial, especialmente de casas de comisiones y otras importantes de venta al por menor. Por esto Bolton, Preston, Wigan, Bury, Rochdale, Middleton, Heywood, Oldham, Ashton, Stalybridge, Stockport, etc., lo mismo que casi todas las ciudades de 35.000, 50.000, 70.000, hasta 90.000 habitantes, son casi enteramente barrios obreros, interrumpidos solo por fábricas y algunas calles principales flanqueadas por negocios, y algunas callecitas donde

están construidos, en forma de villa, los jardines y las casas de los fabricantes. Las ciudades mismas están construidas mal e irregularmente, con patios, calles y callejas sucias y llenas de humo, y por su aspecto parecen inhabitables, construidas como están con ladrillos originariamente rojos pero, con el tiempo, ennegrecidos por el humo. Tales ladrillos son aquí el material común de construcción. En general, los sótanos están habitados; estos subterráneos están construidos en todas partes donde es posible y habitados por una parte considerable de la población.

Entre las peores ciudades hay que incluir con Preston y Oldham a Bolton, situadas a 11 millas al noroeste de Mánchester. Hay, por lo que pude observar en mis frecuentes visitas, una sola calle principal, Deansgate, aún bastante sucia, que sirve al mismo tiempo como mercado, y sin embargo, aun con buen tiempo, no deja de ser un rincón sin importancia, oscuro, no obstante tener solamente, aparte de las fábricas y casas bajas de uno o dos pisos. Y aquí, como en todos lados, la parte vieja de la ciudad es particularmente ruinosa e inhabitable. Un agua negra, que no se sabe si es un torrente o una larga serie de charcas hediondas, transcurre por la ciudad y contribuye a apestar el aire, ya de por sí impuro.

Un poco más lejos está Stockport, situado ya sobre la región de Cheshire, junto al Mersey, pero perteneciente todavía al distrito industrial de Mánchester. Está situada en un estrecho valle a lo largo del río; así, por un lado, el camino señala un brusco ascenso, y por el otro, una pendiente igualmente escabrosa, y el ferrocarril de Mánchester a Birmingham corre sobre un alto viaducto por la ciudad y todo el valle. Stockport es conocido en todo el distrito como uno de los lugares más oscuros y llenos de humo, y, especialmente visto desde el viaducto, tiene un aspecto desagradable. Pero todavía peores nos parecen los *cottages* y los sótanos habitados por proletarios, y que forman largas filas, en todas partes de la ciudad, desde el fondo del valle hasta la cresta de la colina. No recuerdo haber visto en ninguna otra ciudad un número proporcionalmente tan grande de sótanos habitados.

Pocas millas al noreste de Stockport está situada Ashton-under-Lyne, una de las novísimas localidades fabriles de la región. Se extiende sobre la

pendiente de una colina, a cuyo pie corren el canal y el río Tame, y está en general construida según un plan más moderno y regular. Cinco o seis largas calles paralelas corren transversalmente a la colina y están cortadas perpendicularmente por otras calles que conducen al valle. Las fábricas, por este sistema de construcciones, se levantarían fuera de la ciudad propiamente dicha, aun cuando la proximidad del agua y de las vías fluviales no las hubieran relegado ya al fondo del valle, donde están apiñadas y desde donde sus chimeneas despiden densa humareda. Ashton presenta un aspecto mucho más agradable que las demás ciudades industriales; las calles son anchas y limpias; los *cottages* nuevos, de color rojo y aparentemente habitables. Pero el sistema de construcción de los *cottages* para obreros es, también en Ashton, el lado malo; cada calle tiene su calleja escondida, a la que conduce una estrecha senda lateral, y que por tal ubicación es más sucia. Y también en Ashton –aun cuando no haya visto, salvo a la entrada de la ciudad, ningún edificio que tenga más de 50 años–, Ashton existen calles en las que los *cottages* son viejos y pésimos; los ladrillos en las paredes de las esquinas están sueltos y se salen de su sitio; las paredes se ladean y dejan caer a pedazos el revestimiento blanqueado; calles cuyo aspecto, ennegrecido por el humo, no es mejor que en las otras ciudades del distrito, solo que en Ashton esto es la excepción y no la regla.

Una milla hacia el Este está situada Stalybridge, también sobre el Tame. Si venimos desde Ashton por el monte, tenemos en la cumbre, a derecha e izquierda, jardines grandes y hermosos, con magníficas casas a la manera de villas, construidas la mayor parte en el estilo isabelino, que es al estilo gótico lo que la religión anglicana es a la católica. Un centenar de pasos más adelante, Stalybridge se presenta a nuestra vista, en el valle. ¡Qué contraste frente a los magníficos palacetes y qué contraste aun frente a los modestos *cottages* de Ashton! Stalybridge yace en un valle encerrado e irregular, todavía más estrecho que el valle de Stockport; sus pendientes aparecen cubiertas por una mezcolanza de *cottages,* casas y fábricas. Si entramos en la ciudad, encontramos en primer término *cottages* estrechos, ennegrecidos por el humo, viejos y ruinosos; y como estas primeras casas, así son las otras y el resto de la ciudad. Pocas calles tenemos en el pequeño

valle; la mayor parte corren en pendiente, entrecruzándose en la colina; en casi todas las casas, a causa de esta posición abrupta, el piso bajo está a medias excavado en la tierra, y puede apreciarse desde el monte, de donde se ve la ciudad a vuelo de pájaro, la cantidad de patios, callejas y recodos que origina este desordenado modo de construcción. Si se agrega a esto la terrible suciedad, se comprenderá fácilmente la desagradable impresión que produce Stalybridge, a pesar de su pintoresca ubicación.

En lo que se refiere a estas ciudades pequeñas, con lo dicho basta. Todas tienen algo de particular, pero en general los obreros viven como en Mánchester; por eso he descrito solo su forma particular de construcción; únicamente advierto que todas las observaciones más generales sobre la condición de las viviendas obreras en Mánchester encuentran también aplicación en las ciudades vecinas.

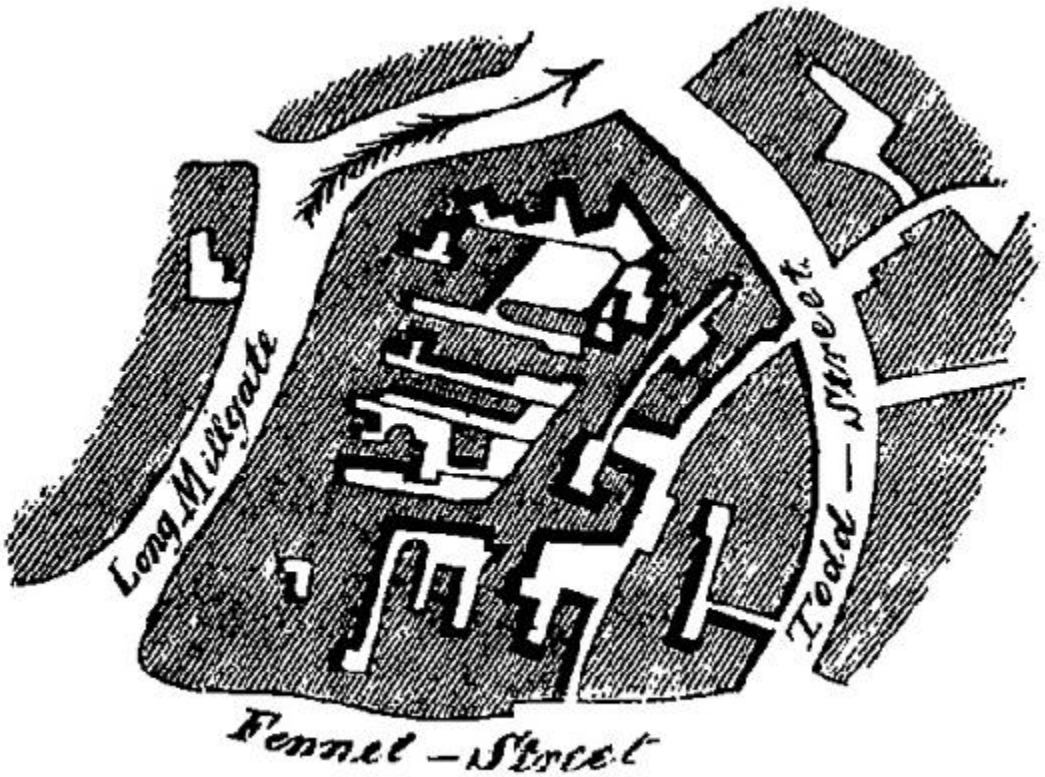
Mánchester yace al pie del declive meridional de una cadena de colinas que se elevan desde Oldham, entre los valles del Irwell y del Medlock, cuyo último punto, Kersallmoor, forma a un mismo tiempo el camino a Mánchester y el Mons Sacer. Mánchester, propiamente dicha, está situada en la orilla izquierda del Irwell, entre este río y los afluentes Irk y Medlock, que en esta parte confluyen en el Irwell. Sobre la ribera derecha del Irwell, y ceñida por una fuerte curva de este río, está situada Salford; un poco más hacia el oeste, Pendleton; al norte del Irwell están las dos Broughton, la alta y la baja; al norte del Irk, Cheetham Hill; al sur de Medlock está Hulme; más lejos, hacia el este, Chorlton on Medlock, y un poco más lejos, al oeste de Mánchester, Ardwick. Todo este conjunto de poblaciones se llama ordinariamente Mánchester y tiene no menos de 400.000 habitantes. La ciudad está construida de modo que puede vivirse en ella durante años y años, y pasearse diariamente de un extremo al otro, sin encontrarse con un barrio obrero o tener contacto con obreros, si uno se dedica a sus asuntos o a pasear. Esto sucede principalmente por el hecho de que, sea por tácito acuerdo, sea con intención consciente y manifiesta, los barrios habitados por la clase obrera están netamente separados de los de la clase media, y donde esto no es posible, están cubiertos por el manto de la caridad. Mánchester encierra en su centro un barrio comercial bastante extenso, de

un largo y ancho de cerca de media milla, formado casi exclusivamente por oficinas y negocios *(ware houses)*. Casi todo el barrio está deshabitado y, durante la noche, silencioso y desierto; solamente los agentes de Policía pasan, con sus linternas sordas, a través de las calles estrechas y oscuras. Este barrio está recorrido por algunas calles principales, por las que corre un voluminoso tráfico y cuyas casas tienen la planta baja ocupada por hermosos negocios; en estas calles se encuentran, aquí y allá, lugares concurridísimos, donde hay mucho movimiento hasta una hora avanzada. Exceptuando este distrito comercial, todo el propio Mánchester, todo Salford y Hulme, una parte importante de Pendleton y Chorlton, dos tercios de Ardwick y algunas partes de Cheetham Hill y Broughton, todo es barrio obrero, que se extiende como una larga cinta, en una milla y media alrededor del barrio comercial. Más allá de esta línea habitan la opulenta y la media burguesía; la media, en calles bien trazadas, cerca del barrio obrero, particularmente en Chorlton y en la parte baja de Cheetham Hill; la opulenta, en las casas lejanas, con jardines en forma de villas, en Chorlton y Ardwick o sobre las aireadas alturas de Cheetham Hill, Broughton y Pendleton, en una atmósfera libre y pura, en viviendas cómodas y suntuosas, frente a las cuales pasan, cada cuarto o cada media hora, los ómnibus que llevan a la ciudad. Y lo bueno del caso es que estos aristócratas del dinero, para trasladarse a sus oficinas, en el centro de la ciudad, por el camino más corto, pueden atravesar todos los barrios obreros sin darse por enterados de que están junto a la mayor miseria. En las calles principales, que salen de la Bolsa en todas direcciones, se encuentra, de ambos lados, una serie ininterrumpida de negocios que pertenecen a la media y a la pequeña burguesía, la cual los mantiene, por su propia conveniencia, con un aspecto decente y limpio. Como estos negocios tienen relaciones con las zonas que los rodean, son más elegantes en el barrio comercial y en la vecindad de los barrios burgueses que en las proximidades de los *cottages* obreros; pero resultan siempre eficaces para esconder a los ojos de los ricos señores y de las ricas señoras, de los estómagos fuertes y de los nervios débiles, la miseria, la inmundicia que constituyen el por qué de su riqueza y de su lujo. Así, por ejemplo, Deansgate, que desde la vieja

iglesia va directamente hacia el sur, está al comienzo ocupada por negocios y fábricas; después por bodegas de segundo orden y algunas cervecerías; más al sur, donde termina el barrio comercial, presenta bodegas sin importancia, que poco a poco van siendo cada vez más sucias, interrumpidas de vez en cuando por algún despacho de bebidas o taberna, hasta que, siguiendo al sur, el aspecto de los bodegones no deja dudas de que sus parroquianos son obreros y solamente obreros. Así Market Street, que corre desde la Bolsa en dirección sureste, al principio presenta brillantes negocios de primera categoría, y en la continuación (Piccadilly), colosales hoteles y negocios; más adelante todavía (London Road), en la localidad de las fábricas de Medlock, tabernas, bodegas para la pequeña burguesía y los trabajadores; después, en Ardwick Green, para la grande y media burguesía, y de allí en adelante, grandes jardines y villas de opulentos comerciantes e industriales. De tal manera, si se conoce a Mánchester, se pueden apreciar fácilmente desde las calles principales los barrios circundantes, pero no así los verdaderos barrios obreros. Sé bien que esta hipócrita manera de construcción es más o menos común a todas las grandes ciudades; sé, igualmente, que los comerciantes minoristas, a causa de la naturaleza de sus negocios, deben ocupar las calles principales; sé que en esas calles hay más casas buenas que malas y que en su vecindad el valor del terreno es mayor que en las calles alejadas; pero no he visto nunca, como en Mánchester, una exclusión tan sistemática de la clase obrera de las calles principales, un velo tan delicado sobre todo aquello que pueda ofender la vista y los nervios de la burguesía. Y sin embargo, Mánchester está construida de acuerdo con pocas reglas o prescripciones policiales y más en contra de ellas que cualquier otra ciudad; y si considero lo que afirma con gran celo la clase media, según la cual todo marcha bien para los obreros, me parece que los fabricantes liberales, los *big wigs* de Mánchester, no son completamente inocentes de este vergonzoso método de construir.

Mencionaré, para acabar, que las fábricas están ubicadas a lo largo del curso de los tres ríos, o de los numerosos canales que corren a través de la ciudad, y paso a describir los barrios obreros. Consideremos en primer lugar

la Mánchester vieja, que yace en el límite norte del barrio comercial y el Irk. Aquí las calles, aun las mejores, son estrechas y retorcidas –como Todd Street, Long Millgate, Withy Grove y Shude Hill–; las casas, sucias, viejas y ruinosas; el modo de construcción de las casas, horrible. Si se camina desde la vieja iglesia por Long Millgate, se encuentra a la derecha una serie de casas de viejo estilo, de las que quedan en pie solamente algunos muros exteriores; son los restos de la vieja Mánchester preindustrial, cuyos primitivos habitantes se han retirado, con sus sucesores, a los barrios mejor construidos, dejando las casas, que eran para ellos demasiado malas, a una raza obrera con mucha mezcla de sangre irlandesa. Aquí estamos en un barrio obrero, puesto que ni se tiene el cuidado de limpiar las tiendas ni las tabernas. Pero esto no es nada comparado con los senderos y plazuelas que se hallan en el interior, a los que se llega solo por medio de pasajes cubiertos y estrechos, por los cuales no pueden pasar al mismo tiempo dos hombres. Nadie puede hacerse una idea de la desordenada confusión de casas, que son una vergüenza para toda arquitectura racional, y de la estrechez del espacio donde están amontonadas las casas. Y no son solo los edificios de la vieja Mánchester los que presentan tales características; la confusión, en los últimos tiempos, ha sido llevada a su mayor grado, puesto que se construyó después en todas partes, donde los viejos edificios habían dejado algún espacio, llegándose al punto de que entre las casas no quedó ni una pizca de espacio en que fuera posible construir. Como ejemplo, doy un pequeño plano de Mánchester, no de la peor parte, que no representa ni la décima parte de la antigua ciudad.



Este dibujo servirá para mostrar el extraño modo de construcción del barrio entero, en particular la parte vecina al Irk. La orilla del Irk es muy escarpada en la parte sur y de una altura de 15 a 30 pies; sobre esta vertiente se encuentran tres series de casas, la más baja de las cuales está junto al río, mientras la parte anterior de la más alta se encuentra al nivel de la cima de la colina, en Long Mitigate. En el medio, cerca del río, se hallan las fábricas. Abreviando, el modo de construcción es aquí tan apretado y desordenado como en la parte inferior de Long Millgate. A diestro y siniestro, una cantidad de pasajes cubiertos conducen de la calle principal a numerosos patios, y si se camina se cae en una inmundicia y una nauseabunda suciedad inigualables; especialmente las plazuelas que dan al Irk, encierran, sin duda, las más horribles viviendas que se hayan presentado hasta ahora. En una de estas plazoletas, a la entrada, o sea, donde termina el pasaje cubierto, se encuentra una letrina sin puerta y tan sucia, que los inquilinos solo pueden salir o entrar al patio atravesando una

ciénaga estancada de orín y excrementos pútridos. Si alguien quisiera visitarlo, es el primer patio vecino al Irk, sobre Ducie Bridge. Abajo, junto al río, se encuentran muchas curtidurías, que llenan todo el barrio con olor a putrefacción animal. A los patios bajos Ducie Bridge se baja, generalmente, por medio de escaleras estrechas y sucias, y se llega a las casas caminando sobre montones de residuos. El primer patio en Ducie Bridge se llama Allen's Court y en tiempos del cólera estaba en tales condiciones que la Policía sanitaria lo hizo desocupar, limpiar y desinfectar con cloruro; el doctor Kay, en un opúsculo, hace una descripción espantosa de las condiciones en que se encontraba este patio[10]. Parece que desde entonces se ha demolido y reconstruido en parte; del Ducie Bridge, sin embargo, todavía hoy se ven muchos muros en ruinas y montones de desperdicios, junto a algunas casas de nueva construcción. La vista desde este puente –piadosamente sustraída a los ojos de los humildes mortales por un parapeto de la altura de un hombre– es característica del barrio entero. Abajo corre, o mejor dicho está estancado, el Irk, un río estrecho y negro como el betún, hediondo y lleno de desechos y detritus, que se atasca en la orilla derecha, poco profunda; en tiempo seco, sobre esta ribera queda una serie de cenagales fangosos, nauseabundos, verdosos, de cuyo fondo salen continuamente burbujas de gas miasmático y se desprende un olor insoportable, aun estando sobre el puente, a 40 o 50 pies sobre el nivel del agua. El río mismo está detenido a cada paso por altos diques transversales, tras los cuales se acumula denso cieno y donde se pudren los residuos y el fango. En la parte superior del puente se encuentran curtidurías; más allá, tintorerías, moliendas de huesos y gasógenos, cuyos desechos y residuos, todos juntos, van a dar al Irk. Este recibe, además, el contenido de las letrinas y cloacas cercanas; puede, por lo tanto, imaginarse de qué naturaleza son los residuos que el río deja tras de sí. En la parte inferior del puente se ven, entre los montones de basuras, la inmundicia, la suciedad y la ruina de los patios de la escarpada ribera derecha; cada casa se apoya en la siguiente, y a causa de la neblina del río, el conjunto aparece como un todo ennegrecido por el humo, ruinoso y viejo, con los vidrios y los marcos de las ventanas rotos. Viejas fábricas, levantadas en forma de cuartel,

constituyen el fondo. En la margen inferior derecha hay una hilera de casas y fábricas; inmediatamente después, la segunda casa es una ruina sin techo, con basuras amontonadas, y ya la tercera casa es tan baja, que el piso inferior es inhabitable y, por lo tanto, no tiene puertas ni ventanas. El fondo lo constituye el cementerio de los pobres, la estación ferroviaria de Liverpool a Leeds y, detrás, el asilo para pobres conocido como la «Bastilla» de Mánchester, que, desde una colina, mira amenazadora al barrio obrero del lado opuesto, como una ciudadela detrás de altos muros almenados.

Más arriba de Ducie Bridge, la ribera izquierda se hace más baja y la derecha, por el contrario, más escabrosa. El estado de las viviendas es cada vez peor a ambos lados del Irk. Si desde la calle principal –siempre Long Millgate– se gira a la derecha, se está perdido; se pasa de una plazoleta a otra, se camina por pasajes estrechos y sucios, hasta que, después de pocos minutos, se pierde la orientación y no se sabe hacia dónde dirigirse. Por todos lados, edificios enteramente o a medias ruinosos; algunos están deshabitados, y esto tiene aquí mucha importancia. En las casas, rara vez se ve un piso de madera o de piedra; al frente, casi siempre, puertas y ventanas rotas y desquiciadas, ¡y una suciedad!

Por todos lados, montones de desperdicios, desechos, inmundicias; charcas hediondas en vez de desagües, y un olor que haría insoportable la vida en semejante barrio a cualquier persona medianamente civilizada. La reciente prolongación de la línea ferroviaria de Leeds, que aquí atraviesa el Irk, ha removido algunos de estos patios y callejas, pero, por otro lado, ha expuesto a la vista otros. Así, inmediatamente bajo el puente del ferrocarril, encontramos un espacio que en inmundicia y horror supera con mucho a todos los otros; anteriormente estaba tan apartado, que solo se podía llegar a él trabajosamente, tanto que yo mismo no lo hubiera encontrado sin la apertura hecha a través del viaducto del ferrocarril, y aun cuando creía conocer bastante a fondo este lugar. Por una orilla desigual se llega, entre postes y ropa tendida, a un caos de cabañas de un piso, con una sola habitación, la mayor parte sin solado, que sirve al mismo tiempo de cocina, dormitorio y sala. En una de estas cuevas, de cinco a seis pies de largo, vi

dos camas –¡y qué clase de camas!–, las que con una escalera y un fogón, llenaban toda la pieza. En muchas otras no vi absolutamente nada; habían sacado la puerta y los inquilinos estaban parados a la entrada. Delante de estas puertas, por todos lados, residuos e inmundicias; no se podía ver si existía alguna clase de pavimento; solo podía, a veces, sentírselo con los pies. Todo aquel grupo de establos, habitados por hombres, estaba limitado en dos de sus lados por casas y una fábrica; en el tercero, por el río, y pasando la orilla, un estrecho portón conducía a otro laberinto de habitaciones tan mal construidas y mantenidas como las otras.

¡Pero basta de esto! Así está construida toda la parte del Irk, sin ningún plan, un caos de casas, que son más o menos inhabitables y cuyo interior sucio corresponde a los inmundos alrededores. ¡Y cómo ha de limpiarse la gente! No existe ninguna comodidad para satisfacer las necesidades cotidianas más elementales. Las letrinas son tan escasas, que se llenan todos los días, y la mayor parte están demasiado lejos. ¿Cómo podrían lavarse los inquilinos, si solo tienen el agua sucia del Irk y si los conductos del agua y las bombas se encuentran solo en las partes respetables de la ciudad? Verdaderamente, no puede culparse a estos ilotas de la sociedad moderna, si sus habitaciones no son más limpias que las pocilgas que allí y allá se encuentran entre sus casas. Los propietarios no se avergüenzan de alquilar habitaciones como los 6 o 7 sótanos del muelle, inmediatamente debajo del Scotland Bridge, que tiene el piso, por lo menos, dos pies bajo el nivel del Irk –cuando el agua está baja–, que corre a menos de seis pies de ellos; o como el piso superior de la casa de la esquina de la orilla opuesta, inmediatamente después del puente, casa cuyo piso bajo, inhabitable, no tiene ninguna reparación para los agujeros de puertas y ventanas. No es este un caso raro en este barrio, donde tales pisos bajos son utilizados como letrinas por todo el vecindario, a falta de otros lugares.

Abandonemos el Irk, para penetrar de nuevo en la parte opuesta de Long Millgate, en el corazón de las viviendas para obreros. Llegamos a un barrio casi nuevo, que se extiende desde la iglesia de St. Michael hasta Withy Grove y Shude Hill. Aquí, por lo menos, hay un poco más de orden; en lugar del caótico modo de construcción, encontramos calles y callejas

cerradas, largas y rectas, o trazadas según un plan y con las plazoletas, en su mayoría, cuadrangulares; pero si antes era cada casa, aquí, por lo menos, son cada calle y cada plazoleta las que están construidas arbitrariamente y sin tener en cuenta la posición de las restantes. Una calle corre ora en una dirección, ora en otra; a cada paso se encuentra un callejón sin salida o un rincón cerrado que conducen de nuevo al punto de partida; así que quien no ha vivido largo tiempo en estos laberintos, se pierde con facilidad. La ventilación –si puedo usar esta palabra en relación con este barrio– de las calles y patios es, por lo tanto, tan deficiente como la de los barrios del Irk, y si todavía este barrio tiene alguna ventaja sobre el valle del Irk –las casas son nuevas; las calles, por lo menos, tienen algunos desagües–, encontramos aquí, sin embargo, en cada casa, un sótano habitado, lo cual rara vez sucede en el valle del Irk, a causa de lo viejas que son las casas y de la forma descuidada de las construcciones. Por lo demás, son comunes a los dos barrios la suciedad, los cúmulos de basura y ceniza, los charcos en las calles, y en el barrio de que hablamos se agrega otra circunstancia que redunda en grave daño para los habitantes: la gran cantidad de cerdos que recorren por todas partes las calles, hozando las basuras, cerdos que se guardan en los patios, en pequeños corrales. Sus propietarios, aquí, como en la mayor parte de los barrios obreros de Mánchester, alquilan los patios para guardar sus animales; casi en cada patio existe uno o más rincones cerrados, en donde los vecinos arrojan todos los residuos y basuras; con esto engordan los cerdos, pero el aire encerrado en estos patios, edificados en sus cuatro lados, se hace, forzosamente, muy insalubre, por las materias animales y vegetales que entran en putrefacción. Se encuentra en este barrio una calle larga, bastante decente –Millers Street–, que cubre discretamente el fondo; pero, si penetramos en uno de los numerosos corredores que conducen a los patios, podemos ver, cada veinte pasos, estas verdaderas pocilgas.

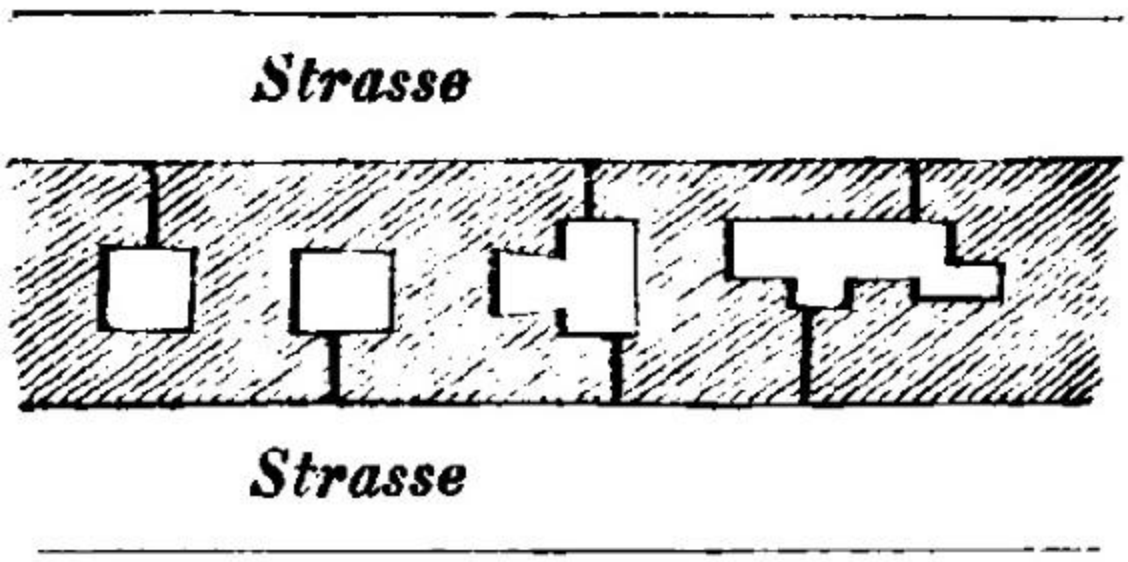
Esta es la Mánchester vieja, y si releo mi descripción, debo reconocer que, lejos de ser exagerada, no es suficientemente colorida, para poner en evidencia la inmudicia, el empobrecimiento y la inhabitabilidad, que son otras afrentas a la limpieza, a la ventilación y la salud de este barrio, que

contiene, por lo menos, de 20.000 a 30.000 habitantes. ¡Y tal barrio existe en el centro de la segunda ciudad de Inglaterra, de la primera ciudad industrial del mundo! Es necesario llegar hasta aquí, si se quiere ver qué pequeño espacio tiene el hombre a su disposición para moverse, qué poco aire –¡y qué clase de aire!– ha de respirar, ¡cómo puede vivir con tan poca civilidad! Decimos la ciudad vieja, pero –y esto nos observan aquellos a quienes se habla del horrible estado de este infierno en la tierra– ¿qué significa eso de ciudad vieja? Todo lo que suscita nuestro horror e indignación es de origen reciente, pertenece a la época industrial. Las 200 casas que pertenecen a la Mánchester vieja han sido, hace mucho tiempo, abandonadas por sus primitivos habitantes; solo la industria las ha hecho ocupar por una legión de obreros que ahora están alojados en ellas; solo la industria ha construido hasta en la más pequeña superficie libre, entre estas viejas casas, para procurar un techo a las masas traídas de las regiones agrícolas y de Irlanda; solo la industria permite a los propietarios de estos establos alquilarlos a alto precio como habitaciones, explotar la miseria de los obreros, enterrar la salud de miles de personas, para que así se enriquezcan los propietarios; solo la industria ha hecho posible que los trabajadores, apenas liberados de la esclavitud del cuerpo, sean empleados nuevamente como simple material, como una cosa que se debe encerrar en una habitación, demasiado mala para cualquier otro, y que el propietario, por su querido dinero, tenga el derecho de enviar a los demás a la ruina. Solamente la industria ha hecho esto; ella no habría podido vivir sin estos obreros, sin su miseria y su servidumbre. Es cierto que, siendo mala la situación inicial de este barrio, no podían hacerse en él muchas cosas hermosas; pero ¿han hecho algo para mejorar todo esto los propietarios o la administración de la ciudad? Al contrario, allí donde existía un rincón libre, fue construida una nueva casa, allí donde existía una salida de más, fue cerrada con una construcción; el valor del suelo aumentó con el florecimiento de la industria, y cuanto más subía, tanto más se construía libremente, sin miramiento alguno para la salud y la comodidad de los habitantes –ninguna barraca es tan mala que no pueda encontrar un pobre imposibilitado de pagarse una mejor–; solo se procuró obtener la máxima

ganancia. Pero es la ciudad vieja, y con esto se conforma la burguesía. Veamos, ahora, qué es la ciudad nueva.

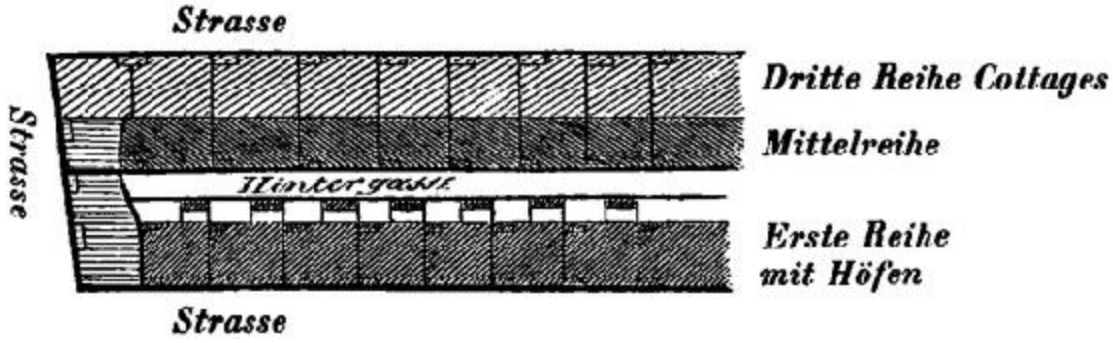
La ciudad nueva, llamada también la ciudad irlandesa, se extiende más allá de la ciudad vieja, sobre una colina arcillosa, entre el Irk y St. George's Road. Aquí desaparece toda apariencia urbana; una serie de casas o grupos de calles se extiende aquí y allá sobre el desnudo terreno arcilloso, jamás cubierto de hierba; las casas, o mejor dicho, los *cottages* están en pésimo estado, mal conservados, sucios, húmedos, con sótanos que se usan como habitaciones; las calles no están pavimentadas ni tienen desagües; se ven muchos cerdos encerrados en pequeños patios o pocilgas, o sueltos por las calles. El barro en todos los caminos es tal que solo cuando el tiempo es extremadamente seco se puede caminar sin hundirse hasta la rodilla. Cerca de St. George's Road, las construcciones se juntan y forman una serie de calles, callejones sin salida, caminos internos y espacios abiertos, que están tanto más apretados y desordenadamente dispuestos, cuanto más cercanos están al centro de la ciudad. Por eso, es cierto, están más a menudo pavimentados o, por lo menos, tienen veredas y desagües; la suciedad, las malas condiciones de las casas y, en particular, de los sótanos, son siempre las mismas.

Es oportuno hacer aquí algunas observaciones generales sobre el modo de construcción usado en los barrios obreros de Mánchester. Hemos visto que, en la ciudad vieja, el azar era lo que dirigía el reagrupamiento de las casas. Cada casa está construida sin tener en cuenta las otras, y los espacios que quedan entre las distintas casas se designan con el nombre de patios, a falta de otro más exacto. En las partes relativamente nuevas del mismo barrio, y en otros barrios obreros, que fueron construidos en los primeros tiempos del florecimiento de la industria, encontramos una disposición más regular. El espacio entre dos calles está dividido en patios, en su mayoría cuadrangulares.



Los patios se hicieron así desde el principio, y se llega a ellos desde las calles por corredores cubiertos. Si el complicado modo de construcción sin planificación era ya nocivo para los obreros, por el impedimento que entrañaba para la buena ventilación, este método de encerrar a los obreros en patios clausurados por todos lados, es todavía más perjudicial. El aire de los patios no puede salir en absoluto, y las chimeneas de las casas, cuando está encendido el fuego, son la única vía de escape para el aire retenido en los patios[11]. Además, ocurre que las casas están edificadas con los muros en común, y esto ya es suficiente para impedir toda buena ventilación. Y como la administración de las calles no se preocupa del estado de estos patios, permanece en ellos todo lo que se tira y nadie se soprenderá de la suciedad y montones de ceniza que allí se encuentra. He visto patios –en Millers Street– que están medio pie más abajo que la calle principal y no tienen ningún desagüe para encauzar las aguas pluviales. Más tarde, se ha iniciado un nuevo modo de construcción, que ahora se ha generalizado. Los *cottages* para los obreros no se construyen ya separadamente, sino por docenas; un solo empresario construye una o dos calles de golpe. Estas se disponen del siguiente modo: el frente está constituido por una primera serie de *cottages,* que tienen la fortuna de contar con una puerta en la parte posterior y un pequeño patio, por los que se paga un alquiler mayor. Detrás

del muro del patio de estas *cottages* corre una calleja, la calle interior *(back street),* con construcciones en los dos extremos; a esta conducen un caminito y un pasaje cubierto. Los *cottages* que dan a esta calle son los más caros y, en general, están mejor cuidados. Tienen el muro posterior en común con la tercera serie de *cottages,* que dan a la calle del otro lado, y por ello se paga un alquiler medio entre los de las otras dos series. La disposición de las calles era esta:



Con este método de construcción, la primera fila de *cottages* tiene buena ventilación; la tercera no es peor que la de aquellos edificados según el viejo sistema; los de la serie del medio están, por lo menos, tan mal ventilados como las casas de los patios, y el caminito interno es sucio como los patios. Los empresarios prefieren este modo de construcción por economía de espacio, y porque les da el medio de aprovecharse con tanto mayor éxito de los obreros mejor pagados, por medio de los altos alquileres de las casas de la primera y tercera series. Estos tres modos de construir los *cottages* se encuentran en toda Mánchester, en todo el Lancashire y el Yorkshire, a menudo confundidos, pero más frecuentemente diferenciados, de modo que por ellos se puede establecer la antigüedad relativa de las distintas partes de la ciudad. El tercer sistema, el de la calle interior, domina en los grandes barrios obreros del este de St. George's Road y Ancoats Street, y se encuentra, frecuentemente también, en los otros barrios obreros de Mánchester y sus suburbios.

En el extenso barrio citado que se designa con el nombre de Ancoats están situadas, en la orilla de los canales, la mayor parte de las más grandes fábricas de Mánchester: edificios colosales de seis a siete pisos, que se elevan con sus altas y finas chimeneas sobre bajos *cottages* obreros. La población del barrio es, por tanto, fundamentalmente de obreros de las fábricas, y en las peores calles, de tejedores. Las calles cercanas al centro de la ciudad son las más viejas, y por ello las más feas; con todo, están empedradas y provistas de desagües; me refiero a las calles vecinas a Oldham Road y Great Ancoats Street. Más allá, al noreste, se encuentran muchas calles de nueva construcción; los *cottages* tienen allí una apariencia graciosa y cuidada, sus puertas y sus ventanas son nuevas y recientemente pintadas, y los interiores de las viviendas blanqueados; las calles mismas están mejor ventiladas y los espacios entre ellas son más grandes y numerosos. Esto puede decirse de una minoría de estas viviendas, ya que se encuentran muchos sótanos habitados en casi todos los *cottages;* muchas calles están sin empedrar y sin desagües, y aquella hermosa apariencia es solamente tal, y después de 10 años se muestra ya deslucida. El modo de construir los *cottages* no es menos condenable que la disposición de las calles. Tales *cottages* parecen al principio sólidos y limpios, los macizos muros de ladrillos engañan la vista, y si se recorren las calles nuevas de los barrios obreros, sin preocuparse de las calles internas y de la arquitectura de las casas, se coincide, con los fabricantes liberales, en que en parte alguna cuentan los obreros con viviendas mejores. Pero si se observa más de cerca, se encuentra que las paredes de estos *cottages* no pueden ser más delgadas. Los muros exteriores, que sostienen el sótano, la planta baja y el techo, son, a lo sumo, del espesor de un ladrillo; de modo que, en el plano horizontal, los ladrillos están unidos uno al otro por el lado más largo. Pero he visto muchos *cottages* de la misma altura –algunos en construcción– con muros exteriores que tenían el espesor de solo medio ladrillo y estos estaban dispuestos de modo que tenían en común el lado más estrecho.

Esto se hace, en parte, para economizar materiales; en parte, también porque los empresarios no son los propietarios del suelo; lo tienen solo alquilado, al uso inglés, por 20, 30, 40, 50 o 90 años; después de ese tiempo vuelve, con cuanto tiene encima, en propiedad a su primitivo propietario, sin que este dé compensación alguna por las construcciones hechas. Estas se calculan, entonces, de modo que al terminar el tiempo convenido tenga el mínimo valor posible; y como los *cottages* se construyen solo 20 o 30 años antes de que el plazo expire, es evidente que el empresario no querrá invertir mucho capital. Ocurre, además, que estos empresarios, en su mayor parte albañiles, carpinteros o fabricantes, sea para no disminuir el producto de los alquileres, sea por la proximidad de la cesión del terreno, no hacen ninguna reparación o hacen poquísimas; que, a causa de las crisis comerciales y de la consiguiente desocupación, calles enteras quedan frecuentemente vacías y por esto los *cottages* decaen rápidamente, volviéndose inhabitales. Se calcula que, en general, las viviendas obreras pueden habitarse, por término medio, solo por 40 años; esto asombra si se contemplan los macizos y bellos muros de los *cottages* nuevos, que parece debieran resistir un par de siglos; pero lo deficiente de los cimientos, la falta de reparaciones, el que estén a menudo deshabitados, el continuo movimiento de inquilinos y los deterioros ocasionados por estos –en su mayor parte irlandeses, que suelen romper el maderamen para servirse de él como combustible–, todo contribuye para que estos *cottages* estén completamente arruinados a los 40 años. De esto resulta que el distrito de Ancoats, nacido en los albores del florecimiento de la industria, y construido, en su mayor parte, en este siglo, tenga una cantidad de casas viejas y ruinosas que en su mayoría se hallan en el último grado de habitabilidad. No quiero hablar aquí del capital que de tal manera se pierde;

cómo con poco esfuerzo, eligiendo una disposición mejor, haciendo a tiempo las reparaciones, se hubiera podido conservar este barrio limpio, decente y habitable; me interesa solamente la condición de las casas y de los inquilinos, y debe decirse que no existe sistema más dañoso y desmoralizante para hundir a los obreros. Estos se ven obligados a vivir en tales *cottages* porque no pueden permitirse otras viviendas mejores o porque no existe nada mejor cerca de su fábrica, y también, a veces, porque pertenecen al fabricante y este solamente le da trabajo si ocupa una de sus viviendas. Naturalmente, el cálculo de 40 años no es general, puesto que si las casas se encuentran en una parte de la ciudad muy edificada y, por lo tanto, a causa del elevado costo del terreno, existe siempre probabilidad de encontrar inquilinos, los empresarios hacen lo posible para mantener dichas viviendas en buen estado más de 40 años; pero, por cierto, nunca hacen más de lo estrictamente necesario, y precisamente las casas reparadas son las peores. Muchas veces, cuando hay amenaza de epidemias, la conciencia de la Policía sanitaria, por lo general adormecida, se despierta y manda inspecciones a los barrios obreros, cierra cantidad de sótanos y de *cottages,* como ha sucedido en numerosas calles cerca de Oldham Road; pero esta situación no se prolonga demasiado. Esas viviendas clausuradas encuentran rápidamente inquilinos y los propietarios los buscan con mayor tranquilidad, porque saben que la Policía sanitaria no vuelve pronto. Esas partes del este y noreste de Mánchester son las únicas en las que la burguesía no ha seguido construyendo sus viviendas a causa de que por 10 u 11 meses del año soplan los vientos del oeste y suroeste, que llevan siempre hacia esos lados el humo de todas las fábricas, que no es poco. Solamente los obreros pueden respirarlo.

Al sur de Great Ancoats Street se encuentra un gran barrio obrero a medio construir, una franja de tierra de colinas desnudas, ocupada por una serie de casas colocadas desordenadamente. En el medio, áreas para fábricas, vacías, desiguales, fangosas, sin vegetación, por las que apenas se puede pasar cuando el tiempo es húmedo. Los *cottages* son sucios y viejos, yacen a menudo en hondonadas y recuerdan, en general, a la ciudad nueva. La parte atravesada por el ferrocarril de Birmingham es la más edificada; por lo

tanto, es también la peor. Por aquí corre, con infinitas curvas, el Medlock, en un valle semejante al del Irk. De los dos lados del río, con aguas estancadas, negras como betún, desde su entrada en la ciudad hasta su desembocadura en el Irwell, se extiende una larga franja de fábricas y viviendas obreras en las peores condiciones. La orilla es, en gran parte, abrupta y llena de construcciones, hasta dentro del río, como hemos visto igualmente en el Irk, y la disposición de las casas es señaladamente mala, tanto en la parte de Mánchester como en Ardwick, Chorlton y Hulme. El lugar más horrible –si quisiéramos hablar separadamente de cada localidad, no terminaríamos nunca– se encuentra del lado de Mánchester, al suroeste de Oxford Road, y se llama la «Pequeña Irlanda» *(Little Ireland)*. En un hoyo bastante profundo, contorneado en semicírculo por el Medlock y por todas partes por altas fábricas, en la ribera cubierta por altos edificios, se encuentran 200 *cottages* en dos grupos, la mayor parte con el muro posterior común a dos casas, y en ellas habitan 4.000 personas, casi todos irlandeses. Los *cottages* son viejos, sucios, muy pequeños; las calles son planas, escabrosas, y en la mayor parte sin empedrado ni desagües; por todas partes montones de desperdicios, inmundicias y fango entre charcas; la atmósfera está apestada por las emanaciones y se hace oscura y pesada por el humo de una docena de chimeneas; gran número de niños y mujeres, harapientos, vagan en esta localidad y están tan sucios como los cerdos que hozan en las charcas y montones de cenizas; en pocas palabras, todo el barrio presenta un aspecto tan desagradable y repugnante como el de los peores patios vecinos al Irk. Los habitantes de estos *cottages,* con las ventanas rotas cubiertas de papel untuoso, las puertas carcomidas y desquiciadas, sótanos oscuros y húmedos, quienes viven entre aquella suciedad infinita y aquel hedor, en aquella atmósfera casi intencionalmente cerrada, deben de haber caído, en verdad, en el grado más bajo de la humanidad. Tal es la impresión y la conclusión final que se impone a una persona, tras un examen superficial de este barrio. Pero ¿qué decir si nos enteramos que en estas casuchas, que contienen, a lo sumo, dos habitaciones y un desván, quizá un sótano, habitan, por término medio, 20 individuos, y que en el barrio entero hay una letrina para cada 120 personas

–naturalmente, en la mayoría de los casos inaccesible–, y que a pesar de todas las prédicas de los médicos, a pesar de toda la conmoción de que fue presa la administración sanitaria en la época del cólera –en cuanto a las condiciones de la Pequeña Irlanda–, hoy, en el año de gracia de 1844, todo está todavía en el mismo estado que en 1831?[12]. El doctor Kay cuenta que no solo los sótanos, sino todos los pisos bajos, en este barrio, son húmedos; que cierto número de sótanos fueron rellenados de tierra, pero fueron después nuevamente vaciados y ahora están habitados por irlandeses; que en un sótano bajo el nivel del río, el agua brotaba de continuo por una boca cerrada con arcilla, de manera que el inquilino, un tejedor, debía cada día achicar el agua del sótano y verterla en la calle.

Más allá, hacia el lado izquierdo del Medlock, está Hulme, que es, exclusivamente, un barrio obrero, en condiciones casi del todo similares a las de Ancoats. Los barrios con muchas construcciones son, en su mayor parte, malos y casi en ruinas; los menos poblados están construidos según la nueva moda, aireados, pero los más están hundidos en el fango. El estado de los *cottages* es generalmente húmedo, como la estructura de las calles internas y los sótanos habitados. En la orilla opuesta del Medlock, en Mánchester propiamente dicho, se encuentra un segundo gran barrio obrero que se extiende a ambas partes de Deansgate, hasta el barrio comercial y que nada tiene que envidiar a la ciudad vieja. Especialmente en la vecindad del barrio comercial, entre Bridge Street y Quay Street, Princess Street y Peter Street, el modo de construir las casas, pegadas unas a otras, que hemos encontrado en los patios de la ciudad vieja, ha empeorado. Aquí se ven calles largas y estrechas, entre ellas patios angostos, y en los rincones, los pasajes con entrada y salida colocados de modo tan irregular, que en este laberinto, a cada instante, si no se conoce exactamente cada pasaje y cada plazuela, se cae en un callejón sin salida. En tales calles, estrechas, ruinosas y sucias, habita, según el doctor Kay, la clase más desmoralizada de todo Mánchester; sus oficios son el robo y la prostitución, y, según parece, el doctor Kay tiene esta vez nuevamente razón. Cuando en 1831 la Policía sanitaria hizo su inspección, encontró la suciedad tan grande como cerca del Irk o en la «Pequeña Irlanda» (yo mismo puedo atestiguar que,

hoy día, la situación no ha mejorado), y entre otras circunstancias, descubrió que en Parliament Street, para 380 personas, y en Parliament Passage, para 30 casas pobladísimas, había una sola letrina.

Vayamos del Irwell a Salford; encontramos en una península formada por este río una ciudad de 80.000 habitantes, que en un solo barrio obrero, atravesado por una larga calle, Salford, en un tiempo más importante que Mánchester, era la cabeza del distrito circundante, al cual da todavía nombre (Salford Hundred). En consecuencia, existe también aquí un barrio bastante viejo, y por ello muy malsano, sucio y arruinado, que se encuentra frente a la iglesia vieja de Mánchester y está en tal mal estado como la vieja ciudad del otro lado del Irwell. Más lejos del río, en el valle, hay un nuevo distrito, que tiene, sin embargo, más de 40 años y está bastante destruido. Toda Saldford está construida con patios y callecitas, tan estrechas, que me recuerdan a las calles más estrechas que he visto, las de Génova. Bajo este aspecto, el modo en que está construida Salford es todavía peor que el de Mánchester, y otro tanto puede decirse de la limpieza. Si en Mánchester la Policía visitaba los barrios obreros al menos de cuando en cuando –a intervalos de 6 a 10 años–, clausuró las peores viviendas e hizo limpiar los rincones más sucios de los establos de Augías, aquí en Salford parece que no hizo absolutamente nada. Las estrechas vías laterales y los patios de Chapel Street, Greengate y Gravel Lane, desde su construcción, no se han limpiado nunca. Ahora, el ferrocarril de Liverpool pasa por en medio, sobre un alto viaducto, y numerosos rincones sucios han desaparecido, pero esto resulta irrelevante. Si se pasa por ese viaducto se ve bastante suciedad y miseria; si alguien se toma la molestia de recorrer aquellas callejuelas, de mirar a través de las puertas y ventanas abiertas, en los sótanos y las casas, se persuadirá, a cada momento, de que los obreros de Salford viven en viviendas donde la limpieza y el bienestar son imposibles. Las mismas condiciones encontramos en las partes más alejadas de Salford, Islington, Regent Road y detrás del ferrocarril de Bolton. Las viviendas obreras entre Oldfield Road y Cross Lane, donde se encuentra una masa de patios y callejuelas en pésimo estado, rivalizan en suciedad y densidad de población con la ciudad vieja de Mánchester. En esta localidad encontré a un hombre

que por su aspecto podía tener 60 años y vivía en el establo de una vaca. Había provisto aquella casa cuadrangular, sin ventanas ni pavimento, de una especie de chimenea, había llevado su lecho y allí vivía, aunque la lluvia atravesara el techo arruinado. El hombre era demasiado viejo para tener un trabajo regular y vivía transportando estiércol con su carrito; ¡los montones de estiércol estaban cerca de su palacio!

Así son los barrios obreros de Mánchester, como tuve ocasión de observarlo yo mismo durante 20 meses. Resumiendo el resultado de nuestra peregrinación por esta localidad, debemos decir que los 350.000 obreros de Mánchester y sus suburbios habitan casi todos en *cottages* malos, húmedos y sucios; que las calles de estos barrios están en el peor estado y la mayor suciedad, sin ningún cuidado por la ventilación y dispuestas solo con vistas a la ganancia del constructor; en una palabra, podemos decir que en las viviendas de los obreros de Mánchester no es posible ninguna limpieza, ningún bienestar ni comodidad; que en esas viviendas solo una raza ya no humana, degradada, enferma del cuerpo, moral y físicamente rebajada al nivel de las bestias, puede sentirse feliz y a gusto. Y no soy el único en sostener esto; hemos visto que el doctor Kay hace la misma descripción, y quiero exponer lo que dice un liberal, una autoridad conocida y muy apreciada por los liberales, un fanático adversario del movimiento obrero, el señor Senior:

> Cuando estuve en las habitaciones de los trabajadores de las fábricas de Ancoats, de la ciudad irlandesa y de la «Pequeña Irlanda», me asombré de que fuese posible conservar la salud en tales viviendas. Estas ciudades –ya que lo son por la extensión y por el número de sus habitantes– han sido construidas con una falta absoluta de cuidado respecto a todo, exceptuando la utilidad inmediata de los especuladores que las construían. Un carpintero y un albañil se asociaban para comprar un terreno (es decir, para tomarlo en alquiler por cierto número de años) y cubrirlo de casas, por llamarlas de algún modo: en un lugar encontramos una calle entera que seguía por una profunda zanja, a fin de poder construir los sótanos sin el gasto de la excavación, sótanos que no servían como escondrijo o negocio, sino como viviendas para seres humanos. *Ninguna casa en esta calle escapó al cólera.* Y, en general, las calles en estos suburbios están sin empedrar, con un montón de estiércol y una charca en el medio; las casas están construidas con el muro posterior en común y sin ventilación o posible desecamiento, y familias enteras viven amontonadas en el rincón de un sótano o en un desván[13].

Hice mención, además, de una actividad excepcional de la Policía sanitaria en el tiempo del cólera en Mánchester. Cuando esta epidemia se acercó, la burguesía de la mencionada ciudad sintió un terror general; se acordaba entonces de las malsanas viviendas de los obreros y temblaba ante la certidumbre de que cada uno de estos barrios sería un centro de contagio, de donde este llevaría la desolación en todas direcciones, hasta los barrios de las clases poseedoras. Enseguida se nombró una Comisión de Sanidad para inspeccionar esos barrios e informar de su estado, exactamente, al Consejo Municipal. El doctor Kay, miembro de la Comisión, quien visitó minuciosamente todos los distritos, menos el undécimo, da algunos datos en su informe. Se inspeccionaron en total 6.951 casas –naturalmente, solo en Mánchester propiamente dicha, excluyendo Salford y los suburbios–; de ellas, 6.565 tenían necesidad urgente de ser encaladas interiormente, 960 viviendas tenían reparaciones indispensables desatendidas, 936 no tenían sumideros suficientes, 1.435 eran húmedas, 452 estaban mal ventiladas, 2.221 no tenían letrinas. De las 687 calles inspeccionadas, 248 no estaban empedradas, 53 lo estaban solo en parte, 112 estaban mal ventiladas y en 352 se encontraron charcas pestilentes, montones de inmundicias, residuos, etc. Como es natural, fue absolutamente imposible limpiar semejante establo de Augías, después de la llegada del cólera; hubo que limitarse a la limpieza de algunas de las peores partes y las restantes se dejaron como estaban: se comprende que en los lugares que se habían limpiado, como lo prueba el caso de la «Pequeña Irlanda», después de un par de meses se encontraba la misma suciedad que había antes. Y sobre la condición interna de esas viviendas, la misma Comisión refirió cosas semejantes a las que ya conocíamos de Londres, Edimburgo y otras ciudades.

> Frecuentemente, una familia irlandesa entera se amontona en un solo lecho; a menudo se encuentran montones de paja sucia y andrajos de viejos sacos, todo mezclado; en tales viviendas, todos están denigrados por la necesidad, la inconciencia y la negligencia. A menudo los inspectores encontraron, en una casa con dos habitaciones, dos familias: un dormitorio servía para las dos, la otra para cocina y comedor; y a menudo más de una familia habitaba en un sótano húmedo, en cuya atmósfera pestilente estaban encerrados 12 o 16 individuos; además de estos focos de enfermedades se veían allí cerdos y otras cosas de la especie más repugnante[14].

Debemos agregar que muchas familias, incluso las que tienen una sola habitación, admiten, mediante pago, pensionistas y personas para dormir; y tales personas, de ambos sexos, duermen en el mismo lecho que los inquilinos ordinarios; y así, por ejemplo, el informe sobre las condiciones sanitarias de la clase obrera de Mánchester manifiesta que 6, o más veces, fueron encontrados durmiendo en la misma cama un hombre, su mujer y su cuñada adulta. Las ya nombradas casas de alojamiento son aquí también muy numerosas. El doctor Kay, en 1831, establece su número en 267 en Mánchester propiamente dicha, y desde entonces deben de haber aumentado. Cada una recibe de 20 a 30 huéspedes y juntas dan alojamiento a entre 5.000 y 6.000 personas; el carácter de las casas y de sus clientes es el mismo que en las otras. En cada habitación se encuentran de 5 a 7 lechos, en el suelo, y en ellos se acuestan cuantas personas puedan y todas amontonadas. La atmósfera física y moral que predomina en tales cuevas no es para ser descrita. Cada una de esas casas es un centro de delitos y un campo de acciones que sublevan la humanidad y que tal vez no se hubieran consumado sin esta violenta centralización de la inmoralidad[15]. El número de los que habitan en sótanos está calculado por Gaskell en 20.000 en Mánchester propiamente dicha. El *Weekly Dispatch* afirma, según informaciones oficiales, que son el 12 por 100 de la población obrera, y ello concuerda plenamente con cuanto se ha dicho antes; y siendo el número de obreros de 175.000, los 21.000 corresponden exactamente al 12 por 100. Los sótanos habitados son, en los suburbios, tan numerosos como en la ciudad, y por tal motivo las personas que habitan en los sótanos de Mánchester, tomadas en conjunto, no son menos de 40.000 a 50.000. Es suficiente en cuanto a las habitaciones de los obreros en las grandes ciudades. La forma en que se satisface la necesidad de albergue da la medida de cómo son satisfechas todas las demás. Se comprende que en tales ratoneras sucias solamente pueden vivir harapientos y mal nutridos. Y así es en los hechos. Los trajes de los obreros están, en su mayor parte, en las peores condiciones. La tela que usan no es de la más apropiada, la lana y el hilo casi han desaparecido de sus armarios, sustituidos por el algodón; las camisas son de tela de algodón blanco o de color; igualmente, los vestidos

de las mujeres son, en su mayor parte, de tela de algodón, generalmente estampada; vestidos de lana se ven muy raramente entre la ropa que se da a lavar. Los hombres, en general, tienen pantalones de pana de algodón y otras telas pesadas; manteles y chaquetas son de la misma tela. La pana de algodón *(fustian)* se ha vuelto, proverbialmente, el traje de los obreros; *fustian jackets,* con tal nombre se denominan a los obreros y se llaman entre sí, en contraposición a los ricos, que se visten con paño de lana *(broadcloth)*. Este último término es también empleado para designar la clase media. Cuando Feargus O'Connor, el líder de los cartistas, durante la insurrección de 1842 llegó a Mánchester, apareció, entre los aplausos frenéticos de los obreros, con un traje de pana de algodón. En Inglaterra el sombrero es usado, generalmente, también por los obreros, quienes los llevan de las formas más diversas: redondos, cónicos o cilíndricos, de alas largas o estrechas, o sin ellas; solo los jóvenes usan gorra en las ciudades industriales. El que no tiene sombrero se hace una gorrita baja, cuadrangular, de papel.

La vestimenta íntegra de los obreros –aun si está en buenas condiciones– es poco adecuada al clima. El aire húmedo de Inglaterra, que más que ningún otro, por sus repentinos cambios, produce enfriamientos, constriñe a la clase media a llevar franela directamente sobre el cuerpo; corbatas, chalecos y fajas de franela son de uso casi general. La clase obrera no solo no toma tales precauciones, sino que, por el contrario, comúnmente no está en condiciones de adoptar ni una hebra de lana para vestirse. Las pesadas telas de algodón, aunque más gruesas, más rígidas y más pesadas que el paño de lana, preservan menos que este, retienen mucho tiempo el frío y la humedad; quedan, por el grosor y la naturaleza del material, mucho más tiempo húmedas y, sobre todo, no tienen la calidad del paño abatanado de lana. Y si el obrero quiere procurarse un abrigo de paño para los domingos, debe ir a uno de los negocios que venden barato donde compra paño malo, el llamado *devil's dust,* que «está hecho solo para vender, no para usar» –después de 15 días se deshilacha o deja ver la trama–, o debe comprar en lo del ropavejero uno viejo, medio roto, que ya ha servido mucho y que podrá serle útil solamente por pocas semanas. Pero, además de esto, en la mayoría

de los casos el fondo de armario se va estropeando, gastando, y de cuando en cuando es necesario llevar las mejores ropas a la casa de empeños. Para un número muy grande de obreros, especialmente para los irlandeses, los trajes son un puro harapo. Frecuentemente no se pueden remendar más, ni es posible siquiera reconocer el color, por los remiendos. Los ingleses y los anglo-irlandeses los repasan todavía y en este arte hacen prodigios. No les importan que sean de lana o tela de pana de algodón para chaquetas, o viceversa; los irlandeses inmigrantes no remiendan, sino en caso de extrema necesidad, cuando ya el traje se está partiendo en dos; ordinariamente, las hilachas de la camisa sobresalen de los faldones de la chaqueta o del pantalón; llevan, como dice Thomas Carlyle: «Un traje de andrajos, de modo que la operación más difícil es vestirse y desvestirse, y solo se cambian en los días de fiesta y con tiempo extremadamente favorable»[16]. Además, los irlandeses han introducido en Inglaterra el uso de andar descalzos, costumbre antes desconocida. Ahora se ve en todas las ciudades industriales cantidad de personas descalzas, niños y mujeres en particular, y tal uso se introduce, poco a poco, también entre los ingleses más pobres.

Lo mismo que se ha dicho de la vestimenta puede decirse de los alimentos. Los obreros compran lo que es demasiado malo para la clase poseedora. En las grandes ciudades de Inglaterra pueden obtenerse todas las cosas mejores, pero cuestan caro; el obrero que debe mantener la casa con pocos centavos no puede emplear mucho para sus compras; además, el salario le es pagado, en general, el sábado a la tarde –ya se ha comenzado a pagar el viernes, pero esta costumbre, muy buena, está lejos de haberse generalizado– y por eso solo puede ir al mercado el sábado a la tarde, a las cuatro, las cinco o las siete; la clase media ya ha sacado del mercado lo mejor, desde la mañana. A la mañana, el mercado abunda de las mejores cosas, pero cuando los obreros llegan, ya se ha vendido lo mejor, y aun cuando así no fuera, probablemente no podrían permitírselo. Las patatas que compran los obreros son, en su mayor parte, malas; legumbres pasadas, el queso viejo y de mala calidad, el tocino rancio, la carne flaca, vieja, dura, de animales viejos o enfermos, a menudo ya medio podrida. Los vendedores son, en su mayoría, pequeños revendedores que compran las

peores cosas, que pueden revender así a poco precio, a causa de su mal estado. Los obreros más pobres deben usar aún alguna treta para poder obtener con su escaso dinero el artículo que desean comprar, aunque sea de ínfima calidad. Como las tiendas deben cerrarse a mediodía del sábado y el domingo permanecen cerradas, entre las 10 y las 12 del sábado se venden a precio bajísimo todas aquellas mercancías que no se pueden conservar hasta el lunes. De aquello, sin embargo, las diez o las nueve décimas partes no son ya utilizables el domingo por la mañana, y esos artículos forman la comida dominical de la clase obrera más pobre. La carne comprada por los obreros es a menudo incomible, pero como la han comprado, deben comerla. El 6 de enero de 1844 –si no me engaño– hubo una reunión del Tribunal del Mercado *(court leet)* en Mánchester y 11 revendedores fueron condenados por haber vendido carne en mal estado. A cada uno se le confiscaron de 50 a 70 libras de carne, o corderos, o un ternero o un cerdo enteros, todos en esas condiciones. En uno de los casos, se confiscaron 64 gansos rellenos para Navidad que quedaron sin vender en Liverpool y fueron enviados a Mánchester, a cuyo mercado llegaron putrefactos y hediondos. La historia completa, con los nombres de los condenados y el monto de la pena, fue entonces minuciosamente expuesta en el *Manchester Guardian.* En las seis semanas, desde el 1 de julio hasta el 14 de agosto, dicho diario publicó otros tres casos de la misma especie; según el número del 3 de agosto, en Heywood se confiscó a un carnicero un cerdo de 200 libras que, encontrado muerto y putrefacto, fue cortado en pedazos y puesto en venta; según el número del 31 de julio, dos carniceros de Wigan, uno de los cuales era reincidente, fueron condenados por vender carne contaminada a 2 y 4 libras esterlinas de multa, respectivamente; en el número del 10 de agosto se narraba que a un comerciante de Bolton le fueron confiscados 26 jamones podridos; los jamones fueron públicamente quemados y el comerciante multado con 20 libras esterlinas. Y esto está muy lejos de ser una lista completa, ni siquiera es el término medio de casos correspondientes a 7 semanas, sobre las cuales se pueden calcular la media anual; sucede a menudo que cada número del *Guardian,* que se publica dos veces por semana, trae una lista de tales casos, ocurridos en Mánchester o

en el distrito circundante; y si se piensa cuántos casos no son penados, por el volumen del mercado, que se extiende por todas las calles principales y por la poca vigilancia de los inspectores del mercado, ¿cómo se explicaría la desfachatez con que se llevan a vender al mercado estos animales?; si se piensa qué grande debe ser la tentación, en los casos antedichos, porque las penas son increíblemente leves; si se piensa en qué condición debe estar un pedazo de carne para ser confiscada por los inspectores, como completamente pasada, puede darse por imposible que los obreros tengan normalmente carne buena y nutritiva, pero aún son burlados de otro modo, por la avidez de dinero de la clase media. Los negociantes y fabricantes falsifican todos los alimentos de manera injustificable y sin ningún miramiento por la salud de quienes deben consumirlos. Antes dejamos hablar al *Guardian;* ahora dejemos hablar a otro diario de la clase media –me gusta tomar como testimonios a mis adversarios–; escuchemos al *Liverpool Mercury:*

> Se vende manteca salada como fresca, o se cubre el pedazo de manteca salada con una capa de manteca fresca, o bien se expone, para hacerla probar, manteca fresca y después de probada se vende la salada, o también se le quita la sal y se vende como manteca fresca. Al azúcar se le mezcla arroz en polvo y otras materias baratas y el todo se vende a precio de azúcar. Los residuos de las fábricas de jabón son igualmente vendidos, mezclados con otras substancias, como azúcar. Al café en polvo se le mezcla achicoria, u otras materias elaboradas como grano de café. El cacao es a menudo mezclado con tierra oscura, pulverizada con minuciosidad y fácilmente mezclable con el cacao, mediante la grasa. El té se mezcla con hojas de ciruelo y se vende como té fresco las hojas de té usado, secadas, tostadas con ramas calentadas para darles color. La pimienta se falsifica con polvo de corteza, etc.; el vino de Oporto está notoriamente falsificado (con alcohol, materias colorantes, etc.), porque se bebe en Inglaterra más que cuanto produce todo Portugal, y el tabaco se mezcla con materias nauseabundas de toda especie en todas las formas en que ese artículo es puesto en venta.

Puedo agregar que a causa de la general sofisticación del tabaco, aun entre las más distinguidas tabacaleras de Mánchester, estas declararon públicamente que ninguno de tales negocios puede sostenerse sin falsificaciones y que ningún cigarro que cueste menos de tres peniques puede ser tabaco. Como es natural, todo lo que se refiere a la falsificación o estafas no se limita al ámbito de los alimentos; podría enumerar, por lo

menos, una docena más de casos: entre otros, la vileza de mezclar yeso o caliza con la harina; en todos los artículos se engaña; la franela, las medias, etc., se estiran para que parezcan más grandes y al primer lavado encogen; paño delgado es vendido como del ancho de un dedo y medio a tres; la mayólica está cubierta por una capa casi transparente para hacerla aparecer como si estuviese esmaltada, pero prontamente se gasta; y así ciento de otras infamias. *Tout comme chez nous;* pero los que mayormente soportan la consecuencia de la falsificación son los obreros. El rico no es engañado porque puede pagar los precios elevados de las grandes tiendas, que tienen que mantener su prestigio y que se perjudicarían mucho teniendo mercancías malas o falsificadas; el rico está habituado a la buena comida y con su paladar delicado nota el engaño fácilmente. Pero el pobre, el obrero, para quién un par de centavos cuentan mucho, que por poco dinero debe adquirir muchas mercancías, que no debe ni puede examinar escrupulosamente la calidad, porque no tiene ocasión de educar su gusto, que recibe todas las mercancías falsificadas y a menudo envenenadas, acude a los pequeños comerciantes, debe, tal vez, comprar a crédito, y estos negociantes, que a causa de su pequeño capital y del mayor precio de compra no pueden vender de ningún modo a bajo precio, como los grandes vendedores a menudeo, deben, por el bajo precio que exigen sus clientes y para vencer la competencia de los otros, quieras o no, procurarse mercancías adulteradas. Además, si un importante vendedor minorista, que ha invertido en su negocio un gran capital, se dejara atrapar como falsificador, estaría arruinado; ¿qué tiene que temer, en cambio, un pequeño comerciante que provee de géneros a una sola calle, si se descubren sus estafas? Si en Ancoats no se tiene más confianza en él, se va a Chorlton, o a Hulme, donde nadie lo conoce y donde comienza de nuevo a engañar; las penas legales amenazan las más mínimas falsificaciones, aunque involucren solamente una sustracción al impuesto sobre el consumo. Pero no solo en la calidad, sino también en la cantidad de las mercancías es engañado el obrero inglés; los pequeños comerciantes tienen, en su mayor parte, pesas y medidas falsas; y puede verse una increíble cantidad de condenas que se producen diariamente, según las informaciones policiales por dichos

delitos. Cuán general es esta especie de engaño en los distritos fabriles pueden indicarlo unos pocos extractos del *Manchester Guardian;* los que siguen abarcan solo un periodo limitado y, además, no tengo todos los números.

Guardian, 16 de junio de 1844. Sección de Rochdale: 4 comerciantes condenados a cinco y diez chelines de multa por pesas muy livianas. Sección de Stockport: 2 comerciantes a un chelín de multa; uno de ellos tenía siete pesas muy livianas y además un plato de la balanza falso; ambos habían sido precedentemente amonestados.

Guardian, 19 de junio. Sección de Rochdale: castigados un comerciante y dos aldeanos en diez chelines.

Guardian, 22 de junio. Mánchester, juzgado de paz: 19 revendedores penados de dos chelines y medio a dos libras esterlinas.

Guardian, 26 de junio. Sección de Ashton: 14 comerciantes y aldeanos castigados, de dos chelines a una esterlina. Sección de Hyde Petty: 9 aldeanos y comerciantes condenados a costas y cinco chelines de multa.

Guardian, 9 de julio. Mánchester: 16 comerciantes condenados a costas y multas hasta diez esterlinas.

Guardian, 13 de julio. Mánchester: 9 comerciantes penados con multas de dos chelines y medio a veinte.

Guardian, 24 de julio. Rochdale: 4 comerciantes castigados con multa de diez a veinte chelines.

Guardian, 27 de julio. Bolton: 12 comerciantes condenados a la multa de dos chelines y medio a cinco chelines.

Guardian, 3 de agosto. Bolton: un comerciante condenado a cinco chelines de multa.

Y por los mismos motivos que hacen que el engaño en la calidad de las mercancías recaiga sobre los obreros, también sobre ellos recae el engaño relativo a la cantidad.

La alimentación ordinaria de los obreros, naturalmente, varía según el salario. Los mejores pagados, especialmente los obreros de las fábricas, con

miembros de familia en condiciones de ganarse la vida, tienen, mientras esto dura, buen alimento, carne diariamente, a la noche tocino y queso. Los obreros que ganan menos comen carne solo los domingos o dos o tres veces por semana; por lo tanto, mayor cantidad de patatas y de pan; descendiendo poco a poco en la escala, encontramos reducida la carne a un poco de tocino cortado y patatas; más abajo todavía, encontramos solo queso, pan, gachas y patatas, hasta que en los grados más bajos, entre los irlandeses, las patatas constituyen el único alimento. Se bebe después, en general, un té suave mezclado a veces con azúcar, leche o alguna bebida espirituosa; el té es considerado en Inglaterra, y también en Irlanda, una bebida necesaria e indispensable, como entre nosotros el café, y donde ya no se bebe té es que domina la más tétrica pobreza. Todo esto en el supuesto caso de que el obrero tenga ocupación; si no tiene trabajo, es abandonado enteramente a su suerte y come lo que le regalan y lo que recoja pidiendo limosna, o lo que roba; y si nada recibe, como hemos visto, padece hambre. Se comprende que la cantidad, como la calidad de la comida, es adecuada al salario, y que entre los obreros peor pagados, aún durante el tiempo en que tienen trabajo, especialmente si tienen una familia numerosa, domina el hambre; y el número de estos obreros es muy grande. Particularmente en Londres, donde la competencia de los obreros crece en la misma medida que la población, esta clase es muy numerosa, pero existe también en todas las otras ciudades. Cuando hay hambre, cualquier resurso es válido: se comen cáscaras de patatas, restos de legumbres, verduras en putrefacción[17], y todo lo que todavía contiene, tal vez, un átomo de alimento. Y si el salario semanal se acaba antes de terminar la semana, sucede frecuentemente que durante los últimos días de esta la familia no tiene ningún alimento o solo lo estrictamente necesario para no morir de hambre. Tal género de vida no puede, naturalmente, sino producir numerosísimas enfermedades, y si esta alcanza al hombre, de cuyo trabajo vive, principalmente, la familia, y cuya actividad física requiere el máximo de nutrición, la miseria es todavía más grande. De tal manera se manifiesta la brutalidad con que la sociedad abandona a sus propios miembros, justamente en el momento en que ellos tienen la máxima necesidad de ser ayudados.

Resumiendo, así, para concluir, los hechos expuestos: las grandes ciudades están principalmente habitadas por obreros; en el caso más favorable, se tiene un burgués sobre dos obreros, a menudo tres y raramente sobre cuatro obreros; estos obreros no tienen ninguna propiedad y viven del salario que casi siempre pasa de su mano a la boca; la sociedad, dividida en átomos, no se preocupa por él, deja que se cuide a sí mismo y a su familia, y no le da los medios de poder hacerlo de un modo duradero y eficaz. Cada obrero, aún el mejor, está siempre sujeto a que le falte el pan, es decir, a la muerte por hambre, y muchos sucumben; las viviendas de los obreros están generalmente mal agrupadas, mal construidas, mantenidas en pésimas condiciones, mal ventiladas, son húmedas e insalubres; los inquilinos están encerrados en el más estrecho espacio y, en la mayoría de los casos, en una habitación duerme por lo menos una familia; la disposición interior de las viviendas es pobre en diversos grados, hasta llegar a la absoluta falta de los muebles más necesarios; los trajes de los obreros son, generalmente miserables y con muchísimas roturas; los alimentos son malos, frecuentemente en mal estado y también, al menos por periodos, insuficientes, de modo que en la mayoría de los casos el obrero sufre hambre. La clase obrera de las grandes ciudades ofrece una condición de vida de diversas gradaciones, en casos favorables, una existencia llevadera, un salario por un trabajo intenso, vivienda habitable y alimentos que no están en malas condiciones. Todo bueno y pasable, naturalmente desde el punto de vista de los obreros; en el peor caso, encontramos la miseria más extrema que puede llegar hasta la falta de techo y el hambre. Por lo general, el término medio se acerca más al caso peor que al mejor. Y estas gradaciones no se dividen en clases, de modo que sea posible decir: a esta fracción de trabajadores le va bien, a aquella le va mal, esto es así y así fue siempre; pero aunque aquí y allá se dé el caso de que grupos de obreros aislados ganen un privilegio sobre los otros, la posición del obrero oscila tanto en cada ramo que a cada obrero puede ocurrirle recorrer todas las gradaciones, desde una situación relativamente soportable, a la miseria extrema, al hambre; cualquier proletario inglés puede narrar notables

cambios de fortuna. Queremos observar ahora, más particularmente, sus causas.

[1] [1892: Esto sucedió hace 50 años, en época de los pintorescos navíos a vela; el que ahora llega a Londres, a sus muelles, ve el Támesis cubierto de sucios vapores.]

[2] Después de haber escrito la descripción que sigue, vi sobre los distritos obreros, en Londres, un artículo en el *Illuminated Magazine* (octubre de 1844), que en muchos puntos es casi literalmente semejante a mi descripción y que concuerda con el resto completamente. Se titula «La vivienda de los pobres según las observaciones de un médico».

[3] Citado por el doctor W. P. Alison, F. R. S. E. *Fellow* y *Late President* de la *Royal College of Physicians, Observations on the Mangement of the poor in Scotland and its effects on the Health of Great Towns,* Edimburgo, 1840. El autor es un religioso *tory* y hermano del historiador Arch[ibald] Alison.

[4] *Report lo the Home Secretary from the Poor-Law Commissioners on an Inquiry into the Sanitary Condition of the Labouring Clases of Great Britain with Appendix. Presented to both Houses of Parliament in July 1842, 3 vol. in folio.* Recogido y ordenado, sobre informaciones de médicos por Edwin Chadwick, secretario de la comisión de la ley de pobres.

[5] *The Artisan,* 1842, opúsculo de octubre, periódico mensual.

[6] *Arts and Artisans at Home and Abroad by J. C. Symonds,* Edimburgo, 1839. El autor, evidentemente escocés, es un liberal y, por lo tanto, lleno de prevenciones contra todo movimiento obrero. Los pasajes citados se encuentran en las pp. 116 y ss.

[7] Cuando se habla de millas, sin otra indicación, se debe entender que se trata de millas inglesas, 69,5 de estas forman un grado del Ecuador y son, por lo tanto, iguales a 5 millas alemanas.

[8] No se olvide que estos sótanos no son simples rincones, sino viviendas humanas.

[9] Véase el informe del Consejo Municipal en la *Statistical Journal* 2, p. 404.

[10] *The Moral and Physical Condition of the Working-Classes, employed in the Cotton Manufacture in Manchester,* por el doctor James Ph. Kay. Confunde a la clase obrera en general con la clase obrera de las fábricas; por lo demás, es excelente.

[11] ¡Y sin embargo, un sabio liberal inglés –en sus informes del *Children's Employment Commission*– sostenía que estos patios son una obra maestra de la arquitectura urbana, porque ellos, como pequeñas plazas públicas, mejoraban la ventilación y la circulación del aire! Sería así, si cada patio tuviera dos o cuatro salidas anchas, abiertas en la parte superior y ubicadas una frente a la otra, para que el aire pudiera circular; pero no tienen nunca dos salidas, y raramente una, y casi todas ellas son pequeñas y cubiertas.

[12] Doctor Kay, *op. cit.*

[13] Nassau W. Senior, *Letters on the Factory Act to the Rt. Hon. the President of the Board of Trade* (Chas. Poulett Thompson, Esq.), Londres, 1837, p. 24.

[14] Doctor Kay, p. 32.

[15] P. Gaskell, *The Manufacturing Population of England: its Moral, Social and Physical Condition, and the Changes, which have arisen from the Use of Steam Machinery; with an Examination of Infant Labour.* «Fiat Justitia», 1833. Describe principalmente la situación de los

obreros de Lancashire. El autor es un liberal que escribía en una época en la que no concernía todavía al liberalismo magnificar la «felicidad» de los obreros. Por esto, no tiene todavía prejuicios y puede tener ojos para ver los males del estado actual y especialmente del sistema de las fábricas. Pero todavía escribía antes que la *Factories Inquiry Commission* y repite de fuentes equívocas opiniones refutadas después por el informe de la Comisión. La obra, aunque buena en su conjunto, debe –también porque Kay confunde la clase obrera en general con la clase obrera de las fábricas en particular– utilizarse con cuidado en algunas partes. La historia del desarrollo del proletariado, dada en la «Introducción», está tomada principalmente de esta obra.

[16] Thomas Carlyle, *Chartism,* Londres, 1840, p. 28.

[17] *Weekly Dispatch,* abril o mayo de 1844, según una encuesta del doctor Southwood Smith sobre la situación de los pobres en Londres.

III
La competencia

Hemos visto en la «Introducción» cómo la competencia, que apareció al comienzo del movimiento industrial, creó el proletariado, al elevar, por la creciente demanda de telas tejidas, el salario de los tejedores, e induciendo así a los tejedores-agricultores a abandonar el cultivo de sus campos para poder ganar más en el telar; hemos visto cómo reemplazó a los pequeños agricultores por el sistema de cultivo a gran escala, cómo los transformó en proletarios y, después, cómo los atrajo, en parte, a las ciudades; hemos visto de qué manera arruinó, en su mayoría, a la pequeña burguesía, y cómo, igualmente, gravitó sobre los proletarios, cómo centralizó el capital en manos de pocos y la población en las grandes ciudades. Estas son las diversas vías y los medios por los cuales la competencia creó y ensanchó el proletariado, como sucedió en la industria moderna, a plena luz y dando libertad al desarrollo de todas sus consecuencias. Ahora hemos de considerar su influencia en el ya existente proletariado. Y aquí, en primer lugar, debemos explicar en sus consecuencias la competencia de los trabajadores aislados entre sí.

La competencia es la expresión más completa de la guerra de todos contra todos, dominante en la moderna sociedad burguesa. Esta guerra, guerra por la vida, por la existencia, por cada cosa, por lo tanto, en caso de necesidad, una guerra de vida o muerte, no existe solamente entre las clases diversas de la sociedad, sino, además, entre los particulares individuos de estas clases cada uno estorba al otro y cada cual busca suplantar a todos aquellos que están en su camino y ocupar su lugar. Los trabajadores se hacen competencia entre sí, los burgueses hacen otro tanto. Los tejedores mecánicos compiten con los tejedores manuales; el tejedor empleado y mal pagado, contra aquel mejor pagado, a quien trata de suplantar. Pero esta

competencia entre los trabajadores es el lado más triste de su actual condición, el arma más aguda contra el proletariado, en manos de la burguesía. De ahí los esfuerzos de los trabajadores para suprimir, con las asociaciones, esta competencia; de ahí el furor de la burguesía contra estas asociaciones y su triunfo por cada derrota sufrida por ellas.

El proletariado no tiene apoyo; no puede vivir por sí mismo ni un solo día. La burguesía se apropia del monopolio de todos los medios de subsistencia, en el significado más estricto de la palabra. El proletariado solo puede recibir, de esta burguesía, lo que necesita, mientras ella es protegida en su monopolio por la fuerza del Estado. El proletariado es, por lo tanto, legalmente y de hecho, el esclavo de la burguesía; ella puede disponer de su vida y de su muerte. Le ofrece los medios de subsistencia, pero por un equivalente, por su trabajo; incluso, le deja la apariencia de que esto ocurra por libre elección, por consenso libre y sin restricciones, como si el hombre concluyese con ella un contrato.

¡Hermosa libertad, donde al proletariado no le queda otra elección que suscribir las condiciones que le impone la burguesía, o morir de hambre y de frío, o echarse desnudo junto a los animales de la selva! ¡Hermoso «equivalente», cuyo importe total está del todo en la voluntad de la burguesía! Y si existe un proletario tan loco que prefiera morir de hambre a conformarse con las propuestas «a buen precio» de los burgueses, «de sus naturales superiores»[1], después de todo se encuentran fácilmente otros, hay bastantes proletarios en el mundo, y no todos están tan locos como para preferir la muerte a la vida.

Ahora tenemos la recíproca competencia de los proletarios. Si todos ellos hubieran expresado solamente su voluntad de morir de hambre antes que trabajar para la burguesía, esta tendría que desistir ya de su monopolio; pero no es este el caso, es un caso imposible, y de ahí que la burguesía todavía prospere. Esta competencia de los trabajadores es solo una barrera; ningún trabajador querrá trabajar por menos de lo que es necesario para su subsistencia; preferirá, de buena gana morir de hambre en el ocio, que trabajando. En verdad, esta barrera es relativa; uno tiene más necesidades que otro, uno más que otro está habituado a mayores comodidades; el

inglés, que es un poco más civilizado, tiene más necesidades que el irlandés, que va en harapos, come patatas y duerme en pocilgas. Pero esto no impide a los irlandeses hacer la competencia a los ingleses y poco a poco rebajar el salario y, con ello, el grado de civilización del obrero inglés descenderá al nivel del irlandés. Algunos trabajos necesitan de un determinado nivel de civilización, como suele ser en casi todas las formas de ocupación industrial; de ahí que el interés de la burguesía requiera, en este caso, que el salario sea lo suficientemente alto como para que el trabajador pueda mantenerse en ese nivel.

El irlandés que acaba de llegar, que se aloja en el primer establo que ve, que se gasta su salario en bebida y no puede pagar su renta semanal, y finalmente se queda sin techo, sería un mal obrero; por eso ha de darse a los trabajadores industriales cuanto les es necesario para inculcar a sus hijos el hábito del trabajo –pero no más, para que no puedan permitirse vivir sin que sus hijos trabajen y estos lleguen a algo más que a simples trabajadores–. También aquí la barrera del salario mínimo es relativa; en una familia en la que todos trabajan, el individuo tiene necesidad de ganar mucho menos y la burguesía ha aprovechado la coyuntura que le presentaba el trabajo mecánico para rebajar brutalmente el salario, con la ocupación y explotación de mujeres y niños. Naturalmente, no en toda familia cada uno de sus miembros puede trabajar, y una familia como esa estaría mal si quisiera trabajar por el salario mínimo calculado en función de una familia entera apta para el trabajo; por eso el salario se fija en un término medio, con el cual, a la familia que es capaz de trabajar toda entera le va bastante bien y a aquella cuyo número de miembros hábiles para el trabajo es menor le va bastante mal. Pero en el peor de los casos, cada obrero prefiere renunciar al bocadito de lujo y al nivel de vida al que estaba habituado para poder continuar solamente su desnuda existencia; querrá más bien un establo de cerdos que quedar sin refugio, querrá antes harapos que quedar sin vestimenta, patatas antes que morir de hambre. A la espera de tiempos mejores, el trabajador estará conforme con su salario antes que quedarse mudo en la calle y morir después ante la vista de todo el mundo, como lo ha hecho algún hambriento. Esta migaja, esta poca cosa, poco más que nada,

es el mínimo de salario. Y si hay más trabajadores de los que la burguesía estima necesario ocupar, si al término de la lucha de competencia resulta superfluo un número de obreros que no encuentran ningún trabajo, estos deben morirse de hambre, porque la burguesía no les dará trabajo si no puede vender el producto de su trabajo.

Con esto, por lo tanto, se comprende en qué consiste el salario mínimo. El máximo es fijado por la competencia entre los burgueses, pues entre ellos también compiten. El burgués puede engrosar su capital solo mediante el comercio y la industria, y para ambos fines necesita de los trabajadores. Igualmente, si pone su capital a interés, necesita una vía indirecta de obreros, porque sin comercio e industria nadie le podría dar los intereses, nadie podría dar utilidad al capital. Así, la burguesía necesita, ciertamente, de los proletarios, pero no directamente para vivir –no podría consumir su capital–, sino el modo en que se necesita un artículo de comercio o una bestia de carga, para enriquecerse. El proletario produce para el burgués las mercancías que este vende con beneficio. Si luego crece la demanda de estas mercancías, de modo que aumenta la cifra de trabajadores que, competidores entre sí, estén ocupados y tal vez queden muy pocos sin trabajo, remite la competencia de los trabajadores y los burgueses comienzan a hacérsela recíprocamente. El capitalista que busca obreros sabe muy bien que, como consecuencia de la demanda creciente, los precios aumentan, que así hace mayores ganancias, y así prefiere pagar algo más de salario antes de dejar escapar toda la ganancia; arriesga su capital por el beneficio, pero obtenido este, concede a regañadiente su parte al proletario. De tal modo el capitalista toma nuevos trabajadores, y el salario sube, pero solo cuanto lo permite la creciente demanda. Si el capitalista que sacrifica algo de su ganancia extraordinaria sacrificase también la habitual, es decir, si debiese sacrificar una parte del beneficio medio, se guardaría bien de no pagar más que el salario promedio.

De aquí podemos determinar el salario medio. Si las condiciones medias, es decir, si ni los capitalistas ni los trabajadores tienen una razón especial para hacerse recíproca competencia, si los trabajadores están justamente en la cantidad necesaria para ser ocupados todos en la fabricación de las

mercancías requeridas, el salario, entonces, será algo superior al mínimo. Cuándo el salario sobrepasará dicho mínimo viene determinado por las necesidades medias y el nivel de vida de los trabajadores. Si los trabajadores están habituados a comer carne varias veces a la semana, los capitalistas deberán consentir en pagar a los trabajadores un salario que pueda suministrarles tal alimentación. Y no menos, porque los trabajadores no se hacen mutua competencia, y, por lo tanto, no tiene ninguna razón para contentarse con menos, ni más, porque la falta de competencia entre los capitalistas no les da ningún motivo para atraerse a los obreros con extraordinarios favores. Esta medida de las necesidades medias y del bienestar medio de los trabajadores se ha vuelto, por las complicadas condiciones de la moderna industria inglesa, bastante difícil, y diversa por las diferentes clases de trabajadores, como habíamos observado antes. La mayoría de los trabajadores industriales adquieren, entretanto, cierta habilidad y regularidad y porque exigen cierto nivel de vida, el salario medio debe también permitir a los trabajadores adquirir esa habilidad y someterse a la reglamentación del trabajo. De ahí proviene que el salario de los trabajadores industriales es, término medio, mayor que el de los simples peones, jornaleros, etc.; mayor, especialmente, que el de los trabajadores del campo, lo que, en verdad, contribuye, por su parte, al encarecimiento de los medios de subsistencia en las ciudades. O, por decirlo de otra manera, el trabajador es legalmente y de hecho esclavo de la clase poseedora, de la burguesía, tan esclavo que es vendido como una mercancía, que es valorado como una mercancía sube y baja de precio. Si crece la demanda de trabajadores, su precio sube; si ella cae, con ella cae el precio de los trabajadores; si ella cae de modo que un número de obreros no son vendibles, estos «quedan en depósito», quedan enseguida a *la espera,* y si no pueden vivir *esperando,* simplemente se mueren de hambre. Porque, hablando en el lenguaje de los economistas, el gasto empleado para su mantenimiento no se «reproduciría»; sería dinero tirado a la calle, y ningún hombre da para esto su capital. Y hasta aquí el señor Malthus tiene completa razón, con su teoría de la población. La sola diferencia, frente a la antigua y franca esclavitud, consiste en que el moderno trabajador parece

libre porque no es vendido como antes, sino pedazo a pedazo, diariamente, semanalmente, por año, y porque un propietario no lo puede vender a otro, pero el obrero se debe vender igualmente de aquel modo, porque no es esclavo de un individuo aislado, sino de toda la clase propietaria. Por ello, en el fondo, la cosa es igual, y si esta apariencia de libertad puede darle, por un lado, una libertad real, por el otro tiene la desventaja de que ningún hombre le garantiza la manutención, que puede ser echado en cualquier momento por su señor, por la burguesía, y puede dejárselo morir de hambre, si la burguesía no tiene ningún interés en su trabajo y su existencia. La burguesía se encuentra, en la presente organización, mucho mejor que con la antigua esclavitud: puede despedir a su gente, si quiere, sin perder por ello un capital invertido, y recibe generalmente trabajo elaborado más barato que el que se conseguía por medio de los esclavos, como lo demostró Adam Smith[2].

Se sigue de aquí que Adam Smith tiene completa razón cuando plantea que: «la demanda de trabajadores, así como la demanda de cualquier otro artículo, regula la producción de trabajadores; la cantidad de hombres engendrados, acelera esta producción si ella marcha lentamente, la afloja si crece con demasiada rapidez». Perfectamente como con todo otro artículo de comercio, si hay muy poco, crecen los precios, es decir, el salario, y les va mejor a los trabajadores, los matrimonios se multiplican, se producen más personas, crecen más niños, hasta que haya suficientes trabajadores; si son muchos, los valores caen, les falta el pan, sufren miseria, penuria, y enseguida las epidemias acaban con la «población sobrante». Y Malthus, quien lleva a sus últimas consecuencias la afirmación de Smith, tiene razón, a su modo, cuando afirma que siempre hay una población excedente, que en el mundo hay siempre demasiados hombres; sin embargo, se equivoca cuando afirma que hay más hombres que los medios de subsistencia existentes para alimentarlos. La población sobrante más bien es producida por la competencia recíproca de los trabajadores, que constriñe al trabajador aislado a trabajar diariamente, justo cuanto le permitan sus fuerzas. Si un fabricante puede ocupar diariamente diez obreros por nueve horas –pero los obreros trabajan diez horas por día– ocupará solamente nueve y el décimo

quedará sin pan. Y si el fabricante, cuando la demanda de brazos no es muy grande, puede obligar a los nueve obreros, con la amenaza de despedirlos, a trabajar por el mismo salario una hora más, es decir, diez horas, entonces despide al décimo y se ahorra un salario. Lo que ocurre aquí en pequeño, sucede en grande en las naciones. La producción de cada uno, aumentada al máximo por la recíproca competencia de los trabajadores, la división del trabajo, la introducción de las máquinas, el uso de las fuerzas elementales, arrojan a la desocupación una multitud de obreros. Pero estos obreros sin pan salen del mercado; no pueden comprar nada; en consecuencia, la cantidad de artículos que ellos requerían, no los adquieren más, por lo tanto, no se necesita fabricarlos; los trabajadores antes ocupados para su fabricación, vuelven a quedar sin pan, salen igualmente del mercado, y así tal fenómeno va siempre en aumento por la misma circulación o, más bien, así seguiría si otras circunstancias no interviniesen. La aplicación de los medios industriales arriba anotados para aumentar la producción, conduce particularmente a la estabilidad de los precios básicos de los artículos producidos, e inmediatamente, a un creciente consumo, de manera que una gran parte de los nombrados trabajadores sin pan al fin son ocupados, finalmente y después de largos sufrimientos, en nuevas ramas del trabajo. Y agréguese a esto, como sucede en Inglaterra en los últimos 60 años, la conquista de los mercados extranjeros; así como la demanda de artículos manufacturados crece de continuo y rápidamente, crece también la demanda de brazos, y con ello, en la misma relación, la población. Así, en vez de disminuir el número de habitantes del Imperio británico, aumenta rápidamente, se incrementa constantemente y, aunque la industria no cesa de desarrollarse y, en suma, la demanda de trabajadores no cesa de crecer, Inglaterra, según admiten los partidos oficiales (es decir, de los *tories,* de los liberales, los radicales) tiene todavía una población siempre demasiado numerosa y sobrante, y la competencia entre los trabajadores es todavía más grande que la competencia para tener trabajadores.

¿De dónde viene esta contradicción? De la naturaleza de la industria y la competencia y de las crisis comerciales que derivan de esta naturaleza. En la presente irregular producción y distribución de los medios de

subsistencia, que no es hecha para la inmediata satisfacción de las necesidades, sino solo para ganar dinero, en el sistema en que cada uno trabaja por propio impulso y se enriquece, debe surgir a cada instante un estancamiento. Inglaterra, por ejemplo, provee a un gran número de países de las mercancías más diversas. Si ahora el fabricante sabe cuánto necesita cada país anualmente de cada artículo, no sabe todavía cuánto montan, en todo tiempo, las reservas, y todavía mucho menos, cuánto envía su competencia. Puede solamente, de la fluctuación continua de los precios, deducir una conclusión incierta sobre el estado de las reservas y de las necesidades, y debe enviar sus mercancías al acaso; todo se produce ciegamente, solo bajo la égida del azar. Cada uno, de acuerdo con la más leve noticia favorable, envía lo que puede, y en poco tiempo aquel mercado se llena de mercancías, la venta se detiene, los precios caen y la industria inglesa no tiene más trabajo para sus trabajadores. Al comienzo del desarrollo industrial, estos estancamientos se limitan a una sola rama de la industria y a un mercado aislado; pero, por la acción centralizadora de la competencia, echa a los trabajadores, que quedan sin ocupación, a una determinada rama del trabajo, a la rama que se aprende más fácilmente, y arroja en los restantes mercados las mercancías que no son vendibles en un mercado, y así, enseguida, acercándose las pequeñas crisis aisladas, poco a poco se unen en una única serie de crisis que vuelven periódicamente. Tales crisis suelen producirse cada cinco años, después de un breve periodo de florecimiento y de bienestar general; el mercado nacional y todos los mercados extranjeros están llenos de mercancías inglesas, y estas solo pueden ser consumidas lentamente; el movimiento industrial se detiene en casi todos los sectores; los pequeños fabricantes y comerciantes, que no pueden quedar fuera con sus capitales, quiebran; los grandes capitalistas, durante las malas épocas suspenden sus negocios, detienen sus máquinas o las hacen trabajar solamente unas «pocas horas», es decir, cerca de media jornada; el salario cae por la competencia de los desocupados, por la disminución de la jornada de trabajo y por la falta de mercancías vendibles con ganancia; la miseria general se extiende entre los obreros; los pequeños ahorros son rápidamente consumidos, las instituciones de beneficencia son

invadidas, el impuesto para beneficio de los pobres se duplica, triplica y sigue siendo insuficiente; el número de los hambrientos crece, y de golpe, espantosamente numerosa, se presenta toda la masa de la población «sobrante». Esto dura largo tiempo; los «sobrantes» consiguen ir tirando, y entonces todo va bien, o no lo consiguen; la beneficencia y las leyes sobre los pobres ayudan a muchos a prolongar penosamente su existencia; otros encuentran, aquí y allá, en alguna rama de trabajo que está menos expuesta a la competencia, que resiste todavía a la industria, un mísero puesto; y con tan poco, el hombre puede contentarse por algún tiempo. Poco a poco, el estado de cosas tórnase de más en más favorable; las reservas de mercancías almacenadas son consumidas, la general depresión de los hombres de la industria y el comercio se opone al rápido reponer de los vacíos, hasta que al fin los precios en aumento y las noticias favorables de todas partes restablecen la actividad. Los mercados están, en su mayor parte, lejos; antes que los primeros nuevos envíos puedan llegar, la demanda crece de continuo y con ella los precios; primero se disputan las mercancías llegadas, las primeras ventas animan todavía más el intercambio, los envíos todavía a la expectativa prometen mayores precios; se comienza, en espera de un encarecimiento, a comprar para especular, y así, por lo tanto, a sustraer al consumo las mercancías fijadas para él en los tiempos más difíciles; la especulación aumenta aún más los precios, anima así a otros a comprar y adquirir los nuevos envíos; todo esto se anuncia en Inglaterra, los fabricantes reanudan el trabajo abundantemente, se alzan nuevas fábricas y se ponen en juego todos los medios para aprovechar la época favorable; también aquí penetra la especulación, con el mismo efecto que sobre los mercados extranjeros; los precios en ascenso, las mercancías sustraídas al consumo, empujan la producción industrial al máximo esfuerzo de energía; después vienen los especuladores «insolventes», que trabajan con capital ficticio, que viven del crédito, que se arruinan si no pueden vender enseguida mucho, y si se arruinan en esta general y desordenada carrera, aumentan el desorden y la precipitación, por su propia desenfrenada pasión, que eleva los precios y la producción hasta la locura. Es una vida desenfrenada, que aferra lo mismo a los más tranquilos que a los más

prevenidos; se martilla, se hila, se teje como si se tratara de equipar de nuevo a toda la humanidad, como si hubiesen sido descubiertos en el mundo 200.000.000 de nuevos consumidores. En un momento, los especuladores más insolventes, que tienen necesidad de dinero, comienzan por su parte a vender, por debajo del precio del mercado, se comprende, porque la cosa apremia; a una venta siguen otras, los precios oscilan, los especuladores espantados arrojan sus productos al mercado, el mercado está en desorden, el crédito es sacudido, una casa tras otra cesan sus pagos, la bancarrota sigue a la bancarrota y se encuentran que en la plaza y en la calle hay tres veces más mercancías que las que son demandadas para el consumo. Las noticias arriban a Inglaterra, donde, entretanto, se ha fabricado siempre con la misma intensidad; un pánico terrible se apodera aún de los más valientes; las quiebras, por otra parte, arrastran otras; el estancamiento arruina a un número grandísimo de casas, en la angustia son abandonadas en el mercado todas las reservas y el terror es llevado al grado máximo. Este es el comienzo de las crisis, que después emprenden el mismo curso de la precedente, y más tarde, de nuevo, se trueca por un periodo de florecimiento. Y así continúa: una recuperación, una crisis, una recuperación, una crisis; y este eterno círculo, en el cual se mueve la industria inglesa, suele producirse, como se ha dicho, cada cinco o seis años.

Resulta que en todos los tiempos, exceptuando los breves periodos de más alta prosperidad, la industria inglesa debe tener una reserva de obreros desocupados para poder, en los meses de mayor actividad, producir en el mercado la cantidad de mercancías requeridas. Esta reserva es más o menos numerosa, según que las condiciones del mercado ocasionen una mayor o menor ocupación de la misma. Y si también en la época de mayor prosperidad del mercado, por lo menos de cuando en cuando, los distritos agrícolas, Irlanda y las ramas de la industria menos sujetas a la recuperación, pueden suministrar un número de trabajadores, estos, por un lado, forman todavía una minoría, y pertenecen, por otro, a la reserva, con la única diferencia que cada recuperación les muestra que también pertenecen a ella. Cuando pasan a una rama de trabajo más activa, los

componentes de la reserva se limitan a los gastos caseros; para sentir menos el déficit trabajan más, son ocupadas las mujeres y los niños comienzan a trabajar, y cuando sobreviene otra vez la crisis son despedidos, encuentran que su antiguo puesto está ocupado y sobran, al menos en parte. Esta reserva, en los tiempos de crisis, constituye una inmensa multitud y en los tiempos intermedios que pueden tomarse como el término medio entre prosperidad y crisis, es siempre bastante numerosa. Esta es la «población excedente» de Inglaterra, población que mediante la mendicidad y los hurtos, la limpieza de calles, la recolección de estiércol, los viejos con carritos y asnos, o con otros trabajitos de ocasión, sobrelleva una mísera existencia. En todas las grandes ciudades se ve una masa de esta clase de gente, que con los pequeños servicios ocasionales «mantiene unido el cuerpo al alma», como dicen los ingleses. Es interesante ver en qué ramas de trabajo se refugia esta «población sobrante». Los barrenderos londinenses *(crossing sweeps)* son universalmente conocidos; pero hasta ahora, no solamente los cruces de calles, sino también las calles principales de otras grandes ciudades, fueron limpiados por desocupados, traídos para esto por las administraciones de pobres y limpieza de calles. Ahora hay una máquina que zumba todo el día a través de las calles y que ha quitado a los desocupados este medio de ganancia. En los grandes caminos que conducen a la ciudad, donde es considerable el movimiento de vehículos, se ve una cantidad de gente con carritos que anda, con peligro de su vida, entre los coches y los ómnibus que corren, recogiendo los excrementos recién caídos para venderlos; por esto, dicha gente debe tal vez pagar cada semana un par de chelines a la administración de calles, y en muchas regiones esa tarea está completamente prohibida, porque la administración de calles no podría vender el excremento recolectado que no contiene la conveniente parte de estiércol. Afortunados son los «sobrantes» que obtienen un carrito y pueden hacer transportes; son todavía más afortunados los que tienen dinero para obtener un carro con un asno. Este debe buscar su alimento o recibir por pitanza algunas sobras rebuscadas aquí y allá, y a pesar de todo su amo puede ganar algún dinero. La mayor parte de los «sobrantes» se refugian en el oficio de reventa. Especialmente el sábado, a la tarde, cuando toda la

población trabajadora está en la calle, se ve una multitud que vive de eso. Cordones, tiradores, cintas, naranjas, dulces, en una palabra, todos los artículos imaginables son ofrecidos a los innumerables hombres, mujeres y niños, y se ven también en todo momento vendedores con naranjas, dulces, *ginger-beer* o *nettle-beer*[3] parados o circulando. Fósforos y lacre, artículos afines, preparaciones patentadas para encender el fuego, forman también los artículos de comercio de esa gente. Otros –los llamados *jobbers*– recorren las calles buscando trabajitos de ocasión; a veces alguno consigue tener trabajo por un día, otros muchos no son tan afortunados.

> En la entrada de todos los *docks londinenses* –cuenta el reverendo W. Champney, predicador en el distrito oriental de Londres– aparecen todas las mañanas de invierno, antes de despuntar el día, centenares de pobres que, con la esperanza de obtener trabajo, esperan que se abran las puertas, y si los más jóvenes, los más fuertes y los más conocidos son empleados, centenares de los restantes, abatidos por la esperanza perdida, retornan a sus pobres habitaciones.

¿Qué le queda a esta gente si no encuentra trabajo y no quiere sublevarse contra la sociedad, sino la vagancia? Y no puede uno asombrarse de la masa de estos postulantes, que en su mayor parte son hombres capaces para el trabajo, y con los que la Policía debe luchar de continuo. Acostumbran a andar con su familia y a cantar en las calles una canción que es una plegaria, o solicitan, con su recitado, la caridad de los vecinos. Y es extraño que estos postulantes se encuentren solo en los barrios obreros, que la caridad sea hecha casi solamente por los trabajadores. A veces, la familia se coloca silenciosa en una calle con movimiento, y deja, sin decir una palabra, que la vista de su abandono produzca por sí sola efecto. También estos postulantes esperan más ayuda de esa parte de trabajadores que saben, por experiencia, lo que es el hambre, y que en cualquier momento pueden caer en la misma condición, ya que se encuentra este silencioso y sin embargo tan conmovedor lenguaje, casi exclusivamente en las calles concurridas por los trabajadores, en especial el sábado por la tarde, cuando los «misterios» de los barrios obreros se revelan en las calles principales; la clase media se aleja lo más posible de estos lugares infectos. Y el que, entre los «sobrantes», tiene bastante coraje y pasión para rebelarse abiertamente

contra la sociedad y responder a la guerra oculta que la burguesía le hace, con la guerra abierta contra la burguesía, roba, saquea y mata.

Según las noticias oficiales, en Inglaterra y en Gales hay, término medio, 1.500.000 de estos «sobrantes»; en Escocia, por la falta de leyes sobre los pobres, no es posible determinar su número; de Irlanda deberemos hablar de modo particular. Esta cifra incluye solamente a aquellos que piden ayuda a la administración de beneficencia; la gran masa, que continúa viviendo sin su ayuda porque la aterra recurrir a tales recursos, no está recogida. En cambio, una parte importante de esos 1.500.000 incluye a distritos agrícolas y, por lo tanto, no se van a tener en cuenta en este análisis. Durante una crisis, este número aumenta, naturalmente, de modo considerable, y la miseria crece al mayor grado. Tomemos, por ejemplo, la crisis de 1842, que fue también la más violenta, por ser la última, puesto que la intensidad de las crisis aumenta con cada recuperación, y la próxima, que aparecerá en 1847, será, según todas las apariencias, más violenta y duradera. Durante la crisis de 1842, por lo tanto, las tasas de pobreza se elevaron en todas las ciudades hasta un punto nunca conocido. Entre otras cosas, se hubieron de pagar en Stockport, por cada esterlina pagada por el alquiler de una casa, ocho chelines de impuesto para los pobres, de manera que las tasas solas formaban el 40 por 100 del importe de los alquileres de toda la ciudad; además, calles enteras eran desocupadas, había 20.000 habitantes menos de los que solían habitarlas y se encontraba escrito en las puertas de las casas vacías: *Stockport to let* (Stockport se alquila). En Bolton, donde, en años normales, el impuesto para los pobres gravado en los alquileres ascendía, término medio, a 86.000 esterlinas, bajó a 36.000 esterlinas; por el contrario, el número de pobres socorridos subió de 14.000 a más del 20 por 100 del número total de los habitantes. En Leeds la administración de pobres tenía un fondo de reserva de 10.000 esterlinas; esto, así como una colecta de 7.000 esterlinas, fue completamente consumido antes que la crisis llegase a su punto más crudo. Así en todas partes; un informe difundido por un comité de la *Anti-Corn Law League,* de enero de 1843, sobre las condiciones de los distritos agrícolas en el año 1842, y basado en datos expuestos por los fabricantes, afirma que los impuestos para los

pobres, término medio, habían subido más alto que en 1839, y que el número de necesitados de ayuda pertenecía a una clase que hasta entonces nunca había pedido ayuda; que más de las dos terceras partes de la clase trabajadora disponía de menores medios de subsistencia que en el bienio 1834-1836; que el consumo de carne había descendido sensiblemente, en algunos lugares, un 20 por 100; en otros, hasta un 60 por 100; que los obreros que ejecutaban los oficios más comunes (forjadores, albañiles, etc.) que aún en la época de mayor depresión habían tenido siempre trabajo, sufrían mucho por la falta de trabajo y la disminución del salario, y que aún entonces, en enero de 1843, el salario continuaba bajando. ¡Y estos son los informes de los fabricantes! Los trabajadores sin pan, cuyas fábricas fueron cerradas, cuyos patrones no podían darles ningún trabajo, estaban en la calle, mendigaban solos o en montón, asediaban la calle en grupos y reclamaban ayuda de los transeúntes; pero no pedían rogando, como hacen en general los postulantes, sino amenazando con su número, con sus gestos y sus palabras. Esto sucedía en todos los distritos industriales, de Leicester a Leeds y de Mánchester a Birmingham. Aquí y allá estallaban desórdenes aislados, como los que ocurrieron en julio a mano de los obreros olleros de Staffordshire del norte; el más peligroso fermento dominaba entre los trabajadores, hasta que estalló en agosto una insurrección general de los distritos industriales. Cuando, a finales de noviembre de 1842, estuve en Mánchester, una muchedumbre excitada de desocupados andaba todavía en las calles y muchas fábricas estaban cerradas; en los meses siguientes, hasta la mitad de 1843, dichos grupos fueron desapareciendo paulatinamente y las fábricas fueron reabiertas.

No es necesario describir la inmensa miseria e indigencia que domina entre estos desocupados. Los impuestos para los pobres no bastan para nada; la generosidad de los ricos es una gota en el mar y su efecto se pierde en un momento; la vagancia, donde los vagabundos son muchos, puede ayudar muy poco. Si los pequeños comerciantes no vendiesen a crédito a los obreros, todo el tiempo posible –en verdad, por ello se hacen pagar bien–, y si los trabajadores no se ayudasen con cuanto pueden, cada crisis acabaría, ciertamente, con gran cantidad de «sobrantes». Pero la época de

mayor depresión es todavía corta –un año, a lo más dos o dos años y medio– y los más escapan con vida a las graves privaciones. Veremos que, indirectamente, en cada crisis gran número de personas mueren por enfermedades, etc. Entretanto, observemos otra causa de abatimiento a que son abandonados los trabajadores, una causa que trabaja de continuo para oprimirlos cada vez más profundamente.

[1] Expresión favorita de los fabricantes ingleses.

[2] Se ha dicho que el consumo del esclavo es a expensas de su patrón, mientras que el del trabajador libre es por cuenta de este. Pero el consumo de este último es, igualmente, por cuenta del patrón. El salario pagado al jornalero, a los servidores, etc., de cualquier manera, debe ser tan alto como para ponerlo en condiciones de reproducir la raza de asalariados según la demanda de esa gentes disminuya, quede estacionaria o crezca. Pero aunque el consumo de un trabajador libre sea a expensas de su patrón, todavía, por regla general, le cuesta mucho menos que un esclavo. El capital que se le destina, para reparar o reembolsar el consumo de un esclavo, es normalmente administrado por un patrón negligente o por un inspector desatento, etc. A. Smith, *Wealth of Nations,* I, 8, p. 133, de la edición en cuatro volúmenes de M'Culloch.

[3] Dos bebidas frescas y espumantes: la primera con agua azucarada y jengibre; la otra con agua, azúcar y ortigas. Preferidas por los obreros y especialmente por personas sobrias.

IV
La inmigración irlandesa

Hicimos mención, incidentalmente, de los irlandeses que han emigrado a Inglaterra, y ahora examinaremos más de cerca las causas y los efectos de esa inmigración. La rápida extensión de la industria inglesa no habría podido realizarse si Inglaterra no hubiese dispuesto de una reserva en la numerosa y pobre población irlandesa. El irlandés, en su país, nada tenía que perder, mucho que ganar en Inglaterra, y desde que en Irlanda se supo que en la parte oriental del canal de St. George había trabajo seguro y buen salario para los obreros fuertes, cada año emigraron cuadrillas de irlandeses. Se calcula que de este modo han emigrado hasta ahora más de 1.000.000 de irlandeses, y todavía emigran anualmente 50.000, que se vuelcan, casi todos, en los distritos industriales, especialmente en las grandes ciudades, y forman allí la clase más baja de la población. Así, en Londres hay 120.000 irlandeses pobres, 40.000 en Mánchester, 34.000 en Liverpool, 24.000 en Bristol, 40.000 en Glasgow y 29.000 en Edimburgo[1]. Esta gente, crecida casi toda en la semibarbarie, habituada desde su juventud a las privaciones de todo género, ruda, bebedora, despreocupada del porvenir, llega trayendo todas sus costumbres groseras a una clase de la población inglesa que, a decir verdad, tiene pocos incentivos por la cultura y la moralidad. Dejemos hablar a Thomas Carlyle:

> Los salvajes rostros de los *milesianos*[2], estampados de la falsa astucia, bajeza, estupidez, miseria y burla, nos saludan en nuestras calles principales y secundarias. El cochero inglés, cuando pasa a su lado, golpea con su fusta al *milesiano;* este lo maldice en su lengua, se saca el sombrero y pide limosna. Es la peor desgracia con que debe luchar este país. Y con sus harapos y su risa selvática está pronto a hacer cualquier trabajo que requiera solamente brazos fuertes y fuertes espaldas, por un salario que lo provea de patatas. Necesita solamente sal como condimento; duerme contento en la primera pocilga o casilla para perros, se cobija en los graneros, lleva un traje de harapos, dificilísimos de poner o quitar y que solo usa en los días de

> fiesta y especialmente en los buenos tiempos. El sajón, que no puede trabajar en tales condiciones, permanece desocupado. El irlandés incivilizado, no por su energía, sino por lo opuesto, desaloja al sajón nativo y toma posesión de su puesto. Vive, en su suciedad y despreocupación, en su violencia y falsedad de borracho, la perfecta encarnación de la degradación y el desorden. Quienes se toman el trabajo de nadar y mantenerse en la superficie, tienen aquí un ejemplo de cómo el hombre puede sobrevivir no nadando, sino hundiéndose a fondo. La situación del estrato más bajo de los trabajadores ingleses se acerca cada vez mas a la de los irlandeses, con los que compiten en todos los mercados; todo trabajo que puede ser cumplido con la simple fuerza física, sin mucha habilidad, no se hace de acuerdo con el salario inglés, sino por algo que se acerca al salario irlandés, es decir, por algo más que «una media porción de patatas de la peor calidad durante 30 semanas al año», por cualquier cosa; pero con la llegada de cada nuevo barco de Irlanda, esta mitad se rebaja. ¿Quién no ve esto?[3].

Carlyle tiene aquí –si aceptamos su exagerada y parcial censura del carácter nacional irlandés– completa razón. Estos trabajadores irlandeses, que por cuatro peniques[4] van a Inglaterra –en la cubierta de los vapores, donde están amontonados como bestias–, aparecen por todas partes. Las más inmundas habitaciones son siempre buenas para ellos; la ropa poco les preocupa, mientras se sostenga de un hilo; no conocen zapatos; su alimento son las patatas y solamente patatas. Lo que ganan de más lo gastan en bebidas alcohólicas; ¿qué necesidad tiene una raza tal de un salario elevado? Los barrios más inmundos de todas las grandes ciudades son habitados por irlandeses; en todas partes donde un barrio se distingue por su particular suciedad y corrupción, se puede estar seguro, ante todo, de encontrarse con estos rostros célticos –que se distinguen a primera vista de la fisonomía sajona de los autóctonos– y de oír la pronunciación aspirada y dura, que el verdadero irlandés no abandona jamás. He oído, a veces, hablar hasta el irlandés-céltico en las partes de densa población de Mánchester. Casi todas las familias que habitan en los sótanos son de origen irlandés. En resumen: los irlandeses han encontrado, como dice el doctor Kay, lo que es el mínimo de necesidades de la vida y lo enseñan a los obreros ingleses. Han llevado también consigo la suciedad y la pasión de la bebida. Esta suciedad, que en las regiones donde la población vive dispersa no perjudica mucho y que para el irlandés se ha convertido en su segunda naturaleza, se vuelve horrible y peligrosa en las grandes ciudades, por su concentración. Como era costumbre del *milesiano* en su país, echa también aquí todas las

inmundicias y los residuos en la puerta de la casa, y por esto se forman charcas y montones de excrementos, que ensucian los barrios obreros y apestan el aire. Como es costumbre en su patria, el irlandés construye en la casa la pocilga, y si no puede hacerlo, deja que su cerdo duerma en la vivienda, junto a él. Este nuevo modo anormal de ganadería en las grandes ciudades es enteramente de origen irlandés; el irlandés está sujeto a su cerdo como el árabe a su caballo, con la sola diferencia de que el primero vende el puerco cuando está bastante gordo para poder carnearlo, pero igualmente come y duerme con él, con él juegan sus hijos, que lo montan, y con él se revuelcan en la inmundicia, como puede verse en todas las grandes ciudades de Inglaterra centenares de veces. No puede darse una idea de la suciedad, de la inhabitabilidad dominante en sus casas. El irlandés no está habituado al uso de mobiliario; un montón de paja, un par de harapos, demasiado arruinados para usarse como indumentaria, es suficiente para su lecho. Un pedazo de madera, una silla rota, una vieja caja en lugar de mesa, y no necesita más; una ramita de té, algunas ollas y tiestos, esto le basta para arreglar su cocina, que es, simultáneamente, dormitorio y habitación. Y si escasea el combustible, todo lo que puede ser quemado y que esté a su alcance, sillas, estantes o tablas pueden usarse como tal. Además, ¿para qué necesita mucho espacio? En su cabaña de arcilla, en Irlanda, un solo local servía para todas las necesidades domésticas; también en Inglaterra, una familia no necesita más de una sola estancia. Así, también este amontonamiento de muchas personas en un solo local, que ahora se está haciendo general, fue traído, sobre todo, por la inmigración irlandesa. Y como el pobre diablo debe tener, sin embargo, algún goce, y la sociedad lo ha excluido de todo otro, él va a buscarlo y bebe aguardiente. El aguardiente es la única cosa que hace al irlandés amable la vida de fatigas –el aguardiente y al mismo tiempo su carácter alegre y despreocupado–, y así se regodea en el aguardiente hasta la borrachera más brutal. El carácter meridional y ligero del irlandés; su rudeza, que lo coloca muy poco por encima del salvaje; su desprecio por todos los refinamientos humanos, que es incapaz de apreciar por su misma rudeza; su suciedad y miseria, todo esto favorece su pasión por la bebida; la

tentación es demasiado fuerte, no puede resistirla, y cuando gana dinero debe echarlo en su garganta. ¿Cómo podría ser de otro modo? ¿Cómo quiere la sociedad, que lo reduce a tal estado, en que casi necesariamente debe hacerse borracho, que lo olvida del todo y lo deja embrutecerse, cómo quiere después acusarlo si realmente se convierte en un borracho?

El obrero inglés debe luchar con semejante competidor, un competidor que está en el grado más bajo posible en un país civilizado, y que, por eso, necesita un salario menor que otro cualquiera. En consecuencia, es forzoso, como dice Carlyle, que el salario del obrero, en todas las ramas donde pueden competir los irlandeses, vaya siempre en descenso. Estos sectores son muchos. Todos aquellos que requieren poca o ninguna habilidad son asequibles a los irlandeses. En verdad, para trabajos que exigen largo tiempo de aprendizaje o una acción regularmente continuada, el irlandés, indisciplinado, inconstante y borracho, se encuentra muy por debajo. Para hacerse mecánico (*mechanic* es, en inglés, todo trabajador ocupado en la fabricación de máquinas) u obrero industrial, el irlandés debería, en primer lugar, aceptar la civilización inglesa y las costumbres inglesas, o sea, volverse inglés. Pero donde se trata de un trabajo simple y de poca precisión, que depende más de la fuerza que de la habilidad, el irlandés es tan capaz como el inglés. Por esto, también estas ramas de trabajo son abandonadas por los ingleses; los tejedores manuales, los peones, los artesanos, son, en su mayor parte, irlandeses, y el amontonamiento de esta nación ha contribuido muchísimo a la depresión del salario y de la clase trabajadora. Y aun cuando los irlandeses, entrando en las otras ramas del trabajo, se volvieran más civilizados, quedarían todavía bastante dependientes de la vieja economía para influir –junto a la influencia que se produciría por la proximidad de los irlandeses– de modo degradante sobre sus compañeros, los trabajadores ingleses. Puesto que en casi todas las grandes ciudades, una quinta o cuarta parte de los obreros son irlandeses o hijos de irlandeses, criados en la inmundicia irlandesa, no es de asombrarse que la vida entera de la clase obrera, sus costumbres, su condición intelectual y moral, todo su carácter, hayan tomado una parte importante de esta naturaleza irlandesa; se podrá comprender cómo la situación del

trabajador inglés, deplorable por la industria moderna y por sus consecuencias, ha llegado a ser todavía más degradante.

[1] Archibal Alison, High Sheriff of Lanarkshire, *Principles of Population and their Connection with Human Happines,* 2 vols. Este Alison es el historiador de la Revolución francesa y también religioso *tory,* como su hermano el doctor W. P. Alison.

[2] Miles es el nombre de los antiguos reyes celtas de Irlanda.

[3] *Chartism,* pp. 28, 31, etc.

[4] Cuarenta céntimos.

V
Consecuencias

Como hemos tratado con cierta amplitud las condiciones en que vive la clase trabajadora inglesa en las ciudades, estamos ahora en condiciones de extraer de estos hechos conclusiones ulteriores y confrontarlos de nuevo. Veamos qué se hizo de los trabajadores en tales circunstancias; qué clase de gente encontramos entre ellos; y cómo se ha constituido su condición física, intelectual y moral.

Si un individuo produce a otro un daño físico tal que el golpe le causa la muerte, llamamos a eso homicidio; si el autor supiera, de antemano, que el daño va a ser mortal, llamaremos a su acción asesinato premeditado. Pero si la sociedad[1] reduce a centenares de proletarios a un estado tal que, necesariamente, caen víctimas de una muerte prematura y antinatural, de una muerte tan violenta como la muerte por medio de la espada o de una maza; si impide a millares de individuos las condiciones necesarias para la vida, si los coloca en un estado en que no pueden vivir, si los constriñe, con el fuerte brazo de la ley, a permanecer en tal estado hasta la muerte, muerte que debe ser consecuencia de ese estado; si esa sociedad sabe, y lo sabe muy bien, que esos millares de individuos deben caer víctimas de tales condiciones, y, sin embargo, deja que perdure tal estado de cosas, ello constituye, justamente, un asesinato premeditado, como la acción del individuo, solamente que un asesinato más oculto, más pérfido, un asesinato contra el cual nadie puede defenderse, que no lo parece, porque no se ve al autor, porque es la obra de todos y de ninguno, porque la muerte de la víctima parece natural y porque no es tanto un pecado de acción como un pecado de omisión. Pero ello no deja de ser un asesinato premeditado. Probaré ahora que la sociedad en Inglaterra consuma cada día, a cada minuto, lo que los diarios obreros ingleses llaman un asesinato social, que

ha reducido a los trabajadores a un estado en el que no pueden gozar de buena salud ni vivir mucho; que destruye, pedazo a pedazo, de a poco, la vida de esos trabajadores, y los conduce a la tumba antes de tiempo; debo probar ulteriormente que la sociedad sabe qué nocivo es tal estado para la salud y la vida de los trabajadores, y que, sin embargo, nada hace a fin de mejorar esta condición. Que la sociedad sabe, por sus instituciones, que su modo de proceder no es simplemente homicidio, sino asesinato premeditado, ya lo he probado, puedo alegar documentos oficiales, informes del parlamento y del gobierno, para testificar el hecho del homicidio.

Se comprende que una clase que vive en las condiciones arriba descritas y que está tan miserablemente olvidada, que tiene las más apremiantes necesidades para vivir, no puede ser sana ni llegar a la vejez. Volvamos a ver, entretanto, las particulares circunstancias relacionadas, especialmente, con las condiciones sanitarias de los trabajadores. Ya la concentración de la población en las grandes ciudades ejerce una influencia desfavorable; la atmósfera de Londres nunca podrá ser tan pura y oxigenada como la de una región de las afueras; 2.500.000 de pulmones y 250.000 focos de combustión, reunidos en tres o cuatro millas geográficas, necesitan una inmensa cantidad de oxígeno de que muy difícilmente se dispone, puesto que la construcción de la ciudad hace difícil la ventilación. El gas carbónico, producido mediante la respiración y la combustión, permanece por su peso específico en las calles y las corrientes del viento pasan solo sobre los techos de las casas. Los pulmones de los habitantes no reciben la necesaria cantidad de oxígeno; consecuencia de esto es el relajamiento físico e intelectual y la disminución de la energía vital. Por esta razón, los habitantes de las grandes ciudades están menos expuestos a las enfermedades agudas o a las irritaciones que la gente del campo –que vive en una atmósfera libre y normal–, pero, en cambio, sufren más enfermedades crónicas. Y si la vida, ya en las grandes ciudades, no es en sí y por sí ventajosa para la salud, ¡qué grande será la influencia dañosa de una atmósfera anormal en los barrios obreros, donde, como vimos, está aglomerado todo lo que puede empeorar la atmósfera! En el campo puede

ser inocuo tener al lado de la casa un estercolero, puesto que el aire circula libremente por todos lados; pero en medio de una gran ciudad, entre calles y patios emparedados, que interceptan toda corriente de aire, el caso es totalmente otro. Todas las materias animales y vegetales putrefactas producen gases sumamente nocivos para la salud, y si estos gases no tienen ningún escape libre, deben, por consecuencia, infestar la atmósfera. Las inmundicias y charcas que existen en los barrios obreros de las grandes ciudades, producen las peores consecuencias para la salud pública, porque exhalan los gases portadores de las enfermedades, y lo mismo debe decirse de la evaporación de los fluidos pestilentes. Pero esto no es todo. Es verdaderamente indignante la forma en que es tratada por la moderna sociedad la masa de los pobres. Se la lleva a las grandes ciudades, donde respira un aire peor que el de su lugar natal; se la exila en barrios que, por su construcción, están peor ventilados que otros; les son negados todos los medios para la limpieza, se les quita el agua, mientras solamente contra pago se colocan las cañerías, estando los ríos infestados ya no pueden servir a los efectos de la limpieza; se la obliga a tirar en la calle todos los residuos y desperdicios, el agua sucia y, a menudo, las más nauseabundas inmundicias y el estiércol, al mismo tiempo que se le impiden todos los medios de actuar de otro modo; se la obliga, así, a apestar sus propios barrios. Y todavía hay más. Todos los males imaginables caen sobre la cabeza de los pobres. La población de la ciudad es, generalmente, ya demasiado densa, de manera que en un solo local debe amontonarse mucha gente. No contentos con haber corrompido la atmósfera de las calles, se encierran por docenas los individuos en una sola habitación, de modo que el aire que respiran por la noche se vuelve completamente sofocante. Se da a esta gran masa de obreros habitaciones húmedas, sótanos que desde abajo, o desvanes que desde arriba, no son impermeables. Sus casas están hechas de modo que el aire húmedo no puede ser eliminado. Se les dan trajes pésimos, harapientos o que están por romperse; alimento en malas condiciones y difícilmente digerible. Se expone a esta multitud de pobres a los más bruscos cambios en el trato y a las más violentas vicisitudes de angustias y esperanzas; se la cansa como al salvaje, no se la deja jamás en paz, en el

tranquilo goce de la vida. Se le sustraen todos los goces, excepto los del sexo y la bebida; al mismo tiempo, se la debilita diariamente hasta el completo relajamiento de las fuerzas físicas, y, en consecuencia, se excita de continuo hasta el más desenfrenado exceso en los dos únicos placeres que le restan. Y si todo esto no fuera bastante, después de haberlo soportado cae víctima de una crisis de desocupación, en la que le será arrebatado aún lo poco que hasta entonces se le había dejado.

¿Como es posible que en estas condiciones la clase obrera pueda vivir sana y por mucho tiempo? ¿Qué puede esperarse más que una proporción exorbitante de fallecimientos, una existencia continua de epidemias y un seguro debilitamiento físico progresivo de la generación trabajadora? Examinemos los hechos.

Ha sido probado ya, ampliamente, que las viviendas de los trabajadores, en las peores partes de las ciudades, junto con la antigua condición de vida de esta clase, provocan gran cantidad de enfermedades. El ya citado artículo del *Artisan* afirma, con toda razón, que las enfermedades crónicas deben ser la consecuencia necesaria de tales condiciones, y en realidad se encuentran muy frecuentemente entre los trabajadores. Que la atmósfera mala de Londres, especialmente en los barrios obreros, favorece al grado más alto de tuberculosis, lo demuestra el aspecto demacrado de mucha gente que encontramos en la calle. Si por la mañana, temprano, cuando todos van a su trabajo, se camina un poco por las calles, se asombra uno de la cantidad de gente con aspecto de tísicos con que se topa. Incluso en Mánchester no aparecen los hombres en un estado tal; estos espectros pálidos, asmáticos, de ojos hundidos, con los que nos cruzamos a cada momento; estas caras somnolientas, sin fuerza, incapaces de toda energía, los he visto, en tan sorprendente cantidad solo en Londres, aunque la tisis se lleva a una horda de víctimas en las ciudades industriales del norte. Con la tisis, además de otras enfermedades agudas y la escarlatina, compite la enfermedad que causa los daños más terribles entre los trabajadores: el tifus. Este mal, muy difundido según los informes oficiales sobre las condiciones de salud de la clase trabajadora, es la consecuencia directa del estado pésimo de las viviendas en lo que se refiere a la ventilación, gran humedad y falta de

limpieza. Este informe –que, no olvidemos, ha sido elaborado por los mejores médicos ingleses, sobre datos de otros médicos– afirma que un patio mal ventilado, una calle sin desahogo, especialmente si los habitantes viven amontonados y la materia orgánica se transporta a las proximidades, están en el caso de producir la fiebre, y casi siempre, en realidad, la producen. Esta fiebre tiene casi siempre el mismo carácter y desarrolla, en casi todos los casos, el tifus. La fiebre tifoidea se encuentra en los barrios obreros de todas las grandes ciudades, así como en las calles mal construidas y mal conservadas de las más pequeñas regiones, siendo su difusión mayor en los peores barrios, aun cuando, parcialmente, hace víctimas hasta en los mejores. En Londres dominó durante largo tiempo; en 1837, su extraordinaria violencia dio lugar al mencionado informe. Según el informe anual del doctor Southwood Smith, en el *London Fever Hospital* durante 1843 hubo 1.462 pacientes, 418 más que cualquier año anterior. En las húmedas localidades del este, del norte y del sur de Londres, esta enfermedad había alcanzado una virulencia extraordinaria. Muchos de los pacientes eran inmigrantes del campo, que habían sufrido durante el viaje, o después de su llegada, las más duras privaciones, y después de haber dormido en la calle semidesnudos y hambrientos, no encontraron trabajo y fueron presa de la fiebre. Esta gente era llevada al hospital en un grado tal de debilidad que era necesario usar gran cantidad de vino, coñac, preparados de amonio y otros estimulantes. Del total de enfermos murió el 16,5 por 100. También en Mánchester se encuentra esta fiebre infecciosa; en los barrios peores de la ciudad vieja, Ancoats, la «Pequeña Irlanda», etc., nunca ha desaparecido del todo; no domina, sin embargo, en la forma que podría esperarse, como generalmente sucede en las ciudades inglesas. Por el contrario, en Escocia e Irlanda el tifus domina con una vehemencia que sobrepasa toda idea; en Edimburgo y en Glasgow apareció en 1817, con la miseria; con particular virulencia en 1826 y 1837, después de la crisis comercial, y cada vez, después de cerca de tres años de estragos, dejó siempre algún rastro por cierto tiempo; Edimburgo, en la epidemia de 1817, fueron afectadas de fiebre 6.000 personas; en la epidemia de 1837, 10.000, y no solamente el número de los enfermos, sino también la virulencia de la

enfermedad y la proporción de defunciones aumentaron en cada repetición de la epidemia[2].

Pero parece que la ferocidad de la enfermedad, en estos primeros periodos, fue un juego de niños, comparado con la epidemia que siguió a la crisis de 1842. Una sexta parte de los pobres de Escocia se contagió de fiebre, y el mal, a causa de los mendigos que emigraban, pasó con rapidez de un país a otro; no respetó clases sociales y, en dos meses, hubo tantos enfermos de fiebre como en los 12 años anteriores. En Glasgow enfermó en 1843, el 12 por 100 de la población; de 32.000 personas atacadas por la fiebre, murió el 32 por 100, mientras que la mortalidad en Mánchester y Liverpool no sobrepasó el 8 por 100. La enfermedad hacía crisis el decimoséptimo o decimoctavo día; en este día el paciente se ponía amarillo, lo que probaría, según la autoridad citada, que la causa del mal había que buscarla también en el desgaste físico y en las penurias[3]. En Irlanda, estas fiebres epidémicas son frecuentes. En 21 meses, en 1817-1818, hubo 39.000 enfermos de fiebre, y el año siguiente, según Sheriff Alison (en el segundo volumen de *Principles of Population*), pasaron por el hospital de Dublín cerca de 60.000 enfermos. En Cork, el hospital para los enfermos de fiebre, en 1817-1818, había atendido a un 14 por 100 de la población; en Limerick, en la misma época, había un 25 por 100, y en el peor barrio de Waterford, 95 por 100 de la población estaba enferma de fiebre[4].

Si se recuerda la situación en que viven los trabajadores, si se piensa cómo están, repletas sus viviendas, cómo cada rincón está lleno de hombres; que enfermos y sanos duermen juntos, en un solo sitio, se maravilla uno de que una enfermedad infecciosa, como esta fiebre, no se extienda todavía más. Y si se piensa cuán escasos son los auxilios médicos a disposición de los enfermos, que muchos de los consejos de los doctores no se siguen y que permanecen desconocidos los más elementales preceptos dietéticos, la mortandad nos parece todavía poca. El doctor Alison, que conoce bastante la enfermedad, la relaciona, en el citado informe, con la miseria y el estado de pobreza de los indigentes; afirma que, a causa de las privaciones y la insuficiente satisfacción de las necesidades de la vida, la epidemia de enfermedades infecciosas ataca a estos cuerpos y rápidamente

se extiende. Prueba el doctor Alison que siempre un periodo de privaciones –una crisis comercial o una mala cosecha–, en Escocia como en Irlanda, ha traído el tifus, y que todo el peso de la enfermedad ha caído exclusivamente sobre la clase obrera. Es de notar que, según dice el doctor Alison, la mayoría de los individuos afectados por tifus son padres de familia, precisamente aquellos que son más necesarios; lo mismo dicen muchos médicos irlandeses por él citados.

Hay otra serie de enfermedades que tienen su origen más en una mala nutrición que en la vivienda de los obreros. Tal causa reside en la comida difícilmente digerible de los trabajadores y absolutamente inadecuada para los niños pequeños; faltan también al trabajador los medios y el tiempo para proveer a sus hijos de una alimentación adecuada. De ahí proviene la costumbre, muy difundida, de dar a los niños aguardiente, y también opio, y de esto, junto con otras condiciones de existencia nocivas al desarrollo físico, derivan enfermedades que dejan su rastro para toda la vida. Casi todos los trabajadores tienen, en su mayor o menor grado, un estómago débil, y sin embargo deben seguir, obligadamente, la misma dieta que fue causa de sus males. Y aun cuando conocieran la causa, ¿cómo podrían proveerse de alimentos convenientes, sin alcanzar plenamente otras condiciones de vida, sin ser educados de otra forma? A causa de estas malas digestiones, ya en la infancia se desarrollan nuevas enfermedades. La escrofulosis está generalmente difundida entre los obreros, y los padres escrofulosos tienen hijos escrofulosos, especialmente si la causa originaria de la enfermedad actúa sobra la disposición hereditariamente escrofulosa de estos últimos. Un segundo resultado de la insuficiente nutrición del cuerpo durante el crecimiento es el raquitismo que es extremadamente frecuente entre los niños de la clase trabajadora. Se retrasa el endurecimiento de los huesos, se restringe el desarrollo general del esqueleto y, junto a las afecciones habituales de esta enfermedad, son frecuentes las deformidades de las piernas y la columna vertebral. No es necesario agregar que todos estos males se agudizan por los cambios a que están expuestos los trabajadores, por las fluctuaciones del comercio, la falta de pan y la insuficiencia del salario durante las crisis. La temporal falta de una

suficiente alimentación, que casi todos los trabajadores sufren, al menos una vez en la vida, por cierto tiempo, contribuye a empeorar las consecuencias de la mala alimentación, aunque suficiente. Los niños, que justamente en el tiempo en que más necesitan del alimento, pueden solo saciarse a medias –y para muchos esto sucede no solo en el periodo de cada crisis, sino también en los mejores periodos de la industria–, necesariamente deben crecer débiles, escrofulosos, raquíticos al mayor grado. Que esto es así, fácilmente se ve en su aspecto. El abandono al que está condenada la gran masa de los hijos de los obreros deja un sello indeleble, y su consecuencia es el debilitamiento de toda la generación obrera. Es necesario tener en cuenta, además, lo inadecuado de la vestimenta de esta clase; la imposibilidad, cada vez mayor, de protegerse de los enfriamientos; de la necesidad de trabajar hasta que lo permita la salud; de la miseria creciente de la familia en los casos de enfermedad; de la falta de asistencia médica; así podrá aproximadamente imaginarse cuál es el estado sanitario del obrero inglés. No quiero hacer mención de las consecuencias, todavía peores, que son propias de las diferentes ramas del trabajo, tal como hoy se lo ejercita.

Además de estas, existen todavía otras causas que debilitan la salud de gran número de trabajadores, sobre todo la carencia de templanza. Todas las posibles tentaciones, todos los atractivos se juntan para empujar al obrero a la pasión de la bebida. El aguardiente es para los trabajadores casi la única fuente de goces, y todo conspira para que se estreche el círculo a su alrededor. El obrero vuelve a su casa cansado y hambriento; encuentra una habitación sin ninguna comodidad, sucia, inhospitalaria; necesita en forma apremiante algún alivio, debe encontrar algo que compense la fatiga del trabajo, alguna perspectiva que le haga soportables los días duros y difíciles; su humor cansado, difícil, hipocondríaco, derivado de su estado enfermizo, y particularmente de las malas digestiones, se vuelve insoportable por las otras condiciones de vida, por la inseguridad de su existencia, por su dependencia de todos los posibles accidentes, por su impotencia para labrarse una posición segura; su cuerpo débil, debilitado por el aire malo y por la mala alimentación, ansía un estímulo que lo sacuda

con violencia; su sociabilidad puede solamente satisfacerse en una hostería, pues no tiene otro lugar donde encontrarse con sus amigos; y con todo esto, ¿podría acaso el trabajador no tener las más fuertes tentaciones por la bebida y estaría acaso en condiciones de resistir los halagos de esta pasión? Por una necesidad moral y física real, en tales circunstancias una gran masa de obreros es empujada a la crápula. Abstracción hecha de las influencias físicas que arrastran al trabajador a la bebida, existen otras como el ejemplo de la gran mayoría, la educación descuidada, la imposibilidad de proteger de la tentación a la gente joven; en muchos casos, la influencia de los propios padres beodos, que dan ellos mismos aguardiente a sus hijos; la seguridad de olvidar, por un par de horas, la miseria y la opresión de la vida, y cien circunstancias más, tan fuertes, que no se puede criticar a los obreros su predilección por el aguardiente. La pasión de la bebida ha cesado aquí de ser un vicio; por esto pueden ser excusados los viciosos; constituye un fenómeno natural; la consecuencia, necesaria e inevitable, de ciertas condiciones sobre un objeto sin voluntad, por lo menos en tanto enfrenta dichas condiciones. Aquellos que han hecho de los obreros simples objetos, son quienes deben asumir la responsabilidad. Por la misma necesidad que empuja a la bebida a una gran masa de obreros, por esta misma necesidad, la embriaguez prueba su acción ruinosa sobre el espíritu y los cuerpos de las víctimas. Todas las enfermedades, que derivan de las condiciones de vida del obrero, son aceleradas por el alcoholismo, así, el desarrollo de las enfermedades crónicas y del bajo vientre, como el origen y difusión del tifus, son favorecidas por él al mayor grado.

Otra causa de males, para la clase trabajadora, reside en la imposibilidad de procurarse asistencia médica conveniente. Es cierto que gran número de institutos benéficos buscan ayudar a la gran masa de los trabajadores, como, por ejemplo, el hospital de Mánchester, que, anualmente, en parte recoge y en parte socorre, con el consejo del médico y con medicinas, a 2.200 enfermos; pero ¿qué es todo esto, para una ciudad donde, según el informe de Gaskell[5], tres cuartas partes de los habitantes necesitan anualmente socorro médico? Los médicos ingleses cobran altos honorarios y los obreros no están en condiciones de pagarlos. Nada pueden hacer, y se ven obligados

a recurrir a charlatanes y echar mano a medicinas baratas de curandero que, con el tiempo, les reportan más daño que beneficio. Gran número de estos charlatanes se ha establecido en las ciudades inglesas y con anuncios, carteles en los muros y otros artificios, han logrado crearse una clientela entre la clase pobre. Además, se vende gran cantidad de medicamentos *perfectos* para combatir todos los males posibles e imposibles; píldoras de Morrison, píldoras de Parr, píldoras del doctor Mainwaring y otras mil píldoras, esencias y bálsamos, que tienen todas la única propiedad de curar todas las enfermedades del mundo. Estas medicinas contienen, a decir verdad, rara vez materias nocivas, pero no por eso dejan de actuar, si se toman con frecuencia, desventajosamente sobre los cuerpos; y como siempre se recomienda a los compradores incautos que tomen tantas pastillas como les sea posible, no es de extrañar que las consuman en grandes cantidades, con motivo o sin razón.

No es extraño que el fabricante de píldoras Parr venda en una semana entre 20.000 y 25.000 cajas; un obrero las toma contra la indigestión; aquel, contra la diarrea, contra la fiebre, la debilidad y todos los males posibles. Como nuestros paisanos alemanes, en cierto tiempo del año, se hacen despellejar y aplicar sangrías, así ahora los obreros ingleses toman sus medicinas, para dañarse a sí mismos y echar en los bolsillos del fabricante su dinero. Una de las peores de estas medicinas patentadas era una bebida que se preparaba con opio y especialmente con láudano, y que se vendía con el nombre de Godfrey's Cordial. Las mujeres que trabajan en casa y deben cuidar de sus hijos o los ajenos, les dan esta bebida a fin de tenerlos tranquilos y, como muchos creen, para que se críen más robustos. Se comienza a veces desde el nacimiento a darles esta bebida, sin conocer las nocivas consecuencias de este «afectuoso remedio», hasta que mueren. Si el organismo del niño resiste los efectos del opio, mayores cantidades se le administra. Si el medicamento ya no causa efecto, se le agrega láudano y se dan de 15 a 20 gotas por vez. El *coroner* de Nottingham aseguró, a una comisión del gobierno, que un farmacéutico, según un informe, había preparado en un año 13 quintales de jarabe para el «Godfrey's Cordial»[6]. Puede imaginarse cuáles son las consecuencias para los niños criados de

esta manera. Se vuelven pálidos, flojos y débiles, y muchos mueren cuando no tienen todavía dos años. El uso de estas medicinas se halla muy difundido en todas las grandes ciudades y en los distritos industriales del Estado.

La consecuencia de todas estas prácticas es un debilitamiento físico general de los obreros. Entre ellos se encuentra la gente menos sana, menos bien constituida y menos fuerte –hablamos de los obreros industriales, que trabajan en lugares cerrados; solamente de ellos estamos tratando aquí–. Son casi todos débiles, de osatura angulosa, pero no fuerte, flacos, pálidos, consumidos por la fiebre, excepto aquellos que tienen músculo reforzado por el trabajo. Sufren casi todos de dispepsia, y son por esto, en mayor o menor grado, hipocondríacos y de genio áspero y difícil. Sus debilitados cuerpos no están en condiciones de resistir las enfermedades, y se ven afectados siempre. Por esto los obreros envejecen prematuramente, y mueren jóvenes. Las estadísticas de mortalidad ofrecen una prueba incontestable de esto.

Según el informe *Report of Registrar-General Graham,* la mortalidad en Inglaterra y en Gales es, anualmente, en poco inferior al 2,25 por 100; esto significa que de 45 personas muere al año una[7]. Por lo menos esta era el término medio en el periodo 1839-1840; en 1840-1841 descendió algo la mortalidad y fue de un fallecido entre 46 personas. Pero en las grandes ciudades la condición es completamente diferente. Tengo delante de mí (en el *Manchester Guardian* del 31 de julio de 1844) las estadísticas oficiales de la mortalidad, según las cuales se estima la mortalidad, en cada una de las grandes ciudades, de la siguiente manera: en Mánchester, incluido Salford y Chorlton, un deceso sobre 32,72 habitantes; excluidos Salford y Chorlton, uno sobre 30,75; en Liverpool, incluido West Derby, uno sobre 31,90, y excluido West Derby, uno sobre 29,90; mientras la media de todos los nombrados distritos de Cheshire, Lancashire y Yorkshire –que comprenden numerosos distritos, completamente o en parte, agrícolas, con muchas ciudades–, con una población de 2.172.506 almas, da un deceso por cada 39,80 habitantes. Cuán mal están los obreros en las ciudades lo demuestra la mortalidad de Prescott, en el Lancashire –distrito habitado por

obreros de las minas de carbón, cuyo trabajo no es precisamente salubre– que se encuentra, en lo relativo a las condiciones sanitarias, por debajo de un distrito agrícola. Para los obreros que habitan en el campo la mortalidad es de uno sobre 47,54 personas, con una ventaja, sobre la media en toda Inglaterra, del 2,5 por 100. Todos estos datos se basan en las tablas de la mortalidad de 1843. Más alto es el promedio de la mortalidad en las ciudades escocesas: en Edimburgo, en el año 1838-1839, se tuvo un muerto por cada 39 habitantes, mientras que en la ciudad vieja, en 1831, se tuvo uno por cada 22; en Glasgow, según el doctor Cowen, la media, después de 1830, fue de uno sobre 30; en cada año en particular, uno sobre 22 hasta 24[8]. Se prueba, con todos estos datos, que la enorme disminución de la duración media de la vida se observa, principalmente, en las clases obreras, y que la media total mejora gracias a la menor mortalidad en las clases altas o medias. Uno de los últimos datos sobre esto es el siguiente del doctor P. H. Holland, de Mánchester, el cual, en misión oficial, hizo una encuesta en el suburbio de Mánchester, Chorlton-on-Medlock. Clasifica las casas y las calles en tres categorías y encuentra la siguiente proporción en la mortalidad:

Primera categoría de calles					
Casas	I	categoría, mortalidad	1	sobre	51
Casas	II	categoría, mortalidad	1	sobre	45
Casas	III	categoría, mortalidad	1	sobre	36
Segunda categoría de calles					
Casas	I	categoría, mortalidad	1	sobre	55
Casas	II	categoría, mortalidad	1	sobre	38
Casas	III	categoría, mortalidad	1	sobre	35
Tercera categoría de calles					

Casas	I	categoría, mortalidad	–	sobre	–
Casas	II	categoría, mortalidad	1	sobre	35
Casas	III	categoría, mortalidad	1	sobre	25

Por otras estadísticas, dadas por Holland, resulta que la mortalidad, en las calles de la segunda clase, es del 18 por 100 y en las de la tercera clase del 68 por 100 más que en las de la primera clase; la mortalidad, en las casas de la segunda clase, es del 31 por 100 y en la de la tercera clase del 78 por 100 más que en las de la primera; que la mortalidad, en las calles que fueron reparadas, disminuyó en un 25 por 100. Termina el autor con una observación bastante clara para un burgués inglés:

> Si comprobamos que la mortalidad, en determinada categoría de calles, es más alta que en otra, y que en ciertas categorías es doble que en otras, si es invariablemente alta en las calles que están en las peores condiciones, e invariablemente baja en aquellas que se encuentran en buenas condiciones, podemos inferir que multitud de personas, centenares de vecinos nuestros son aniquilados anualmente, por falta de las más elementales medidas de previsión[9].

El informe sobre el estado de salud de la clase trabajadora contiene datos que prueban lo mismo. En Liverpool, en 1840, el promedio de longevidad de la alta burguesía, nobleza, poseedores, etc., era de 35 años; en la clase comercial y de los artesanos mejor situados, de 22; de los obreros, jornaleros y de la clase inferior, generalmente solo de 15 años. Los informes parlamentarios contienen todavía gran número de datos semejantes.

Las listas de la mortalidad, principalmente, suben a cifras altas por el gran número de niños pequeños que mueren en la clase obrera. El cuerpo delicado de un niño resiste menos las influencias desfavorables de una baja condición de vida; el abandono al que está sujeto el niño en esta clase, si ambos progenitores trabajan, o si uno de los dos ha muerto, hace sentir rápidamente sus efectos, y no debe asombrar que, si como sucede en Mánchester, según las estadísticas mencionadas, muera antes de los 5 años más del 57 por 100 de los niños de la clase obrera, mientras solo muere el 20 por 100 en las clases superiores, y la media de la mortalidad de los niños

de menos de 5 años, pertenecientes a todas las clases, en el campo, no es ni siquiera del 32 por 100[10]. El artículo citado del *Artisan* nos aporta cifras exactas, que confrontan los casos de muerte, por las diferentes enfermedades, de los niños de las ciudades con los del campo, y prueba que las epidemias son, en general, tres veces más mortales en Mánchester y en Liverpool que en los distritos agrícolas; que las enfermedades del sistema nervioso se han centuplicado, y los trastornos digestivos se han duplicado en las ciudades, y que los casos de muerte a consecuencia de enfermedades crónicas están, en las ciudades, en proporción de 2,5 a 1 con los del campo. En las ciudades, los casos de muerte de los niños, después de una viruela, roseola, tos convulsa o fiebre escarlatina, son cuatro veces mayores; después de una hidrocefalía, tres veces mayores, y diez veces más enseguida de las convulsiones. Y para citar todavía a una indiscutible autoridad, transcribo una tabla del doctor Wade, de acuerdo con el informe del Comité Parlamentario para las fábricas, en el año 1832[11]. En la tabla, que se reproduce a continuación, se muestra la relación entre edad y región de cada 10.000 muertes.

Número de muertes de cada 10.000 personas

	Menos de 5 años	*5-19 años*	*20-39 años*	*40-59 años*	*60-69 años*	*70-79 años*	*80-89 años*	*90-99 años*	*100 años*
En el condado de Rutland, distrito agrícola salubre	2.865	891	1.275	1.299	1.189	1.428	938	112	3
En el condado de Essex, distrito agrícola palúdico	3.159	1.110	1.526	1.413	963	1.019	630	177	3

En la ciudad de Carlyle, 1779-1787, antes de la introducción de las máquinas	4.408	921	1.006	1.201	940	826	533	153	22
En la ciudad de Carlyle, después de la introducción de las máquinas	4.738	930	1.261	1.134	677	727	452	80	1
En la ciudad de Preston, industrial	4.947	1.136	1.379	1.114	553	532	298	38	3
En la ciudad de Leeds, industrial	5.286	927	1.228	1.198	593	512	225	29	2

Fuera de estas diversas enfermedades, que son la necesaria consecuencia del moderno abandono y de la moderna opresión de la clase obrera, existen otras causas que provocan el aumento de la mortalidad de los niños. En muchas familias la mujer debe trabajar fuera de casa, como el hombre, dejando en completo abandono a sus hijos, que permanecen encerrados, o son encargados a la vigilancia de cualquiera. No es de extrañar, pues, que centenares de tales niños pierdan la vida en toda suerte de accidentes. En ninguna parte mueren tantos niños destrozados por caballos o carros, en ningún lugar sufren desgracias mortales, ahogados o quemados, como en las grandes ciudades de Inglaterra. Especialmente son frecuentes los casos de muerte por escaldaduras o caídas en agua caliente; en Mánchester, durante los meses de invierno, se registró un caso por semana; en Londres, son igualmente frecuentes, si bien en los diarios aparecen rara vez; tengo a la vista una relación aparecida en el *Weekly Dispatch,* el 15 de diciembre de

1844; según ese relato, en la semana del 1 al 7 de diciembre se produjeron seis de estos casos. Estos pobres niños, que mueren de un modo tan terrible, son simplemente las víctimas de nuestro desorden social, y de la clase propietaria, interesada en mantener dicho desorden. Y no podemos decir hasta qué punto esta muerte angustiosa y horrible no sea un bien para esos niños, ya que los preserva de una larga vida de sudores y miserias, rica en dolores, y pobre en satisfacciones. Esto viene sucediendo hace tiempo en Inglaterra; la burguesía lee todo esto en los diarios y no se inmuta. Pero no se dormirá si, basándome en los citados testimonios oficiales y no oficiales, que debe conocer, la acuso de asesinato social. No se preocupa, esta clase, de poner remedio a tan horrible situación, ni cede tampoco la administración de los públicos intereses a la clase trabajadora. De esto último no tiene la menor intención y, en cuanto a lo primero, no tendría la fuerza para realizarlo mientras continuara siendo burguesía y encerrada en prejuicios burgueses. Si después de haber caído en la batalla centenares de miles de víctimas toma una insignificante precaución para el futuro, promulgando la *Metropolitan Buildings Act,* por la que se limita la aglomeración sin medida en las habitaciones, y se muestra radiante por medidas que están lejos de llegar a la raíz del mal, que no pueden reemplazar elementales reglas de vigilancia sanitaria, no por eso podrá rehabilitarse de las acusaciones acumuladas en su contra. La burguesía inglesa tiene solamente dos caminos: o continuar dominando con la inapelable acusación de asesinato sobre sus espaldas o abdicar en favor de la clase obrera. Hasta ahora ha preferido lo primero.

Pasemos, ahora, del examen de la condición física al de la condición intelectual de los trabajadores. Si la burguesía les deja únicamente lo indispensable para vivir, no debemos asombrarnos si solo les da ese poco de instrucción que está en su interés proporcionarles. Y ciertamente no es mucho. Los medios de instruirse son desproporcionadamente escasos frente al número de habitantes. Las pocas escuelas semanales que existen, a disposición de los trabajadores, pueden ser frecuentadas por una minoría, y son pésimas; los maestros –obreros que alternan con su trabajo estas tareas y personas incapaces, que solamente para poder vivir se han hecho maestros

de escuela– carecen de los más elementales principios, privados de la educación moral tan necesaria al maestro, y no tienen ningún control público. Aquí también domina la libre competencia y, como siempre, los ricos obtienen lo bueno, y los pobres, para quienes la competencia no es en realidad libre, que no tienen el necesario conocimiento para poder juzgar, resultan perjudicados. Escuela obligatoria no existe en las fábricas sino de nombre, y cuando en la sesión de 1843 el gobierno quiso poner en vigor esta supuesta escuela obligatoria, la burguesía industrial se opuso con todo su poder, aun cuando los obreros estuvieran resueltamente a favor de la idea. Aparte de esto, una cantidad de niños trabaja toda la semana en las fábricas y en casa, y no pueden por ello frecuentar la escuela. Las escuelas nocturnas, donde podrían concurrir esos niños que durante el día están ocupados, se frecuentan con poco o ningún provecho; aparte de que sería pretender demasiado que jóvenes obreros, atormentados por 12 horas de trabajo, tuvieran todavía que concurrir a la escuela de 8 a 10 de la noche. De entre los que lo hacen, centenares se duermen, según consta en el *Children's Employment Commission's Report.* Se han organizado escuelas dominicales, pero están atendidas por maestros incompetentes al mayor grado, y solamente pueden resultar de utilidad para aquellos que hayan aprendido algo durante la semana. El intervalo de un domingo a otro es demasiado largo para que un niño recuerde en la segunda sesión lo que aprendió en la primera. El *Children's Employment Commission's Report* proporciona cientos de pruebas, y la propia Comisión expresa con énfasis, respecto a esto, que ni las escuelas doctrinales ni las escuelas de los domingos responden en lo más mínimo a las necesidades de la nación. Este informe ofrece la prueba de la ignorancia de la clase trabajadora inglesa, ignorancia que no sería de esperarse ni siquiera de países como España e Italia. Y no podía ser de otro modo: la burguesía nada tiene que esperar, y tiene mucho que temer de la educación de los obreros; el gobierno, en su colosal presupuesto de 55.000.000 de libras esterlinas, destina solo la exigua suma de 40.000 esterlinas para la instrucción pública; y si no fuese por el fanatismo de las sectas religiosas, que por una parte daña y por otra hace bien, los medios de instrucción serían todavía más escasos. Así la State

Church levanta sus National Schools y cada secta tiene su propia escuela; en realidad, con la idea de conservar a los hijos de sus prosélitos en la misma secta, y, siempre que sea posible, arrebatar una pobre alma de niño a alguna de las otras sectas. La consecuencia de esto es que la religión, y con más exactitud, el lado más estéril de la religión, ha elevado la polémica a la categoría de enseñanza preferida; que la memoria de los niños resulta confundida con dogmas incomprensibles y distinciones teológicas; que el odio de sectas y la santurronería fanática se despiertan por demás temprano y que es descuidada la educación sensata, intelectual y moral. Los obreros han pedido al Parlamento, en muchas ocasiones, una educación puramente laica, dejando la enseñanza religiosa al cuidado de las diferentes sectas, pero todavía no han encontrado ningún ministerio que quiera ocuparse de nada semejante. Naturalmente. El ministerio es el obediente servidor de la burguesía y esta se divide en sectas numerosas; cada secta concede al obrero la educación, arma peligrosa, si este toma el antídoto de los dogmas pertenecientes especialmente a esta secta. Las sectas todavía hoy se disputan el dominio y, mientras tanto, la clase trabajadora permanece sin instrucción. Los fabricantes se enorgullecen de haber enseñado a leer a la gran mayoría, pero en qué consiste este leer lo demuestra el *Children's Employment Commission's Report.* El que conoce el alfabeto puede leer, se dicen; y con esto los fabricantes se tranquilizan. Si se recuerda la confusa ortografía inglesa, que solo después de larga instrucción puede ser aprendida, y que hace de la lectura algo difícil, se comprende la ignorancia en que se encuentran. Muy pocos saben escribir perfectamente; muchísimos, entre los «instruidos», no tienen ortografía. Las escuelas dominicales de la State Church, de los cuáqueros y creo de muchas otras sectas, no enseñan a escribir «porque esta es una ocupación mundada para los días domingo». En qué consiste la instrucción que se ofrece a los obreros lo dicen un par de ejemplos. Están tomados del *Children's Employment Commission's Report,* informe que, desgraciadamente, no se extiende a la industria de las fábricas propiamente dicha.

> En Birminghan –dice el comisionado Grainger– los niños examinados por mí están completamente desprovistos de todo aquello que podría, aún remotamente, llamarse una

instrucción útil. Y si bien en casi todas las escuelas se da instrucción religiosa hasta en tal materia demuestran en general la mayor ignorancia.

En Wolverhampton –narra el comisionado Horne– encontré, entre otros, los siguientes ejemplos: una niña de once años, que había estado en una escuela semanal y dominical, «nada había aprendido, ni de otro mundo, del cielo o de otra vida». Otra, de 17 años, no sabía cuántos eran dos más dos, cuántos *farthigs* (un cuarto de penique, diez centésimos) hay en dos *pence* (veinte centésimos) y esto ni aún teniendo el dinero en la mano. Algunos niños no sabían nada de Londres ni de Willenhall, si bien esta última ciudad dista solamente una hora de su pueblo y está en continua comunicación con Wolverhampton. Algunos no conocían el nombre de la reina, o nombres como Nelson, Wellington, Bonaparte. Pero es notable que aquellos que no habían aprendido el nombre de San Pablo, Moisés o Salomón estaban perfectamente al corriente de la vida, las acciones y el carácter de Dick Turpin, asesino asaltante, y de Jack Sheppard, el ladrón y rata de prisiones.

Un joven de 16 años no sabía cuánto son dos más dos o a cuánto equivalen cuatro *farthings;* un joven de 17 años decía que diez *farthings* eran diez medios *pence* y un tercio; otro, también de 17 años, respondía brevemente, a algunas preguntas muy simples, que «no sabía nada de nada»[12].

Estos chicos, que desde los cuatro a los cinco años son atormentados con dogmas religiosos, al fin saben tanto como sabían al principio. Un muchacho «ha asistido regularmente a la escuela dominical durante cinco años y no sabe quién era Jesucristo, pero ha aprendido el nombre; aunque no los de los doce apóstoles, de Sansón, Moisés, Aarón, etc.[13]. Otro fue regularmente a la escuela dominical por seis años. Sabe quién era Jesucristo, que murió en la cruz, que derramó su sangre para liberar a nuestros liberadores; pero no sabía nada de San Pedro y de San Pablo»[14]. Un tercero «había estado siete años en diversas escuelas de los domingos, y podía solamente leer en libros elementales palabras fáciles de una sílaba; ha oído hablar de los apóstoles, no sabe si uno de ellos fue San Pedro o San Juan, quizá San John Wesley (fundador de los metodistas)»[15], etc.; a la pregunta de quién fue Jesucristo, Horne recibió las siguientes respuestas: «era Adán»; «era un apóstol», «era el hijo del Señor del liberador»; y un muchacho de 16 años: «era hace muchos, muchos años, un rey de Londres». En Sheffield, el comisionado Symonds hizo leer a los escolares del domingo, quienes no estaban en condición de decir lo que habían leído o

qué gentes habían sido los apóstoles, sobre los cuales acababan de leer. Después que Symonds hubo interrogado a buen número de alumnos sin haber obtenido una respuesta exacta, llamó a un niñito descalzo, de buen semblante, que con gran seguridad dijo: «Yo, yo sé: eran leprosos»[16]. En los distritos de las fábricas de utensilios de cobre y del Lancashire se obtuvieron resultados similares. Bien se ve lo que la burguesía y el Estado han hecho por la educación y la instrucción de la clase obrera. Afortunadamente, las condiciones en que esta vive son tales, que proporcionan una educación práctica, que no solo suple el inútil bagaje escolástico, sino que también vuelve inocua la confusa concepción religiosa de las diferentes escuelas y coloca a los obreros a la cabeza del movimiento nacional de Inglaterra. La miseria enseña a pedir y, lo que es más importante, a pensar y actuar. El obrero inglés, que sabe leer poco y escribir menos, sabe muy bien cuál es su propio interés y el de toda la nación; sabe también muy bien cuál es el interés especial de la burguesía y qué es lo que puede esperar de esa burguesía; no sabe escribir, pero puede hablar, y hablar públicamente; no sabe calcular, pero sabe, no obstante, calcular con nociones de economía nacional cuánto es menester para discutir e impugnar a un burgués que pretende la abolición de las *Corn Laws;* pese a los esfuerzos de los predicadores, permanecen oscuras para él las aspiraciones acerca del paraíso, pero conoce bien la cuestión irlandesa y la cuestión política social. Hablaremos sobre esto más adelante; pasemos ahora a examinar el carácter moral de nuestros obreros.

La enseñanza moral, que está unida en todas las escuelas de Inglaterra a la religiosa, es evidente que no puede surtir mejor efecto que esta. Los simples principios que regulan para los hombres las relaciones del hombre con el hombre, principios que ya por la condición social, por la guerra de todos contra todos, caen en la más horrible confusión, deben permanecer oscuros y ajenos al obrero no instruido si se los mezcla con principios religiosos incomprensibles y se los proclama en la forma religiosa de una orden imperativa arbitraria e infundada. Las escuelas, según las declaraciones de todas las autoridades, y especialmente de la *Children's Employment Commission,* no contribuyen casi nada a la moralidad de la clase obrera.

La burguesía inglesa es tan indiferente, tan estúpidamente limitada en su egoísmo, que no se da una sola vez el trabajo de enseñar la moral moderna a los obreros; una moral, no obstante, que la burguesía se ha construido para su particular interés y su particular defensa. El ocuparse de sí misma da demasiado trabajo a la burguesía ociosa y despreocupada, y todo lo demás le parece superfluo. Vendrá, con seguridad, un tiempo en que se arrepentirá de su negligencia. Pero no se debe lamentar que los obreros nada sepan de esta moral ni se rijan según sus principios.

Así los obreros son, tanto física e intelectualmente como moralmente, olvidados y rechazados por la clase que detenta el poder. El único miramiento que se tiene para con ellos es la ley, que se les aplica tan pronto como ofenden a la burguesía, así como contra las bestias irracionales se aplica un solo medio de educación, el látigo, la fuerza brutal, que no convence y solo amedrenta. Por lo tanto, no asombra que los obreros, tratados como bestias, o se vuelvan realmente bestias o salven la conciencia y sentimiento de su humanidad conservando el odio más vivo, la continua rebelión interna contra la burguesía que detenta el poder. Son hombres en tanto sienten cólera contra la clase dominante; y se vuelven bestias tan pronto como se pliegan dócilmente al yugo, buscando hacer llevadera una vida de esclavos, sin pensar en romper las cadenas.

Esto es, pues, todo lo que la burguesía ha hecho por la educación de la clase obrera; y si consideramos las otras condiciones en que esta vive, no podemos criticar el rencor que nutre contra la clase dominante. La educación moral, que no es dada en la escuela al obrero, no le es dada tampoco en las otras circunstancias de su vida; no es, por lo menos, la educación moral que tendría algún valor a los ojos de la burguesía. La forma de vivir del obrero y todo aquello que lo rodea lo empujan hacia la inmoralidad. Es pobre, para él la vida no tiene atractivos, le están negadas casi todas las satisfacciones, las penas de las leyes no tienen para él nada más terrible, ¿por qué debe él medirse en sus deseos, por qué razón debe dejar a los ricos el goce de sus bienes, en lugar de apropiarse de una parte? ¿Qué razón tiene el proletario para no robar? Es muy lindo, y al burgués le suena muy bien al oído, cuando se habla de la «santidad de la propiedad»;

pero para aquel que no tiene propiedad alguna esta santidad deja de ser tal. El dinero es el dios de este mundo. El burgués, al quitar el dinero al proletario, lo transforma en un ateo práctico. No hay que asombrarse, por tanto, si el proletario salvaguarda su ateísmo y no respeta más la santidad y la fuerza del dios terrestre. Y si la pobreza del proletario llega hasta la privación verdadera de las cosas más necesarias a la vida, hasta la miseria y la más negra indigencia, simultáneamente con ello se agranda el desprecio contra todo orden social. Esto lo saben también, en gran parte, los mismos burgueses. Symonds señala que la pobreza ejerce una acción destructora sobre el espíritu[17], como la pasión por la bebida sobre el físico, y el doctor Alison muestra con exactitud a los propietarios cuáles son las consecuencias de la opresión social para los trabajadores[18]. La miseria deja al obrero, como únicas alternativas, la muerte lenta por hambre, eliminarse, o tomar lo que necesita, lo que encuentra; en una palabra, robar. No debemos maravillarnos si la mayor parte prefiere el robo a la muerte por hambre o al suicidio.

Sin embargo, todavía encontramos, entre los trabajadores, algunos tan decentes como para no robar, aun cuando estén en situaciones angustiosas, y estos mueren de hambre o se suicidan. El suicidio, que antaño era el privilegio de las clases elevadas, ocurre en Inglaterra también entre proletarios. Se ha hecho una moda, y una multitud de pobre gente se mata, a fin de huir a la miseria, de la que no le es posible salvarse de otro modo.

Más demoralizadora que la miseria es para los obreros ingleses la inseguridad de su situación; la necesidad de vivir pasando el salario de la mano a la boca, dicho brevemente, aquello que los hace proletarios. Nuestros pequeños agricultores son en Alemania también muy pobres y sufren miseria, pero dependen menos del azar, tienen por lo menos algo de fijo. Pero el proletario que nada tiene, fuera de sus dos manos, que hoy gasta lo que ganó ayer, que depende de todas las posibles eventualidades, que no posee la más pequeña garantía de su capacidad para ganarse lo que le es de absoluta necesidad para vivir –cada crisis, cada capricho de su patrón pueden dejarlo sin trabajo–, está colocado en la situación más inhumana y propensa a la subversión que un hombre pueda imaginar. Al

esclavo le está asegurada la existencia, por el interés particular de su patrón; el siervo tiene todavía un pedazo de tierra, del que vive; ellos tienen al menos una garantía para la simple vida, pero el proletario solamente puede contar consigo mismo y, al propio tiempo, no encuentra el modo de emplear sus fuerzas de modo en que pueda hacer algún cálculo sobre ellas. Todo lo que el obrero podría hacer para mejorar su situación desaparece como una gota en el océano, con la corriente en contra de las alternativas a que está expuesto y contra las que no tiene la menor fuerza. Es el objeto, sin voluntad, de todas las posibles combinaciones de las circunstancias y puede llamarse afortunado si por un tiempo logra conservar la vida. Como es fácil de comprender, su carácter y su modo de vida se adaptan a tales circunstancias. O trata de detenerse en este vértice, de salvar su humanidad, y esto puede conseguirlo solo rebelándose[19] contra la burguesía –que lo explota sin ningún miramiento y lo somete a su propio destino, obligándolo a permanecer en esta situación indigna de un hombre– o renuncia a la lucha como inútil y busca aprovecharse lo más posible de los momentos favorables. El ahorro no le es de ninguna utilidad, pues solo puede juntar cuanto le hace falta para alimentarse un par de semanas, y si queda desocupado siempre es por mucho más tiempo. Le es imposible hacerse con una propiedad por un tiempo, y si lo hiciera, otro iría a ocupar su puesto de trabajo. ¿Qué puede hacer, por lo tanto, sino vivir lo mejor posible cuando consigue ganar un buen salario? El burgués inglés se maravilla y se escandaliza a un mismo tiempo de la vida alegre que lleva el obrero en el tiempo en que está ganando bien. No es solamente natural, sino completamente razonable, que la gente, si puede, goce de la vida en lugar de acumular tesoros, que no pueden serle útiles y que, al fin, serán devorados por la polilla o la herrumbre, o sea, por los burgueses. Pero una vida semejante es desmoralizadora como ninguna. Lo que dijo Carlyle, a propósito de los hiladores de algodón, vale para los obreros de todas las otras industrias inglesas:

> Entre ellos, la ocupación hoy es intensa, mañana languidece; un continuo juego de azar, y viven como el jugador: hoy en el lujo, mañana en la miseria. Se experimenta un insidioso y amargo disgusto, que es el sentimiento más miserable que pueda albergar el pecho del hombre.

> El comercio inglés, con sus fluctuaciones y convulsiones mundiales, con su irregular actividad, ha hecho para los obreros inseguros todos los caminos; sobriedad, firmeza, tranquila estabilidad y los principales bienes humanos, les son desconocidos. Este mundo no es para ellos una casa paterna, sino una oscura prisión, llena de tormentos infructuosos y excesivos, de rebeliones, de odios, de desprecio por sí mismos y por todos los hombres. ¿Es este, en realidad, un mundo verde y florido, creado y dirigido por un dios, o una tina hirviente, llena de humo de vitriolo, polvo de algodón, de bazofia, de delirio, de tormentos del trabajo, creado y dirigido por un demonio?[20].

Y más adelante:

> Si la injusticia y la deslealtad con la verdad, los hechos y el orden de la naturaleza, son el único mal bajo el sol, y la conciencia de sufrir el mal y la injusticia, el solo sentimiento doloroso insoportable, nuestra pregunta acerca de la situación de los obreros sería esta: ¿Es esto justo? Y, ante todo, ¿qué piensan ellos de tal justicia? Sus palabras son suficiente respuesta, sus actos también. La rebelión, el repentino y vindicativo impulso de rebelión contra las clases elevadas, el ciego acatamiento a las órdenes de sus dirigentes, la creencia ingenua en las doctrinas de sus superiores espirituales, se vuelven, cada vez más, el sentimiento general de las clases sometidas. Este sentimiento podrá ser reprochado y condenado, pero todos deben reconocer que existe entre los obreros, deben saber que esto es triste y que, de no ponerle remedio, traerá desgracia[21].

Carlyle tiene, en realidad, completa razón, y solo se equivoca cuando critica el odio salvaje de los obreros contra las clases elevadas. Este odio, este enojo, es la prueba de que los obreros sienten la inhumanidad de su condición, de que no quieren dejarse tratar como bestias y de que se liberarán de la servidumbre en la que los tiene la burguesía. Comprobamos esto en los que no participan de este resentimiento o se someten al destino que los golpea; en el mejor de los casos, viven como gente honesta, no se preocupan del destino de la humanidad, ayudan a la burguesía a apretar más firmemente con sus cadenas a los obreros; su espíritu está muerto, se dejan mal llevar por la suerte y juegan con ella, pierden también interiormente la segura firmeza que ya han perdido exteriormente, viven al día, beben porquerías y se divierten con las muchachas; en ambos casos, son como bestias. Contribuyen principalmente al «rápido aumento del vicio», del que la burguesía sentimental está tan espantada, después de haber originado ella misma las causas.

Otra fuente de desmoralización de los trabajadores es la condena al trabajo. Si la libre actividad productora es la satisfacción más alta que conocemos, el trabajo obligatorio es el tormento más duro y envilecedor. Nada es más terrible que tener que hacer todos los días, de la mañana a la noche, algo que nos repugna. Y cuanto más humanamente siente el obrero, tanto más debe odiar el trabajo, porque siente la violencia y la falta de estímulo que para él encierra. ¿Por qué trabaja? ¿Por el placer de producir? ¿Por un impulso de la naturaleza? Ni en sueños. Trabaja por el dinero, para obtener algo que nada tiene que hacer con el trabajo; trabaja porque está obligado, y trabaja tanto, con tan ininterrumpida uniformidad, que ya por esta causa, desde las primeras semanas, el trabajo debe serles un tormento si todavía tienen sentimientos humanos. La división del trabajo ha aumentado la acción deprimente del trabajo obligatorio. En la mayor parte de las ramas del trabajo, la actividad del obrero está limitada a una breve y simple manipulación que se repite minuto a minuto y que sigue siendo la misma de año en año[22]. Aquel que desde la infancia, cada día, por doce horas o más, ha hecho alfileres o pulido peines, y además ha vivido en las condiciones de un proletario inglés, ¿qué sentimientos humanos y qué aptitudes puede tener después de los 30 años? Lo mismo sucede con la introducción de las máquinas y del vapor. La actividad del obrero disminuye, se ahorra esfuerzo del músculo y el trabajo mismo se vuelve insignificante, pero monótono al más alto grado. El trabajo no deja al obrero ningún campo para la actividad intelectual; le es necesaria la mayor atención, puesto que para atender bien su trabajo no debe pensar en otra cosa. Un trabajo así es una condena; quita al obrero todo el tiempo disponible, quedándole solo el necesario para comer y dormir, nada para ejercicio del cuerpo al aire libre, para gozar de la naturaleza. Y no hablemos de la actividad intelectual; ¡no debe degradarse a los hombres, con semejante condena, a la condición de bestias! El obrero tiene la alternativa de someterse al destino, de volverse «un buen obrero», de vigilar fielmente el interés del burgués –y entonces se embrutece–, o resistir, a fin de luchar por su humanidad mientras le sea posible, y esto solo puede hacerlo luchando contra la burguesía.

Si todas estas causas han producido la gran desmoralización que reina en la clase obrera, se presenta todavía una nueva causa que agranda aún más esta desmoralización, llevándola a su mayor grado: la centralización de la población. Los escritores ingleses de la burguesía ponen el grito en el cielo, por la influencia inmoral de las grandes ciudades; estos Jeremías no lloran sobre lo que ellas destruyen, sino que hacen derivar todo de la causa recién citada, tal como hacen tanto el doctor Alison como el doctor Vangham en su libro *The Age of Great Cities.* Se comprende. Si ellos dijeran: la pobreza, la inseguridad de las situaciones, el recargo de trabajo, el trabajo obligatorio, son las causas principales, todos, ellos mismos, deberían responder: demos, por lo tanto, propiedades a los pobres, garanticemos su existencia, hagamos leyes contra el exceso de trabajo. Y esto no podría consentirlo la burguesía. Pero las grandes ciudades se han desarrollado así, por sí mismas; la gente ha acudido a ellas libremente, de modo que la conclusión, clara, de que la industria y la clase media –que sacan el provecho– son las que han creado estas grandes ciudades, queda tan oculta que, con mucha facilidad, la clase dominante echa todas las culpas sobre aquellas aparentes causas inevitables; mientras, las grandes ciudades siguen creciendo y, con ellas, el mal que ya estaba en su germen. Alison es, por lo menos, tan humano como para reconocer esto; no es un perfecto burgués, un *tory,* y tiene, por lo tanto, los ojos abiertos, cuando los perfectos burgueses los tienen completamente cerrados. Queremos dejarlo hablar aquí:

> En las grandes ciudades es donde el vicio despliega sus tentaciones, la injuria sus redes, donde la culpa está estimulada por la esperanza de la impunidad y el ocio por los numerosos ejemplos. En estos grandes mercados de la corrupción humana se refugian, huyendo de la simplicidad de la vida de campo, los perversos y los disolutos, que encuentran aquí sus víctimas, y ganan, ellos también, su salario por los peligros a que se arriesgan. La virtud está envuelta en la oscuridad y oprimida; el pecado madura en la dificultad de los recursos para no ser descubierto; el libertinaje es recompensado por el inmediato placer. Quien de noche atraviese St. Giles, las angostas y ruinosas callejas de Dublín, los barrios pobres de Glasgow, encontrará la confirmación de lo dicho; lo que lo asombrará no es que existan muchos, sino tan pocos malhechores en el mundo. La principal causa de la delincuencia, en las grandes ciudades, es la naturaleza contagiosa del mal ejemplo y la dificultad de ponerse a cubierto de los atractivos del vicio, cuando tales halagos buscan diariamente el contacto con la generación joven. Los ricos no son, evidentemente, mejores; también ellos, en las mismas condiciones, no pueden resistir a las tentaciones; la

> desgracia de los pobres es que ellos por todas partes deben encontrar las seductoras formas del vicio y el cebo de los placeres prohibidos. La evidente imposibilidad de esconder a los jóvenes de la clase pobre, en las grandes ciudades, los atractivos del vicio, es la causa de la desmoralización.

Después de una larga descripción de las costumbres, el autor prosigue:

> Todo esto no proviene de una extraordinaria depravación del carácter, sino, más bien, de la incontestable naturaleza de las seducciones, a las que los pobres están expuestos. Los ricos, que censuran la conducta de los pobres, se someterían a la influencia de las mencionadas causas tan fácil como rápidamente. Hay un grado de miseria, un insinuarse del pecado, al que la virtud rara vez es capaz de oponerse y al cual, particularmente, la virtud no puede resistir.

Y en otro pasaje, más adelante:

> Si las clases elevadas, para su ventaja, han reunido grandes masas de obreros en pequeños espacios, la propagación de la delincuencia se hace terriblemente veloz e inevitable. Las clases inferiores, con la enseñanza moral y religiosa que reciben, son tan censurables por el hecho de caer en las tentaciones como por el hecho de caer víctimas del tifus[23].

¡Basta! El medio burgués Alison nos denuncia, aunque sea en forma limitada, las malas consecuencias de las grandes ciudades para el desarrollo moral de los obreros. Otro, un burgués completo, un hombre del corazón de la *Anti-Corn Law League,* el doctor Andrew Ure[24], nos denuncia la otra parte. Explica que la vida en las grandes ciudades acelerará las negociaciones entre los obreros y dará fuerza a la plebe. Si aquí los obreros no fuesen educados (esto es, educados en la obediencia a la burguesía), considerarían el asunto de un solo lado, desde un punto de vista de siniestro egoísmo, y se dejarían conducir fácilmente por astutos demagogos; serían capaces de considerar a sus mejores benefactores, los frugales y emprendedores burgueses, con ojos hostiles y envidiosos. Aquí sería eficaz solamente una buena educación, sin la cual sobrevendrían la bancarrota nacional y otros horrores, puesto que una revolución de los obreros, de otro modo, no podría tardar. Y nuestro burgués tiene completa razón por sus temores. Si la centralización de la población obra desarrollando y estimulando la clase de los poseedores, produce, todavía más rápidamente, el desarrollo de los obreros. Los obreros comienzan a sentirse una clase en

su conjunto, y se dan cuenta de que, aunque sean individualmente débiles, unidos son una fuerza. La separación de la burguesía, la instrucción, vienen a dar a los trabajadores y a sus condiciones de vida ideas y percepciones propias, la conciencia siente que está oprimida y los obreros alcanzan una importancia social y política. Las grandes ciudades son el foco del movimiento obrero; en ellas los obreros han comenzado, en primer lugar, a reflexionar sobre su condición y a combatir contra ella; en ellas aparece el contraste entre la burguesía y el proletariado; de ellas han salido las uniones obreras, el cartismo y el socialismo.

Las grandes ciudades tienen la enfermedad del cuerpo social, enfermedad que se presenta en el campo bajo la forma crónica y en ellas se transforma en aguda, con lo que surge a la luz la verdadera naturaleza de la enfermedad y queda indicado el medio apropiado para curarla. Sin las grandes ciudades y su creciente acción sobre el desarrollo de la inteligencia, los trabajadores no estarían tan adelantados como están ahora. Además, ellas han destruido los últimos vestigios de las relaciones patriarcales de obreros y patrones, a lo que contribuye también la gran industria, haciendo que los obreros dependan de un solo burgués. La burguesía se lamenta de ello y tiene razón, puesto que en el antiguo estado de cosas el burgués estaba casi asegurado contra una posible rebelión de los obreros. Podía usufructuarlos y dominarlos a voluntad y recibir, por añadidura, obediencia, agradecimiento y sumisión del estúpido pueblo si les daba, además del salario, un poco de amistad, que no le costaba nada, y tal vez alguna pequeña ventaja, y hacía todo eso con el aire de quien da alguna cosa por bondad de corazón, como algo extra, y sin ofrecer la décima parte de aquello a que estaría obligado. Aun cuando el burgués, en medio de un estado de cosas no creado por él, ciertamente cumplió con su deber, al menos en parte, como miembro de la clase dominante –por el hecho de que esta gobierna, es responsable de las condiciones de todo el país y asume la defensa del interés general–, nada hizo de lo que estaba en su obligación hacer por su posición y explotó además todo el país en provecho propio. Cuando estaban en vigor las condiciones de vida patriarcal, que de manera hipócrita escondían la esclavitud de los obreros, el obrero estaba intelectualmente muerto, era del

todo ignorante de su particular interés, era un simple individuo privado. Cuando, en primer lugar, se alejó de su patrón, cuando se hizo evidente que solo estaba unido a él por el interés privado, solamente por ganar dinero, cuando la aparente unión, que no resistió la prueba más leve, se esfumó del todo, entonces empezó el obrero a reconocer su posición y su interés y a desenvolverse por sí mismo; comprendió entonces que era, en su pensamiento, en los sentimientos, en las exteriorizaciones de su voluntad, el esclavo de la burguesía. En esto influyeron principalmente las grandes ciudades y la industria grande.

Otro fenómeno que tuvo una influencia muy notable sobre el carácter del obrero británico fue la inmigración irlandesa, de la que en tal sentido ya hablamos. Ella, como hemos visto, ha degradado en parte a los obreros ingleses, quitado fuerza a la civilidad y empeorado su condición, pero, por otra parte, ha contribuido a hacer más profundo el abismo entre obreros y burguesía, acelerando así la crisis que sobrevendría. El proceso de la enfermedad social que aflige a Inglaterra es igual al de una enfermedad física; esta se desarrolla según ciertas leyes y tiene sus crisis, la última y más grave de las cuales decide la suerte del enfermo. Y ya que la nación inglesa no puede morir en esta última crisis, sino que debe surgir de ella renacida y renovada, puede esperarse que la enfermedad alcanzará su punto culminante. A esto contribuye todavía la inmigración irlandesa, con su naturaleza vivaz y apasionada, que toma carta de ciudadanía en Inglaterra, influyendo en la clase obrera inglesa. Irlandeses e ingleses se encuentran en las mismas circunstancias que franceses y alemanes, y la mezcla del temperamento irlandés, de genio ligero, irritable, fogoso, con el temperamento inglés, tranquilo, perseverante, juicioso, no puede, con el tiempo, sino ser favorable a ambos. El grosero egoísmo de la burguesía inglesa habría persistido por mucho más tiempo en la clase obrera si no hubiese estado amplia y generosamente superada por el sentimiento dominante de la naturaleza irlandesa y si el carácter inglés, juicioso y frío, no hubiese estado mitigado por la fusión de las razas por un lado y, por otra parte, por el trato diario.

No nos asombraremos, después de todo esto, si la clase obrera ha llegado a ser totalmente otro pueblo que la burguesía inglesa. La burguesía tiene más afinidad con todas las otras naciones de la Tierra que con estos obreros que están a su lado. Los obreros hablan otro idioma, tienen otras ideas y nociones, otras costumbres y otros principios morales, otra religión y otra política que la burguesía. Son dos pueblos completamente distintos, se diferencian como si fuesen dos razas, y en el continente hasta ahora solo conocíamos una: la burguesía. Y es precisamente el otro, el pueblo formado por proletarios, el que tiene la mayor importancia para el porvenir de Inglaterra[25].

Hablaremos más adelante de cómo se manifiesta, en las asociaciones y en los principios políticos, el carácter público del obrero inglés; aquí queremos solamente hacer mención de los resultados, cuyas causas hemos reunido en cuanto ellas actúan sobre el carácter privado de los obreros. El obrero es mucho más humano que el burgués en la vida corriente. Ya tuve ocasión de decir que los mendigos suelen dirigirse, casi solamente, a los obreros y que, por lo general, para la asistencia a los pobres se hace más de parte de los obreros que de parte de los ricos. Este hecho, que, por lo demás, puede comprobarse todos los días, está también anotado por el señor Parkinson, canónigo de Mánchester:

> Los pobres se dan, recíprocamente, más de lo que los ricos dan a los pobres. Puedo confirmar mi aseveración con el testimonio de uno de nuestros médicos entre los más viejos, más hábiles, más humanos, el doctor Bardsley. Este ha declarado públicamente que la suma total que los pobres se dan recíprocamente cada año, sobrepasa a la que en el mismo tiempo destinan los ricos[26].

La humanidad de los obreros se muestra jovial en todas las ocasiones. Han conocido un destino duro y pueden, por lo tanto, nutrir simpatías hacia aquellos que están en la miseria; para ellos, cada hombre es un hombre, mientras que para el burgués el obrero es menos que un hombre. Los obreros son más sociales y más corteses que los de las clases poseedoras: aun cuando tengan necesidad de dinero, son menos ávidos, pues para ellos el dinero tiene valor solamente para comprar aquello que necesitan, mientras que para el burgués el dinero tiene un valor especial, un valor en

sí, el valor de un dios, que hace así del burgués un hombre-dinero vulgar y sucio. El obrero, que no conoce este sentimiento de veneración por el dinero, no es, por lo tanto, tan ávido como el burgués, capaz de cualquier cosa para ganar dinero y que hace de la acumulación de este un fin de la vida. Por esto, aun el obrero más ingenuo tiene los ojos más abiertos para los hechos que el burgués, no considera todas las cosas según su egoísmo. Está protegido, por su imperfecta cultura, de los prejuicios religiosos; no entiende nada de esto, no se atormenta por ellos, no conoce el fanatismo, que tiene prisionera a la burguesía, y si tiene un poco de religión, esta es solamente nominal, nunca teórica: vive, prácticamente, solo para este mundo y busca hacerse ciudadano de él. Todos los escritores de la burguesía están de acuerdo en decir que los obreros no tienen religión y que no van a la iglesia. En todo caso, deben exceptuarse los irlandeses, los viejos, por tanto los medio burgueses, los guardianes, los maestros y otros semejantes. En la masa se encuentra casi por todos lados una indiferencia completa por la religión, y si se va más alto, se encuentra un poco de deísmo, demasiado poco desarrollado como para que pueda dar otra cosa que palabras o provocar algo más que un vago terror ante expresiones como *infiel, ateo,* etc. El clero de todas las sectas es mal visto por los obreros, aunque solo en los últimos tiempos ha perdido su influencia sobre ellos; basta ahora el simple grito «¡Es un pastor!» para hacer arrojar de la tribuna de las reuniones públicas a un clerical. Y así como la condición de vida, también la falta de educación religiosa o de otra especie contribuye a conservar a los obreros más simples y más libres que el burgués, con sus opiniones hechas y principios fijos. Este último está sumergido en los prejuicios de su clase, que le fueron machacados en los oídos desde la juventud; con él no hay nada que hacer; es esencialmente conservador, bien que en la forma pueda aparecer liberal; su interés está unido a lo que existe y es insensible a todo movimiento. El burgués ya no está a la cabeza del desarrollo histórico; los obreros, por derecho primero y en los hechos después, ocupan ese puesto.

Este aspecto, con la consiguiente actividad pública de los obreros, son el lado favorable del carácter de la clase obrera; los lados desfavorables se resumen también rápidamente y derivan, como es natural, de las causas ya

citadas. La pasión por la bebida, las conductas sexuales cuestionables, la rudeza, la falta de respeto por la propiedad, son los puntos principales que el burgués reprochará al obrero. Que este bebe en demasía es un hecho, y no puede esperarse otra cosa. El doctor Alison afirma que en Glasgow, cada sábado por la noche, están borrachos 30.000 obreros, y esta cifra no es pequeña; que en esta ciudad, en 1830, había una taberna de venta de aguardiente cada doce casas, y en 1840, una cada diez casas; que en Escocia, en 1823, se puso impuesto a 2.300.000 galones de aguardiente; en 1837, 6.620.000, y en Inglaterra, en 1823, 1.976.000; en 1837, 7.875.000. La ley sobre la cerveza de 1830, que facilita el establecimiento de casas que venden cerveza, las llamadas *Jerry Shops* –cuyos propietarios son concesionarios de la venta de la cerveza, que debe ser bebida en esa casa–, facilita también la difusión de la costumbre de beber, pues esta ley ha traído como consecuencia que se instale casi delante de cada puerta una hostería. Casi en cada calle se encuentran muchas de estas cervecerías, y mientras en el campo se encuentran a veces dos o tres juntas, aquí podemos decir, sin exagerar, que todo es una sola *Jerry Shops.* Además, se encuentran en gran número las *Husk Shops,* esto es, las tabernas clandestinas, que no tienen concesión, y muchas destilerías, que se encuentran en los barrios remotos de las grandes ciudades, rara vez visitados por la Policía, donde se produce gran cantidad de esta bebida. Gaskell cuenta, solo en Mánchester, más de 100 de estos *Hush Shops,* y no menos de 156.000 galones suma su producción anual. En Mánchester existen, por otra parte, más de mil hosterías, es decir, en relación con las casas, casi tantas como en Glasgow. De todas las otras ciudades puede decirse otro tanto. Y piénsese todavía que fuera de las consecuencias comunes de la pasión por la bebida, los hombres y las mujeres de todas las edades, los niños, a veces las madres con hijos todavía en brazos, están junto a los que caen en lo más bajo del régimen burgués, con ladrones, fulleros, prostitutas; a veces, algunas madres hasta dan aguardiente a sus hijos todavía lactantes; debemos, pues, admitir que la frecuentación de tales sitios ejerce una acción desmoralizadora constante.

Especialmente los sábados por la tarde, en que se cobra el salario y se deja el trabajo un poco antes de lo acostumbrado, cuando toda la clase obrera

sale de sus pésimos barrios y se expande por las calles de la ciudad, puede verse la embriaguez en toda su brutalidad. Rara vez he salido una de estas noches en Mánchester sin encontrar una turba de ebrios vacilantes o de borrachos tirados sobre el empedrado. El domingo por la noche suele renovarse la misma escena, solamente que menos bullanguera.

Cuando el dinero se ha terminado, los bebedores se van a la primera casa de empeños –hay muchas en cada ciudad; en Mánchester, más de 60, y en una sola calle de Salford (Chapel Street), de 10 a 12– y empeñan lo que todavía les queda: mobiliario, vestidos de fiesta cuando los tienen, adornos, etc. Cada sábado son llevados en masa a estos lugares estos objetos, que luego serán rescatados antes del próximo miércoles, hasta que por fin se hace imposible rescatarlos, y pedazo a pedazo, todo va a dar a manos del usurero, y por fin este ya no quiere dar un cobre por objetos inútiles o con demasiado uso. El que haya podido observar con sus propios ojos la difusión del vicio de la bebida en Inglaterra, creerá sin dificultad lo que dice lord Ashley[27], quien afirma que la clase obrera gasta cada año 25.000.000 de libras esterlinas en bebidas alcohólicas. Todos podemos fácilmente imaginar las consecuencias: la destrucción del aspecto exterior de la persona, la ruina de la salud física e intelectual y el relajamiento de todos los resortes de la familia. Las ligas de templanza mucho han hecho, pero ¿qué efecto pueden tener 200 abstemios sobre millones de obreros? Cuando el padre Mathew, apóstol irlandés de la templanza, viaja a través de las ciudades inglesas, de 30.000 a 60.000 obreros hacen promesa de no beber, pero a las tres semanas la mayor parte ha olvidado sus votos. Si calculamos la masa de los que en los últimos tres o cuatro años han hecho promesa de no beber, sobrepasa al número de la gente que vive en las ciudades, y no se nota que el vicio de la bebida decrezca.

Junto a la desenfrenada pasión por las bebidas alcohólicas crece el vicio del comercio carnal, muy arraigado entre los obreros ingleses. También esto deriva, como consecuencia necesaria, como salvaje necesidad de la situación de una clase que se abandona a sí misma y no tiene medio de hacer uso adecuado de esta libertad. La burguesía le ha dejado solamente estos dos placeres, mientras le ha impuesto una cantidad de sufrimientos y

de fatigas, y como consecuencia, los obreros, hasta para tener un poco de vida, concentran toda su pasión en estos dos placeres y se dan a ellos del modo más irregular y excesivo. Si se obliga a la gente a vivir en una condición de bestias, no queda otro recurso que rebelarse o sumirse en una vida bestial. Y si la burguesía contribuye en gran parte al aumento de la prostitución, tiene poco derecho a reprochar a los obreros su brutalidad sexual. ¿Cuántas de las 40.000 mujeres *públicas*[28] que llenan cada noche las calles de Londres viven de la virtuosa burguesía? ¿Cuántas de ellas tienen que agradecer la seducción de un burgués, pues deben ofrecer en venta sus cuerpos a los paseantes para vivir?

Los errores de los obreros consisten, sobre todo, en la búsqueda desenfrenada del placer, en la falta de previsión y de adaptación al orden social, sobre todo en la incapacidad de resistir y sacrificar el placer momentáneo a un lejano bienestar. Pero esto no es de extrañar. Una clase que puede obtener tan poco en recompensa por su duro trabajo, y solamente tiene los plareces sexuales, ¿no puede echarse loca y ciegamente en ellos? Una clase de cuya educación nadie se preocupa, que está expuesta a todos los posibles accidentes, que no reconoce ninguna seguridad en la vida, ¿qué razón, qué interés tendrá en practicar la previsión, de llevar una vida «morigerada»; en lugar de aprovechar el momento favorable, pensar en un lejano bien que para ella, por su situación, será eternamente dudoso? ¿Cómo puede pretenderse que una clase que debe soportar todas las desventajas sociales, sin tener ninguna de sus ventajas, que una clase a la que este orden parece solo enemigo, deba respetarlo? Esto, en realidad, ya sería demasiado. Pero la clase obrera no puede sustraerse a este orden mientras existe, y si el obrero, por separado, se erige en contra de él, cae sobre su persona el más grande castigo. Así el orden social hace casi imposible al obrero la vida en familia; una casa inhabitable y sucia que apenas sería suficiente como refugio nocturno, mal amueblado, a menudo sin reparo para la lluvia, y sin calefacción, una atmósfera húmeda en una habitación llena de personas, no permiten ninguna vida familiar; el hombre trabaja todo el día y tal vez la mujer y los hijos mayores, y todos en lugares distintos; se ven solamente por la mañana y por la noche; de ahí las visitas

continuas a las tabernas. ¿Cómo puede existir la vida de familia? Y aún así, el obrero no puede tampoco independizarse de la familia; debe vivir en familia, y la consecuencia son continuas peleas y discordias, que actúan sobre los cónyuges y especialmente sobre los hijos, de la manera más desmoralizadora. El olvido de todos los deberes familiares y de los hijos es muy frecuente entre los obreros ingleses, y es producto de la moderna organización de la sociedad. Y los niños educados de este modo, en un ambiente de lo más desmoralizado, al que pertenecen y en el que crecen los padres mismos, ¿cómo podrían hacerse morales? Es realmente imposible lo que el burgués, contento de sí mismo, pide ingenuamente al obrero.

El desprecio por el orden social se muestra en su forma más clara en la delincuencia. Cuando las causas que desmoralizan al obrero son más fuertes de lo acostumbrado, el obrero se vuelve delincuente con la misma fatalidad con que el agua a 80 grados Réamur se transforma del estado líquido al gaseoso. El obrero, por el brutal y brutalizante trato de la burguesía, se vuelve realmente algo sin voluntad como el agua, y está sometido igualmente a las leyes de la naturaleza; para él cesa, hasta cierto punto, toda libertad. Con la extensión del proletariado, por lo tanto, ha aumentado la delincuencia en Inglaterra, y la nación inglesa se ha vuelto la nación que cuenta con mayor número de delincuentes. De las «Tablas de Criminalidad», publicadas anualmente por el Ministerio de Interior, resulta que en Inglaterra la delincuencia ha aumentado con increíble velocidad. He aquí las cifras de los arrestados por actos criminales solamente en Inglaterra y en Gales:

En el año 1805	4.605
En el año 1810	5.146
En el año 1815	7.898
En el año 1820	13.710
En el año 1825	14.437

En el año 1830	18.107
En el año 1835	20.731
En el año 1840	27.787
En el año 1841	27.760
En el año 1842	31.309

Como se ve, en 37 años los arrestos se han multiplicado siete veces. De estos arrestados, en 1842, solamente al Lancashire pertenecen 4.497, es decir, el 14 por 100, y al Middlesex (incluido Londres), 4.094, es decir, más del 13 por 100. Así, vemos que dos distritos, que incluyen grandes ciudades con muchos proletarios, dan más de la cuarta parte del total de delincuente, aun cuando su población total no alcance a ser la cuarta parte de todo el país. Las «Tablas de Criminalidad» prueban, además, que casi todos los delincuentes provienen del proletariado, ya que en 1842, para cada cien delincuentes, término medio, el 32,35 por 100 no sabían leer ni escribir, el 58,32 por 100 sabían leer y escribir insuficientemente, el 6,77 por 100 escribían y leían bien, el 0,22 por 100 tenían una educación superior y del 2,34 por 100 no se pudo establecer el grado de cultura. En Escocia, la delincuencia ha aumentado todavía más. En 1810, hubo solo 89 arrestados por actos criminales; en 1837, ya hay 3.176, y en 1843, 4.189. En Lancashire, donde el doctor Alison tuvo que reeditar el informe oficial, la población se ha reduplicado en 30 años, mientras la delincuencia se ha reduplicado cada cinco años y medio; por lo tanto, ha aumentado seis veces más rápidamente que la población. Los delincuentes, como sucede en casi todos los países civilizados, lo son, en su mayoría, por atentados contra la propiedad, que tienen su origen en la falta de esta o aquella cosa, porque el que tiene no roba. La relación de los delincuentes contra la propiedad, que es, en los Países Bajos, a la cifra de población como 1 de cada 7.140, en Francia como 1 de cada 804, como dice Gaskell, es en Inglaterrra como 1 de cada 799. La relación de los delincuentes contra las personas es a la cifra

de población, en los Países Bajos, como 1 de cada 28.904, en Francia como 1 de cada 17.573; en Inglaterra como 1 de cada 23.395; en los distritos agrícolas, la relación de la delincuencia es a la cifra de población como 1 de cada 1.043, en las ciudades industriales como 1 de cada 804[29]; en toda Inglaterra, tal relación es apenas como 1 de cada 655[30]; ¡y hace apenas diez años que salió el libro de Gaskell!

Estos hechos son, verdaderamente, más que suficientes para hacer reflexionar y meditar a cualquier persona, hasta a un burgués, sobre las consecuencias de tal condición de cosas. Si la desmoralización y los delincuentes aumentan todavía en 20 años en la misma medida –y si la industria inglesa, en ese periodo es menos afortunada de lo que fue hasta ahora, la progresión de la delincuencia debe aumentarse todavía–, ¿cuál será el resultado? Vemos ahora a la sociedad en completa disolución; no podemos tomar un diario sin que debamos leer, en hechos muy significativos, el relajamiento de todos los vínculos sociales. Tomo al acaso, del conjunto de diarios que tengo a la vista; he aquí el *Manchester Guardian* (30 de octubre de 1834), que da relatos de tres días; no se preocupa más que de dar las noticias de Mánchester, y cuenta, simplemente, los hechos más interesantes: que en una fábrica los obreros, para obtener un salario más alto, habían suspendido el trabajo y que habían sido obligados por el juez de paz a retomarlo; que en Salford, un par de muchachos habían cometido un hurto y que un comerciante en bancarrota había querido engañar a sus acreedores. Más minuciosas son las noticias de los suburbios: en Ashton, dos hurtos, una quiebra, un suicidio; en Bury, un hurto; en Oldham, una suspensión de trabajo por causa de salario, un hurto, una pelea entre mujeres irlandesas, un sombrerero que no pertenecía a la unión obrera maltratado por socios de la unión, una mujer castigada por su hijo; en Rochdale, una serie de peleas, una agresión contra la Policía, un hurto en una iglesia; en Stockport, descontento de los obreros a causa del salario, un hurto, un engaño, una pelea, un hombre que maltrata a su mujer; en Warrington, un hurto y una pelea; en Wigan, un hurto y un robo en una iglesia. Las noticias de los diarios ingleses son todavía peores; engaños, hurtos, rapiñas, peleas de familia, se acumulan; tomemos un *Times* (12 de

septiembre de 1844), que habla solo de los hechos de un día: cuenta de un hurto, de una agresión contra la Policía, de una sentencia que obliga a un padre a mantener a un hijo ilegítimo, del abandono de un niño por parte de sus padres y del envenenamiento de un hombre por su mujer. Cosas iguales se encuentran en todos los diarios ingleses. En este país, la guerra social está declarada; cada uno piensa en sí mismo y lucha para sí contra los demás, y si debe o no hacer daño a todos los demás, que son enemigos declarados, depende solo de un cálculo egoísta sobre lo que es de mayor provecho. Ya nadie se entiende de forma pacífica con sus semejantes; todas las diferencias terminan con amenazas, con defensas personales en el tribunal. En resumen: cada uno ve en el prójimo a un enemigo del que quiere desembarazarse, o a lo más, un medio de sacar ventaja para sí. Y esta guerra, como lo prueban las tablas de criminalidad, se hace cada año más áspera, más apasionada, más implacable; la hostilidad, poco a poco, se divide en dos grandes campos que marchan uno contra otro: la burguesía por aquí, el proletariado por allá. Esta guerra de todos contra todos y del proletariado contra la burguesía no debe asombrarnos, puesto que es solo la consecuencia del principio que reside en la libre competencia; pero, más bien, debemos asombrarnos de que la burguesía, contra quien, diariamente, se reúnen nuevas y amenazantes nubes de tempestad, permanezca tan tranquila y despreocupada; cómo puede leer cada día en los diarios estas cosas, no digamos sin desprecio de la situación social, pero sin sentir terror ante sus consecuencias, ante una explosión general de lo que la delincuencia pone en evidencia. Pero precisamente por esto es burguesía, y no puede desde su punto de vista darse por enterada de los hechos y pesar sus consecuencias. Solamente es asombroso que prejuicios de clase y opiniones fijas hayan herido al mayor grado, yo diría a un grado de locura, a toda una clase de hombres. El desarrollo de la nación sigue así en semejante locura, los burgueses pueden o no tener ojos para esto, y una buena mañana la clase propietaria se sorprenderá de cosas que, en su sapiencia, nunca soñó.

[1] Si yo hablo aquí y en otras partes de la sociedad como de un conjunto responsable, que tiene sus derechos y sus deberes, se comprende que con esto me refiero al poder de la sociedad, aquella clase que en el presente posee el dominio social y político, y con esto, al mismo tiempo, la responsabilidad por la condición de aquella que no tiene ningún poder. En Inglaterra, esta clase dominante es, como en todos los otros países civilizados, la burguesía. Pero que la sociedad, y especialmente la burguesía, tengan el deber de atender en su vida a cada miembro de la sociedad y preocuparse, por ejemplo, de que ninguno muera de hambre, no tengo necesidad de probarlo a mis lectores alemanes. Yo he escrito para la burguesía inglesa; ahora sería completamente otra cosa. [1892: ¡Cómo ha cambiado todo esto después de cincuenta años! Hoy existen burgueses ingleses que reconocen los deberes de la sociedad hacia sus miembros; pero ¿lo reconocerán también los burgueses alemanes?]

[2] Doctor Alison, *Management of the Poor in Scotland.*

[3] Doctor Alison, en un artículo leído ante la *British Association for the Advancement of Science,* en York, octubre de 1844.

[4] Doctor Alison, *Management of the Poor Scotland.*

[5] *Manufacturing Population of England,* cap. 8.

[6] *Report of Commission of Inquiry into the Employment of Children and Young Persons in Mines and Collieries and in the Trades and Manufactures in wich numbers of them work thogether, not being included under the terms of the Factories' Regulation Act. First and Second Reports. Grainger's Report, Second Report,* generalmente citado como *Children's Employment,* una de las mejores fuentes oficiales, que contiene un gran número de datos del mayor valor y de los más espantosos. El primer informe se dio en 1841, el segundo dos años más tarde.

[7] *Fifth Annual Report of Reg. Gen. of Births, Deaths and Marriages.*

[8] Doctor Cowen, *Vital Statistics of Glasgow.*

[9] *Report of Commission of Inquiry into the State of Large Towns and Populous Districts, First Report,* 1844, *Appendix.*

[10] *Factories' Inquiry Commission's Report, 3rd vol. Report of Dr. Hawkins on Lancashire,* donde el doctor Roberton es citado como «la más alta autoridad para la estadística en Mánchester».

[11] Doctor Wade, «Report of the Parliamentary Factories' Commission of 1832», en *History of the Middel and Working-Classes,* 3.ª ed., Londres, 1835.

[12] *Children's Employment Commission's Report,* App. Parte II, Q. 18, n.º 216, 217, 226, 233, etc.

[13] *Ibid.,* pp. 9, 39 y 133.

[14] *Ibid.,* pp. 9, 36 y 146.

[15] *Ibid.,* pp. 34 y 158.

[16] *Symonds, Report App.,* Parte I, pp. E, 22 y ss.

[17] *Arts and Artisans.*

[18] *Principles of Population,* vol. II, pp. 136 y 197.

[19] Veremos, enseguida, cómo la rebelión del proletariado contra la burguesía es legitimada, en Inglaterra, por el derecho de libre asociación.

[20] *Chartism,* pp. 34 y ss.

[21] *Ibid.,* p. 40.

[22] ¿Debo aquí también hacer hablar por mí los testimonios de los burgueses? Elijo solamente uno, que puede leerse en Adam Smith, *Wealth of Nations, op. cit.,* vol. 3, lib. 3, cap. 8, p. 297.

[23] *Principles of Population,* vol. II, pp. 76 y ss., 135.

[24] *Philosophy of Manufactures,* Londres, 1835. Hablaremos nuevamente de este libro. Los pasajes están en las pp. 406 y ss.

[25] [1892: La misma idea de que la gran industria ha dividido a los ingleses en dos naciones distintas, ha sido, casualmente en la misma época, expresada por Disraeli en su novela: *Sybil, or the two Nations.*]

[26] Parkinson, *On The Present Condition of the Labouring Poor in Mánchester,* etc., 3.ª ed., Londres y Mánchester, 1841.

[27] Sesión de la Cámara Baja del 28 de febrero de 1843.

[28] Sheriff Alison, *Principles of Population.*

[29] *Manufacturing Population of England,* cap. 10.

[30] El número de los delincuentes convictos (22.773), dividido por la cifra de población (cerca de 15.000.000).

VI

Las ramas aisladas de trabajo. Los obreros industriales en su estricto significado

Si queremos ahora observar más de cerca las ramas aisladas más importantes del proletariado industrial inglés, deberemos comenzar por los obreros industriales, esto es, por aquellos que están sometidos a la *Factory Act.* Esta ley regula el tiempo de trabajo de las fábricas donde, con ayuda de la fuerza hidráulica o del vapor, se tejen o se hilan la lana, la seda, el algodón y el lino, y se extiende por ello a las ramas más importantes de la industria inglesa. La clase que vive de ellos es la más numerosa, la más vieja, la más inteligente y la más enérgica, pero, por esto también, la más inquieta y la más odiada por la burguesía, entre todas las clases de obreros ingleses; los obreros que la componen, y especialmente los obreros de las fábricas de algodón, están a la cabeza del movimiento obrero, como sus patrones, los industriales, especialmente los de Lancashire, están a la cabeza de la agitación burguesa.

Hemos visto ya, en la «Introducción», cómo la masa obrera que trabaja en estos puestos del sector textil fue la primera que sufrió modificaciones en su forma de vida a causa del empleo de la maquinaria. No debemos, por lo tanto, asombrarnos si el progreso de los descubrimientos mecánicos, en posteriores años, la ha sacudido más grandemente y de continuo. La historia de la fabricación del algodón, como leemos en Ure[1], Baines[2], etc., explica perfectamente las nuevas mejoras; la mayor parte de ellas ha sido también introducida en las otras ramas industriales. Casi en todas partes, el trabajo manual es reemplazado por el trabajo de las máquinas, casi todas las manufacturas emplean la fuerza hidráulica o del vapor, y cada año trae nuevos adelantos.

En un sistema social ordinario, tales mejoras serían agradables; en un sistema de guerra de todos contra todos, individuos aislados se apropian de los beneficios rápidamente arrebatando cualquier modo de subsistencia a los demás. Cada mejora de las máquinas desocupa a más obreros, y cuando más notable es el perfeccionamiento, más numerosa se vuelve la clase de los sin trabajo; cada adelanto tiene, sobre cierto número de obreros, la acción de una crisis comercial, produce miseria, hambre, delincuencia. Tomemos un ejemplo: enseguida después de la primera invención, la *jenny,* puesta en movimiento por un solo obrero, producía, por lo menos, el séxtuplo de lo que podía hacer en igual tiempo el hilador, de modo que, por cada nueva *jenny* quedaban sin pan cinco hiladores. La *mule*[3], que requería un número todavía menos de obreros, tuvo la misma acción, y cada mejora de la *mule* suponía un aumento del número de los obreros innecesarios. Pero el aumento del número de husos que una *mule* podía trabajar fue tan notable, que cuadrillas completas de obreros quedaron sin trabajo; porque si antes un hilador, con un par de muchachos *(piecers)* ponía en movimiento 600 husos, ahora podía vigilar él solo de 1.400 a 2.000 husos, pertenecientes a dos *mule;* por esto, dos hiladores adultos y una parte de los *piecers* ocupados por ellos quedaban sin trabajo. Y después de que en una gran parte de las máquinas de hilar fueron introducidos los *self-actors,* cesó la función del hilador, que fue ejercida por las máquinas. Tenemos delante un libro[4], escrito por uno de los jefes reconocidos del cartismo, James Leach. Este trabajó mucho tiempo en diversas ramas de trabajo, en las fábricas y en las minas de carbón, y lo conozco como hombre digno de fe, capaz y hábil. Le fueron suministradas, a causa de su posición política, las más difundidas noticias sobre diversas fábricas, informes recogidos por los mismos trabajadores; en su libro publica cuadros en los que resalta que, en 1841, había en 35 fábricas 1.060 hilanderos de la *mule* menos que en 1829, mientras que el número de husos, en esas 35 fábricas, había aumentado en 99.239. Menciona 5 fábricas donde no hay ni un solo hilandero, porque estas fábricas solamente utilizan *self-actors.* Mientras el número de husos aumenta en un 10 por 100, el número de hilanderos disminuye en más del 60 por 100. Y, continúa Leach, después de 1841 se

introdujeron tantas mejoras, por el refuerzo de los husos *(double decking)* y otras cosas, que en algunas de las ya citadas fábricas queda entonces desocupada de nuevo la mitad de los hilanderos; solamente en una fábrica, donde poco antes había 80 hilanderos, ahora hay 20; los otros fueron despedidos y deben hacer el trabajo de los niños, por un salario de niños. Lo mismo dice Leach referente a Stockport, donde en 1835 había 800 hilanderos, mientras en 1843 no había ocupados más que 140, aunque la industria de Stockport, en los últimos 8 o 9 años, se haya desarrollado notablemente. En las fábricas para cardar se han hecho ahora adelantos similares, de modo que la mitad de los obreros quedaron sin pan. En una fábrica se han introducido los telares reforzados, que dejan desocupados 4 muchachos de cada 8; además, el fabricante ha rebajado el salario de los 4 que trabajaban de 8 a 7 chelines. Lo mismo ha ocurrido en la tejeduría. El telar mecánico ha asumido la función de la tejeduría manual, y como produce mucho mas que el telar manual, y un obrero puede vigilar dos telares mecánicos, una multitud de obreros han quedado sin trabajo. Y otro tanto ha ocurrido en todas las otras ramas de la fabricación, en la hiladuría de la lana y del lino y en la trama de la seda; igualmente, el telar mecánico comienza a invadir ramas particulares de la tejeduría de la lana y el lino; solamente en Rochdale, hay más telares mecánicos que a mano, ocupados en la tejeduría de la franela y otros géneros de lana. La burguesía siente el deber de replicar que las mejoras de las máquinas, por las cuales los gastos de producción disminuyen, ofrecen las mercancías a un precio menor, que a tal precio mínimo corresponde cierto aumento del consumo, que los obreros que quedan desocupados encuentran pronto trabajo en otras fábricas nuevas[5]. Sin duda, la burguesía tiene completa razón cuando dice que, en ciertas condiciones favorables para el general desenvolvimiento industrial, a cada disminución del precio de una mercancía dada, cuya materia prima cuesta poco, el consumo aumenta en mucho y son abiertas nuevas fábricas; pero, en otro sentido, cada palabra de su afirmación es una mentira. No tiene ella en cuenta todo lo que sobreviene, hasta las consecuencias de la disminución de los precios, hasta la apertura de nuevas fábricas; no dice que todas las mejoras en las máquinas vuelcan sobre ellas, de más en más, el

verdadero trabajo que requiere aplicación, y que de tal modo el trabajo de los hombres adultos se transforma en una simple vigilancia, por lo que puede ser realizado por una débil mujer o por un niño, y además, por la mitad o un tercio del salario; que entonces los hombres adultos son arrojados de la industria: no hay ocupación para ellos, pese al creciente ritmo de fabricación; la burguesía no dice que, por esto, ramas completas de trabajo son suprimidas o transformadas, y deben aprenderse de nuevo, y se guarda bien de aclarar si se ha de abolir el trabajo de los muchachitos –especialmente, porque el trabajo en las fábricas debe aprenderse en la niñez, antes de los diez años, para que pueda asimilarse bien–. No dice que el desarrollo de las máquinas va en continuo aumento, y que al obrero le ocurre que, tan pronto como aprende a trabajar en una rama de trabajo, es eliminada esta, y así el último resto de seguridad que todavía le quedaba en su vida le es arrebatado. Pero la burguesía recibe el beneficio de la mejora de las máquinas; durante los primeros años, cuando todavía trabajaban muchas máquinas viejas y sus desarrollos no se habían introducido, aprovechó la más bella ocasión para ganar dinero, y seria pretender demasiado que ella tuviera también ojos sobre los inconvenientes de la máquina perfeccionada.

Que las máquinas perfeccionadas rebajan el salario es también rebatido por la burguesía, mientras los obreros lo afirman cada vez más. La burguesía sostiene que, aunque con la producción facilitada, el salario por mano de obra haya bajado, el salario total semanal, en lugar de bajar, ha subido, y que la situación de los obreros ha mejorado antes que empeorado. Es difícil ir al fondo del asunto, porque los obreros se apoyan en la disminución de la manufactura; entretanto, es cierto que también el salario semanal, en diversas ramas de trabajo, ha bajado por la introducción de las máquinas. Los llamados hilanderos finos (aquellos que hilan el hilado para la *mule)* piden salarios altos, de 30 a 40 chelines por semana, porque forman una fuerte asociación para mantener alto el salario, y su trabajo solo puede aprenderse difícilmente; pero los hilanderos comunes, que deben hacer competencia a las máquinas automáticas no usadas para el hilado fino, y cuya asociación es debilitada por la introducción de tales máquinas,

perciben, por el contrario, un salario muy bajo. Un hilandero aplicado a la *mule* me decía que él no ganaba un salario superior a 14 chelines semanales, y tal afirmación concuerda con lo que dice Leach: que en diversas fábricas los trabajadores comunes ganan por debajo de 16,5 chelines, y que un hilandero que tres años atrás ganaba 30 chelines, ahora apenas podía ganar 12,5 chelines, y que en el año anterior no ganaba nada más, término medio. El salario de las mujeres y los niños puede haber caído poco, porque desde el principio era bajo. Conozco mujeres viudas que tienen hijos; ganan penosamente por semana de 8 a 9 chelines y ni ella ni su familia pueden con tal suma vivir dignamente; convendrá en ello cualquiera que conozca los precios de los artículos de consumo en Inglaterra. Lo que afirman todos los obreros es que el salario ha bajado en general por los adelantos mecánicos; que la afirmación de la burguesía fabricante, según la cual la situación de la clase trabajadora habría mejorado por la introducción de las máquinas, es ruidosamente desmentida por esta clase, como se puede oír en toda reunión obrera de los distritos industriales. E igualmente, si fuese verdad que solo el salario relativo, el salario a destajo, ha descendido, y que el salario absoluto, la suma de ganancia semanal, permanece firme, ¿qué se deduciría? Que los obreros han debido mirar tranquilamente cómo los señores fabricantes llenaban sus bolsas y sacaban beneficios de cada mejora, sin darles a ellos la más pequeña parte. La burguesía olvida, cuando lucha contra los obreros, también los más comunes principios de su economía nacional. Ella, que juraba sobre Malthus, objeta, en su angustia, a los obreros: ¿dónde habrían podido encontrar trabajo sin las máquinas, los muchos millones que ha aumentado la población inglesa?[6]. ¡Tonterías! Como si la burguesía no supiese bastante bien que sin las máquinas, y el consiguiente desarrollo industrial, estos «millones» no se habrían producido y crecido. Esto es, simplemente, lo que las máquinas han traído de útil a los obreros: les han hecho sentir la necesidad de una reforma social, por la cual las máquinas no trabajarían más en contra, sino a favor de los obreros. Los sabios señores burgueses pueden interrogar, alguna vez, a la gente que limpia las calles de Mánchester, o de otra parte (esto, en verdad, no sucede jamás, puesto que también para esta tarea se inventan y aplican máquinas) o

que venden sal, naranjas, fósforos, en las calles, o que debe pedir limosna; de la mayoría obtendrá la misma respuesta: somos obreros industriales, desocupados a causa de las máquinas. Las consecuencias del perfeccionamiento de estas son, para los obreros y en las modernas condiciones sociales, solo desfavorables, y con frecuencia oprimentes en el mayor grado; cada nueva máquina trae, miseria e indigencia –y en un país como Inglaterra, donde hay casi siempre «población excedente», la carencia de trabajo es lo peor que puede suceder al obrero en el mayor número de casos–. Y es también digno de observarse qué agotadora influencia debe de tener esta inseguridad en la vida, ocasionada por el progreso incesante de las máquinas y la consiguiente desocupación, sobre obreros que llevan tanto tiempo en situación tan incierta. Para librarse de la desesperación, también en este caso se abren al obrero dos vías: la interna y externa rebelión contra la burguesía, o el beber, y sobre todo la desmoralización. Y los obreros ingleses están acostumbrados a buscar en ambas refugio. La historia del proletariado inglés registra centenares de rebeliones contra las máquinas, y especialmente contra la burguesía; de la desmoralización ya hemos hablado. Esta es, ciertamente, otra especie de desesperación.

Los obreros que deben competir con la primera máquina que viene a ocupar un puesto en la fábrica viven en las peores condiciones. El precio del artículo fabricado por ellos se fija al igual que el fabricado por la máquina, y puesto que la máquina trabaja más barato, el obrero que le hace competencia recibe un salario menor. Esta condición se presenta a cada obrero que trabaja en una máquina vieja y tiene que competir con las máquinas posteriormente perfeccionadas. Naturalmente, ¿quién otro habría de soportar el daño? El fabricante no quiere abandonar su máquina, ni quiere, tampoco, sufrir perjuicios; no puede obtener de la máquina muerta ninguna indemnización; por lo tanto, se remite al obrero viviente, a la universal cabeza expiatoria de la sociedad. Entre estos obreros que hacen la competencia a las máquinas, los más maltratados son los tejedores manuales de la industria algodonera. Esta gente recibe el salario más bajo, y en pleno trabajo no están en situación de ganar, por semana, más de 10 chelines. Toda especie de tejido es hecho más rápidamente en el telar

mecánico, y además, la tejeduría manual es el último refugio de todos los obreros que quedan desocupados en las otras ramas de trabajo, de modo que ella tiene siempre obreros de más. Por consiguiente, en los periodos medios, el tejedor manual se considera feliz de poder ganar por semana de 6 a 7 chelines, y para reunir tal suma debe quedar sentado al telar de 16 a 18 horas diarias. La mayor parte de los tejidos necesitan un local de trabajo húmedo, para que el hilo de la trama no se rompa a cada momento; y en parte por esto, y en parte a causa de la miseria de los obreros, que no pueden pagarse una vivienda mejor, los talleres de los tejedores manuales no tienen, en su mayoría, suelos de madera o pavimentados. Estuve en muchas viviendas de tejedores manuales; en patios y callejuelas lejanas y malísimas, comúnmente en sótanos. Con frecuencia, una media docena de estos tejedores, de los cuales muchos eran casados, habitaban con sus familias en un *cottage* que tenía uno o dos cuartos para el trabajo y una gran habitación para dormir. Su alimento consiste, casi únicamente, en patatas, tal vez un poco de centeno, raramente leche y menos aún carne; gran número de ellos son irlandeses o descendientes de irlandeses. Y estos pobres tejedores manuales, a quienes cada crisis afecta con mayor intensidad, quienes han sido abandonados a su suerte, deben servir después como arma a la burguesía a fin de que esta pueda resistir los ataques contra el sistema industrial. «¡Mirad!», grita la burguesía triunfante, «¡Mirad cómo estos pobres tejedores deben permanecer en la indigencia, mientras los obreros de las fábricas están bien y criticad, después, el sistema de las fábricas!»[7]. ¡Cómo si no hubieran sido, precisamente, el sistema de las fábricas y las máquinas que les pertenecen los responsables de la situación ignominiosa por la que están pasando los tejedores; como si la burguesía no supiese todo esto tan bien como nosotros! Pero la burguesía tiene sus intereses, y por lo tanto le resulta cómodo un par de mentiras y de hipocresías.

Observemos un poco más de cerca un solo hecho, por el que la máquina, de más en más, suplanta al trabajo de los obreros varones y adultos. El trabajo en las máquinas, tanto en el hilado como en el tejido, consiste principalmente en anudar los hilos rotos, porque todo el resto es hecho por

la máquina; este trabajo no requiere ninguna fuerza, sino solamente una gran flexibilidad en los dedos. Los hombres, por eso, no solo no son útiles, sino que a causa de sus músculos más fuertes y del desarrollo de los huesos de las manos, son menos diestros que las mujeres y los niños, y así son suplantados, casi del todo, en esta especie de trabajo. Cuanto más relegada es la actividad de los brazos, la aplicación de la fuerza, por la introducción de las máquinas hidráulicas o a vapor, tanto menos pueden ser ocupados los hombres, y porque, sin duda, las mujeres y los niños son más baratos y, como hemos dicho, trabajan mejor en tales ramas de trabajo que los hombres, y así mujeres y niños ocupan sus trabajos. En las hilanderías se ven, en los *throtles,* solamente mujeres y niñas; en la *mule,* un hilador, un hombre adulto (que está apresado por los *self-actors),* muchos *piecers* para anudar los hilos, en su mayoría muchachos y mujeres, a veces jóvenes de 18 a 20 años, aquí y allá un viejo hilador que quedó desocupado[8]. En tales telares a máquina trabajan en su mayoría mujeres de 15 a 20 años, y además algunos hombres, pero estos raramente tienen trabajo después de los 21 años. En las máquinas para hilar se encuentran también solamente mujeres; hay algunos hombres para afilar y limpiar las máquinas de cardar. Además, las fábricas ocupan cierto número de muchachos, para sacar y poner las bobinas y algunos hombres adultos para inspeccionar los locales, un mecánico y un maquinista para la máquina de vapor y también carpinteros, porteros, etc. Pero el trabajo propiamente dicho es hecho por las mujeres y los niños. Los fabricantes niegan también esto.

El año pasado se publicaron elaboradas tablas que deberían probar que las máquinas no suplantan a los hombres. De estas tablas se extrae que de todos los obreros de las fábricas, más de la mitad (el 52 por 100) pertenecen al sexo femenino y cerca del 48 por 100 al sexo masculino, y que de estos obreros, más de la mitad han pasado los 18 años. Muy bien. Los señores fabricantes se cuidan de decirnos cuántos eran los varones adultos y cuántas las mujeres adultas. Y este es el centro de la cuestión. Sin más, han tenido en cuenta a los carpinteros, los mecánicos y todos los hombres adultos que están en relación con su fábrica; tal vez también los escribientes, y a pesar de ello, no tienen el valor de decir todas las condiciones reales. Estos datos

abundan, sobre todo, en falsificaciones, ocultamientos y falsos preconceptos, en razones que prueban mucho para los inexpertos, nada para los expertos, tergiversamiento justamente de los datos más importantes, que prueban solo la ilusión egoísta y la mala fe de estos fabricantes. Queremos tomar algunos datos del informe sobre edad y sexos del discurso con que lord Ashley hizo, el 15 de marzo de 1844, en la Cámara Baja, la moción de la *Ten Hours' Bill;* estos datos no han sido referidos por los fabricantes y se relacionan solamente con una parte de la industria inglesa. De los 419.560 obreros industriales del Imperio británico (1839), 192.887, es decir, casi la mitad, eran menores de 18 años y 242.296 de sexo femenino, de los cuales, 112.192 estaban por debajo de 18 años. Quedan todavía 80.695 obreros varones menores de 18 años y 96.569 obreros varones adultos, o sea, el 23 por 100, es decir, no menos de la cuarta parte de toda la cifra. En las fábricas de algodón, el 56,25 por 100; en las fábricas de lana, el 69,5 por 100; en las fábricas de seda, el 70,5 por 100; en la hiladuría de lino, el 70,5 por 100 del número total de obreros eran de sexo femenino. Estas cifras bastan para demostrar la sustitución de los obreros adultos varones. Basta también, simplemente, ir a la mejor fábrica para ver confirmado esto. Por ello se hace necesaria la transformación del orden social imperante, que justamente, por ser un orden social forzado, tiene para los obreros las consecuencias más perjudiciales. El trabajo de las mujeres disuelve, antes que nada, la familia; porque si la mujer está en la fábrica todo el día, 12 o 13 horas, y el hombre trabaja en este o aquel lugar, ¿qué será de los hijos? Crecen salvajemente, como la mala hierba; son cuidados por un chelín o chelín y medio por semana –¡piénsese qué trato les será dado!–. De ahí proviene también en los distritos industriales el aumento espantoso de los accidentes de que son víctimas los pequeños sin vigilancia. Las listas de los funcionarios de Mánchester[9] responsables de certificar los decesos indican que en nueve meses hubo 69 muertos por quemaduras, 56 ahogados, 23 por caídas, 77 por otras desgracias; en total, 235 desgracias[10]; mientras, en Liverpool, sin fábricas, durante 12 meses hubo solamente 146 accidentes mortales. Los accidentes en las minas de carbón no se incluyen para esas dos ciudades, y hay que observar que el *coroner* de

Mánchester no tiene a Salford bajo su jurisdicción, si bien la población de ambas ciudades es casi igual. El *Manchester Guardian* informa, casi en cada número, de uno o más accidentes por quemaduras. Que la mortalidad general de los niñitos sea mayor por el trabajo de las madres se comprende fácilmente, y los hechos lo prueban sin dejar lugar a dudas. Las mujeres retornan a la fábrica, por lo general, tres o cuatro días después del parto, y dejan, claro está, a su lactante; en las horas libres deben correr aprisa a sus casas para amamantar al niño y comer ellas mismas cualquier cosa –¡se comprende qué clase de crianza puede resultar!–. Lord Ashley suministra las declaraciones de algunas obreras:

> M. H., de 20 años, tiene dos niños; el menor, lactante, es cuidado por el otro, un poco mayor; ella va por la mañana, a las cinco, a la fábrica y vuelve a su casa a las ocho; durante el día, la leche le cae de los pechos, de modo que le chorrea por el vestido. H. W. tiene tres niños; a las cinco del lunes sale de su casa y vuelve solamente el sábado por la tarde, a las siete; tiene tanto que hacer para sus tres niños, que no puede acostarse antes de las tres de la mañana. A menudo, la lluvia la empapa hasta la piel y está obligada a trabajar en tales condiciones. «Mis pechos me han dado dolores terribles y he estado empapada por la leche.»

El uso de narcóticos para mantener tranquilos a los niños es favorecido por este infame sistema, y en los distritos industriales es donde, efectivamente, tal uso alcanza su mayor grado; el doctor Johns, respondable del registro del distrito de Mánchester, es de la opinión que esta costumbre es la causa principal de los frecuentes casos de muerte por convulsiones. La ocupación de la mujer en la fábrica disuelve necesariamente la familia, y tal disolución tiene, en la actual condición de la sociedad –condición que reposa sobre la familia–, las consecuencias más desmoralizadoras, tanto para los cónyuges como para los hijos. Una madre que no tiene tiempo de cuidar a su hijo, de darle en los primeros años los cuidados más comunes; una madre que apenas puede ver a su hijo, no puede servir de madre para este; al contrario, debe volverse indiferente, debe tratarlo sin cariño ni pasión, como al hijo de otro; y los niños criados en tales condiciones están, más tarde, perdidos para la familia, no pueden sentirse, en la familia que ellos mismos constituyen, como en familia, porque solo han aprendido a conocer una vida aislada, y deben, por ello, contribuir al total enterramiento

de la familia obrera. Una disolución similar de la familia sobreviene por el trabajo de los niños. Si estos están suficientemente crecidos como para poder ganar más de lo que cuesta a sus progenitores el alimento, comienzan a darles cierta suma para los gastos y el alojamiento, y gastan para sí mismos el resto. A menudo esto sucede entre los 14 y los 15 años[11]. En una palabra, los muchachos se emancipan y consideran la casa paterna como una hostería que, frecuentemente, si no les place, cambian por otra.

En muchos casos, la familia no es disuelta del todo por el trabajo de la mujer, sino que toda ella está a su cargo. La mujer mantiene la familia; el marido se queda en casa, cuida a los niños, limpia las habitaciones y cocina. Este caso se presenta mucho y a menudo; solamente en Mánchester hay muchos centenares de tales hombres, que cuidan de las labores domésticas. Puede imaginarse qué justa indignación provoca esta castración de hecho entre los obreros y qué inversión produce en las relaciones de la familia, mientras las otras condiciones sociales siguen siendo las mismas. Tengo ante mí una carta de un obrero inglés, Robert Pounder (Baron's Building, Woodhouse Moor-Side, en Leeds; la burguesía lo puede buscar; para ello doy la dirección exacta); Pounder la dirige a Castler[12]. Cuenta cómo otro obrero, con el que tenía relación, había encontrado una vez a un viejo amigo, en un viaje para buscar trabajo, en St. Helens, en Lancashire.

> Ahora, señor, lo encontró, y como fue a su barraca, pensad lo que era; por la descripción que dio de los muebles, era como sigue: dos viejas sillas, una mesa de tres patas, una caja, ninguna cama sino un montón de paja vieja en un rincón, con dos sábanas sucias; sobre la chimenea, dos pedazos de leña, y cuando mi pobre amigo entra, el otro estaba cerca del fuego de leña, y ¿qué pensáis que hacía?, remendaba las medias de su mujer con la aguja, y tan pronto como vio a su viejo amigo en la puerta, trató de esconderlas. Pero Joe, como se llama mi conocido, lo había visto, y dijo: «Diablos, ¿qué haces?, ¿dónde está tu mujer?, ¿es este un trabajo para ti?». Y el viejo Joe estaba avergonzado y dijo: «Sé bien que no es mi trabajo; mi mujer está en la fábrica; debe permanecer desde las cinco y media hasta las ocho de la noche, y cuando vuelve está tan cansada, que no puede hacer nada más; así debo hacer todo lo que puedo por ella, ya que no tengo trabajo desde hace tres años y no lo tendré en toda mi vida». Entonces, lloraba con gruesas lágrimas y dijo: «Joe mío, hay bastante trabajo en estos tiempos para las mujeres y los niños, pero nada para los hombres. Se encontrarían más fácilmente cien libras en la calle que trabajo, pero no habría creído que tú, o cualquier otro, me vería arreglando las medias de mi mujer. Es un trabajo tan feo, pero a la noche ella no puede tenerse en pie y yo tengo demasiado miedo de que

> se enferme. ¿Qué sería entonces de nosotros? Porque ya, desde hace mucho, ella es el hombre de la casa: es un trabajo bien indigno», y lloraba amargamente diciendo: «No es siempre así». «No, Jack», dijo Joe, «¿y si no hay trabajo todo este tiempo, cómo has podido vivir?» «Te lo digo», dijo Jack, «Se vivía, pero muy mal; tú sabes que cuando me casé tenía bastante trabajo y sabes que no era holgazán; no, esto no sucedía nunca. Y teníamos una casa bien amueblada y Mary no tenía necesidad de trabajar. Yo podía trabajar por los dos. Pero ahora el mundo está dado vuelta. Mary debe trabajar y yo tendo que quedarme aquí, debo vigilar a los chicos, limpiar, lavar, cocinar el pan, remendar, porque cuando la pobre mujer vuelve por la noche está cansada y fatigada. Tú sabes, Joe, esto es muy duro para quien está acostumbrado a hacer algo distinto, sabes, Joe. Es muy duro», y Jack recomenzó a quejarse y decía estar triste por haberse casado y que ojalá no hubiera nacido, pero que no creía cuando se casó con Mary que iba a llegar a esto. «He llorado mucho por esto», dice Jack, y así, señor, cuando Joe oyó esto, me dijo que había maldecido las fábricas y los fabricantes, y los gobiernos con todas las blasfemias que había aprendido en las fábricas en su junventud.

¿Puede imaginarse una condición más insensata, más absurda que la descrita en esta carta? Y, sin embargo, son estas condiciones las que castran al hombre y roban a la mujer su feminidad, sin que esté en su poder el dar al hombre una real feminidad ni a la mujer la real masculinidad; estas condiciones, que degradan a los dos sexos, y en ellos a la humanidad, son la última consecuencia de nuestra altamente elogiada civilización, el último resultado de todos los esfuerzos que han hecho centenares de generaciones para la mejora de su propia condición y la de sus descendientes. O debemos desesperar de la humanidad, de su voluntad y de su progreso, si vemos todas nuestras fatigas y nuestro trabajo perderse en resultados tan irrisorios, o debemos convenir en que la sociedad humana ha creado su felicidad en un falso sentido; debemos agregar que esa total inversión de la condición de los sexos solamente puede provenir de una causa: que los sexos, desde el principio, han sido puestos falsamente frente a frente. El dominio de la mujer sobre el hombre, como se hace necesario en el sistema de fábricas, es inhumano; así también el originario dominio del hombre sobre la mujer debe ser inhumano. La mujer puede ahora, como antes el hombre, cimentar su dominio, puesto que la mayoría de las veces da todo a la familia; de esto se sigue, necesariamente, que la comunidad de los miembros de la familia no es verdadera y racional, porque un solo miembro de ella contribuye con la mayor parte. La familia de la moderna sociedad está disuelta, y en esta

disolución se demuestra, justamente, que, en el fondo, no es el amor a la familia, sino el interés privado, necesariamente conservado en la investida comunidad de bienes, el lazo que sostiene la familia[13]. La misma condición se encuentra también entre los muchachos que mantienen a sus progenitores desocupados, cuando les dan, como hemos visto arriba, el dinero para los gastos. El doctor Hawkins observa, en un informe sobre las fábricas, que esta condición se presenta con bastante frecuencia y es especialmente notable en Mánchester. Como antes la mujer, en este caso son los niños los señores de la casa; de esto da un ejemplo lord Ashley en el presente discurso[14]: un hombre reprendió a sus dos hijas por haber estado en una taberna y estas declararon que estaban cansadas de ser gobernadas: *Damn you, we have you to keep,* y querían tener, además, algo del producto de su trabajo; dejaron la casa paterna y abandonaron al padre y la madre a su suerte.

Las mujeres solteras, que crecen en la fábrica, en este aspecto no son mejores que las casadas. Se comprende que una muchacha que ha trabajado desde los 9 años en la fábrica no está en condiciones de conocer los trabajos domésticos, y ocurre que todas las obreras de las fábricas son inexpertas e incapaces de ser amas de casa. No saben coser, comprar, cocinar o lavar; no conocen las funciones más comunes de un ama de casa, y cuando deben ocuparse de los niños, no tienen la más remota idea de cómo hacerlo. El *Factories' Inquiry Commission's Report* ofrece docenas de ejemplos sobre estos hechos, y el doctor Hawkins, comisionado de Lancashire, expresa su opinión referente a esto de la siguiente forma[15]:

> Las muchachas casadas, precoz e imprudentemente, no tienen el medio, ni el tiempo, ni la ocasión de aprender los más comunes deberes de la vida doméstica, y si supieran algo, no tendrían, en el matrimonio, el tiempo de poner en práctica tales deberes. La madre está lejos del niño más de doce horas al día; el niño es custodiado por una muchacha o una vieja, junto a la cual es alojado; por esto, frecuentemente, la vivienda de la gente de fábrica no es un hogar acogedor; a menudo es un sótano que no contiene utensilios de cocina ni para lavar, nada para coser y arreglar, falta todo lo que podría hacer la vida agradable, civilizada. Puedo por estas y otras razones, especialmente por amor a la vida de los niños, desear solamente y esperar que pueda venir el tiempo en que las mujeres casadas sean excluidas de las fábricas[16].

Pero todo esto no es nada. Las consecuencias morales del trabajo de las mujeres en las fábricas son todavía peores. La unión de los dos sexos y de todas las edades en un solo cuarto de trabajo, la vecindad inevitable entre ellos, la reunión de gente que no ha recibido una educación moral ni intelectual, no es precisamente la más apta para obtener un desarrollo favorable del carácter de la mujer. El fabricante puede, suponiendo que se preocupe, intervenir cuando realmente pasa algo escandaloso; pero no puede saber ni, por lo tanto, tampoco prevenir la influencia continua, menos evidente, que ejerce el carácter disoluto sobre el carácter moral y, especialmente, el juvenil, aunque esta influencia sea precisamente la peor. El lenguaje usado en las fábricas ha sido descrito por los comisionados de estas, en 1833, en muchas partes, como «indecente», «malo», «sucio»[17]. El fenómeno, en una escala menor, es el mismo que vemos en las grandes ciudades. La centralización de la población tiene la misma influencia sobre la misma gente y les afecta ya sea en una gran ciudad ya sea en una pequeña fábrica. Si la fábrica es pequeña, la aglomeración de gente es más grande y el trato más inevitable. Las consecuencias no difieren. En Leicester, un testimonio dice: «Ellos preferirían ver mendigar a su hija que dejarla entrar en una fábrica; estas son verdaderas prisiones infernales; la mayor parte de las mujeres *públicas* de la ciudad se deberían a las fábricas»[18]; otro, de Mánchester: «No tiene ninguna dificultad en declarar que tres cuartas partes de las jóvenes obreras de las fábricas, de 14 a 20 años, son impúdicas»[19]. El comisionado Cowell dice, sobre todo, que la moralidad del obrero de las fábricas está por debajo de la moralidad de la clase obrera en general[20] y el doctor Hawkins dice:

> Una apreciación de la moralidad sexual no se deja reducir a cifras, pero si yo puedo fiarme de mis observaciones personales y en la opinión general de aquellos con quienes tuve que hablar, como cuantos sostienen testimonios lejanos, no vacilo en decir que se presenta el cuadro más descorazonador de la influencia de la vida de la fábrica sobre la moralidad de la juventud femenina[21].

Se comprende, además, que el servicio en las fábricas, como cualquier otro, e incluso en mayor grado que cualquier otro, reserva al patrón el *jus primæ noctis*. El fabricante es, también en este sentido, patrón del cuerpo y

de los atractivos de su obrera. El despido es una condena bastante grave para que no consiga, en 9 casos sobre 10, cuando no en el 99 por 100, destruir toda resistencia de las muchachas que no tienen una razón seria para permanecer castas. El fabricante es bastante grosero –el informe de las comisiones da muchos ejemplos–, y así su fábrica es también su harén; y admitiendo que no todos los fabricantes hagan uso de su derecho, la cosa no cambia nada en lo que se refiere a las muchachas. En los comienzos de la industria de fábricas, cuando la mayor parte de los fabricantes eran plebeyos enriquecidos, sin educación ni miramientos por las conveniencias sociales, no se dejaban estorbar por nada en el ejercicio de su derecho «muy bien adquirido».

Para juzgar bien las consecuencias del trabajo en la fábrica sobre el estado físico del sexo femenino será necesario considerar, ante todo, el trabajo de los jóvenes y la naturaleza del trabajo. En los comienzos de la nueva industria fueron ocupados muchachos en las fábricas: al principio, a causa de la pequeñez de las máquinas –después agrandadas– no se tenían más que niños y se tomaron de la muchedumbre de los pobres que, en cuadrillas, eran contratados por los fabricantes, por largos años, en calidad de aprendices. Normalmente, se les daba vestido y alojamiento, y eran, como es natural, verdaderos esclavos de sus patrones, por los cuales eran tratados sin ningún miramiento y bárbaramente. Ya en 1796, el doctor Percival y sir R. Peel (padre del actual ministro y él mismo fabricante de algodón) hablaron de la pública indignación contra este repugnante sistema, y hablaron tan enérgicamente, que el Parlamento, en 1802, votó un *Apprentices' Bill;* con esto, los abusos más indignantes fueron suprimidos. Poco a poco se presentó la competencia de los obreros libres y suplantó completamente el sistema de aprendices. Las fábricas fueron aumentando de más en más en la ciudad, las máquinas se agrandaron y los locales se instalaron más aireados y salubres; poco a poco se encontró más trabajo para los adultos y la gente joven, y disminuía relativamente la cifra de niños obreros y la edad en que comenzaban a trabajar era un poco mayor. Se ocuparon menos muchachos menores de 8 o 9 años. Posteriormente, como

veremos, el poder legal se presentó tres veces para proteger a los muchachos contra la avidez de dinero de la burguesía.

La gran mortalidad de los hijos de los obreros, y especialmente de los obreros de las fábricas, es prueba bastante evidente de la insalubridad de condiciones en que pasan los primeros años. Tales causas actúan también sobre los muchachos que quedan con vida; naturalmente, no de modo tan intenso como sobre los que caen víctimas de ellas. Efecto de dichas causas es, en el caso más favorable, una constitución enfermiza y un desarrollo incompleto y, por ello, una robustez menor que la normal. El hijo de 9 años de un obrero, crecido en la indigencia, en las privaciones y en las condiciones más inestables, en la humedad, en el frío, vestido insuficientemente y en una casa malsana, no tiene la capacidad de trabajo de un muchacho criado en condiciones de vida sana. A los 9 años es enviado a la fábrica, trabaja cada día 6,5 horas (antes, 8; antes todavía, de 12 a 14 y 16 horas), hasta los 13 años; después, hasta los 18 años, 12 horas. Las causas debilitadoras perduran y a ello se agrega el trabajo. No puede negarse, ciertamente, que un muchacho de 9 años, hijo de un obrero, puede cumplir un trabajo diario de 6,5 horas sin que sobrevenga un perjuicio moral y manifiesto para su desarrollo; pero, sin duda, la permanencia en la atmósfera de la fábrica, húmeda, tétrica, sofocante, no contribuye de ningún modo a su salud. Pero ¿no es censurable que la vida de los niños, que debería estar dedicada al desarrollo del cuerpo y del intelecto, sea sacrificada a la avidez sin conciencia de la burguesía, que sustrae los niños a la escuela y al aire libre, para explotarlos en beneficio de los señores fabricantes? La burguesía dice: «Si nosotros no ocupamos a los niños en las fábricas, permanecen en una condición que no es favorable para su desarrollo», y esto es cierto, en general. Es decir, traduciéndolo a su verdadero valor, que la burguesía reduce a los hijos de los obreros a malas condiciones de vida y luego explota esto en su beneficio; e invocando, justamente, lo que constituye su culpa, como el sistema de fábricas, excusa el pecado que comete hoy con el cometido ayer. Y si la ley sobre las fábricas no les atase las manos de algún modo, ¡cómo cuidarían de los intereses de los obreros estos «benévolos» burgueses humanitarios, que han

implantado las fábricas solo para bien de los obreros! Observemos cómo han actuado antes de tener a sus talones al inspector de fábrica; su testimonio reconocido, el informe de la comisión de las fábricas en 1833, les condena.

El informe de la Comisión Central cuenta que los fabricantes comenzaban a ocupar a los niños a veces de 5 años, frecuentemente de 6, más a menudo de 7 y, en la mayor parte, de 8 a 9 años; que la duración del tiempo de trabajo era, diariamente, de 14 a 16 horas (excluyendo las horas libres para la comida); que los fabricantes dejaban que los capataces pegasen y maltratasen a los niños, y que ellos también, con frecuencia, recurrían a las manos; se narra un caso en que un fabricante escocés persiguió a un muchacho de 16 años que huía, lo obligó a trotar como un caballo, a correr ante él, golpeándolo continuamente con una fusta[22]. En las grandes ciudades, donde los obreros resisten más, raramente ocurrían hechos similares. Pero, igual, esta larga duración de tiempo de trabajo no era suficiente para la avidez de los capitalistas. Se trataba de hacer fructificar, por todos los medios posibles, el capital invertido en los edificios y en las máquinas, y se necesitaba trabajar lo más intensamente que fuera posible. Los fabricantes introdujeron el pésimo sistema del trabajo nocturno; en algunas fábricas había dos clases de obreros, cada una de ellas tan numerosa que podía ocupar permanentemente toda la fábrica: una trabajaba las doce horas del día y la otra, las doce horas de la noche. Fácilmente se pueden imaginar las consecuencias que tendrá sobre el estado físico, especialmente de los niños y los muchachos, pero también de los adultos, tal continua privación del reposo nocturno, que no puede ser sustituido por el reposo diurno. Eran consecuencias inevitables la excitación de todo el sistema nervioso, unida al debilitamiento general y al relajamiento de todo el cuerpo, a lo que hay que añadir el fomento de la tentación a la embriaguez y la indulgencia al desenfreno sexual. Un fabricante afirma[23] que durante los dos años en que hubo trabajo nocturno en la fábrica nació el doble de niños ilegítimos y, sobre todo, se produjo una desmoralización tal, que tuvo que suprimir el trabajo nocturno. Otros fabricantes actuaban más bárbaramente: permitían a muchos obreros trabajar de 30 a 40 horas

seguidas, y esto varias veces en la semana cuando no estaba completo el número de hombres de reemplazo; pero esto solamente con el fin de suplir una parte de los obreros y de permitirles dormir un par de horas.

Los informes de la comisión sobre esta barbarie y sus consecuencias superan todo lo que he anotado en este particular. Horrores como los que aquí son relatados no se encuentran en ningún lugar, y veremos que la burguesía cita de continuo, en su propio favor, el testimonio de la comisión. Las consecuencias llegaron bastante pronto: los comisionados narran qué cantidad de lisiados se les presentaron, declarando que sus males se debían a la larga duración del trabajo. Tales defectos consisten, generalmente, en la lesión sufrida por la espina dorsal y las piernas; Francis Sharp, miembro del Colegio Real de Cirujanos, narra lo siguiente:

> Solo en Leeds he visto la torcedura característica de la extremidad inferior del hueso del coxis. Primero creí que se tratase de raquitismo, pero el gran número de pacientes que se presentan en el hospital, y la aparición del mal a una edad (de ocho a catorce años) en la que los muchachos no son, comúnmente, atacados de raquitismo, agregado a la circunstancia de que el mal comienza desde que los muchachos trabajan en la fábrica, me llevaron pronto a cambiar de opinión. He observado, hasta ahora, cerca de un centenar de estos casos, y puedo decir, en pocas palabras, que son consecuencia del trabajo excesivo; sé que todos eran muchachos de fábrica y ellos mismos decían que el mal provenía de la causa indicada. Los casos que se me presentaron, de espinas dorsales estropeadas a causa de la larga permanencia en pie, no son menos de trescientos[24].

Otro tanto dice el doctor Kay, de Leeds, médico con 18 años de experiencia en hospital.

> La deformación de la espina dorsal se produce, muy frecuentemente, entre la gente que trabaja en las fábricas. Algunas veces proviene solo del trabajo excesivo; otras, de la acción del largo trabajo sobre constituciones ya débiles en su origen o que se han debilitado por la mala nutrición. Las lesiones parecían ser más numerosas que las enfermedades; las rodillas estaban curvadas hacia adentro, las ligaduras de las junturas, muy a menudo, relajadas y debilitadas, y los largos huesos de las piernas, curvados. En especial, las extremidades de estos largos huesos aparecían torcidas y excesivamente desarrolladas, y estos pacientes venían de las fábricas, en las que, con frecuencia, habían trabajado muy largo tiempo[25].

Lo mismo dicen los cirujanos Beaumont y Sharp, de Bradford. Los informes de los comisionados Drinkwater, Power y el doctor Loudon

contienen una cantidad de ejemplos particulares de estas torceduras, y también los de Tufnell y del doctor sir David Barry, si bien tratan menos este punto[26]. Los comisionados de Lancashire: Cowell, Tufnell y el doctor Hawkins, han descuidado casi completamente esta parte de los resultados médicos del sistema de fábrica, aunque este distrito pueda muy bien rivalizar con Yorkshire por el número de afectados. Rara vez he andado por Mánchester sin encontrar tres o cuatro de ellos con las mismas torceduras de la espina dorsal y de las piernas, como lo he señalado, y con bastante frecuencia he pensado en ello. Yo mismo conozco un mutilado que corresponde exactamente a la descripción dada arriba por el doctor Kay, y que fue reducido al estado en que se encuentra en la fábrica del señor Douglas en Pendleton, lugar que goza de una notoriedad poco envidiable entre los operarios debido a los largos periodos de trabajo que se prolongaban noche tras noche. Se ve, por la especie de defecto, de dónde proviene el mal; casi todos tienen igualmente las rodillas hacia adentro y curvas, los pies también hacia adentro, las articulaciones deformadas y gruesas y, frecuentemente, la espina dorsal hacia adelante o a un costado. Los humanísimos fabricantes de los distritos de la seda, de Macclesfield, parecen haberse conducido del modo más infame, porque en sus fábricas trabajan niños menores de 5 y 6 años. En los testimonos complementarios del comisionado Tufnell encontramos los datos de un tal Wright, director de fábrica (p. 26), cuyas dos hermanas quedaron lisiadas del modo más infame. Y habiendo contado los perjudicados que hay en varias calles, algunas de las cuales estaban entre las más limpias y civilizadas de Macclesfield, encontró diez en Townley Street, cinco en George Street, cuatro en Charlotte Street, quince en Watercots, tres en Bank Top, siete en Lord Street, doce en Mill Lane, dos en Great George Street, dos en el asilo de pobres, uno en Park Green, dos en Peckford Street cuyas familias declararon todas, a coro, que estos se habían arruinado por el excesivo trabajo en las fábricas de tejido de seda. Se menciona a un niño que, de tan lisiado que está, no puede subir escaleras; las niñas tienen deformidades en espalda y caderas.

Otro tipo de desfiguraciones provienen del trabajo excesivo, especialmente en los pies, como comprueba frecuentemente sir D. Barry[27] y los médicos y cirujanos de Leeds[28]. En los casos en que una constitución fuerte, una mejor nutrición y otras circunstancias, hacen aptos a los jóvenes obreros para resistir la influencia de una explotación bárbara, encontramos, por lo menos, dolores de espalda, caderas, piernas; articulaciones hinchadas; venas varicosas o gruesas; abscesos repetidos en los muslos y pantorrillas. Estos males son casi generalmente encontrados entre los obreros; los informes de Stuart, Mackintosh y sir D. Barry, contienen centenares de ejemplos; no hablan casi de nadie que no padezca de cualquiera de los males citados, y en los informes restantes, la aparición de las mismas consecuencias es confirmada por muchos médicos. Los informes sobre Escocia ponen fuera de duda, con innumerables ejemplos, que un trabajo de 13 horas, en obreros varones y mujeres, de 18 a 22 años, produce las mismas consecuencias, y tanto en la hilandería del lino de Dundee y Dunfermline como en las fábricas de algodón de Glasgow y Lanark.

Todos estos males se explican fácilmente por la naturaleza del trabajo de fábrica, que, en verdad, como dicen los fabricantes, es fácil, pero que justamente a causa de su facilidad es más extenuante que cualquier otro. Los obreros tienen poco que hacer, pero deben estar continuamente de pie, sin poder sentarse. Quien se sienta un momento en un escalón o una cesta, es castigado; y este continuo estar de pie, esta perpetua presión mecánica de la parte superior del cuerpo sobre la espina dorsal, caderas y piernas, conduce necesariamente a las mencionadas consecuencias. Este estar parado no es, ciertamente, necesario al trabajo, ya que en Nottingham fueron introducidas las sillas de donde resultó la ausencia de todo mal, y la buena voluntad de hacer, como los otros, una larga jornada de trabajo; pero en una fábrica donde el obrero trabaja solo para el burgués, y tiene, por esto, menos interés de hacer bien su trabajo, haría probablemente un mayor uso de las sillas que el que sería grato y conveniente para el fabricante, y para que la burguesía no gaste un poco menos de materia prima, los obreros deben sacrificar la salud de sus miembros[29]. Este continuo estar de pie,

unido a la atmósfera malsana de las fábricas, produce un notable relajamiento de todas las fuerzas del cuerpo, y sus consecuencias para toda suerte de otros males menos locales que generales. La atmósfera de las fábricas suele ser, simultáneamente, húmeda y caldeada, mucho más caldeada de lo necesario, y por la mala ventilación es muy impura, mohosa y poco oxigenada, llena de polvo y de exhalaciones de aceite de máquinas, que casi por todas partes ensucia el suelo y se vuelve rancio; los obreros, a causa del calor, no se visten con la ropa abrigada, porque de otro modo se enfriarían por la diferencia de temperatura del local; la corriente de aire es, en el calor, desagradable; el lento relajamiento que invade todas las funciones físicas disminuye el calor animal, que debe ser mantenido exteriormente, y así el obrero prefiere tener cerradas del todo las ventanas en el caldeado aire de la fábrica. Además, se hace sentir, por esto, la acción de los frecuentes cambios de aire, al pasar de la atmósfera caldeada de la fábrica al aire libre helado o húmedo; la incapacidad en que están los obreros de protegerse suficientemente de la lluvia, o de cambiarse los vestidos húmedos con otros secos, todas estas circunstancias producen continuos constipados. Y si se piensa que, casi por la mayor parte, ningún músculo del cuerpo que debería ponerse en actividad, lo es realmente, excepto tal vez los de las piernas, que nada se opone a la acción enervante y extenuante de las circunstancias anotadas, sino que, al contrario, falta todo ejercicio que pueda dar fuerza a los músculos, elasticidad y consistencia a las fibras; que a los obreros, desde la juventud, les es quitado todo el tiempo que podrían pasar al aire libre, no se experimentará absolutamente ninguna sorpresa ante las voces unánimes de los médicos, en los informes de las fábricas. Los médicos han encontrado en los obreros de las fábricas, particularmente, una gran falta de resistencia contra las enfermedades, una depresión general de todas las fuerzas físicas y morales. Escuchemos, primeramente, a sir D. Barry:

> Las influencias desfavorables, en los obreros, del trabajo de la fábrica son: 1) la desagradable necesidad de constreñir sus esfuerzos intelectuales y físicos a un paso igual al del movimiento de la máquina, impulsada por una fuerza proporcional e incesante; 2) la persistencia en una posición recta, por espacios de tiempo demasiado largos, y sucediéndose demasiado

rápidamente; 3) la privación del sueño por la larga jornada de trabajo, dolores en las piernas y malestar físico general. Además, los locales de trabajo, frecuentemente, son bajos, deprimentes, polvorientos y húmedos, el aire impuro, la atmósfera recalentada y continua la transpiración. Por esto, particularmente, los muchachos, y con rarísimas excepciones, pierden la frescura rosada de la infancia y se vuelven pálidos y más débiles. El aprendiz de tejedor manual, aunque está en el telar con los pies desnudos sobre el pavimento, conserva un aspecto mejor, porque de vez en cuando sale al aire libre. Pero el muchacho de la fábrica no tiene un momento libre fuera del destinado a almorzar, y solo entonces sale al aire libre. Todos los hilanderos varones y adultos son pálidos y débiles; sienten irregularmente apetito y sufren de indigestiones; desde la juventud se forman en la fábrica y, de ellos, bien pocos, o ninguno, llega a ser atlético y robusto; para concluir, puede afirmarse que el trabajo que realizan es perniciosísimo al desarrollo de su constitución viril. Las mujeres soportan el trabajo mejor (esto es natural, pero veremos que también ellas tienen sus enfermedades)[30].

Otro tanto dice Power:

Puedo afirmar que el sistema de las fábricas en Bradford ha producido gran cantidad de lisiados, y que la acción del trabajo continuo sobre el cuerpo da lugar no solo a defectos reales, sino también a una detención del desarrollo, al relajamiento de los músculos y al debilitamiento de la constitución física[31].

Más adelante, el ya citado cirujano[32] F. Sharp, de Leeds, agrega:

Cuando fui de Scarborough a Leeds me sorprendió el aspecto general de los muchachos, mucho más pálidos allá, y vi que su robustez era mucho menor que en Scarborough y sus alrededores. Encontré que muchos eran excepcionalmente pequeños para su edad. Se me presentaron innumerables casos de escrófula, enfermedades crónicas, afecciones y trastornos de la digestión; como médico, no tengo la menor duda de que provienen del trabajo en las fábricas. De estar parados, la energía nerviosa del cuerpo se debilita por el largo trabajo, y esta es la razón de muchas enfermedades; si no viniese, de continuo, gente del campo, la raza de los trabajadores de las fábricas degeneraría bien pronto.

Igual cosa afirma Beaumont, cirujano de Bradford:

Mi opinión, acerca del sistema con que se trabaja en las fábricas, es que produce un particular relajamiento de todo el organismo y hace por ello, a los muchachos, susceptibles en el mayor grado a las epidemias y las enfermedades ocasionales. Pienso que la falta de toda prescripción, sobre la ventilación y limpieza de las fábricas, es la causa principal de aquella tendencia particular, y de la susceptibilidad a las afecciones, que he encontrado frecuentemente en mi profesión.

Otro tanto declara el doctor Kay:

> 1) He tenido ocasión de observar la influencia del sistema de fábrica sobre la salud de los muchachos ocupados en las mejores condiciones (en la fábrica de Wood, en Bradford, una de las mejores del país, donde era médico de la fábrica); 2) esta influencia decisiva es muy dilatada y nociva también en las condiciones favorables; 3) en 1842, tres quintas partes de todos los chicos que trabajaban en las fábricas de Wood fueron curados por mí; 4) el efecto más nocivo no proviene del predominio de la constitución defectuosa, sino de la constitución debilitada y enferma; 5) todo ha mejorado mucho desde que la duración del tiempo de trabajo de los chicos de Wood se redujo a 10 horas.

El comisionado doctor Loudon que, igualmente, alega estos testimonios, dice:

> Pienso, y esto ha sido probado de forma bastante clara, que el trabajo de los muchachos es irracional y cruel, y que también los adultos deben realizar una cantidad de trabajo que no puede ser efectuada por la naturaleza humana. La consecuencia es que muchos mueren antes de tiempo, que otros quedan toda la vida con una constitución deficiente; y el temor a una descendencia débil por la constitución desgastada de aquellos que sobreviven es, hablando fisiológicamente, demasiado fundado.

Y, en fin, el doctor Hawkins, cerca de Mánchester, dice:

> Creo que la pequeñez y endeble estatura y la palidez que casi generalmente se encuentra en Mánchester, y especialmente entre los obreros de las fábricas, sorprende a la mayor parte de los forasteros. En ninguna ciudad de las que he visitado, en Gran Bretaña o en Europa, era más visible la degeneración de la figura y del color. A las mujeres casadas les faltan, de manera sorprendente, todas las características particulares de la mujer inglesa, etc. Debo confesar que los chicos y las chicas de las fábricas, que trajeron a mi presencia, tenían generalmente un aspecto deprimido y un color pálido; en la expresión, no había nada de la consabida movilidad, vivacidad y alegría de la juventud. Muchos me declararon que no sentían ningún deseo de pasearse al aire libre, el sábado de tarde y el domingo; que preferían quedarse tranquilos en casa.

Aquí insertamos otra parte del informe de Hawkins, que se refiere solo en parte a lo que estamos tratando, pero que bien puede estar aquí, como en cualquier otro lugar.

> La intemperancia, la disolución y la falta de preocupaciones por el futuro son los vicios principales de la población de las fábricas, y estos inconvenientes se reflejan con facilidad en las costumbres surgidas bajo el moderno sistema de fábricas y que provienen de este, casi inevitablemente. Se admite, en general, que la dificultad de digestión, la hipocondría y la

> debilidad general están muy difundidas en la clase obrera. Después de 12 horas de trabajo monótono es muy natural que se busque un estimulante de una u otra clase, pero además, si sobrevienen las antedichas condiciones de enfermedad, se recurrirá siempre a la ayuda de bebidas espirituosas.

Confrontando cuanto dicen los médicos y los comisionados, el informe ofrece centenares de casos. Centenares de datos prueban que el desarrollo de los jóvenes obreros es detenido por el trabajo; entre otros, Cowell da el peso de 47 muchachos, todos de 17 años, y que van a la escuela dominical; 26, ocupados en las fábricas, pesan, término medio, 104,5 libras inglesas[33], y 20, que no trabajan en fábricas, pero que pertenecen a la clase obrera, pesan 117,7 libras. Uno de los más importantes industriales de Mánchester, y jefe de la oposición de los fabricantes contra los obreros –Robert Hyde Greg, creo– dijo una vez que si tales condiciones continuasen, la gente de las fábricas de Lancashire se volvería bien pronto una raza de pigmeos[34]. Un teniente de reclutamiento dijo[35] que los obreros de las fábricas son menos aptos para el servicio militar; son flacos y débiles, y frecuentemente son rechazados por los médicos como inútiles. En Mánchester puede encontrarse reclutas de apenas 5 pies y 8 pulgadas; la talla de casi todos oscilaba entre los 5 pies y las 6 y 7 pulgadas, mientras que en los distritos agrícolas la mayor parte alcanza las 8 pulgadas.

Los hombres, a consecuencia de estas influencias, son bien pronto arruinados. La mayoría son incapaces de trabajar a los 40 años, algunos resisten hasta los 45, casi ninguno hasta los 50. Esto se debe, además de la general debilidad física, en parte también al debilitamiento de la vista, que proviene de hilar en la *mule* para lo cual el obrero debe fijar los ojos en una larga serie de hilos sutiles que corren paralelos; con tal trabajo los ojos se esfuerzan.

De 1.600 obreros que estaban empleados en muchas fábricas de Harpur y Lanark, solamente 10 tenían más de 45 años; de 22.094 obreros de diversas fábricas de Stockport y Mánchester, solamente 143 tenían más de 45 años. De estos 143, 16 eran conservados por un favor particular y uno realizaba el trabajo de los muchachos. De una lista de 131 hilanderos, solamente 7 tenían más de 45 años, y sin embargo, los 131 fueron, por su «elevada

edad», rechazados por los fabricantes a quienes solicitaban trabajo. En Boston, de 50 hiladores separados del trabajo, solamente dos tenían más de 50 años, y el resto no más de 50; todos, por su avanzada edad, quedaban sin pan. El señor Ashworts, conocido fabricante, dice en carta a lord Ashley, que hacia los 40 años de edad, los hiladores no pueden terminar más la cantidad de hilado requerida, y que por esto «a veces» son despedidos; llama a los obreros de 40 años «gente vieja»[36]. Otro tanto dice el comisionado Mackintosh en el informe de 1833: «Aunque estuviese ya preparado, por la forma en que se ocupa a los niños, todavía me resultó difícil de creer la edad de los obreros más viejos, tan rápido envejecen».

Smellie, médico cirujano en Glasgow, que especialmente atendía a obreros de fábrica, dice igualmente que ellos, a los 40 años, son ya viejos[37]. Y testimonios similares pueden encontrarse en otros informes[38]. En Mánchester esta vejez precoz de los obreros es tan general, que todo hombre de 40 años parece tener 10 o 15 años más, mientras las clases acomodadas, tanto hombres como mujeres, conservan muy bien su aspecto, si no beben demasiado.

El efecto del trabajo de las fábricas sobre el físico de la mujer tiene un carácter completamente especial. Las desfiguraciones, que son la consecuencia de un largo trabajo, se presentan, en la mujer, de forma más grave; las desfiguraciones de la cadera se producen a menudo, en parte por la incorrecta posición y el desarrollo mismo de los huesos de la pelvis, y en parte por la lesión de la parte inferior de la columna vertebral.

> Aunque no se me haya presentado –dice el doctor Loudon en su informe– ningún ejemplo de una pelvis desfigurada y de otros males, estos son de naturaleza tal, que todo médico ha de considerarlos como la probable consecuencia de la duración de la jornada de trabajo a que están sometidos los niños y esto, por otra parte, es afirmado por hombres dignos de la más alta fe en materia médica.

Las obreras de las fábricas dan a luz con mayor dificultad que otras mujeres, y esto ha sido probado por muchas parteras y obstétricos, así como los frecuentes abortos[39]. Agrega aún que las mujeres, como todos los obreros de las fábricas, sufren comúnmente debilidad general y que, cuando están encinta, trabajan en las fábricas hasta el momento del parto;

naturalmente, si dejaran de trabajar con mucha anticipación, temerían que su puesto fuese ocupado por otras y que las despidieran, perdiendo así también el salario. Sucede, a menudo, que las mujeres que todavía trabajan una noche, paren a la mañana siguiente, y no es nada raro que el parto se realice en la misma fábrica, entre las máquinas. Y si tampoco encuentran en esto los señores burgueses nada de particular, tal vez sus esposas convendrán conmigo en que es una crueldad, una infame barbarie, el obligar a una mujer encinta a trabajar de pie, y con frecuencia inclinada, diariamente hasta el momento del parto, de 10 a 12 horas (antes más aún). Pero esto no es todo. Si las mujeres, después del parto, pueden dejar de trabajar por 14 días, están contentas y juzgan tal plazo de tiempo como largo. Muchas vuelven a la fábrica ya después de 8, 4 y aun 3 días, y trabajan la jornada entera.

Yo oí una vez cómo interrogaba un fabricante a un capataz:

—La tal y la tal, ¿no están todavía aquí?

—No.

—¿Cuánto hace que han dado a luz?

—Ocho días.

—Verdaderamente, podrían haber vuelto hace mucho tiempo. Fulana suele quedar en casa solo tres días.

Naturalmente, el temor de ser despedida, el temor de la desocupación, la arrastra, a pesar de su debilidad, a pesar de los dolores que le produce el trabajo de la fábrica; el interés del fabricante no permite que sus obreros permanezcan en su casa a causa de enfermedad; no deben enfermarse, no pueden osar quedarse en cama una semana, si no el fabricante deberá dejar inactivas sus máquinas o atormentar su sapientísima cabeza con la orden de un cambio temporal; y en vez de hacerlo, despide a su gente si esta osa enfermarse. Escuchad otro testimonio de una muchacha que se siente muy indispuesta y no puede seguir trabajando.

—¿Por qué no pides permiso para ir a casa?

—¡Ah, señor! –el «señor» es muy significativo en este caso–, si nos ausentamos por un cuarto de jornada, nos exponemos a ser despedidas[40].

O también este otro: «Thomas Mac Durt, obrero, tiene una fiebre ligera; no puede quedarse en casa, a lo menos no más de cuatro días, porque de otro modo teme perder su trabajo»[41].

Y esto ocurre en casi todas las fábricas. El trabajo de las muchachas jóvenes produce en el periodo del desarrollo un gran número de otras irregularidades. En algunas, a menudo las mejor alimentadas, el calor de la fábrica adelanta el desarrollo, de modo que algunas chicas de 12 a 14 años están completamente formadas; Robertson, ya citado, «eminente» obstétrico de Mánchester, como dice el *Factories' Inquiry Commission's Report,* cuenta, en el *North of England Medical and Surgical Journal* que le fue presentado el caso de una chica de 11 años, que no solamente era una mujer completamente formada, sino además estaba encinta; y que tales casos no son raros en Mánchester, puede presumirse por el hecho de que las mujeres den a luz a los 15 años. En tales casos, actúa el calor de las fábricas exactamente como el calor ardiente del clima tropical, y, como en este clima, el desarrollo excesivamente precoz se venga con la vejez y el relajamiento prematuros. A menudo se nota, sin embargo, un atraso sexual del desarrollo de la mujer; los senos se forman tarde o no se forman para nada[42]; la menstruación se presenta, en muchos casos, a los 17 o a los 18 años, a veces también a los 20 años y frecuentemente no se presenta nunca[43]. La menstruación irregular unida a muchos dolores y enfermedades, especialmente la clorosis, es muy frecuente; sobre esto están de acuerdo los informes médicos.

Los hijos nacidos de tales mujeres, especialmente si tienen que trabajar durante el embarazo, difícilmente serán fuertes. Al contrario, en particular los de Mánchester, son descritos en los informes como muy débiles, y solamente Barry afirma que son sanos, pero agrega también que en Escocia, donde él hizo las inspecciones, no trabajaba ninguna mujer casada; además, es necesario anotar que en Escocia la mayor parte de las fábricas están en el campo, excepto las de Glasgow, y esto contribuye muchísimo al fortalecimiento de las muchachas; los hijos de los obreros, en los alrededores de Mánchester, son florecientes y frescos, mientras en la ciudad tiene un aspecto pálido y escrofuloso; pero hacia los 9 años, el color se

desvanece, porque son enviados a las fábricas y bien pronto no se los puede distinguir de los chicos de la ciudad.

Pero hay, además, otras ramas del trabajo de las fábricas que tienen particulares consecuencias nocivas. En muchos locales, dedicados al hilado del algodón y del lino, se eleva una gran cantidad de polvo, que proviene de los hilados, la cual produce, particularmente en los locales para cardar y peinar el lino, perturbaciones respiratorias. Algunas constituciones pueden soportarlo, otras no. Pero el obrero no tiene ninguna elección; debe entrar en el cuarto donde está el trabajo, sea buena o no para su pecho. Las consecuencias que más comúnmente se derivan de respirar este polvo son esputos de sangre, respiración dificultosa, dolores del pecho, tos, insomnio; en resumen; todos los síntomas del asma, que, en el peor de los casos, terminan en consunción[44]. Pero es particularmente insalubre la hiladura bañada del hilo de lino, realizada por los muchachos jóvenes y los niños. El agua salpica desde los husos sobre sus cuerpos, de modo que la parte anterior de sus vestidos está de continuo humedecida hasta la piel y el agua baña el suelo. En menor medida, lo mismo sucede también en las dobles cámaras de las fábricas de algodón; la consecuencia con los continuos enfriamientos y las afecciones al pecho. Todos los obreros de las fábricas hablan con voz ronca y gruesa, especialmente los que trabajan en el hilado bañado y el hilado reforzado. Stuart, Mackintosh y sir de Barry tiene las palabras más graves sobre la insalubridad para las muchachas dedicadas a ello. El hilado del lino tiene otra consecuencia: la torsión característica de la espalda y especialmente la desviación hacia adelante del omóplato derecho, a causa de la naturaleza del trabajo. Este modo de hilar, y también el hilado de algodón en el *throstle,* producen a menudo enfermedades a la rodilla, que es empleada para la detención del huso, mientras se atan los hilos rotos. El frecuente curvarse en estas dos ramas de trabajo y lo bajo de las máquinas ocasionan, generalmente, un desarrollo defectuoso. En el local con *throstle* de la fábrica de algodón de Mánchester, donde yo estaba ocupado, no recuerdo haber visto una sola chica verdaderamente bien desarrollada y esbelta; todas eran pequeñas, contrahechas, de constitución singular; decididamente, eran feas en todas las partes del cuerpo. Pero, además de

todas estas enfermedades y defectos, los miembros de los obreros deben sufrir todavía de otra manera, El trabajo entre las máquinas causa gran número de desgracias, que más o menos son de grave naturaleza, y que, por otro lado, tienen para el obrero la consecuencia de dejarlo, total o parcialmente, incapaz para el trabajo. Muy frecuentemente sucede que una pequeña falange es arrancada del dedo; más a menudo, todo un dedo, una mano o media mano, un brazo, etc., son apresados por los radios y triturados. Con mucha frecuencia sucede que después de estas pequeñas desgracias se producen *shocks* e incluso la muerte. En Mánchester se ven circular, además de muchos lisiados, gran número de mutilados; a uno le falta la mitad o todo un brazo, a otro un pie, al tercero media pierna; se creería vivir en un ejército que hubiera retornado de una expedición militar. Las partes más peligrosas de las máquinas son las correas que transmiten la fuerza motriz, del árbol de transmisiones a cada una de las máquinas, especialmente si tienen hebillas, las que se encuentran más raramente. Quien es apresado por estas correas, que la fuerza motriz hace girar con velocidad extraordinaria, es arrojado con tal fuerza contra el suelo o contra el techo y rara vez le queda un hueso sano; en algunos casos la muerte se produce instantáneamente. El *Manchester Guardian,* entre el 12 de junio y el 3 de agosto, daba noticias de las siguientes graves desgracias (las ligeras no las tiene en cuenta): 12 de junio, un muchacho murió en Mánchester, enseguida de serle triturada una mano entre las ruedas; 16 de junio, un joven, en Saddleworth, embestido y arrastrado por una rueda, murió triturado; 29 de junio, un hombre joven, en Green Acres Moor, cerca de Mánchester, que trabajaba en una fábrica de máquinas, cayó bajo una piedra de afilar que le rompió dos costillas y le produjo graves contusiones; 24 de julio, una muchacha, en Oldham, murió a consecuencia de la embestida de una correa, que le hizo dar cincuenta vueltas; no le quedó ni un hueso entero; 27 de julio, en Mánchester, una chica cae en el *blower* (la primera máquina que recibe el algodón en bruto) y murió por las terribles heridas; 3 de agosto, un tornero murió en Dukenfield, embestido por una cinta; todas sus costillas estaban despedazadas; el hospital de Mánchester, en 1843, curó 962 heridas y mutilaciones producidas por las máquinas, mientras la cifra

de todos los otros accidentes tratados por el hospital sumaba 2.426, de modo que, cada 5 desgracias, 2 eran producidas por las máquinas. Los accidentes ocurridos en Salford no están incluidos en las cifras expuestas, como tampoco los atendidos por médicos particulares. Los fabricantes, en semejantes desgracias, que a veces dejan al obrero incapaz para el trabajo, pagan a lo sumo el médico, y cuando mucho el salario durante el tiempo de la enfermedad; lo que sobrevenga al obrero que queda inválido le es indiferente.

El informe sobre las fábricas dice al respecto: «En todos los casos debería ser declarado responsable el fabricante, puesto que los niños no pueden prestar suficiente atención y los adultos prestan atención solo a sus intereses». Pero los que escriben el informe son burgueses, y por esto deben contradecirse diciendo toda suerte de tonterías sobre la «culpable temeridad» de los obreros. La verdad es esta: si los chicos no pueden prestar atención, que se prohíba su trabajo; si los adultos no pueden prestar la debida atención, o son como niños, que poseen un grado de instrucción que no les permite reconocer la gravedad del peligro, ¿quién, sino la burguesía, es culpable por tenerlos en una condición que no les permite instruirse? Si las máquinas están mal construidas y deben ser rodeadas con tabiques y defensas, que estén también a cargo de la burguesía; o el obrero tiene alguna razón para no temer el peligro que lo amenaza; debe trabajar rápidamente para ganar el salario y no tiene tiempo de prestar atención, etc. También en esto la burguesía es culpable. Muchos accidentes se producen, por ejemplo, cuando los obreros quieren limpiar las máquinas, aun cuando están en movimiento. ¿Por qué sucede esto? Porque el burgués obliga a los obreros, en las horas libres, a limpiar las máquinas, y, naturalmente, los obreros no tienen ningún deseo de dejarse escamotear un poco de su tiempo libre. Toda hora libre es tan preciada por el obrero que, antes que sacrificarla al burgués, prefiere correr, un par de veces a la semana, peligro de muerte. Concedan los fabricantes el tiempo necesario, tomado de las horas de trabajo, para limpiar las maquinas, y a ningún obrero le vendrá a la cabeza la idea de limpiarlas cuando están todavía en movimiento. En resumen, en todos los casos, la culpa definitiva recae sobre el fabricante, de

quien se debería exigir, aun en los más ínfimos accidentes, el mantenimiento del obrero durante toda su vida, por hallarse incapacitado para trabajar, o, en caso de muerte, el de su familia. En los primeros tiempos de la industria, los accidentes eran mucho más numerosos, porque las máquinas eran peores, más pequeñas, estaban más amontonadas y casi sin protección. Pero, como prueban los datos expuestos, el número de los accidentes es todavía bastante grande, suficientes como para hacer reflexionar seriamente sobre semejante estado de cosas, que permite que se produzcan tantas mutilaciones y heridas, en provecho de una sola clase, y que muchos obreros laboriosos, por una desgracia, de la que son víctimas en servicio y para mérito de la burguesía, sean abandonados a la miseria y al hambre.

¡Cantidad de enfermedades son producidas simplemente por la horrible avidez de dinero de la burguesía! Solamente para llenar su bolsa, las mujeres quedan incapacitadas para la procreación, los hijos son lisiados, los hombres debilitados, los miembros lacerados, generaciones enteras perjudicadas, corroídas por la debilidad y la enfermedad. Y, si se lee, en primer lugar, la barbarie de casos particulares, de muchachos que estaban en la cama desnudos y eran sacados por los capataces y echados de la fábrica, con las ropas bajo el brazo, a golpes y puntapiés[45]; si se lee que se les interrumpía el sueño con golpes; que, no obstante esto, se dormían en el trabajo; que un pobre muchacho, todavía dormido, cuando la máquina estaba detenida, saltaba al grito del capataz y con los ojos cerrados retomaba el trabajo; si se lee que los chicos demasiado cansados para irse a casa se escondían entre la lana, en los secadores, y que solamente podían ser arrojados de la fábrica a golpes de cinto; si se lee que muchos centenares de muchachos, cada noche, llegaban a su casa tan cansados que no podían cenar, por el sueño y la falta de apetito, y sus padres los encontraban de rodillas ante el lecho, dormidos así al decir su plegaria; si se lee en ese informe todo esto y centenares de otras infamias y vergüenzas, todo afirmado bajo juramento y probado por numerosos testigos, confesado por hombres que los mismos inspectores declaraban dignos de fe; si se piensa que se trata de un informe «liberal», de un informe burgués hecho

para anular el anterior de los *tories* y para afirmar la pureza de conciencia de los fabricantes; si se piensa que los inspectores están todos de parte de la burguesía y que de todo han hecho declaración contra su voluntad, ¿no debe sentirse indignación y odio contra una clase que se pavonea de su amor y devoción por la humanidad, mientras no piensa más que en llenar, *à tout prix,* la bolsa? Escuchemos, entretanto, lo que dice la burguesía, por la boca de su predestinado servidor, el doctor Ure quien relata en su *Philosophy of Manufactures*[46] que a los trabajadores se les ha dicho que sus salarios no están en proporción con sus sacrificios y que con eso se ha imperrumpido el buen entendimiento entre obreros y patrones. Si, en lugar de esto, los obreros se hubieran recomendado a estos por su diligencia y atención y se hubieran sentido contentos del provecho de sus patrones, enseguida habrían llegado a ser capataces, jefes del negocio y por fin socios, y por esto (¡oh, divina sabiduría!) «la demanda de trabajo pronto seria mayor». «Si los obreros no fuesen tan inquietos, el sistema de fábrica se habría desarrollado de forma mucho más beneficiosa»[47].

Sigue a esto una larga jeremiada sobre la mucha resistencia de los obreros, y a propósito de un paro de los obreros mejor pagados, de los hiladores finos, se leen las siguientes ingenuas palabras: «Tenían un salario alto, que les permitía mantener un comité bien pagado y engordar en una inquieta hipertrofia, con un régimen que era demasiado vigoroso y excitante para su trabajo»[48]. Escuchemos cómo el burgués describe el trabajo de los niños:

> He visitado muchas fábricas, en Mánchester y alrededores, y nunca he visto chicos maltratados, castigados con penas corporales o solamente de mal humor. Parecían todos alegres y despejados, divirtiéndose con fáciles juegos, gozando plenamente a su edad de la natural movilidad. Esta escena de la industria fue para mí siempre un consuelo, cuando mi ánimo era invadido por tristes emociones. Era encantador observar, apenas pasado el carro de la *mule,* la prontitud con que los chicos reunían los hilos rotos, y mirarlos, después que sus tiernos dedos habían estado un par de segundos en actividad, cómo se divertían en todos los modos imaginables, hasta que llegaba el momento en que debían de nuevo tirar y cortar. El trabajo de estos locuelos vivaces parecía un juego, en el que la práctica les daba una placentera destreza. Conociendo la propia habilidad, los alegraba mostrarla a todo forastero. Ningún rastro de extenuación, puesto que cuando dejaban la fábrica, comenzaban pronto a jugar en la plaza más cercana, corriendo con la misma vivacidad de los jóvenes que salen de la escuela[49].

¡Naturalmente, como si el movimiento de todos los músculos no fuese una inmediata necesidad para los cuerpos, rígidos y relajados al mismo tiempo, por efecto del trabajo! Pero Ure hubiera debido observar si ese momentáneo movimiento no se desvanecía después de unos minutos. Y además, él solo podía ver esto de día, después de 5 o 6 horas de trabajo, pero no de noche. En lo que se refiere a la salud de los obreros, el burgués tiene la ilimitada imprudencia de alegar centenares de datos, como testimonio de la diferente salud de esta gente, del citado y extractado informe de 1833, y de querer probar con citas particulares truncas, que en los obreros no se encontró ninguna traza de escrófula –lo que es exacto–, que el sistema de fábricas los ha liberado de todas las enfermedades agudas (ellos callan, naturalmente, que padecen enfermedades crónicas). Debe saberse que el informe consiste en tres gruesos volúmenes en folio, que un burgués bien nutrido no sueña estudiar, para poder comprender la imprudencia con que nuestro amigo Ure da a entender las más grandes mentiras al pueblo inglés. Escuchemos, ahora, cómo se expresa sobre la *Factory Act,* de 1834, que fue dictada por la burguesía liberal e impone al fabricante las restricciones más necesarias, como veremos enseguida. Así pues, según el señor Ure, esta ley, especialmente la instrucción obligatoria, es una medida despótica y absurda contra los fabricantes. Por ella, todos los muchachos menores de 12 años han quedado sin trabajo, y ¿cuál es la consecuencia? Los muchachos, privados de su sencillo y útil trabajo, no reciben en lo sucesivo ninguna educación; expulsados de su taller de hilado, muy cálido, al glacial mundo en el que solamente pueden subsistir de hurtos y limosnas; triste vida que contrasta con su condición de perpetua mejora en la fábrica y en la escuela. Esta ley, dice asimismo, bajo la máscara de la filantropía, agrava los dolores de los pobres y es un obstáculo para el fabricante diligente en su útil trabajo, cuando no lo detiene completamente[50].

La acción perturbadora del sistema de fábricas comenzó ya hace un tiempo a atraer la atención general. Hemos hablado de la *Apprentices' Act,* de 1802. Más tarde, hacia 1817, Robert Owen, aquel que después fundó el socialismo inglés, fabricante entonces en New Lanark (Escocia), comenzó, con peticiones y memorias, a mostrar a las autoridades superiores la

necesidad de garantías legales para la salud de los obreros y especialmente de los niños. El difunto sir Robert Peel y otros filántropos se unieron a Owen y obtuvieron, una tras otra, las *Factory Acts* de 1818, 1825 y 1831; de estas leyes, las dos primeras no se aplicaron nunca y la última lo fue solo en alguna que otra parte. Esta ley de 1831, basada sobre la moción de sir J. C. Hobhouse, establecía que en ninguna fábrica de algodón podrían trabajar de noche, es decir, entre las siete y media de la tarde y las cinco y media de la mañana, personas de menos de 21 años, y que en toda fábrica los jóvenes de menos de 18 años podrían trabajar, a lo sumo, 12 horas al día y 9 el sábado. Pero como los obreros no podían denunciar a sus patrones sin ser despedidos, esta ley ayudó muy poco. En las grandes ciudades, donde los obreros eran más propensos a la turba, se produjo un acuerdo entre los más destacados fabricantes para adaptarse a la ley, pero, igualmente, fueron muchos los que, como los fabricantes del resto del país, no tuvieron para nada en cuenta la ley. Mientras tanto, entre los obreros se había comenzado a exigir la ley de las diez horas, es decir, una ley que prohibiese a todos los jóvenes de menos de 18 años trabajar más de diez horas. Los sindicatos *(Trade Unions)* dieron vida a este deseo con agitaciones entre toda la población industrial; la humanitaria sección del partido *tory,* guiada entonces por Michael Sadler, recogió esta demanda y la llevó después al Parlamento. Sadler obtuvo un comité parlamentario para una investigación sobre el sistema de fábricas, y este presentó un informe en la sesión de 1832. Este informe, decididamente partidario, fue escrito por los enemigos más declarados del sistema de fábricas y con fines de partido. Sadler, en su noble pasión, se dejó desviar por las más torcidas e injustas afirmaciones; por la forma de sus preguntas, obtuvo de los testigos respuestas que contenían algo de verdad, pero presentadas al revés y tortuosamente. Los fabricantes, aterrados ante un informe que los describía como monstruos, pidieron una investigación oficial; consideraban que un informe exacto y riguroso, en este caso, les sería útil; sabían que en el gobierno se sentaban los *whigs,* verdaderos burgueses, con quienes estaban en buenas relaciones y cuyos principios eran contrarios a una limitación de la industria; obtuvieron una comisión de burgueses de segura fe liberal, cuyo informe es

el que nosotros hemos citado hasta ahora frecuentemente. El informe se acerca a la verdad más que el del comité de Sadler, del cual, sin embargo, difiere en cuanto se apoya en la parte opuesta. Demuestra, por un lado, simpatía hacia los fabricantes, desconfianza frente al informe de Sadler, aversión hacia los obreros independientes y hacia los defensores de la ley de las diez horas; no reconoce el derecho de los obreros a una existencia humana, a una acción y a opiniones independientes, propias; hace suyo el reproche de querer la ley de las diez horas no solo para los niños, sino también para sí; llama a los obreros agitadores, demagogos, malos, malintencionados, etc.; en resumen, está de parte de la burguesía, y sin embargo no puede presentar como inocentes a los fabricantes, y de cualquier manera aparece tal cantidad de infamias, según su propia confesión, en la cuenta de los fabricantes, que también después de este informe la agitación por la ley de las diez horas, el odio de los obreros contra los fabricantes y las duras palabras del comité contra estos, estuvieron completamente justificadas. Con la sola diferencia que, mientras el informe de Sadler reprochaba a los fabricantes su brutalidad abierta y no disimulada, ahora se mostraba que esta brutalidad se ejercía siempre bajo la máscara de la civilización y la humanidad. El doctor Hawkins, comisionado médico para el Lancashire, se declara decididamente a favor de la ley de las diez horas, desde las primeras líneas de su informe. Y el inspector Mackintosh declara también que su informe no contiene la verdad completa, porque los obreros solo con grandes dificultades consienten en declarar contra sus patrones, y los fabricantes –ya obligados por la agitación de los obreros a la mayor complacencia hacia ellos– con muchísima frecuencia se habrían preparado para la visita de la comisión, habrían hecho barrer las fábricas y disminuir la velocidad de las máquinas en movimiento, etc. Especialmente en Lancashire, los fabricantes encontraron el recurso de presentar a la comisión, como obreros, a los capataces de los cuartos de trabajo, para que testimoniaran sobre la humanidad de los patrones, sobre la influencia salubre del trabajo, sobre la indiferencia y aun la aversión de los obreros hacia la ley de las diez horas. Pero estos capataces no son ya auténticos obreros, son desertores de su clase; por un salario mayor, se han

dedicado al servicio de la burguesía y luchan por el interés de los capitalistas contra los obreros. Su interés es el de la burguesía, y por esto los obreros los odian incluso más que a los propios fabricantes.

El informe es también prueba suficiente para demostrar la culpable negligencia de la clase de los fabricantes hacia los obreros y toda la infamia de la explotación industrial, en su plena inhumanidad. Nada más indignante que ver colocados frente a frente, en este informe, por un lado, los largos registros de las enfermedades, los accidentes producidos por el exceso de trabajo, la fría y racionalizada economía nacional del fabricante, y, por el otro, ver las cifras donde tratan de probar que ellos, y toda Inglaterra con ellos, perecería, si no se permitiera cada año convertir en lisiados a tantos y tantos niños; solamente el impúdico lenguaje del señor Ure, que, justamente he reproducido, podría ser tan repugnante, si no fuese demasiado ridículo.

La consecuencia de este informe fue la *Factory Act* de 1834, que prohibió el trabajo de los niños de menos de 9 años (hecha excepción de las fábricas de seda), limitó la jornada de trabajo de los niños entre los 9 y 13 años a 48 horas semanales o, a lo más, a 9 horas diarias, y la jornada de trabajo de los muchachos entre los 14 y los 18 años a 69 horas semanales o, a lo sumo, 12 horas al día; fijó en un mínimo de una hora y media de intervalo de tiempo para alimentarse y prohibió de nuevo el trabajo nocturno para todos los jóvenes menores de 18. Al mismo tiempo, se introdujo para todos los niños menores de 14 años un curso diario de instrucción obligatoria de dos horas; la ley, además, declaraba punible al fabricante que hubiese ocupado los niños sin certificado de edad dado por el médico de fábrica, o sin el certificado de asistencia a la escuela, expedido por el maestro. El fabricante debía, por esto, sustraer cada semana del salario del muchacho un centavo para el maestro. Además, fueron designados los médicos de fábrica, los que debían ir, de cuando en cuando, a las fábricas y bajo juramento interrogar a los obreros, y cuidaban, llevando ante el tribunal de paz las querellas, que se cumpliese la ley. ¡Esta es la ley que el doctor Ure insulta sin miramientos!

La principal consecuencia de esta ley, y especialmente de la creación de los inspectores, fue la reducción de la jornada laboral a una media de entre

12 y 13 horas. Con esto desaparecieron casi completamente algunos de los males más agudos; los accidentes se produjeron solo en las constituciones más débiles; los efectos del exceso de trabajo fueron menos visibles. Entretanto, en el informe sobre fábricas, tenemos suficientes testimonios para poder afirmar que los males leves (hinchazón de las articulaciones de los pies; debilidad y dolores en las piernas, en las costillas y la espina dorsal; venas varicosas; úlceras en las extremedidas inferiores; debilidad general, especialmente debilidad del bajo vientre, tendencia al vómito, falta de apetito alternada con hambre agudísima; mala digestión, y de ahí hipocondría; males de pecho como consecuencia del polvo y de la mala atmósfera de las fábricas, etc.) se presentaban en todas las fábricas y en los individuos que, según las prescripciones de la ley de sir J. C. Hobhouse, trabajaron de 12 a 13 horas diarias como máximo. Aquí confrontaremos, especialmente, los informes sobre Glasgow y Mánchester. Los citados males han seguido después de la ley de 1834 y persisten todavía hoy en arruinar la salud de la clase obrera. De esto se deriva que la brutal sed de ganancia de la burguesía ha asumido una forma hipócritamente civil; que los fabricantes, impedidos por el brazo de la ley para cometer infamias demasiado viles, tienen tanta mayor razón aparente de mostrar vanidosamente su falsa humanidad, esto es todo. Si hoy se formase una nueva comisión para las fábricas, encontraría todo como antes. En cuanto a la asistencia obligatoria a la escuela, la ley era letra muerta, ya que el gobierno no estaba en disposición de instaurar una buena escuela. Los fabricantes empleaban como maestros a operarios agotados, a quienes enviaban a los niños dos horas diarias, pero los niños no aprendían nada. Y también los informes de los inspectores de las fábricas, que se limitaban solo al cumplimiento de su oficio, especialmente de la ejecución de las leyes sobre las fábricas, suministran material suficiente para poder concluir que el citado mal necesariamente continúa. Los inspectores Horner y Saunders, en sus informes de octubre y diciembre de 1844, relatan que un gran número de fabricantes, en aquellas ramas de industria donde se puede prescindir del trabajo de los niños o bien sustituirlo por el de adultos desocupados, mantenían las jornadas de 14 a 16 horas diarias y aún más.

También, en estos casos, se emplea a jóvenes que acaban de superar la edad límite y establecida por la ley. Otros fabricantes violan la ley directamente, acortan las horas libres, hacen trabajar a los muchachos más de lo que es permitido y se arriesgan una denuncia, porque la pena que se les aplica es muy inferior a los beneficios que obtienen de la infracción. Especialmente ahora, cuando los negocios van bien, los fabricantes tienen fuertes tentaciones.

Mientras tanto, no cesó la agitación entre los obreros por la demanda de la ley de las diez horas; en 1839 durante su elaboración llegó a la Cámara Baja lord Ashley, quien ocuparía el lugar del difunto Sadler, y además Richard Oastler, ambos *tories.* Especialmente Oastler, quien había agitado de manera continua los distritos industriales y había agitado ya en tiempos de Sadler, contaba con el apoyo de los obreros. Ellos lo llamaban su «viejo buen rey», el «rey de los muchachos de la fábrica», y en todos los distritos industriales no había un niño que no lo conociese y honrase, y que cuando visitaba cualquier ciudad no le fuesen al encuentro en procesión. Oastler se opuso muy enérgicamente a la nueva ley sobre los pobres, y por ello fue hecho encarcelar, a causa de unas deudas que tenía con el señor Thornley, quien lo tenía contratado en sus propiedades y a quien debía dinero. Los *whigs* ofrecieron pagarle las deudas, y aun protegerlo, si desistía de su oposición a la ley sobre los pobres. Fue en vano. Oastler permaneció en la prisión y desde esta mandó sus *Fleet Papers* contra el sistema de fábricas y la ley sobre los pobres.

El gobierno de los *tories,* de 1841, vuelve de nuevo a prestar atención a la *Factory Act.* El ministro del Interior, sir James Graham, presentó una ley por la que la jornada de trabajo de los niños era limitada a 6,5 horas, y se hacía más rigurosa la instrucción obligatoria, medida fundamental para la creación de mejores escuelas. Esta ley, sin embargo, fue arruinada por el celo de los *dissenters* ya que, aunque la instrucción religiosa no era obligatoria para sus hijos, las escuelas debían estar bajo la supervisión de la Iglesia estatal; por otra parte la Biblia era el libro general de lectura, y por ello la religión venía a ser la base de toda enseñanza. Por esos motivos los *dissenters* se encontraban amenazados. Los fabricantes, y sobre todo los

liberales, se unieron a ellos; los obreros, a causa de la cuestión religiosa, se dividieron y por esto permanecieron inactivos; la oposición a la ley venció, aunque en las grandes ciudades industriales, como Salford y Stockport, fuese batida, y en otras, como Mánchester, hubiese podido atacar solamente algunos puntos de la ley por temor a los obreros. La oposición, con todo, recolectó 2.000.000 de firmas para su petición y Graham se dejó intimidar de tal modo que, finalmente, retiró la ley. En los años siguientes olvidó sus designios respecto de la escuela y propuso simplemente, en lugar de todo lo que hasta entonces había sostenido, que el trabajo de los niños de 8 a 13 años fuese limitado a 6,5 horas diarias, con lo que no habrían tenido completamente libre ni la mañana ni la tarde; que fuese fijado en 12 horas el trabajo de los jóvenes y de las mujeres de 13 a 18 años y que, además, se introdujesen algunas restricciones para evitar que se eludiera la ley, como había ocurrido frecuentemente hasta entonces. Apenas Graham se presentó con tal propuesta, recomenzó, más áspera que nunca, la agitación por las 10 horas. Oastler fue puesto en libertad –algunos de sus amigos y una colecta entre los obreros habían pagado sus deudas– y con pleno vigor se entrgó al movimiento. Los representantes de la ley de diez horas, en la Cámara Baja, habían aumentado; el gran número de peticiones, provenientes de todas partes, en favor de la ley de las diez horas, les dio nuevo apoyo, y el 19 de marzo de 1844 lord Ahsley, con una mayoría de 179 votos contra 170, hizo aprobar la disposición de que la palabra «noche», en la *Factory Act,* debía expresar el tiempo entre las seis de la tarde y las seis de la mañana. Resultaba así que, dada la prohibición del trabajo nocturno, la jornada de trabajo era llevada a 12 horas, incluidas las horas libres, y excluidas estas, a 10 horas. Pero el Ministerio no estaba de acuerdo con esto. Sir James Graham amenazó con retirarse del gabinete, y en las siguientes votaciones sobre un parágrafo de la ley, la Cámara, con una pequeña mayoría, rechazó tanto las 10 como las 12 horas. Graham y Peel declararon entonces que presentarían una nueva ley, y que si no se aprobaba, se retirarían; la nueva ley fue exactamente la antigua de las 12 horas, solo con cambios de forma, y la misma Cámara Baja que la había rechazado en marzo ya desde sus puntos principales, la aceptó en mayo completamente. La razón fue que la

mayoría de los defensores de la ley de las diez horas estaba compuesta de *tories* que preferían que cayera la ley y no el Ministerio; pero, independientemente de los motivos, la Cámara Baja, con estas votaciones que se contradicen una con otra, se ha acarreado el más grande desprecio de todos los obreros y ha aprobado, a la más viva luz, la necesidad de la reforma proclamada por los cartistas. Tres miembros que habían votado primeramente contra el Ministerio, más tarde votaron a favor y así lo salvaron. En todas las votaciones, la masa de la oposición votó a favor, y la masa de los ministeriales, contra el gabinete[51]. Las citadas propuestas de Graham, referentes a las 6,5 horas y a las 12 horas de trabajo del resto de trabajadores, tienen ahora la fuerza de ley y, gracias a ellas, como por la limitación de la recuperación del tiempo perdido (si la máquina se gasta o si la fuerza hidráulica se debilita demasiado por el hielo o la sequía) y otras pequeñas restricciones, es casi imposible que la jornada laboral se prolongue más de 12 horas. Entretanto, no hay ninguna duda de que en un periodo brevísimo, la ley de las diez horas será una realidad. Los fabricantes son casi todos contrarios, tal vez no haya diez que sean favorables; ellos han amontonado contra esta odiada propuesta todos los medios lícitos e ilícitos, pero no les sirve de nada, porque se atraen, de más en más, el odio de los obreros. La ley llegará, ciertamente; los obreros pueden lo que quieren, y que quieren la ley de las diez horas lo han demostrado en la primavera pasada. Los argumentos económico-nacionales de los fabricantes, según los cuales la ley de las diez horas haría aumentar el precio de producción, volvería impotente a la industria inglesa para luchar contra la competencia extranjera, haría caer el salario, etc., son, por cierto, verdades a medias, pero ellas no prueban nada, salvo que la grandeza industrial de Inglaterra puede estar de pie solo por el bárbaro trato a los obreros, solo por la destrucción de la salud, por el abandono social, físico e intelectual de generaciones enteras. Naturalmente, si la ley de las diez horas fuese una medida definitiva, Inglaterra quedaría arruinada; pero puesto que determinará la necesaria adopción de otras medidas, que deben conducir a Inglaterra por una vía distinta de la hasta ahora seguida, al cabo la ley significará un progreso.

Volvamos ahora a otro aspecto del sistema de las fábricas, aspecto que puede resolverse menos con prescripciones legales que las enfermedades que son su consecuencia. Hemos hablado ya, en general, de la naturaleza del trabajo, y en detalle como para poder extraer conclusiones de los hechos. La vigilancia de las máquinas y el anudar de los hilos rotos no determinan ninguna actividad que ocupe la mente del obrero y, por otra parte, impide al obrero ocupar su espíritu en otras cosas. Simultáneamente, hemos visto que este trabajo no deja ninguna opción a los músculos y a la actividad física. De tal modo, no se hace un verdadero trabajo, sino el aburrimiento más mortal y agotador que pueda existir le invaden; el obrero industrial está, así, condenado a dejar que se corrompan completamente sus fuerzas físicas e intelectuales en este tedio; tiene la profesión de aburrirse todo el día, desde los 8 años en adelante. No puede parar ni un momento; las máquinas andan todo el día; las ruedas, las correas y los husos le zumban y resuenan continuamente en los oídos, y cuando quiere quedarse tranquilo solo un instante, ve de pronto a su lado al capataz con el libro de multas. Esta condena a la sepultura perpetua en la fábrica, a la continua atención a la máquina infatigable, se vive como la más grave tortura. Pero esta actúa debilitando en el mayor grado no solo el cuerpo, sino también el espíritu del obrero. No puede, en realidad, encontrarse ningún método de embrutecimiento mejor que el trabajo de las fábricas y, si no obstante, los obreros industriales no solo han salvado su inteligencia, sino que muchos se han cultivado y vivificado, esto fue posible solo por la rebelión contra su destino y contra la burguesía, la única cosa que ellos podrían pensar y sentir, aun trabajando. Y si tal indignación contra la burguesía no fue el sentimiento general de los obreros, fue la consecuencia necesaria de la pasión de la bebida y sobre todo de lo que comúnmente se llama desmoralización. Ya el relajamiento físico y las enfermedades que provienen, en general, del sistema de las fábricas, fueron suficientes, al comisionado oficial Hawkins, para hacer derivar de ellos la necesidad de dicha desmoralización, tanto más todavía cuanto que se agrega el relajamiento intelectual y las ya citadas circunstancias, que empujan a cada obrero hacia la desmoralización y hacen, en este caso, palpable su

influencia. No debemos maravillarnos para nada si, especialmente en las ciudades industriales, la pasión de la bebida y la discutible sexualidad han alcanzado el grado que anteriormente he descrito[52].

Más todavía: la esclavitud en que la burguesía tiene encadenada a la clase proletaria, en ningún lugar se presenta más claramente que en el sistema de las fábricas. Aquí cesa de derecho y de hecho toda libertad. El obrero debe estar en la fábrica a las cinco y media de la mañana; si llega un par de minutos más tarde, es castigado; si llega diez minutos más tarde, no puede entrar hasta acabar la hora del desayuno y pierde un cuarto de salario (aunque solo deja de trabajar dos horas y media de las doce). Debe comer, beber y dormir obedeciendo al mandato. Para la satisfacción de todas las más urgentes necesidades, se le restringe al máximo el tiempo necesario. Si su casa está lejos, una media hora o una hora, el fabricante no se preocupa. La campana despótica lo llama, arrancándolo del lecho, del desayuno, de la cena…

¡Y qué decir de la fábrica! Aquí el fabricante es el despótico legislador. Crea el reglamento de fábrica como le plazca; cambia y hace añadidos a su código cuando quiere, y si inserta las cosas más disparatadas, los tribunales dicen, sin embargo, al obrero: «Eres dueño de ti mismo; podías no aceptar tal contrato si no te convenía; pero ahora que libremente has aceptado tal contrato, debes cumplirlo»[53]; y así el obrero tiene, por añadidura, también las burlas del juez de paz, que es, para él, también un burgués, y la ley que fue hecha por la burguesía. Con bastante frecuencia se han producido tales decisiones. En octubre de 1844 los obreros de la llamada Kennedy, de Mánchester, dejaron el trabajo. Kennedy los acusó con motivo de un reglamento publicitado con carteles en la fábrica: ¡que de una sola habitación no más de dos obreros podían salir juntos! Y el tribunal dio la razón al fabricante, y a los obreros la mencionada respuesta[54]. ¡Y qué comunes son estas cosas! Escuchad:

1) Las puertas de la fábrica se cierran diez minutos después que ha comenzado el trabajo y nadie puede entrar hasta la hora del desayuno.

Quien durante este tiempo está ausente incurre, por cada telar, en tres *pence* de multa.

2) Cada tejedor (a telar mecánico) que en otro momento, o mientras la máquina anda, se sienta, es castigado por cada hora y cada telar que ocupa, con tres *pence* de multa. Quien durante el trabajo, sin permiso del capataz, abandona la habitación, es igualmente castigado con tres *pence* de multa.
3) Los tejedores que no tienen consigo las tijeras, incurren por cada jornada también en multa.
4) Todas las lanzaderas, escobillas, aceiteras, ruedas, ventanas, etc., que se rompan, deben ser pagadas por los tejedores.
5) Ningún tejedor, sin preaviso, que debe ser dado una semana antes, puede dejar el servicio. El fabricante puede, sin preaviso, despedir a cualquier obrero, por deficiencia en el trabajo o por la causa más insignificante.
6) A cada obrero que es sorprendido hablando con otro, o cantando, o silbando, se le aplica una multa de seis *pence.* Quien durante el trabajo deja su puesto es también condenado a seis *pence.*

Tengo otro reglamento de fábrica, según el cual, a cada uno que llega tres minutos tarde, se le saca un cuarto de salario de la jornada. Quien está ausente del todo antes del desayuno, es castigado el lunes con un chelín de multa, y los otros días, con seis *pence,* etc. Este último es el reglamento de la Phœnix Work, en Jersey Street, Mánchester. Se me dirá: tales reglamentos son necesarios para asegurar, en una fábrica grande y bien ordenada, la marcha de las diversas manipulaciones; se dirá: tal disciplina es aquí tan necesaria como en el ejército; bien, puede ser: ¿qué suerte de orden social es este, que no puede existir sin semejante infame tiranía? O el fin justifica los medios o la bajeza del medio justifica completamente la bajeza del fin. Quien ha sido soldado sabe lo que es estar, aunque sea por breve tiempo, bajo la disciplina militar; pero estos obreros son condenados a vivir, desde los 9 años hasta la muerte, intelectual y físicamente, bajo el sable; son más esclavos que los negros de América, porque son más

ásperamente vigilados y además se pretende que vivan, piensen y sientan humanamente. En verdad, solo pueden sentir el odio más ardiente contra sus opresores y contra el orden de cosas que los reduce a tal condición, que los degrada hasta el nivel de la máquina. Pero es todavía mucho más infame, según dicen unánimemente los obreros, que haya un gran número de fabricantes que, con la más inhumana dureza, hieran con penas en dinero a los obreros, a fin de engrosar su ganancia con los centavos robados a los proletarios, privados de toda fortuna. También afirma Leach que los obreros encuentran muchas mañanas adelantado en un cuarto de hora el reloj de la fábrica, y que, por consecuencia, a su llegada la puerta está cerrada, mientras el escribiente atraviesa la pieza con el libro de multas, en donde anota el gran número de ausentes. Leach dice haber contado él mismo una vez 95 de tales obreros fuera de una fábrica, cuyo reloj de tarde era atrasado y de mañana adelantado en un cuarto de hora con respecto al reloj de la ciudad. El informe sobre las fábricas cuenta cosas similares. En una fábrica, durante las horas de trabajo el reloj era atrasado, de modo que se trabajaba más del tiempo justo y el obrero no recibía, sin embargo, nada de más sobre su salario; en otra fábrica se hacía trabajar un cuarto de hora de más; en una tercera había un reloj común y un reloj vinculado a la maquinaria, que señalaba el número de rotaciones del eje principal; cuando la maquinaria andaba lentamente, la duración del trabajo era fijada por el reloj de la maquinaria, hasta que el número de rotaciones computaba las doce horas; si el trabajo iba bien, esta cifra se completaba antes, al tiempo justo, y los obreros debían, no obstante, continuar trabajando hasta el fin de las doce horas del reloj ordinario. El testimonio agrega haber conocido algunas muchachas que tenían un buen trabajo y trabajaban en horas extras, pero que, sin embargo, se habían echado más gustosas en brazos de la prostitución antes que caer bajo esa tiranía[55]. Leach cuenta, volviendo a las multas en dinero, haber visto muchas veces mujeres muy débiles, que para descansar se habían sentado un momento durante el trabajo, ser castigadas por tal delito con seis *pence* de multa. Los castigos por causa de trabajo mal realizado son infligidos del modo más arbitrario; las mercancías son examinadas en el almacén, donde el encargado escribe las penas en una

lista, sin llamar siquiera al obrero; este sabe que ha sido castigado solamente cuando el capataz le paga el salario, y las mercancías, tal vez, ya han sido vendidas o, en todo caso, puestas aparte. Leach posee una lista de multas que, unida, mide diez pies de largo y que da la suma de 35 libras, 17 chelines y 10 peniques. Agrega que en la fábrica de donde provenía esta lista fue despedido un nuevo jefe de almacén porque multaba demasiado poco, de modo que hacía entrar cinco libras de menos por semana[56]. Y repito una vez más que conozco a Leach como hombre digno de fe e incapaz de decir una falsedad.

Pero también hay otro modo en que el obrero es esclavo de su patrón. Si la mujer o la hija del obrero gusta al rico patrón, este no tiene, de ordinario, más que hacer una seña para que ella esté a su entera disposición. Si el fabricante desea cubrir de firmas una petición en favor de los intereses burgueses, acostumbra enviarla solo a su fábrica. Si quiere hacer pasar una elección al Parlamento, manda a sus obreros electores, por turno y en fila, a las oficinas electorales y ellos deben votar por los burgueses, quieran o no. ¿Quiere el fabricante tener mayoría en una asamblea pública? Bien, deja salir a los obreros una media hora antes que de costumbre y les consigue un puesto cerca de la tribuna, donde puede vigilarlos convenientemente.

Además hay otras dos instituciones que contribuyen a mantener al obrero en poder del fabricante: el *truck system y el cottage system. Truck system* es el pago del salario en especies; antes, este modo de pago era general en Inglaterra. El fabricante establecía, «para comodidad de los obreros y para protegerlos de los altos precios de los comerciantes», una tienda donde vendía, por su cuenta, mercancías de todo género; y para que el obrero no fuese a otro negocio, donde podía tener productos más baratos (las bebidas del «Tommy Shop» se vendían más caras, en un 25 a 30 por 100, que en cualquier otro lado), se le daba, en vez de dinero, un bono de pago sobre el negocio, por el importe de su salario. La indignación general que desató este infame sistema dio origen, en 1831, al *Truck Act,* por el que se declaraba como ilegal el pago en especie para la mayor parte de los obreros; pero esta ley, como la mayoría de las leyes inglesas, entró en vigor, de hecho, solo en algunas partes. En las ciudades está, casi completamente, en

vigencia, pero en el campo el *truck system* se encuentra, directa o indirectamente, todavía en pleno vigor. En la ciudad de Leicester es frecuente encontrarse con casos de este tipo de pago. Tenemos casualmente ante nuestros ojos una docena de condenas por tal delito, que se dictaron entre noviembre de 1843 y junio de 1844 y fueron, en parte, publicadas en el *Manchester Guardian* y en el *Northern Star.* Naturalmente, este sistema ya no se ejerce tan abiertamente como en otro tiempo; el obrero recibe, por lo general, su salario en dinero, pero el fabricante tiene suficientes medios como para obligarlo a comprar los artículos en su negocio y no en otros. De ahí que sea difícil combatir el *truck system,* ya que puede llevarse a cabo al amparo de la ley siempre que el obrero reciba su salario en dinero. El *Northern Star* del 27 de abril de 1843 publicaba una carta de un obrero en Holmfirth, cerca de Huddersfield, en Yorkshire, que alude a un fabricante de Bowers:

> Es bien extraño pensar que este *truck system* existe en tan gran desarrollo como se lo encuentra en Holmfirth y que no se puede encontrar una persona que tenga el coraje de poner un bastón en las ruedas de los fabricantes. Aquí sufre una masa de tejedores por este sistema sacramentado. Aquí hay una prueba del alma noble de los librecambistas. Hay un fabricante que es mal visto en toda la comarca porque tiene una conducta abominable con estos pobres tejedores; cuando han terminado una pieza por la que deberían recibir un salario de 34 o 35 chelines, se les da 20 chelines y el resto en telas o bienes un 40 o 50 por 100 más caro que el de otros comerciantes y, por añadidura, estas mercancías son muchas veces malas. Pero ¿qué dice el *Free Trade Mercury* o el *Leeds Mercury*[57]? Que no están obligados a aceptarlo. Son, en efecto, libres, pero deben aceptarlo o morir de hambre. Si quieren más de 20 chelines, entonces pueden esperar 15 días; si aceptan los 20 chelines, los reciben pronto. Lord Brougham dice que nosotros debemos hacer economía, que debemos ahorrar mientras seamos jóvenes y así no tendremos que acudir a la caridad cuando seamos viejos, ¿tenemos que guardar también la basura? Si esto no fuese dicho por un lord, se diría que su cerebro está tan mal dispuesto como el de aquellos que deben pagar nuestro trabajo. Cuando los diarios no timbrados estuvieron de moda, había una masa que corría a la Policía a denunciarlos. Estaban los Blythes, los Edwards y otros, pero ¿qué son ahora? Es completamente otra cosa; nuestros *truck fabricantes* pertenecen a la pía gente librecambista y van dos veces a la iglesia todos los domingos y dicen como los curas, religiosamente, que nosotros no hemos hecho las cosas que debíamos haber hecho y que en nosotros no hay nada de bueno, pero que Dios nos guarde hasta mañana, así pagamos a nuestros tejedores con mercancías malas.

El *cottage system* presenta un aspecto mucho más inocente y ha nacido de manera mucho menos culpable, aunque tenía, para los obreros, los mismos efectos de opresión. En el campo, cerca de las fábricas, faltan a menudo casas para obreros; el fabricante se ve obligado frecuentemente a fabricar tales casas, y lo hace de buena gana, porque estas rinden utilidad suficiente por el capital invertido. Si los propietarios de los *cottages* obreros reciben cerca del 6 por 100 anual de su capital, puede calcularse que estos *cottages* dan el doble, porque ellos, hasta que su fábrica no está inactiva, tienen siempre inquilinos y a decir verdad, de esos inquilinos que siempre pagan. Los fabricantes, por lo tanto, están exentos de las dos desventajas principales que encuentran los otros propietarios de casas: no tienen nunca los *cottages* vacíos y no corren ningún riesgo. El alquiler de un *cottage* está calculado de modo que cubra tales desventajas, y aunque el fabricante cobre el mismo alquiler que los otros, hace así, con entre el 12 y el 14 por 100, un brillante negocio a expensas de los obreros. Porque es una injusticia manifiesta que el fabricante, si hace negocios con el alquiler de las casas, extraiga una utilidad más grande, utilidad doble que la de sus competidores, y que simultáneamente quite a estos toda posibilidad de hacerle la competencia. Pero es una doble injusticia que extraiga esta utilidad de los bolsillos de la clase que nada posee, obligada a sostener su casa centavo a centavo; el fabricante está, por otra parte, acostumbrado a ganar toda su riqueza a expensas de sus obreros. Pero la injusticia se convierte en infamia cuando el fabricante, como sucede con mucha frecuencia, obliga a los obreros, que deben habitar su casa bajo pena de despido, a pagar un alquiler mayor que el común, o, peor aún, los obliga a pagar el alquiler de una casa que ellos no habitan en realidad. El *Halifax Guardian,* citado en el liberal *Sun,* afirma que centenares de obreros en Ashton-under-Lyne, Oldham, Rochdale, etc., son obligados por sus patrones a pagar el alquiler de viviendas, con independencia de si las habitan o no[58]. El *cottage system* se encuentra, generalmente, en los distritos industriales del campo; ha hecho surgir aldeas enteras y, por lo demás, el fabricante tiene poca o ninguna competencia en el alquiler de sus casas, de modo que no le es necesario regularlo según los precios de los demás, sino que puede fijarlo

como quiere. ¡Y qué fuerza da el *cottage system* al fabricante en los conflictos con los obreros! Si estos hacen huelga, él solo tiene que reclamar el alquiler, y si en una semana no han pagado, puede desalojarlos de las viviendas; así, los obreros no solo quedan sin pan, sino sin techo, se convierten en vagabundos, caen bajo la ley, que, sin misericordia, los envía por un mes a trabajos forzados en la prisión.

Tal es el sistema de fábrica descrito tan minuciosamente como lo que me permite el espacio de que dispongo, y tan objetivamente como lo permiten las acciones heroicas de la burguesía contra los obreros indefensos, hazañas ante las cuales es imposible permanecer indiferente, porque la indiferencia sería un delito. Confrontemos un poco la situación del inglés libre de 1845 con la del siervo sajón, bajo el azote del barón normando de 1145. El siervo era *glebæ adscriptus,* encadenado a la gleba; el obrero libre lo es también, mediante el *cottage system;* el siervo debía al patrón el *jus primæ noctis,* el derecho de la primera noche; el obrero le rinde a su patrón todas las noches que él considere. El siervo no podía adquirir ninguna riqueza, todo lo que adquiría podía serle quitado por el patrón; el obrero libre no tiene por cierto ninguna propiedad; nada puede adquirir bajo la presión de la competencia, y el fabricante hace lo que ni el mismo normando hacía: pretende diariamente, con el *truck system,* la administración de cuanto tiene el obrero para su inmediato mantenimiento. La situación del siervo frente al patrón era regulada tanto por leyes, que eran obedecidas porque correspondían a costumbres, como por las costumbres mismas; la situación del obrero libre frente a su patrón es también regulada por leyes, que no se obedecen porque no corresponden ni a costumbres ni al interés del patrón. El señor no podía quitar al siervo de la gleba ni podía desembarazarse de él sin hacer otro tanto con aquella, y puesto que casi todo era mayorazgo y no capital, no podía venderla; la moderna burguesía obliga al obrero a venderse a sí mismo. El siervo era esclavo del pedazo de terreno sobre el que había nacido; el obrero es esclavo de las necesidades más apremiantes de la vida y del dinero con que debe satisfacerlas. Ambos son esclavos en realidad. El siervo tiene una garantía para su existencia en la constitución de la sociedad feudal, en la que cada cual ocupa su puesto; el obrero libre no tiene ninguna

garantía, porque solo ocupa un puesto en la sociedad si la burguesía lo necesita; en otras palabras, queda ignorado como si ni siquiera existiese. El siervo se sacrifica a su señor en guerra; el obrero industrial, en la paz. El patrón del siervo era un bárbaro, lo trataba como a una bestia; el patrón del obrero es civilizado y lo trata como a una máquina. En resumen, ambos se asemejan en casi todo, y si hay de un lado desventajas, es del lado del obrero libre. Ambos son esclavos con la sola diferencia de que la servidumbre de uno es sincera, abierta, leal, mientras la del otro es hipócrita astuta disimulada ante sí mismo y ante los demás, peor que la antigua. Los humanitarios *tories* tenían razón cuando daban a los obreros de las fábricas el nombre de «esclavos blancos». Pero la servidumbre hipócrita que se oculta reconoce, al menos, el derecho a la libertad a plena luz; se inclina ante la opinión pública liberal y en esto consiste el progreso histórico frente a la antigua esclavitud porque al menos el principio de la libertad es declarado y los opresores temen que este principio se haga efectivo[59].

Para cerrar, he aquí un par de estrofas de una poesía que corresponde al sentimiento de los obreros mismos sobre el sistema de fábricas. Es de Edward P. Mead, de Birmingham, y constituye la expresión exacta del sentimiento dominante entre los obreros:

> Hoy vive un rey, un príncipe iracundo
> como el poeta nunca lo soñó,
> conocido tirano al blanco esclavo:
> este salvaje rey es el vapor.
>
> Un solo brazo tiene y es de hierro;
> y aunque este brazo tiene, nada más,
> trabaja con tan mágico poder
> que mil y mil vencidos por él son.
>
> Como Moloch, su fiero abuelo, antaño
> habitante en el valle de Himnon,
> en las vísceras solo fuego tiene,
> y para él, los niños pasto son.
>
> Sus sacerdotes, ávida cohorte
> soberbia, sin humanidad,

guían su mano gigantesca, y oro
sacrílego, de sangre hacen brotar.

De los humanos el derecho ultrajan
por el oro, Dios que ellos solo saben adorar;
se alegran de los llantos de mujeres
y escarnecen del hombre el sollozar.

A sus oídos, gratos son los gritos
del infeliz que combatiendo muere:
esqueletos de vírgenes y niños
en el infierno están del rey vapor.

¡Infiernos en la tierra! Ellos la muerte
acrecentaron, por el imperio de este rey,
que los humanos cuerpos y las almas
rápidamente suele destrozar.

¡Que muera ya el vapor, Moloch salvaje!
Trabajadores todos, acudid.
Parad su mano, o en oscura noche
la tierra se hundirá.

Y también a sus siervos, torpes amos
tintos en sangre y rebosantes de oro,
¡destrúyalos la cólera del pueblo
como al horror, su Dios!

[1] *The Cotton Manufacture of Great Britain,* 1836.

[2] *History of the Cotton Manufacture of Great Britain.*

[3] La *jenny* es la máquina de hilar algodón; la *mule* la de hilar seda y algodón fino.

[4] *Stubborn Facts from the Factories by a Mánchester Operative. Published and dedicated to the working-classes, by W. Rashleigh. M. P. London, Olliver,* 1844, pp. 28 y ss.

[5] Véase *Factories' Inquiry Commission's Report.*

[6] Tal pregunta hace, por ejemplo, el señor Symonds en *Arts and Artisans.*

[7] Por ejemplo, el doctor Ure en la *Philosophy of Manufacture.*

[8] El estado de cosas, en relación con el salario de trabajo, es momentáneamente muy malo en algunas ramas de la industria algodonera de Lancashire; hay centenares de hombres jóvenes, entre los 20 y los 30 años, que son ocupados como *piecer* y no reciben por semana más de 8 o 9 chelines, mientras bajo el mismo techo muchachos de 13 años ganan semanalmente 5 chelines y jóvenes de 16 a 20 años, de 10 a 12 chelines. L. Home, *Informe del inspector de las fábricas,* octubre de 1844.

[9] *Report of Factories' Inquiry Commission,* testimonio del doctor Hawkins, p. 3.

[10] En 1843, entre las desgracias que fueron curadas en el hospital de Mánchester, había 189 quemaduras. No se dice cuántos murieron.

[11] *Factories' Inquiry Commission's Report, Power Report on Leeds: passim; Tufnell Report on Manchester,* pp. 17 y ss.

[12] La carta, a pesar del esfuerzo de la traducción del dialecto de Yorkshire, no alcanza a reproducir toda la sencillez que tiene.

[13] Resulta, de algunos datos presentados por los mismos fabricantes, que numerosas son las mujeres casadas que trabajan en las fábricas: en 412 fábricas de Lancashire trabajan 10.721; de sus maridos, solamente 5.314 tenían trabajo en las fábricas; 3.297 tenían otras ocupaciones, 821 sin trabajo y de 659 faltan informes. De modo que, por cada fábrica, 2 o 3 hombres viven del trabajo de su mujer.

[14] Discurso pronunicado en la Cámara Baja el 15 de marzo de 1844.

[15] *Factories' Inquiry Commision's Report,* p. 4.

[16] Como ejemplo particular, confróntese *Factories' Inquiry Commision's Report. Cowell Evidence,* pp. 37, 38, 39, 72, 77, 59 con *Tufnell Evidence,* pp. 9, 15, 45, 54, etcétera.

[17] *Cowell Evidence,* pp. 35, 37 y *passim.*

[18] *Power Evidence,* p. 8.

[19] *Cowell Evidence,* p. 57.

[20] *Ibid.,* p. 82.

[21] *Factories' Inquiry Commission's Report,* p. 4.

[22] *Stuart Evidence,* p. 35.

[23] *Tufnell Evidence,* p. 91.

[24] *Loudon Evidence,* pp. 12 y 13.

[25] *Loudon Evidence,* p. 16.

[26] *Drinkwater Evidence,* pp. 72, 80, 146, 148, 150 (dos hermanos), 69 (dos hermanos); 155 y otros muchos.

[27] *Factories' Inquiry Commission's Report,* 1836, *D. Barry Evidence,* p. 21 (dos casos).

[28] *Factories' Inquiry Commission's Report,* 1836, *Loudon Evidence,* pp. 13, 16, etcétera.

[29] También en una sala agregada a la hilandería de una fábrica de Leeds se introdujeron sillas, *Drinkwater Evidence,* p. 80.

[30] *General Report by Sir. D. Barry.*

[31] *Power Report,* p. 74.

[32] Los llamados *surgeons* son médicos como los *physicians,* y reúnen así, por lo general, la práctica médica a la quirúrgica. Por diversas razones, son preferidos a los *physicians.*

[33] Una libra inglesa es igual a 0,453 kilogramos.

[34] Estas palabras no son tomadas del informe sobre la fábrica.

[35] *Tufnell Evidence,* p. 59.

[36] Del discurso de lord Ashley (pronunciado en la Cámara Baja el 13 de marzo de 1844).

[37] *Stuart Evidence,* p. 101.

[38] *Tufnell Evidence,* pp. 3, 9, 15.

[39] *Hawkins Report,* p. 4; *Evidence,* pp. 14 y ss.; *Hawkins Evidence,* pp. 11, 13.

[40] *Cowell Evidence,* p. 77.

[41] *Sir D. Barry Evidence,* p. 44.

[42] *Cowell Evidence,* p. 35.

[43] *Doctor Hawkins Evidence,* p. 11; *Doctor Loudon Evidence,* pp. 14 y ss.; *Sir D. Barry Evidence,* pp. 5 y ss.

[44] Consúltese *Stuart,* pp. 13, 70, 101; *Mackintosh,* pp. 14 y ss.; *Power Report on Nottingham, on Leeds; Cowell,* pp. 33 y ss.; *Barry,* pp. 12, 17, 44, 52, 60 y ss.; *Loudon,* p. 13.

[45] *Stuart,* p. 39.

[46] *Philosophy of Manufactures,* pp. 277 y ss.

[47] *Ibid.,* p. 277.

[48] *Ibid.,* p. 298.

[49] *Ibid.,* p. 301.

[50] Doctor A. Ure, *Philosophy of Manufactures,* pp. 405-406 y ss.

[51] Como todos saben, en la misma sesión, la Cámara Baja hizo, por segunda vez, el ridículo del mismo modo con la *Sugar Question:* donde primero votó en contra, más tarde lo hizo a favor del Ministerio, después del empleo de la «fusta gubernativa».

[52] Escuchemos a un juez competente: «Si se toma en cuenta el ejemplo de los irlandeses, unido al trabajo incesante de toda la clase de la industria algodonera, nos maravillaremos muy poco de su terrible desmoralización. El continuo y extenuante trabajo, prolongado día a día, año a año, no es apto para desarrollar las facultades intelectuales ni morales de los hombres. La triste costumbre de un tormentoso trabajo sin fin, en el cual siempre se reproduce el mismo proceso mecánico, se asemeja al tormento de Sísifo; el peso del trabajo, similar al peñasco, recae siempre sobre el obrero fatigado. Por el perpetuo trabajo de los mismos músculos, el espíritu no adquiere ni conocimientos ni actividad intelectual; la inteligencia se adormece en la inercia obtusa, pero el lado rústico de nuestra naturaleza toma un desarrollo exuberante. Condenar al hombre a tal trabajo, quiere decir cultivar el instinto bestial en él. Se vuelve indiferente, desdeña las costumbres y la actividad que distinguen su raza. Descuida la comodidad y los más finos goces de la vida, vive en sucia miseria, con un magro alimento y disipa el resto de sus ganancias en la degeneración».

[53] *Stubborn Facts,* p. 9.

[54] *Manchester Guardian,* 30 de octubre.

[55] *Drinkwater Evidence,* p. 80.

[56] *Stubbor Facts,* pp. 13-17.

[57] El *Leeds Mercury* es un periódico burgués radical.

[58] *Sun,* diario de Londres, finales de noviembre de 1844.

[59] No tengo más espacio ni tiempo, para detenerme, ampliamente, sobre las respuestas de los fabricantes a las acusaciones que, desde hace doce años, vienen haciéndose contra ellos. Esta gente no se deja ni siquiera dar informaciones, deslumbrados como están por su pretendido interés. Puesto que muchas de sus protestas han sido ya contestadas, en su momento, por otros, me queda a mí solamente decir lo que sigue.

Id a Mánchester si queréis conocer las condiciones inglesas. Buscad las buenas condiciones, para «gente respetable», naturalmente. Dejad caer algunas ideas sobre la situación de los obreros. Trabad conocimiento con un par de los principales fabricantes liberales, tal vez en Robert Hyde Greg, Edmund Ashworth, Thomas Ashton y otros. Diréis al fabricante algo sobre vuestros puntos de vista. Él os comprende, sabe qué es lo que tiene que hacer. Os acompaña a su fábrica en el campo, el señor Greg a Quarrybank en el Cheshire; el señor Ashworth a Turton, cerca de Boston; el señor Ashton a

Hyde. Os conduce a un edificio espléndido, bien arreglado, provisto hasta de ventiladores, os hace observar los locales altos y bien aireados, las máquinas, aquí y allá, obreros de sana apariencia. Os ofrece un buen refrigerio, y os propone visitar las viviendas de los obreros; os conduce a los *cottages* de aspecto nuevo, pulido y gracioso y entra con vosotros en este y en aquel. Naturalmente, os conduce a los de los inspectores, mecánicos, etc., por lo que veis «familias que viven completamente de la fábrica». En las otras, podríais encontrar que solamente trabajan la mujer y los hijos y que el marido remiendas las medias. La presencia del fabricante os exime de dirigir preguntas indiscretas; encontráis la gente bien pagada, bien puesta, relativamente sana por el aire del campo, comenzáis a cambiar vuestras ideas exageradas de miseria y de hambre. Pero que el *cottage system* haga esclavos a los obreros, que en las inmediaciones haya una tienda donde se vendan los artículos por cuenta del patrón, esto no os lo dicen; que la gente odia al fabricante, esto no se os demuestra porque este está cerca. Él ha levantado escuelas, iglesias, salas de lectura, etc.; que el fabricante use la escuela para acostumbrar a los muchachos a la subordinación, que en la sala de lectura tolere solo ciertos libros, que defienden el interés de la burguesía, que eche a su gente si lee folletos cartistas o socialistas, todo esto os es escondido. Veis una condición de cosas patriarcal y dulce, conocéis la vida del capataz, veis lo que la burguesía promete a los obreros si ellos quieren transformarse, también intelectualmente, en sus esclavos. Esta «fábrica de campo» ha sido siempre el caballo de batalla de los fabricantes, porque en ella están suprimidas las desventajas del sistema de fábrica, especialmente las sanitarios, en gran parte por el aire libre y porque la esclavitud patriarcal de los obreros se ha mantenido más tiempo. El doctor Ure entona un ditirambo. Pero ¡qué lastima si los obreros empiezan a pensar del mismo modo y a volverse cartistas! Entonces, de una sola vez, desaparecerá la paterna inclinación de los fabricantes. Por lo demás, si queréis ser conducidos a un barrio obrero de Mánchester, si queréis ver un perfecto sistema de fábricas en una ciudad, podéis cansaros de esperar que estos ricos burgueses os sirvan de ayuda. Los señores no saben lo que los obreros quieren y cómo viven estos, ellos no quieren, no deben saberlo, porque deben temer el conocimiento de las cosas que los inquietan o que sean contrarias a sus intereses. Los obreros sabrán alcanzar lo que quieren.

VII
Las otras ramas del trabajo

Si nos hemos detenido largamente en la descripción del sistema de las fábricas, por ser una creación del todo nueva, de la época industrial, podremos ahora, brevemente, tratar de los obreros que nos restan, ya que encontraremos que cuanto se ha dicho, en general, acerca del proletariado industrial, y en particular acerca del sistema de fábricas, se aplica parcial o totalmente a los casos que falta examinar. Analizaremos solamente en qué medida el sistema de fábricas ha podido introducirse en las diferentes ramas del trabajo y qué es lo que se encuentra en ellas de característico.

Las cuatro ramas de trabajo en las que se aplica la *Factory Act* son las de la fabricación de telas para vestidos. Procederemos ordenadamente, siguiendo con los obreros que reciben de estas fábricas su material, y en primer lugar los fabricantes de medias de Nottingham, Derby y Leicester. De estos obreros, el *Children's Employment Commission's Report* refiere que la larga jornada de trabajo (que es retribuida con un salario bajo) junto con la vida sedentaria y el esfuerzo de la vista, requeridos por la naturaleza del trabajo, comúnmente debilitan los cuerpos, en general enfermos, y especialmente los ojos. Por la noche, no es posible trabajar sin una fuerte luz, y por esto los tejedores usan a menudo anteojos para concentrar la luz, lo que debilita mucho los ojos. A los 14 años, casi todos necesitan lentes. Los jóvenes que atienden los husos y están ocupados en coser (repulgar), sufren comúnmente notables daños en su salud y constitución. Trabajan desde los 6, 7 y 8 años, de 10 a 12 horas, en habitaciones pequeñas y lóbregas. Muchos, en este trabajo, se vuelven impotentes; demasiado débiles para el más común trabajo casero y tan miopes, que ya desde muchachos deben usar lentes. En muchos encontraron los comisionados todos los síntomas de la constitución escrofulosa y los fabricantes se

niegan, por lo general, en razón de la debilidad de estos jóvenes, a ocuparlos en la fábrica. La situación de estos muchachos es calificada como «una ignominia para un país cristiano» y se expresa el deseo de que sea legalmente protegido. El informe sobre las fábricas añade que los obreros de las medias son los peor pagados de Leicester: ganan 6 chelines y cuando hay trabajo urgente, 7 chelines a la semana, por jornadas de entre 16 y 18 horas[1]. Antes ganaban unos 20 o 21 chelines, pero la introducción de los grandes telares ha perjudicado su oficio; la gran mayoría trabaja aún con viejos y simples telares, y difícilmente puede competir con el progreso de las máquinas. ¡Con lo que también aquí todo progreso es para los obreros un retroceso! No obstante esto, el comisionado Power refiere que los obreros de las medias sienten cierto orgullo de ser libres, pues no están supeditados a la campana de la fábrica, que mide el tiempo para comer, dormir y trabajar. La situación de esta clase obrera es, en cuanto al salario, no mejor que en el año 1833, cuando la comisión sobre las fábricas hizo los antedichos informes; la competencia de los calceteros sajones, quienes, sin embargo, apenas tienen algo que llevarse a la boca, es la causa. Esta competencia es demasiado fuerte para los ingleses en casi todos los mercados extranjeros, hasta en los productos de menor calidad. ¿No es una alegría, para mis compatriotas los calceteros alemanes condenar con su miseria, también ellos privados de pan, a los calceteros ingleses? ¿No continuarán ellos, acaso, teniendo hambre para mayor gloria de la industria alemana, ya que el honor de Alemania exige que su plato esté lleno hasta la mitad? ¡Oh, es una linda cosa esta competencia, esta competición entre naciones! En el *Morning Chronicle* –un panfleto liberal, papelucho de la burguesía *par excellence*– se encuentran, en diciembre de 1843, cartas de un calcetero de Hinckley sobre la situación de sus compañeros de clase. Habla, entre otras, de 50 familias, 321 personas, que viven de 109 telares; cada telar aportaba, término medio, 5,5 chelines; cada familia ganaba a la semana, término medio, 11 chelines y 4 peniques. De tal suma se destinaban para el alquiler de la casa, para alquiler del telar para las medias, para el carbón, para la luz, el jabón, las agujas, 5 chelines y 10 peniques; de modo que para el alimento quedaba 1,5 peniques por cabeza y nada para

vestirse. «Ningún ojo ha visto –dice el calcetero–, ningún oído escuchado, ningún corazón ha podido sentir, la mitad de los dolores que ha sufrido esta pobre gente.» Las camas faltaban del todo o en parte, los chicos andaban andrajosos y descalzos; los hombres decían con lágrimas en los ojos: «Hace mucho, mucho tiempo que no hemos comido carne; hemos casi olvidado el gusto que tiene». Algunos, además, trabajaban el domingo, aunque estaba muy mal visto por la opinión pública, y el rumor estrepitoso del telar se oía en todo el vecindario.

> Pero –decía uno–, mire a mis chicos y deje de hacer preguntas. Mi pobreza me obliga a trabajar; no puedo escuchar eternamente los gritos de mis chicos que imploran un trozo de pan, sin acudir a este último medio, por el cual puedo procurarme honestamente el modo de quitarles el hambre. El lunes pasado yo estaba en pie a las 2 de la madrugada y trabajé casi hasta media noche. Los otros días, desde las 6 de la mañana hasta las 11 o 12 de la noche. Sufro demasiado, no quiero prepararme la sepultura. Ahora paro de trabajar todas las noches a las 10 y el domingo recupero el tiempo perdido.

El salario, en Leicester en Derby o Nottingham, no ha subido desde 1833, y lo que es peor, en Leicester domina el *truck system,* como ya se dijo, en una gran extensión. Por lo tanto, no es raro el hecho de que los trabajadores de esta región hayan tomado una parte muy activa en todos los movimientos obreros, y tanto más enérgicamente, cuanto los telares mismos son, por lo general, manejados por hombres.

En la misma región en donde viven los calceteros está la sede principal de la fabricación de encajes. En los nombrados tres condados existen, en conjunto, 2.760 máquinas para encaje en actividad, mientras en el resto de Inglaterra solo hay 786. La fabricación de los encajes, por una rigurosa división de trabajo, se ha desarrollado mucho y tiene gran número de ramas. En primer lugar, el hilo debe ser devanado, trabajo que realizan los jóvenes de 14 años en adelante *(winders);* después, los roquetes son colocados en las máquinas por muchachos *(threaders)* de 8 años en adelante, y el hilo es pasado a través de pequeños agujeros, de los que cada máquina tiene, término medio, 1.800, y va a su destino. Luego el obrero hace los encajes, que salen de la máquina como una larga tela, y son separados en sus correspondientes pedazos. Extraen los hilos que los unen niños de muy

poca edad; hacer esto se llama *running* o *drawing lace* y los muchachos que lo hacen, *lace-runners*. Después los encajes son preparados para la venta. Los *winders* como los *threaders* no han fijado sus horas de trabajo, porque son ocupados tan pronto como los roquetes de una máquina se han desocupado, y como los obreros están al telar también de noche, los *winders* y los *threaders* pueden, por tanto, ser llamados a la fábrica o al cuarto de trabajo del tejedor, en cualquier momento. Esta irregularidad en las ocupaciones, el frecuente trabajo nocturno, el desordenado método de vida que tiene como consecuencia, producen una cantidad de males físicos y morales, especialmente relaciones sexuales prematuras e irregulares, punto en el que todos los testimonios coinciden. El trabajo mismo es muy dañino para los ojos; si bien por lo general los *threaders* no sufren continuamente de la vista, soportan, durante el enhebrado de hilos inflamaciones de los ojos, lagrimeo, oscurecimiento pasajero de la vista, etc. Este trabajo debilita mucho, en cambio, los ojos de los *winders* y produce a menudo inflamaciones en las parte callosas y muchas veces cataratas y amaurosis. El trabajo de los obreros mismos es muy agobiante, porque con el tiempo las máquinas se han ido construyendo cada vez más grandes, de modo que ahora solo se usan las que no requieren más de tres hombres, cada uno de los cuales, después de cuatro horas, releva al otro, de manera que juntos trabajan las 24 horas y cada uno 8 horas por día. Se comprende por qué los *winders* y *threaders* deben, tan a menudo, trabajar por la noche: las máquinas no están nunca inactivas. El enhebrado de los roquetes, en 1.800 agujeros, ocupa a tres jóvenes durante tres horas. Muchas máquinas funcionan a vapor, y por tanto, el trabajo de los hombres es suplantado; y desde que el *Children's Employment Commission's Report* menciona únicamente «las fábricas de encajes» adonde serían llamados los muchachos, parece resultar que, ahora, o el trabajo de los *winders* ha sido transferido a las grandes salas de la fábrica o la aplicación de la fuerza motriz ha llegado a ser casi general. En ambos casos, esto significa el progreso del sistema de fábricas. Pero el más insalubre es el trabajo de los *runners,* que por lo general son niños de 7, también de 5 y hasta de 4 años. El comisionado Grainger encontró ocupado en este trabajo a un niño de 2

años. Seguir con los ojos y dirigir un mismo hilo, tirado afuera con la aguja, de un tejido artísticamente trenzado, es dañosísimo a los ojos, especialmente si el trabajo, como sucede con frecuencia, es realizado durante 14 o 16 horas. En el caso menos desfavorable, la miopía alcanza un alto grado; en el peor, que se presenta bastante a menudo, sobreviene la ceguera incurable por amaurosis. Además, los muchachos, por el continuo sentarse encorvados, se debilitan, terminan asmáticos, y por las malas digestiones, escrofulosos; las perturbaciones en las funciones del útero, en las muchachas, son casi generales, así como las lesiones de la espina dorsal, de modo que «se pueden conocer los *runners* por el modo de caminar». El recamado de los encajes acarrea las mismas consecuencias, tanto para los ojos como para toda la constitución física. Los testimonios médicos coinciden en afirmar que la salud de todos los muchachos ocupados en los encajes sufre notablemente; que estos muchachos pálidos, delicados, débiles, demasiado pequeños para su edad, resisten mucho más difícilmente una enfermedad que otros. Sus habituales achaques son: debilidad general, desvanecimientos frecuentes, dolores de cabeza, de los costados y los muslos, palpitaciones, vómitos, falta de apetito, lesiones de la espina dorsal, escrófula y consunción. Especialmente, la salud de las mujeres aparece profundamente afectada; se observan, en general, la clorosis, los malos partos y los abortos[2]. Más adelante, el encargado de la *Children's Employment Commission's Report* refiere que los chicos están a menudo mal vestidos y andrajosos, que reciben un alimento insuficiente, pasan el mes muchas veces a pan y té y casi nunca prueban carne. En lo que concierne a las condiciones morales, agrega:

> Todos los habitantes de Nottingham –Policía, clero, industriales, obreros y los padres de los mismos niños– tienen el unánime convencimiento de que el moderno sistema de trabajo es una fuente de inmoralidad. Los *threaders,* por lo general muchachos, y los *winders,* comúnmente muchachas, son llamados a la fábrica al mismo tiempo, en horas de la noche, y sus padres no pueden saber por cuánto tiempo están ocupados, de modo que tienen la mejor ocasión para trabar vínculos inconvenientes y dedicarse luego juntos al trabajo. Esto ha contribuido, en no pequeño grado, a la inmoralidad que, según la opinión pública, está terriblemente difundida en Nottingham. Sin otro motivo, la tranquilidad doméstica y la comodidad de las familias, a las que

los muchachos y las jóvenes pertenecen, están sacrificados por completo a un estado de cosas anormal en el mayor grado.

Otro ramo de la fabricación de los encajes, el de los encajes hechos con husos, se desarrolla en condados agrícolas de Northampton, Oxford y Bedford, donde se ocupan generalmente muchachos y jóvenes que suelen quejarse de la mala alimentación y de que rara vez comen carne. El trabajo mismo es en alto grado insalubre. Los jóvenes trabajan en cuartos pequeños, mal ventilados y lóbregos, siempre sentados y encorvados sobre las ruedas. Para sostener el cuerpo en esta posición forzada, las muchachas llevan un corpiño con una estaquilla de madera, que a causa de la tierna edad de la mayor parte, cuyos huesos son todavía demasiado débiles, y también de la posición curva que adoptan, desvía el hueso del pecho y las costillas y provoca el asma. Por esto, muchas mueren de consunción, después de haber sufrido durante mucho tiempo, a consecuencia de trabajar sentadas y de la mala atmósfera, los más graves efectos de la mala digestión. No poseen una educación más o menos moral, gustan de los adornos y, a consecuencia de esto, su estado moral es deplorable y la prostitución, entre ellas, es casi epidémica[3].

Este es el precio por el que la sociedad proporciona, a las bellas damas de la burguesía, el placer de llevar encajes. ¿No es este, acaso, un precio módico? Solamente unos miles de obreros ciegos, solamente algunas hijas de proletariado consumidas, solamente una generación enfermiza de la masa vulgar, que transmite su enfermedad a sus hijos igualmente vulgares y a los hijos de los hijos, ¿qué importa todo esto? Nada, absolutamente nada; nuestra burguesía inglesa dejará de lado, indiferente, el informe de la comisión oficial, y sus mujeres y sus hijas seguirán, como antes, embelleciéndose con los encajes. Y también esto es una linda cosa para la tranquilidad de ánimo de la burguesía inglesa.

Son muchos obreros los que están ocupados –en el Lancashire, en el Derbyshire y en el oeste de Escocia– en el estampado de telas. En ninguna rama de la industria inglesa, la mecánica ha producido tan espléndidos resultados, pero tampoco en ninguna, como en esta, ha oprimido tanto a los obreros. El uso de cilindros, movidos con la fuerza a vapor, y la invención

de imprimir, con tales cilindros, desde cuatro hasta seis colores al mismo tiempo, han suplantado el trabajo manual; como las máquinas en el hilado y el tejido del algodón, estos nuevos métodos de imprimir ha suplantado, en las secciones de estampado, muchos más obreros que en la misma confección de las telas. Un hombre, ayudado por un muchacho, hace con la máquina un trabajo que antes, hecho a mano, requería 200 operarios; cada máquina produce, por minuto, 28 yardas de paño estampado. A consecuencia de esto, los estampadores de tejidos están en muy mala condición; los condados de Lancaster, Derby y Chester produjeron, en 1842 (según el escrito de los estampadores presentado a la Cámara Baja) 11.000.000 de piezas de tela estampada. De estas, solo 100.000 habían sido estampadas a mano; 900.000, en parte a máquina y en parte con ayuda del estampado a mano, y 10.000.000, con las máquinas de uno a seis colores. Como las máquinas, por lo general, son de último modelo, y además reciben continuas mejoras, el número de los estampadores manuales es demasiado grande para la cantidad de trabajo disponible, y, naturalmente, muchos –en la petición citada se establece un cuarto del número total– quedan sin pan, mientras los otros, comúnmente, están ocupados durante uno, dos, a lo sumo tres días por semana, y se los retribuye mal. Leach afirma que en una instalación para estampados (Deeply Dale, cerca de Bury, en el Lancashire), los estampadores manuales no ganaban más de 5 chelines, término medio, mientras dice saber que los que trabajan en las máquinas están bastante bien pagados[4]. Las instalaciones para el estampado se hallan, por lo tanto, completamente vinculadas al sistema de fábricas, pero sin someterse a las restricciones legales impuestas a este. Fabrican un artículo de la moda y no tienen, por lo tanto, una duración fija de trabajo. Cuando los encargos son pocos, trabajan medio día; si uno de los diseños que hacen tiene éxito y se pone de moda, entonces los negocios marchan bien, de manera que se trabaja hasta 10 y 12 horas y también durante la noche. En las proximidades de mi casa, en Mánchester, había una instalación para estampados, que algunas veces, hasta muy entrada la noche, cuando yo volvía a casa, estaba todavía iluminada, y muchas veces he oído que allá los muchachos, a menudo, tenían que trabajar por tan largo

tiempo, que buscaban de dormir, aunque fuese un par de minutos, sobre las escaleras de piedra o en los rincones del salón. No dispongo de una cita legal que lo verifique. El *Children's Employment Commission's Report* es breve sobre esto; refiere solamente que, en Inglaterra por lo menos, los jóvenes están bastante bien vestidos y nutridos (esto es relativo; depende de que ganen mucho sus padres), que no tienen casi ninguna educación y que, moralmente, son poco correctos. Nosotros, simplemente, debemos pensar que estos jóvenes están bajo el sistema de fábrica y que, por lo tanto, van sacando adelante sus vidas del modo que ya hemos visto.

De los otros obreros, ocupados en la fabricación del material para vestidos, poco nos queda por decir; los lavanderos tienen un trabajo muy insalubre, en el que deben aspirar continuamente el cloro, una de las sustancias más perjudiciales para los pulmones; el trabajo de los tintoreros es insano, en muchos casos muy insano, puesto que requiere el esfuerzo de todo el cuerpo; cómo están pagadas estas clases, no se sabe bien; esto equivale a decir que su salario está por encima del salario medio, porque de otro modo hubieran protestado. Los esquiladores de terciopelo, que por la gran demanda de terciopelo de algodón son bastante numerosos –hasta 3.000 y 4.000–, han sufrido mucho, en forma directa, por la influencia del sistema de fábrica. La mercancía, que antes se confeccionaba en telares manuales, no resultaba tejida en forma pareja y requería una mano ejercitada en cortar las diferentes serie de hilos; en cambio, hechas en telares mecánicos, las series corren iguales, cada hilo de la trama es paralelo al precedente y el cortar no requiere ya de una gran habilidad. Los obreros que han quedado sin pan a causa de las máquinas, se dedican a recortar el terciopelo, y la competencia hace bajar el salario; los fabricantes descubrieron que las mujeres y los niños podían utilizarse en esta operación de esquilado del terciopelo, y entonces el salario pasó a las mujeres y a los niños, mientras centenares de hombres quedaban sin trabajo; los fabricantes descubrieron que podían hacer realizar el trabajo, en sus fábricas, más barato que en la tienda del obrero, cuyo alquiler, indirectamente, venían a pagar ellos; desde entonces se vieron amuebladas las habitaciones destinadas a este trabajo, las plantas bajas de muchos *cottages* fueron

desocupadas y alquiladas como habitaciones, y con todo esto el esquilador de terciopelo ha perdido la libertad de elegir las horas destinadas al trabajo y está ahora bajo el dominio de la campana de la fábrica. Uno de estos cortadores, que tendría unos 45 años, me decía que se acordaba del tiempo en que, por el mismo trabajo que ahora tenía que hacer por un penique la yarda, ganaba 8 peniques; ciertamente, podría ahora cortar el mismo tejido que antes, pero no podría en una hora hacer el doble de lo que antes hacía, de modo que su salario semanal ha descendido, al menos, un cuarto con respecto al pasado. Leach da una lista de salarios que, en 1827 y 1843, respectivamente, eran pagados por los diferentes géneros, de donde resulta que los artículos que en 1827 eran pagados con 4 peniques, 2,25 peniques, 2,75 peniques y 1 penique, por yarda, en 1843 eran pagados con 1,5 peniques, 1,75 peniques y 0,375 peniques[5]. La relación de la ganancia media semanal es, según Leach, la siguiente: 1827, 1 libra, 6 chelines y 6 peniques; 1 libra, 2 chelines y 6 peniques; 1 libra; 1 libra, 6 chelines y 6 peniques; y para los mismos bienes en 1843, 10 chelines y 6 peniques; 7 chelines y 6 peniques; 6 chelines y 8 peniques; 10 chelines; mientras que hay centenares de obreros que ni una sola vez pueden alcanzar estos últimos salarios. Hemos hablado ya de los tejedores manuales de la industria algodonera; los otros tejidos son, casi exclusivamente, preparados por tejedores manuales, quienes han sufrido, en general, del mismo modo que los esquiladores de terciopelo, por la invasión de los obreros suplantados por las máquinas que compiten con ellos y, además, como los obreros de las fábricas, están sujetos a una ley que castiga el trabajo mal realizado. El fabricante de seda Brocklehurst, uno de los más poderosos de toda Inglaterra, ha presentado a una comisión del Parlamento notas extraídas de sus libros, de las que resulta que, por el mismo artículo por el que en 1821 pagaba 30 chelines, 14 chelines, 3,5 chelines, 0,75 chelines, 1,5 chelines, 10 chelines, en 1831 pagaban solamente paga 9 chelines, 7,5 chelines, 2,25 chelines, 0,33 chelines, 0,5 chelines, 6,25 chelines, si bien en este caso no había ninguna mejora en las máquinas. Lo que hace el señor Brocklehurst puede ser tomado como norma para toda Inglaterra. De las mismas listas resulta que la ganancia media de sus tejedores, según todas las deducciones,

era en 1821 de 16,5 chelines por semana y en 1831 solamente de 6 chelines. Desde entonces los salarios han caído aún más –los tejidos que en 1831 importaban 4 peniques por yarda, en 1843 se pagan con 2,5 peniques (son los *single sarsnets*)– y un gran número de tejedores de nuestro país pueden procurarse trabajo solamente si aceptan confeccionar estos tejidos por 1,5 o 2 peniques. Además, están sujetos a deducciones arbitrarias de su salario. Cada tejedor al que se le da el material para el trabajo, también recibe un reglamento en el que a menudo se establece que el trabajo se presentará a tal o cual hora del día; que un tejedor que no puede trabajar, porque está enfermo, debe informar en el plazo de tres días, de otro modo no le valdrá como excusa su enfermedad; que no se atiende como excusa suficiente que el tejedor diga haber tenido que esperar la recepción del hilo para tramar; que por ciertas negligencias del trabajo (si por ejemplo, sobre un determinado largo de tela hay más hilos de trama que los prescritos) será descontado no menos de la mitad del salario, y que si la tela no está en el plazo determinado, se descontará un penique por cada yarda de la pieza remitida. Las disminuciones de salario, a consecuencia de este reglamento, son tan notables, que, por ejemplo, un hombre que va dos veces por semana a Leigh, en el Lancashire, a fin de recibir los tejidos, lleva a su fabricante, por lo menos, cada vez 15 esterlinas de indemnización. Esto admite el propio fabricante, y pasa por ser uno de los más tolerantes. Antes, estas cosas se decidían por arbitraje, pero como si los obreros insistían en acudir a él eran despedidos, este sistema cayó en desuso; el fabricante procede ahora con toda arbitrariedad, y es fiscal, testigo, juez, legislador y ejecutor, todo en una persona. Y si el obrero acude al juez de paz, este le dice: «Ya que habéis aceptado el reglamento, habéis aceptado un contrato que ahora debéis cumplir». Exactamente como a los obreros de la fábrica. Además, el fabricante hace firmar al obrero, cada vez, un documento donde este declara: «Consiento en cumplir los pactos establecidos». Si se defiende, enseguida todos los fabricantes de la ciudad saben que es un hombre –como dice Leach– que «resiste el orden y la legalidad sancionados en el reglamento, y tiene la imprudencia de dudar de la sabiduría de aquellos que son, como él debe saber, sus superiores en la sociedad»[6].

Naturalmente, los tejedores son por completo libres; el fabricante no los obliga a tomar encargos ni reglamentos, pero él les dice, como Leach traduce en buen inglés: «Si no queréis ser asados en mis parrillas, podéis ir a pasearos por el fuego *(if you don't like to be frizzled in my frying-pan, you can take a walk into the fire)*». Los tejedores de seda de Londres, y en especial los de Spitalfields, han vivido periódicamente y durante largo tiempo en una gran miseria. Que ni siquiera ahora han de estar muy contentos de su situación, se comprende por el hecho de que participan muy activamente en todos los movimientos obreros ingleses, especialmente el de Londres. La miseria dominante entre ellos fue causa de la fiebre que apareció en la parte más frecuentada de esa ciudad, e indujo a la comisión a estudiar las condiciones sanitarias de la clase obrera. Pero vemos, por el último informe del *London Fever Hospital,* que esta continúa siempre intensamente.

Después de las telas para vestidos, los objetos de metal forman la clase más importante de las mercancías producidas por la industria inglesa. Esta fabricación tiene su sede principal en Birmingham, donde se hacen los objetos de metal finos de todas clases; en Sheffield, cuchillos de todas clases; en Staffordshire, especialmente en Wolverhampton, donde se fabrican artículos más ordinarios: clavos, agujas, etc. Empecemos por Birmingham, describiendo la situación de los obreros ocupados en estas ramas de la industria. La organización del trabajo, en Birmingham, como en general en la mayor parte de los lugares donde se trabaja el metal, ha conservado algo del antiguo carácter de artesanía; los pequeños maestros todavía subsisten y trabajaban con sus aprendices en la tienda, en casa o, cuando es necesaria la fuerza a vapor, en grandes edificios, que se dividen en pequeñas tiendas alquiladas a los patrones, y todos los locales están provistos de un árbol de transmisión –movido por la máquina de vapor– que pone en movimiento las otras máquinas. Leon Faucher (autor de una serie de artículos en la *Revue des Deux Mondes* sobre las condiciones de los obreros ingleses, que por lo menos hacen pensar y que, ciertamente, son mejores que cuanto se ha escrito sobre este tema, tanto en inglés como en alemán) designa a esta condición, en contraste con la gran industria del

Lancashire y del Yorkshire, con el nombre de *démocratie industrielle,* y anota que esta no tiene resultados más favorables ni para la condición de los maestros ni para la de los aprendices. Esta observación es justísima, puesto que los muchos pequeños maestros –entre quienes se distribuye la ganancia, regida por la competencia, y de otro modo absorbida por un solo fabricante grande– no pueden perdurar. La tendencia centralizadora del capital los oprime: por uno que se enriquece, diez van a la ruina, y cien, debido a la opresión de un rico que puede vender más barato que ellos, están peor que antes. Y en los casos en que consiguen hacer competencia al gran capital, se comprende que solo fatigosamente puedan abrirse camino. Los aprendices están, como veremos, cerca de los pequeños maestros, casi tan mal como cerca de los fabricantes, con la única diferencia de que, más tarde, ellos mismos llegan a ser maestros, conquistando así cierta independencia; esto es, son explotados por la burguesía menos directamente que en las fábricas. De tal manera, estos pequeños maestros no son ni verdaderos proletarios –porque viven en parte del trabajo de los aprendices y no venden trabajo, sino el producto confeccionado– ni verdaderos burgueses, puesto que viven principalmente de su propio trabajo. Esta característica y condición intermedia de los obreros de Birmingham es perjudicial, puesto que estos rara vez se han unido, del todo y francamente, al movimiento obrero inglés. Birmingham es una ciudad políticamente radical, pero no decididamente cartista. Por lo tanto, subsisten gran número de fábricas por cuenta de los capitalistas, en las que domina el sistema de fábrica; se ha introducido la división del trabajo, hasta en las cosas más especializadas (por ejemplo, en la fabricación de las agujas), y la fuerza a vapor permite la ocupación de una gran masa de mujeres y niños. Encontramos los mismos tratos que nos describe el informe de las fábricas[7]: trabajo de las mujeres hasta la hora de la comida, incapacidad de vigilar el orden de la casa, descuido de los trabajos domésticos y de los niños, indiferencia, aversión a la familia y desmoralización, sustitución de los hombres en su trabajo, mejora continua de las máquinas, prematura emancipación de los muchachos, hombres que son mantenidos por la mujer, por los hijos, etc. Los chicos aparecen medio hambrientos y cubiertos de harapos; la mitad de ellos no sabe qué quiere

decir estar satisfecho; muchos viven todo el día con tanto pan como el que se puede comprar con un penique y no reciben, antes de la hora de comer, ningún otro alimento; se presentan muchos casos de muchachos que no reciben nada de comer desde las 8 de la mañana hasta las 7 de la noche. La vestimenta, comúnmente, apenas alcanza a cubrir su desnudez; muchos andan descalzos, aún en invierno. Por esto, todos son pequeños y débiles para su edad, y rara vez crecen vigorosos; y si se piensa que a estos pocos medios para el desarrollo de las fuerzas físicas, se agrega todavía el trabajo duro y continuo en locales cerrados, no hay que asombrarse de encontrar en Birmingham poca gente adulta apta para el servicio militar. «Los obreros – dice un médico del reclutamiento– son pequeños, débiles y tienen poquísima fuerza física; muchos, además, tienen lesiones en pecho o en espalda.» Según dice un suboficial de reclutamiento, la gente, en Birmingham, es más pequeña que en cualquier otro lugar, a lo más, de 5 pies y entre 4 y 5 pulgadas, y de 613 reclutas enrolados solamente 238 fueron juzgados aptos. En cuanto concierne a la educación, ya hemos tratado una serie de opiniones y de ejemplos sobre los distritos metalúrgicos[8]; por lo demás, resulta del *Children's Employment Commission's Report* que en Birmingham la mitad de los muchachos de los 5 a los 15 años no frecuentan ninguna clase de escuela; que los muchachos que frecuentan la escuela a menudo deben mudarse, de modo que no puede proporcionárseles una educación durable, y demasiado pronto se los saca de la escuela para ponerlos a trabajar. También puede extraerse de este informe la calidad de los maestros que se proporciona a los jóvenes obreros; un maestro respondió a la pregunta de si daba también enseñanza moral: «No; por tres peniques semanales de retribución, esto no se exige». Muchos otros ni siquiera entendían la pregunta, y algunos no lo consideraban como parte de su deber. Un maestro dijo que no enseñaba la moral, pero que la ponía en práctica al inculcar los buenos principios a los muchachos, y al mismo tiempo cometía un grueso error de lenguaje. En las escuelas mismas, el comisionado encontró desorden y continuo ruido. Es deplorable, al mayor grado, el estado moral de los muchachos; la mitad de todos los delincuentes tienen menos de 15 años; fueron condenados, en un año, 90 muchachos de

10 años, de los cuales 44 a causa de hechos criminales. Las relaciones sexuales desenfrenadas e inadecuadas aparecen, según dice el comisionado, de manera generalizada y se dan ya en la edad juvenil[9].

En el distrito del hierro de Staffordshire sucede todavía algo peor; para las mercancías de hierro ordinarias que allí se construyen, se aplica, o la división del trabajo (con ciertas excepciones), o la fuerza a vapor y las máquinas. Allí –en Wolverhampton, Willenhall, Bilston, Sedgeley, Wednesfield, Darlaston, Dudley, Walsall, Wednesbury, etc.– hay pocas fábricas, pero muchas pequeñas forjas, en las que los maestros trabajaban solos o con uno o más aprendices, que hasta los 21 años prestan sus servicios. Los pequeños maestros están más o menos en la misma condición que los de Birmingham, pero los aprendices están mucho peor. Reciben, como comida, casi solamente carne de animales enfermos, o carne y pescado podridos, o cordero nacido antes de tiempo y cerdo muerto en las vías del tren. Así se comportan, no solamente los pequeños maestros, sino también los grandes fabricantes que tienen de 30 a 40 aprendices. Esto es general en Wolverhampton y, como consecuencia, son frecuentes molestias intestinales y otras enfermedades. Además, los muchachos no reciben, por lo general, comida suficiente y rara vez tienen otra ropa que la de trabajo; por esta razón, no concurren a la escuela del domingo. Las viviendas son malas y tan sucias que provocan enfermedades, y a pesar de que trabajar sea, en general, sano, los muchachos son, por las causas citadas, pequeños, mal desarrollados, débiles y, en muchos casos, lisiados. En Willenhall, por ejemplo, innumerables son los que por el continuo limar en la piedra tienen una joroba y huesos torcidos –*hind-leg,* como ellos dicen–, de modo tal, que las piernas toman la forma de una K; por esto, una tercera parte de estos obreros, por lo menos, tienen alguna fractura. Aquí, como en Wolverhampton, se encuentran innumerables ejemplos de pubertad detenida, tanto entre las muchachas –estas también trabajan en las fraguas– como entre los muchachos, aun hasta los 19 años. En Sedgeley y alrededores, donde se trabajan casi solamente clavos, los obreros habitan y trabajan en miserables cabañas, verdaderos establos, sucios al extremo. Las muchachas y los muchachos de 10 a 12 años manejan el martillo, y son

considerados obreros completamente formados cuando producen millares de clavos cada día. El salario, por 1.200 clavos, es de 5,75 peniques. Cada clavo recibe 12 golpes y como el martillo pesa una libra y cuarto, el obrero debe levantar 18.000 libras para poder ganar este miserable salario. Con tan pesado trabajo y la insuficiente nutrición, los muchachos han de tener cuerpos mal formados, pequeños, débiles, como se comprueba por los datos de los comisionados. En cuanto al estado de cultura de este distrito, valen los datos ya expuestos. La educación está en un grado increíblemente bajo; la mitad de los muchachos no concurre una sola vez a la escuela dominical y la otra mitad concurre con bastante irregularidad; poquísimos, en comparación con los otros distritos, saben leer y todavía muchos menos escribir. Se comprende, pues los muchachos comienzan a trabajar entre los 7 y los 10 años justamente cuando podrían frecuentar con utilidad una escuela, y los maestros de las escuelas dominicales –herreros o mineros– a menudo saben apenas leer y ni siquiera escribir su nombre. El estado moral corresponde a estos medios de educación. En Willenhall, afirma el comisionado Horne –y acompaña numerosos documentos– no existe ningún sentimiento moral entre los obreros. Encontró sobre todo que los muchachos no conocían los deberes para con sus padres ni sentían por ellos ningún afecto. Eran poco capaces de reflexionar sobre lo que hablaban, tan obtusos, tan bestialmente estúpidos, que a menudo decían que estaban bien tratados, que para ellos esto era algo óptimo, pese a que debían trabajar 12 y 14 horas, andar andrajosos, no tener para comer suficientemente, y eran castigados en tal forma, que a veces quedaban maltrechos por algunos días. No conocían otros métodos de vida que el tormento de la mañana a la noche, hasta cuando se les permitía parar, y no entendían para nada la pregunta, para ellos inaudita, de si estaban cansados[10].

En Sheffield, el salario es mejor y, por tanto, con él la situación de los obreros. Por otro lado, encontramos algunas ramas de trabajo que, a causa de su carácter, son extraordinariamente dañinas para la salud. Ciertas operaciones implican la continua presión de utensilios contra el pecho y producen frecuentemente la tisis; otras, como por ejemplo el limar, impiden el general desarrollo del cuerpo y producen incomodidades en el bajo

vientre; el tallado de huesos (para mangos de cuchillos) produce dolores a la cabeza y enfermedades al hígado, y en las muchachas, muchas de las cuales están ocupadas en este trabajo, la clorosis. Pero el trabajo más insalubre es la limpieza de aldabas y tenedores, que, especialmente cuando se hace sobre piedras secas, predispone fatalmente a la muerte prematura. La insalubridad de este trabajo se debe a la posición encorvada, por la que son oprimidos el pecho y el estómago, pero, especialmente, a la gran cantidad de polvo metálico y penetrante que se desprende en la acción de pulir, llena la atmósfera, y es imposible aspirarlo. Los que pulen a seco, llegan apenas a los 35 años; los que pulen con líquido, rara vez a 45. El doctor Knight, de Sheffield, dice:

> Puedo hacer patente, en cierto modo, la infamia de este oficio, declarando que los más fuertes bebedores son, entre los obreros del pulido, los que viven más tiempo, porque faltan al trabajo. En total, hay en Sheffield 2.500 obreros del pulido. Cerca de 150 (80 hombres y 70 muchachos) son los que pulen tenedores; estos mueren entre los 28 y los 32 años; los que pulen navajas, usando tanto el sistema seco como el húmedo, mueren entre los 40 y los 45 años, y los que pulen cuchillos, mueren entre los 40 y los 50 años.

El mismo médico nos da la siguiente descripción del curso de la enfermedad, la llamada asma de los obreros del pulido:

> Comienzan a trabajar, por lo general, a los 14 años, y si tienen una buena constitución, rara vez sienten incomodidades antes de los 20 años. Luego empiezan a mostrarse los síntomas de su enfermedad característica; la respiración se hace debilísima al subir escaleras o alturas, alzan los hombros para facilitar la continua y creciente necesidad de respirar, se inclinan hacia adelante y demuestran sentirse bien en la posición oprimida en que trabajan; el color de sus caras es amarillo sucio y los rasgos de sus fisonomías expresan angustia reprimida; se quejan de presión en el pecho; su voz es ronca y cambiante; tosen fuerte, como si echaran el aire a través de un tubo de madera. De cuando en cuando, escupen cantidades de polvo, mezclado con mucosidad, o con trozos de forma esférica o cilíndrica, cubiertos con una espesa capa de mucosa. Vómitos de sangre, insomnio, transpiración, diarreas, pérdida de peso repentina, con todos los síntomas comunes a la tisis pulmonar, los llevan a la muerte después de haber languidecido meses y años, incapaces de alimentarse y alimentar a sus familias. Agregaré que todas las tentativas hechas, hasta ahora, para evitar o curar el asma de estos obreros, han fracasado.

Esto escribió Knight hace diez años, desde entonces, ha aumentado el número de los obreros del pulido y la violencia de la enfermedad, pero se

han hecho también tentativas de prevenir la enfermedad, usando piedras para pulir cubiertas y produciendo la desviación del polvo. Estos sistemas de protección han dado resultado, en parte, pero los mismos obreros del pulido no han querido saber nada de ellos, y los han destruido ya que creían que con ellos vendría un mayor número de obreros para este trabajo, trayendo como consecuencia la rebaja de salarios; ellos quieren «una vida breve pero alegre». Muchas veces, el doctor Knight ha dicho a quienes iban a verlo con los primeros síntomas del asma: «Ustedes se buscan la muerte, si vuelven a ese trabajo». Pero no lo han escuchado; el que una vez estuvo en ese trabajo, está maldito, como si se hubiera vendido al diablo. La instrucción está, en Sheffield, en un grado muy bajo; un clérigo, que se había ocupado mucho de estadística de la instrucción, opinaba que sobre los 16.500 chicos de la clase obrera que frecuentaban la escuela, apenas 6.500 sabían leer; esto resulta de sacar a los chicos de la escuela a los 7 años, lo más tarde a los 12, y de que los maestros de escuela no valen nada (¡uno de ellos era un ladrón convicto que, después de haber dejado la cárcel, no encontró otro medio para subsistir que hacerse maestro de escuela!). La inmoralidad entre la juventud de Sheffield es mayor que en otros lados (aunque, a decir verdad, se sabe bien poco a qué ciudad se debe dar el premio, y si nos atenemos a los informes, todas lo merecen). La gente joven se pasa los domingos en la calle, azuzando a los perros, visitando las tabernas donde venden aguardiente, despilfarrando sus dineros allí, sentados con sus pequeñas amantes hasta entrada la tarde, en que, por parejas, se dedican a paseos solitarios. En una taberna, visitada por los comisionados, estaban sentados de 40 a 50 jóvenes de ambos sexos, casi todos menores de 17 años, cada joven con su compañera. Aquí y allá se jugaba a las cartas, en otro lado se cantaba y bailaba, en todas partes se bebía. Entre todos, había mujeres que abiertamente declaraban que eran prostitutas. No es extraño, entonces, que, como reconocen tantos testimonios, sean frecuentes en Sheffield las relaciones sexuales prematuras y la prostitución juvenil, ya en individuos de 14 a 15 años. Los delincuentes de la especie más salvaje y sin remisión abundan allí; un año antes de la visita del comisionado, fue aprisionada una banda, en gran parte formada

por jóvenes, en circunstancias en que intentaban prender fuego a la ciudad; estaban provistos de palos y materias combustibles. Como veremos enseguida, el movimiento obrero en Sheffield tuvo el mismo carácter salvaje[11].

Además de estos centros principales de la industria metalúrgica, existen todavía las fábricas de alfileres de Warrington (Lancashire) –donde entre los obreros, especialmente los jóvenes, hay mucha miseria, inmoralidad e ignorancia– también un cierto número de talleres de clavos, en la localidad de Wigan (Lancashire) y en el este de Escocia; los datos sobre estos últimos distritos concuerdan completamente con los de Staffordshire. Solo nos faltan, ahora, dos ramas de esta industria: la fabricación de máquinas, que se hace especialmente en los distritos fabriles y sobre todo en el Lancashire, en la que lo característico es la fabricación de las máquinas por otras máquinas, por las que a los obreros desplazados se les quitará el último lugar de refugio. Máquinas para cepillar madera y perforar, máquinas para cortar tornillos, ruedas y matrices, tornos mecánicos, han dejado sin ocupación a multitud de obreros, que antes trabajaban por un buen salario; cualquiera puede verlos en Mánchester.

Al norte del distrito del hierro, en Staffordshire, existe un distrito industrial, al que pasaremos ahora: la industria de la vajilla de barro para cocina *(potteries),* cuyo centro principal es la zona *(borough)* de Stocke, que comprende las aldeas de Henley, Burslem, Lane End, Lane Delph, Etruria, Coleridge, Langport, Tunstall y Golden Hill, con una población de 60.000 habitantes. El *Children's Employment Commission's Report* refiere, al respecto, lo siguiente: en algunas ramas de esta industria de vajilla los jóvenes están trabajando en locales abrigados y aireados; en otras, por el contrario, se exige de ellos un trabajo pesado y oprimente, y no reciben buen alimento ni vestidos. Muchos jóvenes se lamentan: «No tengo bastante para comer, recibo, a lo más, patatas y sal, nunca carne ni pan, no voy a la escuela y no tengo ropa». «Nada he comido hoy, a mediodía, en casa no hay nunca nada para comer, generalmente recibo patatas y sal, rara vez pan.» «Estos son todos los trajes que poseo, no tengo ninguno para la fiesta.» Entre aquellos cuyo trabajo es más dañino están los muchachos *mould-*

runners, que llevan a locales secos los objetos preparados en los moldes, y cuando están convenientemente secos, traen de regreso los moldes vacíos. Así están ellos todo el día, yendo y viniendo con un peso excesivo para su edad, y la alta temperatura en que deben realizar esta tarea contribuye a aumentar su fatiga. Estos muchachos, salvo raras excepciones, son flacos, pálidos, débiles, pequeños y poco desarrollados; casi todos sufren del estómago, de vómitos, de falta de apetito y muchos de ellos mueren de consunción. Se los designa con el nombre de *jiggers,* por la rueda *(jigger)* que deben hacer girar. Pero muchísimo más infame es el trabajo de los que deben sumergir los objetos, ya listos, en el líquido que contiene grandes cantidades de plomo, y a menudo de arsénico, o tomar con las manos los objetos recién sumergidos. Las manos y las ropas de estos obreros –hombres y muchachos– están siempre mojadas por este líquido; la piel se vuelve fofa, se despega del continuo tomar los objetos, de modo que los dedos a veces sangran, y están continuamente en un estado que favorece la absorción de esta materia, peligrosa en alto grado. Esto les produce violentos dolores, y graves enfermedades del estómago y de los intestinos, estreñimiento duradero, cólicos, a veces consunción, y epilepsia, frecuentísima en los niños. En los hombres se presenta la parálisis de los músculos de las manos, el *colico pictorum,* y la parálisis de miembros enteros. Un testigo cuenta que dos jóvenes que trabajaban con él habían muerto de convulsiones, trabajando; otro, que había ayudado en las tareas de inmersión, cuenta que al principio tuvo frecuentes dolores en el bajo vientre, después convulsiones, y que, después de estas, había estado en cama dos meses, luego convulsiones cada vez fueron más seguidas y, ahora, son cotidianas; sufre de diez a veinte caídas epilépticas diarias. Su lado derecho está paralizado, y como los médicos dijeron, no recuperará el uso de sus miembros. En una fábrica, en la sala de inmersión hay 4 obreros que sufren de epilepsia y de cólicos, y 11 muchachos que ya son epilépticos. Resumiendo, podemos decir que tal enfermedad se presenta después de este trabajo ¡y esto también para mayor ganancia de la burguesía! En los locales donde se pule la vajilla la atmósfera está impregnada de fino polvo de piedra, tan nocivo a la respiración como el polvo de acero entre los

trabajadores del acero, en Sheffield. Falta la respiración a los obreros, que no pueden permanecer tranquilos, sufren afecciones de la garganta, tos violenta y su voz es tan débil que apenas se los puede oír. Mueren todos de consunción. En otras fábricas de vajilla suele haber escuelas, que ofrecen a los jóvenes la ocasión de aprender, pero como son enviados a la fábrica en edad temprana y deben trabajar mucho tiempo (por lo general 12 horas, a veces más), no están en condiciones de sacar provecho de las escuelas, y así, tres cuartas partes de los jóvenes examinados por la comisión no sabían leer ni escribir, y todo el distrito estaba en la más profunda ignorancia. Jóvenes que por años habían frecuentado la escuela dominical no eran capaces de distinguir una letra de otra, y en todo el distrito, tanto la educación intelectual como la moral, estaban a un nivel bajísimo[12].

También en la fabricación del vidrio se presentan trabajos que no son perjudiciales para los hombres, pero que no pueden ser soportados por los niños. El trabajo pesado, la irregularidad de su duración, el frecuente trabajo nocturno, el gran calor de los locales (de los 100° a 130° Fahrenheit) producen en el joven una debilidad general y enfermedades; mal desarrollo, en particular enfermedades de la vista, del bajo vientre, afecciones reumáticas y de los bronquios. Muchos son pálidos, tienen los ojos colorados y se quedan ciegos; a veces, durante semanas, sufren de vómitos violentos, tos, constipaciones y reumatismo. Para retirar los objetos de los hornos los muchachos deben a veces entrar en locales tan caldeados, que las tablas sobre las que caminan parecen quemar sus pies. Los obreros del vidrio mueren, por lo general, pronto, por debilitamiento y afecciones en el pecho[13].

En general, el mismo informe atestigua, en todos los ramos de la industria, la lenta y segura introducción del sistema de fábrica, que especialmente se manifiesta en la ocupación de mujeres y niños. No creo necesario seguir más lejos todos los progresos de la máquina y la sustitución de los obreros adultos. El que conozca, de algún modo, la naturaleza de la industria, podrá fácilmente hacerlo; a mí me falta el espacio para seguir, en sus particularidades, este aspecto del moderno método de producción, que he desarrollado en sus resultados, al hablar del sistema de

fábricas. Por todas partes se aplican las máquinas y se destruye el último resto de la independencia del obrero. Por todos lados se disuelve la familia, por el trabajo de la mujer y de los hijos, o su sostén carga sobre las espaldas de estos, a causa de la desocupación del marido; por todas partes, la necesidad de usar máquinas coloca a los negocios, y con ello a los obreros, en manos del gran capitalista. La centralización de la propiedad marcha incesantemente hacia adelante, la división de la sociedad en grandes capitalistas y obreros indigentes se hace cada día más violenta, el desarrollo industrial de la nación camina, con pasos de gigante, hacia una crisis inevitable.

Ya dije antes que, en los oficios, la fuerza del capital y a la vez la división del trabajo, han acarreado los mismos resultados, suplantando la pequeña burguesía, y poniendo en su lugar los grandes capitalistas por un lado y la masa indigente por otro. Sobre estos artesanos poco hay que agregar, porque todo lo que había que decir, en relación con ellos, tiene ya su lugar, cuando tratamos, en general, del proletariado industrial, también aquí, en relación con la especie del trabajo y su influencia sobre la salud, pocos cambios se han producido desde la aparición del movimiento industrial. Pero el contacto con el verdadero movimiento obrero, la opresión de los grandes capitalistas, que fue mucho más sensible que la de los pequeños maestros –con quienes, al menos, los muchachos tenían una relación personal–, la influencia de la vida de ciudad y el salario en disminución, han hecho participar activamente a casi todos los artesanos en el movimiento obrero. Hablaremos después sobre esto; entretanto, volvámonos hacia una clase de la población obrera de Londres que, a causa de la exagerada barbarie con que es explotada por la burguesía ávida de dinero, merece particular atención. Me refiero a las costureras y modistas.

Es particular que justamente la confección de aquellos artículos que deben servir de adorno a las damas de la burguesía esté ligada a las consecuencias más tristes para la salud de los obreros. Hemos visto ya esto en la fabricación de los encajes, y tenemos ahora, para probar cuanto hemos dicho, los talleres de sombreros de Londres. Estos establecimientos dan trabajo a una multitud de jovencitas –alrededor de 15.000– que comen y

duermen en la casa, por lo general llegan del campo, y son así completamente esclavas de sus patrones. Durante la estación elegante, que dura casi cuatro meses al año, en los mejores establecimientos las horas de trabajo son 15, y cuando llegan trabajos apurados, 18; pero en la mayor parte de los talleres se trabaja, en esa época, sin tiempo fijo, de modo que las muchachas no están libres para descansar y dormir más de 6 horas; a menudo solamente 3 o 4; a veces solamente 2; de las 24 horas del día deben trabajar entre 19 y 21, cuando no toda la noche. Su trabajo solamente termina cuando están en la positiva incapacidad física de sostener la aguja en la mano. Se presentan casos en que estas criaturas abandonadas pasan hasta 9 días seguidos sin desvestirse, y solo ocasionalmente pueden descansar un par de minutos sobre un colchón, cuando se les da de comer algo, que deben engullir en el tiempo más breve; en pocas palabras, estas desgraciadas muchachas, con el azote moral de los esclavos –la amenaza del despido–, están sometidas a un incesante trabajo, que difícilmente una joven entre 14 y 20 años puede aguantar. Además, el aire húmedo de las habitaciones donde se trabaja y de los cuartos para dormir, la postura encorvada, la comida mala e indigesta, todo esto, y ante todo, las largas jornadas y la falta de aire libre, producen los resultados más tristes para la salud de las muchachas. Languidez y relajamiento, debilidad y pérdida del apetito, dolores en la espalda y en la cintura, y especialmente dolores de cabeza, aparecen desde temprano; desviación de la espina dorsal, espalda deformada, adelgazamiento, ojos hinchados que lagrimean y duelen, que pronto se vuelven miopes, tos, asma y respiración entrecortada, y todas las otras enfermedades que están unidas a la edad del desarrollo en las mujeres. Los ojos sufren tanto que sobreviene a veces la ceguera incurable, y si la vista todavía hace posible proseguir el trabajo, la consunción pone término a la vida triste y breve de estas obreras. Aún aquellas que dejan el trabajo quedan por mucho tiempo con la salud viciada y las fuerzas físicas destrozadas; son, especialmente en el matrimonio, débiles y enfermizas y dan al mundo hijos enfermos. Todos los médicos que fueron interrogados por la comisión estuvieron de acuerdo en que no podía imaginarse ningún

modo de vida mejor planeado para destruir la salud y llevar a una muerte prematura.

Con la misma crueldad, solo que más indirectamente, son explotadas, especialmente en Londres, las costureras. Las muchachas que se ocupan en la confección de corpiños tienen un trabajo duro y penoso, que gasta la vista, y ¿qué salario reciben en compensación? No lo sé, pero sí sé esto: que el empresario que debe dar la garantía por el material remitido y que distribuye el trabajo entre las diferentes modistas, recibe, por prenda, 1,5 peniques, y todavía de esto debe deducirse su ganancia, que es, por lo menos de 0,5 penique; es decir, que a lo máximo un penique va al bolsillo de las pobres muchachas. Las modistas que cosen corbatas deben trabajar 16 horas, y reciben por semana 4,5 chelines[14]. Pero peor que todas están las que cosen las camisas. Ganan, por una camisa común, 1,5 peniques; antes recibían entre 2 a 3 peniques, pero después de que la Casa de pobres St. Pancras, que está dirigida por un magistrado radical burgués, comenzara a tomar trabajo por 1,5 peniques, y las pobres mujeres tuvieron que hacer otro tanto. Por las camisas finas y trabajadas, que pueden hacerse en una jornada de 18 horas de trabajo, se pagan 6 peniques. El salario de estas modistas es, según lo que dicen los obreros y los empresarios, de 2,5 a 3 chelines por semana, por un trabajo que requiere intensa aplicación y que es continuado hasta entrada la noche. Lo peor de esta condición de cosas en que las obreras deben reponer, en parte, el importe de los materiales a ellas confiados, lo que no es posible –esto lo saben también los propietarios– más que empeñando una parte de ellos y rescatándola con pérdidas, o si no lo logran, compareciendo ante el tribunal de paz, como le sucedió a una modista en noviembre de 1843. Una pobre muchacha que se encontraba en este caso y no sabía qué hacer, en agosto de 1844 se suicidó arrojándose en un canal. Estas modistas suelen vivir en la mayor miseria, en estrechos albergues, donde en una habitación se amontona todo lo que el espacio permite y donde en invierno el calor animal de los presentes es el único medio de caldear el ambiente. Allí, sentadas, encorvadas sobre su trabajo, cosen desde las cuatro o cinco de la mañana hasta la medianoche, agotan su salud en un par de años, preparándose su propia sepultura, sin haber podido

satisfacer las necesidades más urgentes[15], mientras a sus pies pasan las espléndidas carrozas de la alta burguesía; mientras, tal vez, pocos pasos más adelante, un miserable *dandy,* en una noche, pierde más dinero jugando a las cartas que el que ellas hayan podido ganar en toda su vida.

* * *

Esta es la situación del proletariado industrial inglés. Hacia cualquier parte que miremos, encontramos miseria temporal o continua, enfermedades que provienen de la posición o del trabajo, desmoralización; por todas partes destrucción, lento y seguro desaparecer de la naturaleza humana, tanto en lo que respecta al físico como al aspecto intelectual. ¿Es este, acaso, un estado de cosas que pueda durar? No, no puede durar y no durará. Los obreros, la mayoría del pueblo no lo quiere. Veamos, ahora, qué es lo que ellos piensan.

[1] *Grainger Report. Appendix,* I parte, pp. 7, 15 y ss., 132-142.
[2] *Grainger Report.*
[3] Burns, *Children's Employment Commission's Report.*
[4] Leach, *Stubborn Facts from the Factories,* p. 47.
[5] Leach, *Stubborn Facts from the Factories,* p. 33.
[6] Leach, *Stubborn Facts from the Factories,* pp. 37-40.
[7] *Children's Employment Commission's Report.*
[8] Véase *supra.*
[9] *Grainger Report and Evidence.*
[10] *Horne Report and Evidence.*
[11] *Symonds Report and Evidence.*
[12] *Scriven Report and Evidence.*
[13] *Leifchild Report Appendix,* parte II, pp. L 2 y ss., 11-12; *Franks Report Appendix,* parte II, p. K 7, s. 48, *Tancred Evidence Appendix,* parte II, p. 176, etc., en *Children's Employment Commission's Report.*
[14] Véase *Weekly Dispatch,* 16 de marzo de 1844.
[15] Thomas Hood, el humorista inglés contemporáneo de más ingenio, lleno de sentimiento, de humanidad, pero privado de energía intelectual, publicó, a inicios de 1844, cuando la miseria de las modistas ocupaba todos los diarios, una hermosa poesía: *Song of the shirt (Canción de la camisa),* que arrancó a los ojos de las hijas de la burguesía abundantes lágrimas de compasión, pero inútiles. No tengo espacio suficiente para reproducirla; se publicó en el *Punch* y circuló por todos los diarios.

Como el tema de la condición de las costureras llenó los periódicos en ese momento, son irrelevantes tanto referencias concretas como citas.

[Véase el «Apéndice I», donde incluimos este poema *(N. del Ed.)*]

VIII
Movimiento obrero

Hay que convenir, aun cuando yo no lo hubiese probado muchas veces en particular, que los obreros ingleses no pueden sentirse felices en esta situación; que la suya no es una condición en la que un hombre, o una clase entera de hombres, puedan pensar, sentir y vivir humanamente. Los obreros, por lo tanto, deben esforzarse por salir de esta condición que embrutece, y en crearse una mejor y más humana, y esto no lo pueden hacer sin luchar contra los intereses de la burguesía, en cuanto ellos consisten en la explotación de los obreros. Pero la burguesía defiende sus intereses con todas las fuerzas de que es capaz, mediante la propiedad y mediante la fuerza del Estado, que está en su poder. Cuanto más el obrero trata de salir del actual estado de cosas, tanto más el burgués se convierte en su enemigo declarado.

Pero el obrero, por otra parte, siente de continuo que la burguesía lo trata como a un objeto, como su propiedad, y ya por esto se presenta como enemigo de la burguesía. He probado, de un modo incontestable, con centenares de ejemplos, y podría probarlo con otro centenar que, en las condiciones modernas, el obrero puede salvar su humanidad solo con el odio y la rebelión contra la burguesía. Y que deba protestar, con la más violenta pasión, contra la tiranía de los que poseen, se deriva de su educación, o mucho mejor, de su falta de educación, y de la ardiente sangre irlandesa que se ha transmitido a la clase obrera inglesa. El obrero inglés no es más inglés, no es más un hombre calculador del dinero, como su vecino propietario; tiene sentimientos completamente desarrollados, su innata frialdad nórdica está contrapesada por la libertad en que se han formado sus pasiones y el dominio que sobre él puedan adquirir. La cultura intelectual – que desarrolla tan notablemente la posición egoísta de la burguesía inglesa,

que hace del egoísmo su pasión principal, y ha concentrado toda la fuerza del sentimiento en el dinero– le falta al obrero, y por ello sus pasiones son fuertes y vigorosas, como entre los extranjeros. La nacionalidad inglesa está aniquilada en el obrero.

Si, como vemos, al obrero no se le deja ningún campo para el desenvolvimiento de su humanidad, fuera de la oposición contra todo su régimen de vida, naturalmente, en tal posición, los obreros deben mostrarse con su mayor afabilidad, nobleza y humanidad. Veremos que toda la fuerza, toda la actividad de los obreros se dirige hacia este punto, y que, igualmente, los esfuerzos para adquirir una educación posterior humana, están con él en directa unión. Tendremos, ciertamente, que referir violencias aisladas o también brutalidades, pero es necesario reflexionar que la guerra social en Inglaterra es abierta, y que si el interés de la burguesía es de conducir esta guerra hipócritamente, bajo la apariencia de la paz y aún de la filantropía, al obrero puede servirle solo revelar sus verdaderas condiciones y el anulamiento de esta hipocresía, que aún la más violenta hostilidad de los obreros contra la burguesía y sus servidores es solo la expresión franca y abierta de lo que la burguesía hace a los obreros, furtiva y maliciosamente.

La rebelión de los obreros contra la burguesía ha comenzado tras el desarrollo industrial y ha atravesado diversas fases. No es este el lugar de examinar de cerca el significado histórico de estas fases, para el desenvolvimiento del pueblo inglés; esto debo reservarlo para un trabajo posterior y, entretanto, me limitaré a simples hechos, en cuanto ellos sirven para caracterizar la situación del proletariado inglés.

La primera, la más grosera, la más horrible forma de tal rebelión, fue el delito. El obrero vivía en la necesidad y la miseria y veía que otros estaban mejor que él. Su mente no alcanzaba a comprender por qué él que, sin embargo, hacía más por la sociedad que un rico holgazán, debía sufrir en tales condiciones. La miseria vencía su natural respeto por la propiedad; y robaba. Vemos cómo al extenderse la industria aumentó la delincuencia, cómo el número anual de los detenidos está en continua relación con el consumo del algodón.

Pero pronto comprendieron los obreros que tal método no llevaba a nada. Los delincuentes podían protestar solo separadamente, solo como individuos, por medio del robo, contra el orden de la sociedad existente; toda la fuerza de la sociedad se echaba sobre cada individuo separadamente, lo aplastaba con violencia despiada. Por otra parte, el robo era la más incivil e inconsciente forma de protesta, y por esto dejó de ser la expresión general de la opinión pública de los obreros, aunque ellos pudieran aprobarlo secretamente. La clase obrera inició la oposición contra la burguesía cuando se opuso con la fuerza a la introducción de las máquinas, hecho que sobrevino, de pronto, al comienzo del movimiento industrial. Los primeros inventores, Arkwright, etc., fueron así perseguidos y sus máquinas destrozadas. Posteriormente, se produjeron varias revueltas contra las máquinas, en la que los sucesos fueron casi exactamente los mismos que los disturbios de los impresores en Bohemia en 1844. Las fábricas fueron demolidas y la maquinaria, destruida.

Aún esta forma de oposición era solo aislada y limitada a ciertas localidades, y se dirigía contra un aspecto particular del actual estado de cosas. El fin momentáneo era alcanzado, el peso entero de la fuerza social recaía sobre los malhechores inermes y los castigaba a voluntad, mientras las máquinas eran implantadas más que nunca. Se debía buscar una nueva forma de oposición.

Para esto sirvió una ley, emanada del viejo, oligarca y anticuado Parlamento de los *tories,* ley que más tarde, cuando fue sancionada legalmente con la *Reform Bill,* puso de relieve el antagonismo entre la burguesía y el proletariado, e hizo de la burguesía la clase dominante. Esta ley promulgada en 1824 anuló todos los *Acts* por los que hasta entonces estaban vetadas las uniones entre obreros. Estos obtuvieron el derecho de libre asociación, que hasta entonces pertenecía a la aristocracia y a la burguesía. Es cierto que las asociaciones secretas habían existido siempre entre los obreros, pero no habían podido alcanzar grandes resultados. En Escocia, entre otras, como relata Symonds[1], ya en 1812 tuvo lugar en Glasgow un paro general de tejedores que, por medio de una asociación secreta, fue conducido con éxito. Fue repetido en 1822, y en esta ocasión, a

dos obreros que no se habían adherido a la asociación, y que por ello fueron considerados por los asociados como traidores a su clase, se les echó vitriolo a la cara, por lo que perdieron la vista. Así también, en 1818, la asociación de mineros escoceses era bastante fuerte para poder vencer en un paro general. Estas asociaciones hacían prestar, a sus socios, un juramento de fidelidad y de secreto, tenían registros regulares, caja, contabilidad y ramificaciones locales. Pero la reserva con que se trataba todo esto impedía su desarrollo. Cuando los obreros obtuvieron, en 1824, el derecho de libre asociación, bien pronto estas uniones se extendieron por toda Inglaterra y se hicieron fuertes. En todas las ramas de la industria se formaron tales sindicatos, con el objeto declarado de proteger a los obreros contra la tiranía y el abandono de la burguesía. Sus fines eran: fijar el salario, *en masse,* y pactar como potencia con los patrones; regular el salario según los beneficios del patrón, elevarlo, dada la oportunidad, y sostenerlo igualmente alto en toda rama aislada de trabajo. Por lo tanto, trataron de llegar a un acuerdo con los capitalistas sobre una escala de salarios universal y mandaron a la huelga a los obreros de aquellos empleadores que se negaron a aceptar la escala. Además, por la limitación del empleo de los aprendices, tuvieron cuidado de mantener siempre activa la demanda de obreros, y con esto, alto el salario: en lo posible, se oponían a la insidiosa disminución del salario hecha por los fabricantes por medio de la introducción de nuevas máquinas e instrumentos, etc., y, por fin, sostenían pecuniariamente a los obreros sin trabajo. Esto último se realiza, indirectamente, en la caja de la unión o mediante una tarjeta en que se inscribe la necesaria legitimación, y con la cual el obrero pasa de una región a otra, siendo socorrido por sus compañeros de oficio e informado sobre la mejor oportunidad de obtener trabajo. Este peregrinaje es llamado *the tramp* y el peregrino un *tramper.* Para alcanzar este fin se nombran un presidente y un secretario a sueldo –porque es claro que ningún fabricante quiere ocupar semejante gente– y un comité, el que recoge las contribuciones semanales y vigila su empleo, de acuerdo con los objetivos de la institución. Si era posible y resultaba ventajoso, los compañeros de oficio de un distrito se reunían también en una federación, y tenían, en épocas determinadas,

reuniones de delegados. En casos especiales se intentó reunir a los compañeros de un oficio de toda Inglaterra en una sola gran unión y muchas veces, principalmente en 1830, reunir en una asociación general a los obreros de todo el imperio con las organizaciones particulares de todos los oficios. Estas organizaciones no resistieron mucho, y solo raramente, por poco tiempo, tuvieron éxito en algo, porque solo una agitación extraordinaria está en condiciones de hacer posible y real tal unión.

Los medios que estas uniones usan para alcanzar sus fines son los siguientes: si uno o varios patrones se niegan a pagar el salario fijado por la asociación, se les envía una delegación o se presenta una petición (se ve que los obreros saben reconocer la potencia del patrón, señor absoluto en su pequeño estado); si tal paso no conduce a nada, la asociación ordena suspender el trabajo y todos los obreros vuelven a sus casas. Este paro es parcial si es de uno o algunos, o general si todos los patrones se niegan a regular el salario según las propuestas de la asociación. Hasta aquí van los medios lícitos de la unión suponiendo que la huelga entre en vigor después de la expiración del aviso legal, lo que no siempre es así. Pero esos medios lícitos son muy débiles cuando hay trabajadores fuera de la asociación o cuando se separan de ella por ventajas momentáneas que ofrece la burguesía. Particularmente en los paros parciales, el fabricante puede fácilmente reclutar entre estos ovejas negras (llamadas *knobsticks*), y con esto hacer infructuosos los esfuerzos de los obreros unidos. Comúnmente estos *knobsticks* son amenazados por los miembros de la asociación, reconvenidos, golpeados o maltratados, es decir, intimidados de toda manera. Se sigue una querella, y ya que la burguesía amante de la ley tiene también, hasta ahora, el poder, la fuerza de la asociación se rompe casi todas las veces con la primera ilegalidad, con el primer procedimiento judicial contra sus miembros.

La historia de estas uniones es una larga serie de derrotas obreras, interrumpidas por unas pocas victorias aisladas. Y es natural que todos esos esfuerzos no puedan cambiar la ley económica, que el salario se determine mediante la relación de la oferta y la demanda en los mercados de trabajo. Por eso las uniones son impotentes contra todas las grandes fuerzas que

influyen en esta relación; en una crisis industrial, la asociación debe bajar el salario o disolverse, y dado un notable aumento de la demanda de trabajo, no puede elevar el salario más de lo que sería concedido por la competencia entre los capitalistas. Pero contra las causas pequeñas, que actúan separadamente, tales asociaciones son poderosas. Si el fabricante no tuviera que esperar de los obreros una oposición concentrada y en masa, por su conveniencia, poco a poco, querría rebajar cada vez más el salario; la lucha de la competencia, que debe sostener contra los otros fabricantes, lo obligaría a esto y el salario descendería al mínimo. Esta competencia de los fabricantes entre sí resulta moderada, en las condiciones medias, por la oposición de los obreros. Cada fabricante sabe que las consecuencias de una justificada rebaja del salario, a no ser por circunstancias a las que también estén sujetos sus competidores, lo conduce a un paro seguro, que le trae, sin duda, perjuicios, porque su capital permanece inactivo por un tiempo, sus máquinas se herrumbran y, mientras en un caso así es siempre incierto que consiga su propósito, tiene la certeza de que, alcanzándolo, sus competidores lo imitarán, los precios de fábrica bajarán de nuevo, por esto, disminuirán sus beneficios. Por lo tanto, las uniones, después de una crisis, pretenden frecuentemente un aumento de salarios más rápido que al iniciarse esta; el fabricante tiene interés de no elevar el salario antes de que surja la obligación dado que su competencia ya lo haya hecho, mientras que los obreros pretenden un salario mayor en cuanto el mercado mejora y en tales condiciones pueden, a menudo, obligar a los fabricantes con la amenaza de un paro y a causa de la menor oferta de mano de obra y su alta demanda. Pero como hemos dicho, contra las causas más graves, que modifican el mercado de trabajo, las uniones no tienen ninguna fuerza. En estos casos, el hambre obliga a los obreros, poco a poco, a retomar el trabajo en cualquier condición, y si al principio algunos han aceptado las condiciones impuestas por los patrones, la fuerza de la asociación queda rota, porque estos pocos *knobsticks,* con los artículos existentes en el mercado, permiten a la burguesía evitar las malas consecuencias de la perturbación en los negocios. Bien pronto los fondos de la unión desaparecen, por el gran número de obreros a socorrer; el crédito, que los

comerciantes conceden a alto interés, es, con el tiempo, rechazado y la miseria obliga a los obreros a volver bajo el yugo de la burguesía. Pero las huelgas suelen terminar desastrosamente para los trabajadores en su mayoría, ya que los fabricantes, siguiendo su interés (que, por así decirlo, llega a ser suyo dada la resistencia de los obreros), se ven obligados a evitar reducciones salariales innecesarias, mientras que los trabajadores ven deteriorada su situación con cada reducción salarial impuesta por el mercado y, frente a ello, deben defenderse en la medida de lo posible.

Se preguntará por qué razón los obreros, en casos semejantes, en los que la inutilidad del paro es palpable, dejan el trabajo. Simplemente, porque deben protestar contra la disminución del salario y contra la necesidad de tales rebajas, porque su deber es declarar que ellos, como hombres, no deben adaptarse a las circunstancias, sino estas adaptarse a los hombres; porque su silencio sería una aceptación de tales condiciones, una aceptación del derecho de la burguesía, mientras los obreros son explotados en los buenos periodos comerciales y depauperados en los malos. Por el contrario, los obreros deben protestar mientras no hayan perdido todo sentimiento humano; y si ellos protestan así y no de otro modo, es porque los ingleses son gente práctica, que manifiesta en la acción su propia protesta y no se van, como los teóricos alemanes, tranquilamente al lecho, después de que su protesta, con todas las reglas protocolares, es puesta *ad acta,* para dejarla dormir en paz como a los que protestan. La protesta activa del inglés, por el contrario, hace su efecto, mantiene dentro de ciertos límites la sed de ganancia de la burguesía y conserva viva la oposición de los obreros contra la omnipotencia social y política de la clase poseedora, mientras les arranca también la confesión de que es necesario algo más que las uniones obreras y las huelgas para quebrar el dominio de la burguesía. Pero lo que da importancia real a estas asociaciones, y a los paros que de ellas provienen, es que son la primera tentativa de los obreros para anular la competencia. Se han convencido de que el dominio de la competencia de los obreros entre sí, es decir, el fraccionamiento del proletariado, depende de la oposición entre obreros aislados. Y porque ellos se vuelcan parcialmente contra la competencia, contra la forma de vida del moderno orden social,

resultan que son tan peligrosos para este orden. El obrero no puede atacar a la burguesía, y con ella a la organización social existente, en un punto más ulcerado. La competencia de los obreros entre sí queda desbaratada; todos los obreros están resueltos a no dejarse explotar más por la burguesía; de tal modo, el imperio de la propiedad toca a su fin. El salario depende, simplemente, de la relación entre la oferta y la demanda, de la condición fortuita del mercado, porque los obreros, hasta ahora, se prestan a ser tratados como una cosa que se compra y se vende. Cuando decidan los obreros no dejarse vender ni comprar; cuando declaren cuál es, efectivamente, el valor del trabajo, como hombres que poseen, además de la fuerza del trabajo, también una voluntad, entonces habrán terminado con toda la actual economía nacional y las leyes del salario.

Las leyes que determinan el salario volverían a ejercer su influencia si los trabajadores no fuesen más allá del paso de abolir la competencia entre ellos, y deben hacerlo a no ser que estén dispuestos a retroceder y que vuelva la competencia obrera. Es por ello que, una vez se ha avanzado, es necesario ir más lejos y abolir cualquier tipo de competencia.

Los obreros comienzan ya a percibir, cada día más claramente, cómo les afecta la competencia; comprenden mucho mejor que los burgueses que la competencia entre los miembros de la clase dominante también les afecta a ellos, provocando crisis comerciales. Es por ello que esa competencia también debe ser eliminada. Comprenderán pronto cómo deben hacerlo.

Que estas uniones contribuyen en mucho a alimentar el odio y exacerbar a los obreros contra la clase poseedora, no es necesario decirlo. De estas uniones –con o sin el consentimiento de los miembros dirigentes– provienen, con el tiempo, agitaciones insólitas, hechos singulares, que solo son explicables por el odio que va hasta la desesperación, por una pasión salvaje que rompe toda barrera. De este modo se han producido los casos, ya citados, del vitriolo, y una serie más, sobre los que quiero decir unas pocas palabras. En 1831, en un periodo de vivo movimiento obrero, el joven Ashton, fabricante de Hyde, cerca de Mánchester, mientras atravesaba de noche los campos, fue asesinado, y nunca se tuvo rastro alguno del autor del delito. No hay duda de que fue una venganza de los obreros. Las

tentativas de incendiar la fábrica o de hacerla estallar son frecuentísimas. El viernes 29 de septiembre de 1843 se intentó hacer volar por los aires la oficina del propietario aserrador Padgin, en Howard Street, Sheffield. El medio adoptado fue un tubo de hierro lleno de pólvora y cerrado; el daño fue considerable. Al día siguiente, el 30 de septiembre, una tentativa semejante tuvo lugar en la fábrica de cuchillos y limas de Ibbetson, Shales Moor, cerca de Sheffield. El señor Ibbetson se había hecho odioso por su activa participación en el movimiento burgués, por los bajos salarios, por dar trabajo exclusivamente a los *knobsticks* y por el aprovechamiento de las leyes sobre los pobres en su propio beneficio (durante la crisis de 1842 obligó a los obreros a aceptar el bajo salario, señalando verbalmente a los que lo rechazaban como individuos que podían tener trabajo pero que no querían, y que, por lo tanto, no merecían ser socorridos). La explosión causó daños considerables y todos los obreros que fueron a examinarla solo lamentaban «que no hubiese saltado al aire todo este asunto». El viernes 6 de octubre de 1843, una tentativa de incendio en la fábrica de Ainsworth and Crompton, en Boston, no produjo daños; era la tercera o cuarta tentativa en un brevísimo periodo y en la misma fábrica. En la reunión del Consejo comunal de Sheffield –miércoles 10 de enero de 1844– el comisario de Policía presentó una máquina explosiva que, cargada con cuatro libras de pólvora, se había encontrado, provista de una mecha quemada, pero apagada, en la fábrica del señor Kitchen, Earl Street, Sheffield. El sábado 20 de enero de 1844 ocurre una explosión, a raíz de haber arrojado en la fábrica paquetes de pólvora, ocasionando notables daños. El jueves 1 de febrero de 1844 fueron incendiadas las Soho Wehel Works en Sheffield y quedaron consumidas por las llamas.

Son seis casos en cuatro meses; casi todos tienen su sola causa en la exasperación de los obreros contra los patrones. Qué condición social puede ser la que hace posibles tales cosas, no tengo necesidad de recalcarlo. Estas acciones prueban suficientemente que en Inglaterra, aun en el periodo de los negocios florecientes, como a finales de 1843, la guerra social está declarada y se mantiene abiertamente. Sin embargo, ¡la burguesía inglesa todavía no se da por enterada! Pero el caso más elocuente es el de los *thugs,*

de Glasgow[2], que fue debatido en los Tribunales de esa ciudad del 3 al 11 de enero de 1833. De la discusión resultó que la unión de los hilanderos de algodón, que existía desde 1816, poseía una extraordinaria fuerza y capacidad de organización. Los miembros estaban ligados a la decisión de la mayoría por un juramento y tenían, durante cada huelga, un comité secreto, que no era conocido por la gran masa de los miembros, y podía disponer de dinero ilimitadamente. El comité ponía a precio la cabeza de los *knobsticks,* de los odiados fabricantes y de los guardias de las fábricas. Así fue incendiada una fábrica donde estaban trabajando unas mujeres *knobsticks* donde debían estar trabajando hombres; una mujer, la señora M'Pherson, madre de una de estas muchachas, fue asesinada, y los dos asesinos, por disposición de la asociación, partieron para América. En 1820 dispararon sobre un *knobstick* de nombre M'Quarray; este fue herido, por lo que el autor recibió 20 esterlinas de la asociación, pero fue descubierto y condenado al destierro de por vida. Finalmente, en mayo de 1837, ocurrieron desórdenes, durante una huelga, en las Oatbank y Mile End factories, en los que fueron maltratados una docena de *knobsticks;* en julio del mismo año, los desórdenes continuaban todavía y un tal Smith, un *knobstick,* fue maltratado hasta morir. Esta vez el comité fue capturado; se hizo la investigación, a raíz de la cual el presidente y los miembros principales, que participaban en la unión ilegal y habían tomado parte en el ataque a los *knobsticks* y en la explosión de la fábrica de James and Francis Wood, fueron considerados culpables y condenados a 7 años. ¿Qué dicen de esta historia nuestros buenos alemanes?[3].

La clase propietaria, y especialmente la parte de ella que se dedica a la industria, que está en contacto inmediato con los obreros, enfila con gran violencia contra estas uniones y trata, de continuo, de probar a los obreros la inutilidad de las mismas, con motivos que son justos según la economía nacional, pero que precisamente por ello son en parte falsos y completamente ineficaces frente a una inteligencia obrera. Ya el celo de la burguesía prueba que sus propósitos no son desinteresados, y hecha abstracción de los daños inmediatos de un paro, las cosas están establecidas de tal modo, que lo que va a los bolsillos del fabricante necesariamente

debe salir del de los obreros. Y si estos no supiesen demasiado bien que las uniones ponen freno, de cualquier modo, al creciente deseo de sus patrones de disminuir los salarios, volverían a la situación de antes, porque procediendo así causan perjuicio a los fabricantes, sus enemigos. En la guerra, el daño de un bando es útil al otro, y ya que los obreros están en pie de guerra frente a los fabricantes, hacen como las grandes potencias cuando pelean entre sí. De nuevo nuestro amigo el doctor Ure es antes que los otros burgueses el enemigo más furioso de todas las uniones obreras. Escupe la rabia contra el «tribunal secreto» de los hilanderos de algodón, de la más importante sección obrera, tribunal que se gloria de poder paralizar a cualquier fabricante desobediente y arruinar así al hombre que, por años enteros, sustrae el sustento a los hilanderos. Ure parte de una «época en que la cabeza inventora y el corazón vivificante de la industria eran mantenidos en servidumbre por ínfimos miembros sediciosos»[4] –¡lástima que los obreros ingleses no se dejen aplacar tan fácilmente con su fábula, como los plebeyos romanos, oh nuevo Menenio Agripa!– y cuenta, al final, la siguiente hermosa historia: los groseros hilanderos habrían abusado de su fuerza, hasta lo insoportable. El salario más elevado, en lugar de conducir a un sentimiento de reconocimiento hacia los fabricantes, y a una educación intelectual (se comprende, hecha de ciencia inofensiva, útil a la burguesía) habría, en muchos casos, producido soberbia, y suministrado dinero para mantener el espíritu intratable en las huelgas, por las que gran número de fabricantes, uno tras otro, han sido arbitrariamente perjudicados. Durante uno de estos desgraciados paros, en Hyde, Dukenfield y alrededores, los fabricantes de la región, temiendo ser desplazados de los mercados por los franceses, belgas y americanos, habrían ido a la fábrica de máquinas de Sharp, Roberts & Co., a buscar el ingenio inventivo del señor Sharp, para que procurase la construcción de una *mule automática* «para salvar los negocios de la exacerbante esclavitud y de la amenazante ruina»[5].

> En pocos meses estaba pronta una máquina que, al parecer, tenía la capacidad, la sensibilidad y el tacto de un hábil obrero. Así el hombre de hierro, como lo llamaban los obreros, saltó de las manos del moderno Prometeo al mandato de Minerva; una invención destinada a restablecer el orden entre las clases industriales y asegurar a los ingleses el dominio de la industria. La noticia

de esta extraordinaria maravilla hizo cundir el terror entre las uniones obreras, es decir, que antes de abandonar la cuna, destrozó la hidra de la anarquía[6].

Además, Ure prueba, igualmente, que la invención de la máquina con que se estampan a un tiempo cuatro o cinco colores, sería una consecuencia de los desórdenes entre los estampadores de telas; que la resistencia de los engomadores, en la tintorería a máquina, habría producido una nueva máquina perfeccionada para engomar, y así en otros casos semejantes. El mismo Ure se afana en probar, con razones similares, ¡que las máquinas son ventajosas para los obreros! Ure, por lo demás, no es el único en sostener esto. En el informe sobre fábricas, el señor Ashworth, fabricante, y muchos otros, no desperdician ocasión de desahogar su cólera contra tales asociaciones. Estos sabios burgueses, como ciertos gobiernos, atribuyen todos los movimientos que no comprenden a agitadores malvados, pescadores en río revuelto, demagogos que solo saben aullar y de gente joven; ellos creen que los agentes pagados de estas asociaciones están interesados en la agitación, porque de ella viven, ¡como si la burguesía no hiciese necesario este pago, ya que no quiere emplear a tales hombres!

La increíble frecuencia de estos paros prueba, en la mejor hipótesis, cómo la guerra social ha estallado ya en Inglaterra. No pasa una semana, no pasa casi un día, sin que, aquí o allá, no ocurra un paro; ora a causa de la disminución de los salarios, ora por haberse negado el aumento, ora por la ocupación de los *knobsticks,* ora por el rechazo de la abolición de abusos o de malos reglamentos, ora por nuevas máquinas y ora, en fin, por otros cientos y cientos de causas. Estos paros son, a primera vista, puestos de vanguardia, tal vez batallas más importantes; ellos no deciden nada, pero son la prueba más firme de que se acerca la batalla decisiva entre la burguesía y el proletariado. Son las escuelas de guerra de los obreros, en las que se preparan para la gran lucha que no se puede evitar más; son los pronunciamientos de las ramas aisladas del trabajo, sobre su influencia en el gran movimiento obrero. Y si se examina un año solo del *Northern Star,* el único diario que informa de todo el movimiento obrero, se encontrará que todos los obreros de la ciudad y de la industria rural se han unido en asociaciones y, de cuando en cuando, han protestado, con común

solemnidad, contra el dominio de la burguesía. Y como escuelas de guerra los paros tienen una incalculable influencia. En ellos se desarrolla el propio valor de los ingleses. Se dice en el continente que los ingleses, y en especial los obreros, son miedosos; no realizarán revolución alguna porque no hacen, a semejanza de los franceses, insurrecciones a cada momento, porque dejan, en apariencia, marchar tranquilamente el *régime* burgués. Esto es falso: los obreros ingleses no son inferiores a ninguna nación en coraje; son tan subversivos como los franceses, pero de otra manera. Los franceses, que son políticos por naturaleza, luchan también políticamente contra los males sociales; los ingleses, para quienes la política solo existe por el interés, por la sociedad burguesa, luchan, en lugar de contra el gobierno, directamente contra la burguesía, y esto solo puede ser eficaz por la vía pacífica. La paralización de los negocios y la miseria que la siguió determinaron en Lyon, en 1834, la insurrección para la república; en 1843, en Mánchester, una causa similar dio el apoyo universal a los cartistas y supuso un aumento de los salarios. Y que también para un paro sea necesario el valor, del más notable y al fin de cuentas mayor, una resolución más audaz y sólida, se comprende fácilmente. En verdad, no es poca cosa para un obrero, que conoce por experiencia la miseria, salirle al encuentro con la mujer y los hijos, soportar el hambre y la miseria por largos meses y permanecer firme e inflexible. ¿Qué es la muerte, qué son las galeras que amenazan al revolucionario francés, frente a la muerte lenta por hambre, frente al diario espectáculo de la familia hambrienta, frente a la certeza de la futura venganza de la burguesía, venganza que lleva al obrero inglés a la sumisión, bajo el yugo de la clase propietaria? Veremos más adelante un ejemplo de este valor obstinado e invencible del obrero inglés, el cual cede a la fuerza solo cuando toda resistencia resulta inútil y absurda. Y, justamente, en esta perseverancia tranquila, en esta calma decidida, que da cada día cien pruebas de su existencia, el obrero inglés desarrolla el lado admirable de su carácter. Gente que sufre tanto por doblegar a un solo burgués, estará también en condiciones de destrozar la fuerza de toda la burguesía. Pero aun no teniendo esto en cuenta, el obrero inglés ha demostrado a menudo bastante valor.

Que la huelga de 1842 no haya tenido ulteriores consecuencias, que en parte los obreros hayan participado por la burguesía y en parte por su finalidad, no está todavía irrefutablemente comprobado. Pero los obreros han dado, por otra parte, suficientes pruebas de su valor allí donde se trataba de alcanzar un determinado fin social. Para no hablar de la insurrección de Gales, en 1839, señalo un combate completo ocurrido durante mi presencia en Mánchester (mayo de 1843). Una fábrica de tejas (Pouling & Henfrey) había agrandado mucho el tamaño de las tejas sin aumentar el salario, y vendía las tejas más grandes, naturalmente, a precio más elevado. Los obreros, a los que se negó un salario mayor, se fueron enseguida y la asociación de ladrilleros declaró boicoteada la firma. Esta, con mucha dificultad, consiguió, entretanto, procurarse obreros en los alrededores y entre los *knobsticks,* contra quienes se hizo necesaria, en primer lugar, la intimidación. La firma puso, para defensa de la plazoleta, 12 hombres, todos exsoldados y agentes de Policía, y los armó con fusiles. Viendo que la intimidación no había surtido efecto, una noche, hacia las diez, una cuadrilla de ladrilleros, que avanzaba en orden militar y cuyos primeros miembros iban provistos de fusiles, asaltó de improviso la plazoleta, que estaba a 400 pasos de un cuartel de infantería[7]. La gente entró a la fuerza, y al ver la guardia hizo fuego sobre ella, aplastó las tejas mojadas que estaban extendidas, destruyó las que estaban secas, demolió todo lo que encontró a su paso, entró en el edificio, donde hizo añicos los muebles, y maltrató a la mujer del capataz, que vivía allí. Entretanto, los guardias se habían apostado en un ángulo, desde donde podían con seguridad y libremente hacer fuego; los invasores estaban ante un horno que los iluminaba, de modo que toda bala remataba a un adversario, mientras que todo golpe que partía de ellos iba al vacío. El fuego continuó por una media hora, hasta que se agotaron las municiones y la finalidad de la visita, la destrucción de todos los objetos destruibles, se hubo logrado. Enseguida se reunieron los militares y los ladrilleros se replegaron a Eccles (a 3 millas de Mánchester). Ante Eccles hicieron un llamamiento por el que cada hombre, según su número, era incorporado a su sección y después se disolvieron, naturalmente, para caer con tanta mayor seguridad en las

manos de la Policía, que se aproximaba por todas partes. El número de heridos debe de haber sido muy grande; con todo, solo se supo de aquellos que fueron después arrestados. Uno de ellos tenía tres balas, en el muslo, en la pantorrilla y en la espalda, y aun así huyó hasta Eccles. Esta gente, por lo tanto, ha demostrado muy bien tener valor revolucionario y no temer una lluvia de balas; pero si una masa desarmada, que no sabe exactamente lo que quiere, es detenida en una plaza cerrada por un par de policías y *dragoons* que guardan la entrada, como ocurrió en 1842, ello no se debe a falta de valor, porque la masa no se habría movido si los agentes de la fuerza pública, es decir, de la burguesía, no hubieran estado a la entrada de la plaza. Donde el pueblo tenía un objetivo determinado, mostraba suficiente valor; por ejemplo, en el asalto a la fábrica de Birley, que más tarde debió ser protegida con fuego de artillería.

A este respecto, dedicaré unas palabras sobre el cumplimiento de las leyes en Inglaterra. Ciertamente, la ley es sagrada para el burgués, porque es su trabajo personal, porque está hecha con su consentimiento, para su protección y beneficio. Sabe que, aunque alguna ley particular pudiera perjudicarlo, todo el conjunto de la legislación protege sus intereses y que, ante todo, la santidad de la ley y la inviolabilidad del orden constituido, por la activa manifestación de la voluntad de una parte, y la pasiva, de la otra parte de la sociedad, son las más fuertes defensas de su posición social. Porque el burgués inglés se encuentra a sí mismo reproducido en la ley como en su dios, es considera sagrada, tiene para ella el bastón del agente de Policía, que es propiamente su bastón, una fuerza maravillosa para hacer callar. Pero esto es muy diferente para el obrero. El obrero sabe demasiado bien, y lo ha experimentado muy a menudo, que la ley, para él, es una caña con la que fue pescado por el burgués, y que si él no esté obligado a recurrir a ella, no la tiene en cuenta. Y es ridículo afirmar que el obrero inglés tenga miedo de la Policía, cuando en Mánchester la Policía recibe todas las semanas bastonazos y cuando, en el año en curso, fue intentado un asalto a un puesto de Policía, asegurado con puertas de hierro de pesadas hojas. La fuerza de la Policía, en la huelga de 1842, consistió, como dijimos, solo en las vacilaciones de los propios obreros.

Por lo tanto, concluyendo, los obreros no respetan la ley, sino, simplemente, se someten a su fuerza mientras no la tienen capacidad para cambiarla; así, es muy natural que hagan, por lo menos, propuestas de modificación en ella, que deseen poner una ley proletaria en el interior del tejido legal burgués. Esta ley exigida por el proletariado es la «Carta del Pueblo», que por su forma es puramente política y pide una base democrática para la Cámara Baja. El cartismo es la forma más condensada de oposición contra la burguesía. En las uniones y en los paros, la oposición no se generalizaba: solo eran obreros aislados, o secciones obreras, quienes luchaban contra los burgueses aislados. Si la lucha se generalizó, no fue debido a los obreros; o, cuando sucedió por acción de los trabajadores, siempre tenían como el fundamento el cartismo. Pero en el cartismo es toda la clase obrera la que se subleva contra la burguesía, la que ataca la fuerza política de la misma, la que asalta la muralla legal que la circunda. El cartismo surgió en el partido democrático, el cual se ha desarrollado en los últimos años del siglo pasado –entre las décadas de 1780 y 1790–, a la vez que el proletariado, y cogía fuerza durante la Revolución francesa; después de la paz se presentó como partido radical; entonces tenía en Birmingham y Mánchester su sede principal, y después en Londres; obligó, con la unión de la burguesía liberal, a los oligarcas del viejo Parlamento, a aprobar la *Reform Bill* y se consolidó después como partido obrero frente a la burguesía. En 1835, un comité de todas las sociedades obreras inglesas *(General Workin-men's Association of London),* con William Lovett a la cabeza, esbozó la Carta del Pueblo, cuyos «seis puntos» eran los siguientes:

1) derecho electoral para todo hombre mayor de edad, de mente sana y honorable;
2) renovación anual del Parlamento;
3) salario para los miembros del Parlamento, por la que también los que nada tienen podían ser electos;
4) votación en escrutinio secreto, a fin de evitar la corrupción y la intimidación por parte de la burguesía;

5) distritos electorales iguales, para aseguraruna misma representación de estos, y
6) suprimir la elegibilidad –de otro modo ilusoria– exclusivamente de los que posean 300 esterlinas de bienes estables, de manera que todo elector pueda ser elegible.

Estos seis puntos, que se limitan, todos, a la reconfiguración de la Cámara Baja, si bien de apariencia inocente, son suficientes para hacer añicos la Constitución inglesa, junto con la reina y la Cámara Alta. El llamado elemento monárquico y aristocrático de la Constitución se puede mantener solamente porque la burguesía tiene un interés en su mantenimiento aparente; y la monarquía y la aristocracia no tienen más que una existencia aparente. Pero si toda la opinión pública está en la Cámara Baja, si esta expresa la voluntad, no ya de la burguesía, sino de todo el país, viene a absorber en sí toda la autoridad, tan completamente, que hace caer también la última aureola de la cabeza del monarca y de la aristocracia. El obrero inglés no respeta lores ni reina, y mientras estos, en realidad, no tienen influencia, personalmente son idolatrados por la burguesía. El cartista inglés es políticamente republicano, si bien no tiene nunca, o rara vez, tal palabra en la boca; mientras, ciertamente, simpatiza con los partidos republicanos de todos los países y se llama, con gusto, democrático. Pero es algo más que un simple republicano; su democracia no es simplemente política.

El cartismo fue, por cierto, desde su iniciación, en 1835, principalmente, un movimiento entre obreros, pero no todavía separado en forma definitiva de la pequeña burguesía radical. El radicalismo obrero se hizo común, poco a poco, con el radicalismo de la burguesía; la Carta del Pueblo fue la bandera de ambos, tenían cada año su «convención nacional»; aparentemente, formaban un solo partido. La pequeña burguesía, en aquel entonces, justamente después del desengaño por la *Reform Bill* y a causa de los malos años comerciales, 1837-1839, estaba de un humor belicoso y ávida de sangre, se adhirió de buena voluntad, por lo tanto, a la violenta agitación cartista. De la vehemencia de esta agitación no se tiene en Alemania ninguna idea. El pueblo es llamado a las armas; a menudo,

también a la rebelión; se fabricaron picas, como ya se había hecho en el tiempo de la Revolución francesa, y en 1838, entre otros, hubo en el movimiento un tal Stephens, un sacerdote metodista, que dijo al pueblo reunido en Mánchester:

> No debéis temer la autoridad del gobierno, los soldados, las bayonetas y los cañones, que están a disposición de vuestros opresores; tenéis un medio que es más fuerte que todos ellos, un arma contra la cual nada pueden los cañones y las bayonetas y que un niño de diez años puede blandir; os bastará con tomar un par de fósforos y un haz impregnado de alquitrán, y quiero ver lo que puede el gobierno, y sus centenares y millares de soldados contra esta arma sola, si fuera audazmente adoptada[8].

Se mostraba ya entonces, simultáneamente, el carácter particular y social del cartismo obrero. El mismo Stephens decía, en una reunión de 200.000 hombres, en Kersal Moor, el mencionado *Mons Sacer* de Mánchester:

> El cartismo, amigos, no es cuestión política con la que vosotros obtengáis el derecho electoral, etc.; el cartismo es una cuestión de cuchillo y tenedor, y la Carta del Pueblo es buena habitación, buena bebida, buen alimento, buena subsistencia y breve jornada de trabajo.

Así también, en ese tiempo, el movimiento contra la nueva ley sobre los pobres, y por la ley de las diez horas, estaba en la más estrecha ligazón con el cartismo. En todos los encuentros de esa época participaba activamente el *tory* Oastler, y junto a la petición nacional por la Carta del Pueblo, adoptada en Birmingham, se hicieron centenares de peticiones por la mejora social de la clase obrera; en 1839, la agitación se vuelve muy viva, y como a finales de año empezaba a decaer, Bussey, Taylor y Frost, al mismo tiempo que en el norte de Inglaterra, el Yorkshire y Gales, se apresuraron a hacer estallar una rebelión. Frost, cuyo plan había sido denunciado, tuvo que dar la señal para que se iniciara la revuelta demasiado pronto, y por ello su empresa fracasó; los que estaban en el norte conocieron la desgraciada suerte a tiempo para poder retirarse; dos meses más tarde, en enero de 1840, irrumpieron en Yorkshire muchos de los llamados agentes provocadores, por ejemplo, en Sheffield y Bradford, y la agitación, poco a poco, se calmó. Entretanto, la burguesía se entregaba a sus proyectos prácticos y para ella ventajosos, especialmente las *Corn Laws;* en Mánchester se formó la *Anti-*

Corn Law Association, y su consecuencia fue la ruptura de la unión entre burguesía y proletariado. Los obreros comprendieron bien pronto que sería poco útil para ellos la supresión de las *Corn Laws,* mientras que era muy útil para la burguesía y que, por lo tanto, nada tenían que ganar con este proyecto.

Estalló la crisis de 1842. La agitación fue tan vigorosa como en 1839. Esta vez, una parte de la rica burguesía fabricante, la que se resintió muchísimo con esta crisis, tomó parte en ella. La *Anti-Corn Law League,* es decir, la Unión de los fabricantes de Mánchester, adoptó rápidamente un tono violento. Sus diarios y agitadores adoptaron un lenguaje abiertamente revolucionario, que tenía su razón en el hecho de que el partido conservador estaba en el poder desde 1841. Como antes los cartistas, ahora ellos hacían una llamada a la revuelta, y los obreros, que sufrían de la crisis al grado máximo, no permanecían inactivos, como lo prueba la petición nacional de aquel año, con sus 3.500.000 de firmas. En resumen: si los dos partidos radicales habían sido adversarios, ahora se aliaron de nuevo; el 15 de febrero de 1842 fue esbozada en Mánchester, en una reunión de liberales y cartistas, una petición que insistía tanto en la abolición de las *Corn Laws,* como la puesta en vigor de la Carta del Pueblo. Un día después fue adoptada por ambos partidos. La primavera y el verano transcurrieron con una gran agitación en tanto que la miseria se agravaba. La burguesía estaba decidida a obtener la abolición de las *Corn Laws,* aprovechándose de la crisis, de la miseria y de la agitación general. Esta vez, como los *tories* estaban en el gobierno, abandonó la legalidad; quería actuar revolucionariamente, pero con la ayuda de los obreros. Los obreros debían sacarle las castañas del fuego y quemarse los dedos, por el bien de la burguesía. La vieja idea de un «holy month», la huelga general promulgada por los cartistas en 1839, revivió en este momento. Pero, en esta ocasión, no serían los obreros quienes iban a parar de trabajar, sino que fueron los fabricantes quienes querían cerrar las fábricas y enviar a los trabajadores a los terrenos propiedad de la aristocracia para, así, forzar al Parlamento *tory* a abolir las *Corn Laws.* Como es natural, estalló una rebelión, pero la burguesía estaba segura, a cubierto; y podía atenuar el asunto sin

comprometerse, en el peor de los casos. Hacia finales de julio los negocios comenzaron a mejorar; el tiempo apremiaba, y para no perder la ocasión inútilmente[9], tres fábricas de Staleybridge rebajaron, ante la presión de los hechos, los salarios –no quiero aquí analizar si por iniciativa propia, o de acuerdo con los otros fabricantes, y especialmente con la League–. Sin embargo, dos de ellas consideraron la medida; la tercera, William Baibly & Brothers, permaneció firme y dijo a los obreros que se quejaban que si no estaban de acuerdo, harían mejor en ponerse a jugar. Esta expresión de burla fue acogida por los obreros con grandes hurras, abandonaron la fábrica, anduvieron por la región y llamaron a los obreros para «jugar». En pocas horas todas las fábricas estaban cerradas, y los obreros, en procesión, se dirigieron a Mottram Moor para realizar un encuentro. Esto ocurrió el 5 de agosto. El 8 de agosto pasó por Ashton y Hyde una columna de 5.000 hombres que supendió el trabajo en todas las fábricas y las minas de carbón, y realizó una asamblea en la que no se habló de la abolición de las *Corn Laws,* como esperaba la burguesía, sino del «salario justo por la justa jornada de trabajo». El 9 de agosto llegaron a Mánchester, fueron recibidos por las autoridades, que eran todas liberales, y las fábricas quedaron cerradas; el 11 estaban en Stockport, donde se les opuso resistencia, cuando asaltaron la casa de pobres, esa niña predilecta de la burguesía; el mismo día, en Bolton, hubo huelga general y desórdenes a los que las autoridades no se opusieron; pronto el paro se extendió a todos los distritos industriales y pararon todos los obreros, a excepción de los dedicados a las colectas y a la preparación de paquetes de subsistencia. Pero hasta los obreros rebeldes permanecieron tranquilos. Habían sido conducidos a este paro sin quererlo; los fabricantes, con excepción de uno –del *tory* Birley, de Mánchester–, contra su costumbre, no se opusieron a la huelga; la cosa había comenzado sin que los obreros tuvieran un objetivo determinado. En lo que todos estaban de acuerdo era en no dejarse matar para bien de los fabricantes abolicionistas, pero, por otro lado, algunos querían conseguir que se aplicara la Carta del Pueblo; otros, que la consideraban como demasiado prematura, querían obtener simplemente los salarios de 1840. Por esto, toda la insurrección naufragó. Si hubiese sido, desde el principio, una

insurreción obrera consciente, hecha voluntariamente, habría tenido éxito; pero estas masas, que eran arrojadas al camino por sus patrones, sin que ellas lo quisieran, que no tenían una meta determinada, no podían hacer nada. Entretanto, la burguesía, que no había movido un dedo para hacer la alianza del 15 de febrero, se dio cuenta, de pronto, que los obreros no querían prestarse a ser sus agentes, y que la inconsecuencia con que se había alejado de sus puntos de vista «legales» suponía una peligrosa amenaza; por lo tanto, retornó a su vieja legalidad y se puso de parte del gobierno, frente a los obreros.

Los burgueses y sus fieles servidores prestaron juramento en calidad de agentes especiales (incluso los negociantes alemanes que estaban en Mánchester formaron parte de este teatrillo y desfilaron por la ciudad, garrote en mano y fumando tabaco). La burguesía hizo disparar contra la multitud en Preston, y así fue cómo esa rebelión popular, sin objetivos, chocó de golpe no solo contra las fuerzas militares del gobierno, sino también con toda la clase poseedora. Los obreros, que no tenían objetivo, a poco se separaron, y la insurrección se sofocó sin consecuencias graves. A continuación, la burguesía cometió una infamia tras otra; manifestando horror por la intervención violenta del pueblo, que mal concordaba con el lenguaje revolucionario de la primavera, arrojó la culpa de la huelga a los «provocadores» cartistas, mientras ella había hecho todo para encaminar el paro, y retomó su vieja actitud por la santidad de la ley, con una impudicia sin igual. Los cartistas, que casi nada habían contribuido al paro, que habían hecho solo lo que la burguesía se había propuesto que hicieran, es decir, aprovechar la ocasión, fueron conducidos ante el Tribunal y condenados, mientras la burguesía, que había vendido sus reservas, durante la interrupción del trabajo, con utilidad conveniente, no sufrió ninguna molestia.

El fruto de la huelga fue la completa y definitiva ruptura entre el proletariado y la burguesía. Los cartistas, hasta entonces, no habían ocultado que querían obtener la Carta del Pueblo por cualquier medio, incluso por una revolución; la burguesía, que comprendió el peligro, para su posición, de todo movimiento violento, no quiso saber más de «fuerza

física», sino simplemente de fuerza moral –como si esta fuese otra cosa que la directa o indirecta amenaza de la fuerza física– para llevar a buen puerto sus fines. Este fue un punto de disensión, aunque después se dejó de lado, si bien más tarde los cartistas, que son al menos tan dignos de credibilidad como la burguesía, simulasen no haber apelado a la fuerza física. El segundo punto de disensión, pero más importante, el que ponía en evidencia al cartismo, fue la cuestión de las *Corn Laws*. En esta estaba interesada la burguesía, no el proletariado. El partido cartista se dividió en dos partidos que, si bien concuerdan completamente en los principios políticos enunciados, son enteramente diferentes e incompatibles. En la convención anual celebrada en Birmingham en enero de 1843, Sturge, representante de la burguesía radical, propuso la omisión del nombre de la Carta del Pueblo en los estatutos de la asociación cartista, con el pretexto de que a este nombre, por la insurrección, se unían violentos recuerdos revolucionarios; una conexión que ya había sido encontrada hacía años, y contra la cual el señor Sturge nunca había tenido nada que objetar. Los obreros no querían dejarse robar el nombre, y aunque Sturge no obtuvo los votos suficientes, el leal cuáquero, con la minoría, salió de la sala y constituyó una «Asociación para el sufragio universal», formada por la burguesía liberal. Estos recuerdos habían llegado a ser, en poco tiempo, tan detestables para el burgués, poco antes jacobino, que él mismo cambió el nombre de sufragio universal por el ridículo de sufragio completo. Los obreros se rieron y continuaron tranquilos su camino.

Desde este momento, el cartismo fue netamente obrero, libre de elementos burgueses. Los «perfectos» periódicos –*Weekly Dispatch, Weekly Chronicle, Examiner,* etc.– a poco cayeron en el trajín somnoliento de los otros diarios liberales; defendían la libertad de comercio, atacaban la ley de las diez horas y todas las mociones exclusivamente obreras y, en general, ponían en poco relieve al radicalismo. La burguesía radical se unió, en todos los conflictos, con los liberales, contra los cartistas y elevó como propia tarea principal la cuestión de las *Corn Laws,* que para los ingleses es la cuestión de la libre competencia. Los radicales cayeron bajo el dominio de la burguesía liberal, y ahora desempeñan el papel más lastimero.

Los obreros cartistas se interesaron con redoblado calor por todas las luchas del proletariado contra la burguesía. La libre competencia ha traído a los obreros suficientes penas como para serles odiosa; sus representantes son sus enemigos declarados. El obrero solo tiene que esperar ventajas de su completa liberación de la competencia. Las demandas hechas hasta ahora: la ley de las diez horas, la protección del obrero contra los capitalistas, buen salario, puesto garantizado, abolición de la nueva ley sobre los pobres, cuestiones que pertenecen esencialmente al cartismo, como los «seis puntos» van directamente contra la libre competencia y el libre comercio. No es ninguna maravilla, pues, que los obreros, cosa que la burguesía inglesa no puede concebir, no quieran saber nada de la libre competencia, de libertad de comercio, de la abolición de las *Corn Laws* y que sean, por lo menos, indiferentes frente a esta última, pero estén exasperados contra sus defensores. Este es, ciertamente, el terreno donde el proletariado se aparta de la burguesía, el cartismo del radicalismo, y una inteligencia burguesa no puede concebirlo porque ella no puede comprender al proletariado.

Pero está, también, la diferencia entre la democracia cartista y todas las democracias políticas burguesas, existentes hasta ahora. El cartismo es sustancialmente, por su naturaleza, social. Los «seis puntos», que para la burguesía radical son todo, y que, a lo más, pueden provocar algunas reformas de la constitución, para el proletariado son solamente un medio. «La lucha política, nuestro medio; la felicidad social, nuestro fin» es el grito de guerra proclamado por los cartistas. La «cuestión de cuchillo y tenedor», del pastor Stephens, fue una verdad para una parte de los cartistas de 1838; lo es para todos en 1845; no hay ya un hombre que sea solo político entre los cartistas. Y si todavía su socialismo está poco desarrollado, si hasta ahora el medio principal contra la miseria consiste en la división de la propiedad territorial ya separada por la industria[10], si, generalmente, sus mayores propuestas prácticas (protección a los obreros) son de apariencia reaccionaria, en esas disposiciones están ya establecidas, por una parte, la necesidad de que ellas caigan de nuevo bajo el poder de la competencia y remuevan el antiguo estado, o deban traer el cese de la competencia; y por

otra, la actual situación poco clara del cartismo, el separarse del partido político único, hace justamente que los caracteres distintivos del cartismo, caracteres que están en su orientación social, deban ser más desarrollados. El acercamiento al socialismo no puede dejar de producirse, especialmente en la próxima crisis, que seguirá a la actual condición animada de la industria y el comercio, a lo más en 1847[11], pero probablemente en el año próximo; especialmente en la próxima crisis, que superará a todas en aspereza y violencia, y empujará a los obreros, por la miseria, cada vez más hacia la lucha social, en lugar de la política. Los obreros impondrán su Carta del Pueblo, es natural; con el tiempo verán claramente distintas cuestiones que pueden imponer con su Carta, pero que, en el momento actual, aún ignoran en gran parte.

Entretanto, continúa la agitación socialista. El socialismo inglés entra en escena, en cuanto influye sobre la clase obrera. Los socialistas ingleses piden la introducción gradual de la comunidad de bienes en asociaciones colonizadoras de 2.000 o 3.000 personas, que ejercen la industria y la agricultura; iguales derechos e igual instrucción; facilidad de divorcio; introducción de un gobierno de acuerdo con la más completa libertad de opinión y abolición de las penas, que deben ser compensadas con un trato racional del delincuente. Estas son las demandas prácticas; los principios teóricos no interesan aquí. El socialismo inglés proviene de Owen, un fabricante, y, por tanto, procede con gran consideración hacia la burguesía y con gran injusticia hacia el proletariado, aunque exige la abolición del antagonismo de clases entre burguesía y proletariado.

Los socialistas son completamente dóciles y pacíficos, aceptan el orden existente, por malo que sea, hasta el punto de rechazar cualquier método de lucha, excepto el de ganar la opinión pública. Sin embargo, son tan dogmáticos, que el éxito es para ellos, como para sus principios (tal como se formulan), totalmente desesperanzado. Además, deploran de continuo la desmoralización de las clases inferiores, son ciegos frente al elemento progresista que hay en esta descomposición del orden social y no piensan que la desmoralización del interés privado y la hipocresía de las clases dirigentes sean mucho más graves. Los socialistas ingleses no reconocen

ningún desarrollo histórico y, por lo tanto, quieren, sin más, sin proseguir la política hasta el fin, donde ella misma se anula, cambiar la nación en un Estado comunista. Comprenden, a decir verdad, por qué razones el obrero está exasperado contra la burguesía, pero reputan tal exaltación, que es el solo medio para conducir a los obreros, como infructuoso, y predican uno todavía más infructuoso para las presentes condiciones inglesas: filantropía y amor general. Reconocen solo el desarrollo psicológico, el desarrollo del hombre abstracto, fuera de cualquier relación con el pasado, cuando, sin embargo, todo el mundo depende del pasado. De ahí que los socialistas ingleses sean demasiado eruditos, demasiado metafísicos y hagan poco. Proceden, en parte, de la clase obrera, de la que han atraído a muy pocos miembros: aquellos más cultos e inflexibles. En su forma actual, el socialismo ya no podrá llegar a ser el bien común de la clase obrera; deberá humillarse, hasta retroceder al punto de vista cartista; pero el verdadero socialismo proletario, pasado a través del cartismo, depurado de sus elementos burgueses, como se desarrolla hoy entre muchos socialistas y jefes cartistas, que son casi todos socialistas[12], asumirá en breve una acción significativa en el desarrollo histórico del pueblo inglés. El socialismo inglés, que en su base va más allá del comunismo francés, pero en el desarrollo permanece atrás, deberá remontar el punto de vista francés para, justamente, superarlo. Hasta entonces, los franceses irán mucho más lejos, en verdad, con su desarrollo. El socialismo es, al mismo tiempo, la expresión más tajante de la irreligiosidad que domina entre los obreros, expresión tan tajante, que los obreros sin conciencia, solo irreligiosos prácticamente, a menudo se retraen de terror ante su rudeza. También aquí la miseria obliga a los obreros a renunciar a una creencia que, de más en más, comprende que solo sirve para hacerlos débiles y resignados ante su destino, obedientes y fieles frente a la clase que los consume.

Vemos, pues, que el movimiento obrero está dividido en dos sectores: cartistas y socialistas. Los cartistas han quedado atrás, no se han desarrollado mucho, pero, genuinamente proletarios, son representantes de su clase. Los socialistas observan más, proponen medios prácticos contra la miseria, pero originalmente provienen de la burguesía y por esto no están en

condiciones de amalgamarse con la clase obrera. La fusión del socialismo y el Cartismo, la reproducción del comunismo francés a la manera inglesa, está próxima y, en parte, ha comenzado ya. Por lo tanto, si esto se hace efectivo, la clase obrera inglesa será realmente la dominante de Inglaterra; el desarrollo político y social, entretanto, procede y favorecerá a este nuevo partido que se va formando, a este progreso, en fin, del cartismo.

Estas diversas secciones de obreros a menudo unidas, a menudo divididas –miembros de las uniones, cartistas y socialistas– han fundado por propia iniciativa gran número de escuelas y salas de lectura, para elevar la educación intelectual. Toda institución socialista y casi toda institución cartista tienen tales institutos y tienen también asociaciones de cada oficio. Allí se da a los muchachos una verdadera educación proletaria, libre de toda influencia de la burguesía, y en las salas de lectura hay casi solamente diarios y libros proletarios. Estos institutos son demasiado peligrosos para la burguesía, que consiguió sustraerse cierto número de ellos, los «Mechanics' Institutes», a la influencia proletaria y transformarlos en órganos para la difusión, entre los obreros, de las ciencias útiles a la burguesía. Se enseñan las ciencias físicas, que sacan al obrero de la posición contra la burguesía y ponen en su mano el medio de hacer descubrimientos que den dinero a la burguesía, mientras al obrero los conocimientos naturales son en la práctica inútiles, porque ni una sola vez, en su gran ciudad y en el largo trabajo, está en situación de observar la naturaleza; allí se predica la economía nacional, cuyo ídolo es la libre competencia y cuyo solo resultado, para el obrero, es que no puede hacer nada más razonable que morir de hambre en la resignación más tranquila; allí toda la educación es dócil, maleable, servil, y dirigida hacia la política y la religión dominantes, de modo que, especialmente para el obrero, es una continua prédica de pacífica obediencia y pasividad, de resignación a su destino.

Naturalmente, la masa de los obreros nada quiere saber de esas instituciones, y va a las salas de lectura proletarias y a las discusiones sobre las condiciones que directamente se refieren a sus intereses, y por esto la burguesía presuntuosa dice el *dixi et salvavi* y se aparta, con desprecio, de una clase «que prefiere, a una sólida educación, los apasionados furores de

demagogos malignos». Que los obreros, por otra parte, tienen inclinación también por la «educación sólida», cuando se imparte sin entremezclarla con la sabiduría interesada de la burguesía, lo prueban las frecuentes lecturas sobre temas de ciencias naturales, de estética, de economía nacional, que se realizan con mucha frecuencia en todos los institutos proletarios, especialmente en los socialistas. He oído hablar alguna vez a obreros, cuyos trajes de pana parecían querer caerse a pedazos, con más conocimiento de cosas geográficas, astronómicas, entre otras, que cualquier instruido burgués alemán. Bastante a menudo ha sucedido al proletariado inglés conquistarse una cultura independientemente, lo que muestra, en especial, que las obras de gran valor de la nueva literatura poética, filosófica y política son leídas, casi solamente, por obreros. El burgués, que es siervo de la condición social y de los prejuicios que están unidos a esta, teme, bendice, hace la señal de la cruz ante todo aquello que cree un progreso; el proletario, en cambio, tiene los ojos abiertos y estudia con placer y éxito. En este sentido, los socialistas, en especial, han hecho muchísimo por la educación del proletariado, han traducido a los materialistas franceses Helvetius, Holbach, Diderot, etc., y difundido las mejores obras inglesas en ediciones económicas. Solo entre los proletarios circulan la *Vida de Jesús,* de Strauss, y la *Propiedad,* de Prudhon. Shelley, el genial y profético Shelley, y Byron, con su fuego sensual y con su amarga sátira sobre la moderna sociedad, tienen el mayor número de lectores entre los obreros; los burgueses poseen solo las ediciones castradas *(family editions),* que protegen como es debido la moral hipócrita de hoy. Los grandes filósofos pragmatistas de los últimos tiempos, Bentham y Godwin, son, especialmente el último, casi exclusiva propiedad del proletariado; si Bentham posee también una escuela entre la burguesía radical, solo a los socialistas y al proletariado les fue dado derivar de él un progreso. El proletariado se ha formado, sobre estas bases, una literatura propia –que consiste, en su mayor parte, en diarios y opúsculos– muy superior como contenido a toda la literatura burguesa. De esto hablaremos en otra ocasión.

Todavía hay que anotar otra cosa: los obreros de las fábricas y, entre ellos, especialmente los de los distritos del algodón, forman el alma del

movimiento obrero. Lancashire, y en especial Mánchester, son la sede de la unión obrera más fuerte, el punto central del cartismo, la región que tiene el mayor número de socialistas. Cuanto más el sistema de fábrica los empuja a una sola rama de trabajo, tanto más los obreros toman parte en el movimiento; cuanto más áspera se hace la contradicción entre obreros y capitalistas, tanto más se desarrolla y agudiza en el obrero el sentimiento proletario. Los pequeños maestros de Birmingham, aunque sufran crisis, están, sin embargo, en un medio fatal, entre el cartismo proletario y el radicalismo de los tenderos. Pero, en general, todos los obreros de la industria, de una u otra manera, están en rebelión contra el capital y la burguesía, y todos están de acuerdo en afirmar que ellos, como *working-men* –un título del que se sienten orgullosos y que es el apóstrofe habitual de las asambleas cartistas– forman una sola clase, con intereses y principios particulares, con miras especiales, frente a todos los proletarios y que, además, en ellos reposa la fuerza y la capacidad de desarrollo de la nación.

[1] *Arts and Artisans,* pp. 137 y ss.

[2] Estos obreros son llamados *thugs,* a semejanza del pueblo de las Indias Orientales, cuya profesión particular es el asesinato de todos los extranjeros que caen en sus manos.

[3] «Qué especie de ajusticia salvaje debe de existir en el corazón de estos hombres, para incitarlos, con frío examen, realizado en asamblea, a condenar a su hermano de trabajo, a la muerte del traidor y el desertor de su propia clase y de la causa de esta, a juzgarlo, porque un juez público y un verdugo no lo hacen, por medio de un ejecutor secreto, como en los tiempos del antiguo tribunal de la Ste. Vehme, o del tribunal secreto del medioevo caballeresco, que, de este modo, se renueva de improviso, y más de una vez, de improviso, se presenta ante los ojos estupefactos de la gente, no vestido con la cota de mallas, sino con la cota de pana; no recogido en la selva westfaliana, sino en el empedrado de *Gallowgate* de Glasgow. Tales sentimientos deben de hallarse muy extendidos y ser fuertes entre la masa, aunque solo puede presumirse su forma más aguda en algunos focos», Carlyle, *Chartism,* p. 40.

[4] Doctor Ure, *Philosophy of Manufacture,* p. 282.

[5] *Ibid.,* p. 367.

[6] *Ibid.,* pp. 366 y ss.

[7] En el cruce de Cross Lane con Regent Road. Véase un plano de Mánchester.

[8] Hemos visto cómo los obreros tomaron su palabra con entusiasmo.

[9] Véase el *Report of Chambers of Commerce of Manchester and Leads* de finales de julio y principios de agosto.

[10] Véase la «Introducción».

[11] [1892: Se ha verificado puntualmente.]
[12] [1892: Socialistas, naturalmente, en sentido general, no en el especial oweniano.]

IX
El proletariado de las minas

Proveer de materias primas a una industria tan colosal como la inglesa requiere, ciertamente, un número importante de obreros. Pero de todos los materiales que la industria requiere (excepto la lana, que procede de los distritos agrícolas), Inglaterra solo extrae dos minerales: metales y carbón fósil. Mientras en Cornwall existen solamente minas de cobre, estaño, zinc, plomo; Staffordshire, Gales del Norte y otros distritos dan grandes cantidades de hierro, y casi todo el norte y el oeste de Inglaterra, el centro de Escocia y algunos distritos de Irlanda tienen mucho carbón fósil[1].

En las minas de Cornwall se ocupan 19.000 hombres y 11.000 mujeres y niños, en parte bajo tierra y en parte sobre la superficie. En las minas trabajan solamente hombres y muchachos mayores de 12 años. La condición material de estos obreros resulta, según el *Children's Employment Commission's Report,* casi insoportable y, no obstante, los ingleses se jactan a menudo de los fuertes y arriesgados mineros del Cornwall, aquellos que van a buscar los filones hasta debajo del mar. Pero el *Children's Employment Commission's Report* juzga de otro modo la robustez de esta gente. Se demuestra, en el inteligente informe del doctor Barham, que la respiración de una atmósfera como la que se encuentra en el fondo de las minas, poco oxigenada y mezclada de polvillo y de humo, que se desprende de la pólvora que se usa en este trabajo, irrita los pulmones, perturba las funciones del corazón e influye sobre los órganos de la digestión; que el trabajo, especialmente el subir y bajar las escaleras, que en algunas minas lleva una hora para los hombres jóvenes y fuertes, y que se cumple todos los días antes y después del trabajo, contribuye al desarrollo de estos males, y que, en consecuencia, los hombres que van temprano a las minas no alcanzan la constitución ni siquiera de las mujeres que trabajan en la

superficie; que muchos jóvenes, y en sus mejores años, mueren de tisis galopante o crónica; que envejecen pronto y se vuelven incapaces para el trabajo entre los 35 y los 45 años, y que muchos, por la rápida transición del aire caldeado del pozo, después de la intensa traspiración al ascender con fatiga las escaleras, al aire fresco del exterior, sufren inflamaciones de los órganos respiratorios ya enfermizos, que a menudo son mortales. El trabajo en la superficie, que consiste en cortar y elegir los metales, es realizado por mujeres y niños, y está descrito como muy sano, a causa de efectuarse al aire libre.

En el norte de Inglaterra, en los confines de los condados de Northumberland y Durham, se encuentran las importante minas de estaño de Alston Moors. Los informes que se refieren a estas localidades[2] concuerdan casi completamente con los de Cornwall. También aquí hay quejas por la falta de oxígeno, la cantidad de polvo, de humo, de anhídrido carbónico, de gas sulfúreo en la atmósfera de las galerías. A consecuencia de esto, los mineros, como en Cornwall, son pequeños de estatura y sufren, de los 30 años en adelante, dolores en el pecho, que más adelante, si el trabajo continúa, se transforman en tisis declarada; de modo que la duración media de la vida de esta gente está, evidentemente, acortada. Si los mineros de esta región viven un poco más que los de Cornwall ello se debe al hecho de que solo comienzan a frecuentar los pozos a los 19 años, mientras que en Cornwall, como hemos visto, este trabajo ya comienza a los 12 años. Pero también aquí, la mayoría, según los datos médicos, muere entre los 40 y los 50 años. De 79 mineros, cuya muerte fue anotada en los registros públicos del distrito, y que tenían, término medio, 49 años, 37 habían muerto por tisis y 6 por asma. En las regiones vecinas de Allendale, Stanhope y Middleton, la duración media de la vida era, respectivamente, de 49, 48 y 47 años, y los casos de muerte, a consecuencia de afecciones en el pecho, dan, respectivamente, el 48, 54 y 56 por 100 del número total. Consultemos ahora las llamadas tablas suecas –minuciosas tablas de mortalidad de todos los habitantes de Suecia– que son válidas hasta ahora, en Inglaterra, como justa medida de la duración media de la vida de la clase obrera inglesa. Según ellas, los individuos del sexo masculino que pasan los 19 años

alcanzan una edad media de 57,5 años; por lo tanto, la vida de los mineros del norte de Inglaterra está acortada, término medio, en 10 años. Pero las tablas suecas valen para la medida de la duración de la vida de los obreros, y ofrecen, por tanto, una exposición de las probabilidades de vida, en las condiciones ya desfavorables del proletariado; dan una estimación de vida, por lo tanto, más corta que la normal. En esta región encontramos los alojamientos y lugares para dormir que hemos conocido en las grandes ciudades, sucios, desagradables, demasiado llenos de gente, como allá. Mitchell estuvo en una habitación de 18 pies de alto y 13 de ancho y encontró 42 hombres y 14 muchachos, juntos, es decir, 56 personas; la mitad de ellas estaban como en un barco, puestas las unas sobre las otras. No había ninguna abertura que sirviese de ventilación; si bien durante tres noches ninguno había dormido, la atmósfera era tan pesada que Mitchell no pudo soportarla ni un instante. ¡Cómo sería esto, en una calurosa noche de verano, con 56 inquilinos! Esto no es el puente de un barco americano para transportar esclavos, es la habitación de ingleses «nacidos libres».

Pasaremos ahora a los ramos más importantes de la producción minera inglesa, las minas de hierro y las de carbón, que el *Children's Employment Commission's Report* trata al mismo tiempo, y verdaderamente con toda la minuciosidad requerida por la importancia del tema. Casi toda la primera parte de este informe habla de la situación de los obreros ocupados en estas ramas de la industria minera. Después de la detallada descripción que he dado de la condición de los obreros industriales, me será fácil ser breve, como lo exigen los límites fijados, desde el principio, para este escrito.

En las minas de carbón y de hierro, que son explotadas casi del mismo modo, trabajan niños de 4, 5 y 7 años, pero la mayor parte tienen más de 8 años. Se los utiliza para transportar el material en pedazos, del lugar donde es cortado a donde están los caballos, o bien al pozo principal, y también para abrir las puertas que separan los diversos compartimientos de la mina, para dejar libre paso a los obreros y al material y volver a cerrarlas. Para la vigilancia de estas puertas se emplean generalmente muchachos, los que de este modo, solos en la oscuridad, deben permanecer diariamente 12 horas, en un pasaje estrecho y húmedo, sin tener tanto trabajo como sería

necesario, para evitarles la monotonía de no hacer nada, que idiotiza y embrutece. Por el contrario, el transporte del carbón y del hierro es un trabajo durísimo, puesto que este material debe ser arrastrado en grandes cofines, sin ruedas, sobre el suelo desigual de las galerías, a veces sobre arcilla húmeda, o a través del agua, a menudo por declives abruptos y a través de pasajes escarpados, que obligan a los obreros a trepar con las manos y con los pies. Para cumplir este trabajo enervante, se ocupan muchachos de cierta edad y muchachas adultas. Según los casos, para arrastrar el cofín hay un obrero o dos jóvenes, uno de los cuales gira y el otro empuja. El trabajo de demoler con el pico, que es realizado por hombres adultos y por jóvenes muchachos mayores de 16 años, es un trabajo fatigosísimo. La duración corriente de trabajo es de 11 a 12 horas, a menudo más; en Escocia, hasta 14 horas y con frecuencia se trabaja jornada doble, de modo que todos los obreros, durante muchos días seguidos, están bajo tierra en una actividad continuada de 24 horas, y a veces de 36 horas. Las horas fijas para las comidas son desconocidas, de modo que la gente come cuando tiene hambre y cuando tiene tiempo.

La condición exterior de los mineros es descrita, en general, como bastante buena, y su salario es bastante elevado en comparación al de los asalariados agrícolas de los alrededores (los cuales, en realidad, mueren de hambre), con excepción de una parte de Escocia y del distrito carbonífero irlandés, donde reina una gran miseria. Tendremos ocasión de volver sobre este informe, por lo demás de un valor relativo, hecho a propósito de la clase más pobre de toda Inglaterra. Mientras tanto, queremos considerar el mal que deriva del trabajo en las minas; el lector podrá después decidir si el salario puede indemnizar a los obreros.

Los muchachos y los jóvenes que están ocupados en el transporte del carbón y del hierro se quejan siempre de cansancio. Ni siquiera en los establecimientos industriales, en los que se hace trabajar sin miramientos, hemos encontrado un relajamiento tan general y llevado a tales extremos. Todo el informe ofrece, en este sentido, una serie de ejemplos. Sucede, a menudo, que los muchachos, cuando llegan a casa, se tiran sobre el piso de piedra, delante de la chimenea, y se quedan dormidos, de modo que no

pueden tomar ningún bocado de comida y deben ser lavados mientras duermen y llevados a la cama por sus padres; sucede también que por el gran cansancio se echan en la calle y, ya en la noche cerrada, sus padres los buscan y los encuentran durmiendo. En general, estos muchachos se quedan en cama la mayor parte del domingo, para recuperarse en alguna forma de la fatiga de la semana; las iglesias y las escuelas son frecuentadas solamente por pocos, y en estas los maestros lamentan la gran indolencia e incapacidad para cualquier estudio. Lo mismo se encuentra entre las muchachas adultas y las mujeres. Ellas también son explotadas de la manera más brutal. Este cansancio, que llega a ser doloroso, tiene una influencia sobre la constitución física. La consecuencia más directa de esta fatiga exorbitante es que toda la fuerza vital es usada para la formación unilateral de los músculos, de modo que, especialmente los músculos de los brazos y de las piernas, de las espaldas y del pecho, que son puestos en movimiento en el arrastrar y empujar, alcanzan un extraordinario desarrollo, mientras todo el resto del cuerpo sufre por falta de nutrición. Ante todo, la estatura permanece detenida; casi todos los mineros tienen cuerpos mezquinos, excepción hecha de los del Leicestershire y del Warwickshire, que trabajan en especiales condiciones favorables. La pubertad, tanto entre los muchachos como entre las muchachas, está retardada; en los primeros, a menudo, hasta los 18 años; al comisionado Symonds se presentó un muchacho de 19 años que, excepción hecha de los dientes, tenía el desarrollo de un muchacho de 11 o 12 años. Esta prolongación de la edad infantil no es más que una muestra del desarrollo detenido, y no deja, en la mayor edad, de traer sus consecuencias. Torcedura de las piernas, encorvadura de las rodillas, pies doblados hacia afuera, desviación de la espina dorsal y otras desfiguraciones, se encuentran a menudo en estos casos, y en constituciones debilitadas, a consecuencia de la posición casi siempre forzada del cuerpo durante el trabajo, y tan frecuentes son, que tanto en Yorkshire y en el Lancashire como en Northumberland y Durham muchos afirman que puede conocerse un minero entre 100 personas por la conformación de su cuerpo. Las mujeres sufren especialmente por este trabajo, y puede decirse que nunca son como las demás. Se ha atestiguado

también que las deformaciones de la pelvis y la dificultad de la maternidad, que en ocasiones son fatales, derivan del trabajo de las mujeres en las minas. Además de estas lesiones locales, los mineros sufren todavía una serie de enfermedades especiales, que coinciden más o menos con las de los otros obreros de minas, y que son una consecuencia del modo de trabajo. Ante todo sufre del bajo vientre; cesa el apetito; se presentan, en el mayor número de los casos, dolores de estómago, vómitos, náuseas, también sed ardiente, que con demasiada frencuencia se sacia con el agua sucia y a veces tibia de la mina; el acto de la digestión está trastornado, y las otras enfermedades se suceden fácilmente. Enfermedades del corazón, especialmente hipertrofia, inflamaciones del corazón y del pericardio, contracciones auriculoventriculares y del comienzo de la aorta, han sido denunciados como males frecuentes entre los mineros y explicadas fácilmente por el exceso de trabajo. Lo mismo puede decirse de las lesiones casi generales, que son consecuencia directa del esfuerzo muscular desorbitado. En parte por esta misma causa, en parte debido a las condiciones de la atmósfera –las que podrían evitarse fácilmente– de las galerías llenas de polvo, mezclado con ácido carbónico y gas hidrocarbonado, derivan una cantidad de enfermedades crónicas dolorosas y peligrosas, especialmente el asma, que, en algunos distritos, sufre la mayor parte de los mineros cuando tienen 40 y aún 30 años, y los hace incapaces para el trabajo en poco tiempo. En los que trabajan en las galerías húmedas la opresión del pecho se presenta, naturalmente, mucho antes; en algunas localidades de Escocia, entre los 20 y 30 años, tiempo en que los pulmones atacados por inflamaciones son muy sensibles. Una enfermedad propia de este trabajo es el esputo negro, que proviene de la penetración del carbón fino en los pulmones, y se manifiesta, en general, con debilidad, dolores de cabeza, opresiones del pecho y expectoración negra y densa de mucosas. En algunas localidades este mal aparece en forma benigna; en otras, como en Escocia, es del todo incurable; los síntomas son numerosos: una respiración breve y silbante, pulsaciones rápidas (más de 100 por minuto) y una tos quebrada aumentan el enflaquecimiento y la debilidad, y al poco tiempo los pacientes son ya incapaces para el trabajo. En todos los casos, este mal

acarrea tras de sí la muerte. El doctor Mackellar, de Pencaitland, East Lothian, afirma que en todas las galerías que están bien ventiladas no se presenta esta enfermedad, mientras a menudo los obreros que pasan de las galerías bien ventiladas a las mal ventiladas, son afectados por ella. La sed de ganancia de los propietarios de minas, que omiten la construcción de ventilación en los pozos, es culpable de la insistencia de esta enfermedad. Los reumatismos, excepción hecha del Warwickshire y del Leicestershire, son una afección común de los obreros y provienen de que los locales de trabajo, a menudo, están húmedos. El resultado de todas estas enfermedades es que, en todos los distritos sin excepción, los mineros envejecen rápidamente y después de los 40 años –la edad varía según el distrito– son incapaces para el trabajo. Sucede rara vez que un minero, después de los 45 o 50 años, pueda seguir trabajando. A los 40 años, se reconoce generalmente, estos obreros empiezan a entrar en la vejez. Esto es válido para los que extraen el carbón; los cargadores que deben levantar pesados bloques de carbón en los cofines, envejecen a los 28 o 30 años. A propósito de esto, en los distritos carboníferos hay un dicho: los cargadores envejecen cuando aún son jóvenes. Se comprende de por sí que esto es una vejez precoz, y raro es entre ellos el hombre que llega a los 60 años; aun en Staffordshire del sur, donde las galerías son relativamente sanas, solamente algunos pocos alcanzan los 50 años de edad. En esta vejez precoz de los obreros encontramos, como en las fábricas, la causa de incapacidad para el trabajo de los padres, que deben ser mantenidos por sus hijos, todavía demasiado jóvenes. Resumiendo una vez más, brevemente, los resultados del trabajo en las minas del carbón, encontramos, concordando con uno de los comisionados, el doctor Southwood Smith, que, por una parte, por el alargarse de la edad infantil y, por la otra, a causa de la vejez precoz, la época de la vida en que el hombre está en plena posesión de sus fuerzas, la edad viril aparece notablemente acortada y disminuida la duración de la vida por una muerte prematura. ¡También esto se le debe a la burguesía!

Todo esto no es más que un término medio de las condiciones de las minas inglesas. Existen algunas en las que esto es peor, especialmente aquellas donde se explotan filones raros de carbón. El carbón sería

demasiado caro si se eliminara la arena y la arcilla adyacentes, por lo que los propietarios de la mina ordenan trabajar únicamente las vetas; de este modo, los pasajes que deberían tener 4 o 5 pies de altura se mantienen tan bajos que es imposible permanecer en ellos erguido. El obrero se inclina sobre el costado, extrayendo el carbón con el pico, mientras apoya el codo como sostén. Por esto se produce la inflamación de la cintura, y en los casos en que debe arrodillarse, la inflamación de las rodillas. Las mujeres y los muchachos que deben acarrear el carbón a través de las galerías bajas se arrastran sobre las manos y los pies con una cota y una cadena que, en muchos casos, pasa entre las piernas y está unida al cofín, mientras otro, con la cabeza y con las manos, empuja desde atrás. La opresión de la cabeza produce irritación local, hinchazones dolorosas y abscesos. En muchos casos las galerías están anegadas, de manera que los obreros deben arrastrarse a través del agua sucia y salobre, con varias pulgadas de altura, acarreándoles esto la irritación de la piel. Puede fácilmente imaginarse cómo, por tan horrendo trabajo de esclavos, se favorecen las enfermedades propias de los mineros.

Y no son, todavía, todos los males a que está sujeto el minero. En todo el Imperio británico no hay ningún trabajo en el que se pueda, tan fácilmente, perder la vida. La mina de carbón es el teatro de un conjunto de desgracias de las más terribles, y estas se producen exclusivamente a causa del egoísmo burgués. El gas hidrocarbonado, gas que se forma a menudo en las galerías, produce, al mezclarse con el aire, una combinación explosiva que se enciende al contacto de una llama y mata a quien se encuentre próximo. Tales explosiones se producen aquí y allá todos los días; el 28 de septiembre de 1844 ocurrió una en Haswell Golliery (Durham) que mató a 96 personas. El gas del ácido carbónico, que se desarrolla también en cantidad, yace en las localidades profundas de las minas, a menudo hasta la altura del hombre, y ahoga a quien envuelve. Las puertas que separan las diferentes partes de la galería debieran impedir la expansión del gas, pero como se encarga la vigilancia de estas puertas a pequeños niños, que a veces se duermen y las olvidan, esta precaución es ilusoria. Mediante una buena ventilación de las galerías, por medio de los pozos de aire, se

impediría la acción nociva de los dos gases, pero el burgués no quiere desembolsar dinero para hacer esto y ordena al obrero utilizar la lámpara Davy, la que le es completamente inútil por su escasa luz, y él cambia de buen grado por una simple vela. Entonces ocurre la explosión; la causa es la negligencia del obrero, aunque el burgués hubiera podido hacer casi imposible toda explosión mediante una buena ventilación. Todavía más: a cada momento cae una galería, en parte o del todo, sepulta a los obreros y los destroza; el interés del burgués es que los filones sean excavados en el mayor número posible, y de esto deriva tal género de desgracias. Las cuerdas con las que los obreros son conducidos a los pozos están, a menudo, en malas condiciones y se rompen, precipitando a estos infelices, que de la caída quedan destrozados. Todas estas desgracias –me falta espacio para cada ejemplo particular– matan anualmente, según el *Mining Journal,* alrededor de 1.400 vidas humanas. El *Manchester Guardian* trae, solamente del Lancashire, 2 o 3 por semana. En casi todos los distritos hay jurados para la inspección de los cadáveres en las desgracias que suceden en las minas, y donde no hay tal jurado procede la plaga de la costumbre, de modo que el veredicto reza: «Muerte accidental». El jurado, por lo demás, se preocupa poco del estado de las galerías, porque nada entiende de eso. Pero el *Children's Employment Commission's Report* no duda en considerar responsables a los propietarios de las minas por estas desgracias.

En lo que se refiere a la instrucción y a la moralidad de la población minera, según el *Children's Employment Commission's Report,* en Cornwall es bastante buena y en Alston Moor, excelente; por el contrario, en los distritos carboníferos el nivel de instrucción es muy bajo. La gente vive en el campo, en sitios olvidados, y cuando realiza su penoso trabajo nadie más allá de la Policía se preocupa por ella. De esto y de la tierna edad en que los niños son enviados a trabajar, resulta que su educación queda completamente descuidada. Las escuelas semanales no están abiertas para ellos; las escuelas nocturnas y dominicales son ilusorias, pues los maestros no sirven para nada. Pocos muchachos saben leer y menos aún escribir. Según cuanto dice el comisionado, ellos solamente se preocupaban de su salario, demasiado pequeño para su trabajo duro y peligroso. Nunca van a la

iglesia; los pastores se quejan de su irreligiosidad. Encontramos entre los muchachos una ignorancia de las cosas religiosas y de otros temas, frente a la cual los ejemplos que hemos citado, de los distritos industriales, son poca cosa. Están familiarizados con los términos religiosos únicamente a través de las blasfemias. Su moralidad está destruida por el trabajo. No hay duda de que el exceso de trabajo de los mineros produce necesariamente el vicio de la bebida. Se puede pensar cómo serán las relaciones sexuales en esas minas, donde trabajan mujeres, hombres y muchachos, en muchos casos casi totalmente desnudos, en esas galerías oscuras y solitarias. El número de los hijos ilegítimos, que es aquí extraordinario, habla claramente de lo que sucede entre esta población semisalvaje, pero prueba, al mismo tiempo, que las relaciones sexuales ilegítimas no han degenerado, como en las ciudades, hasta la prostitución. El trabajo de las mujeres tiene las mismas consecuencias que hemos visto al hablar de las fábricas: desintegración de la familia e incapacidad de la madre para desempeñar las tareas domésticas.

Cuando fue llevado ante el Parlamento el *Children's Employment Commission's Report,* lord Ashley se apuró a proponer una ley por la que fuera prohibido el trabajo de las mujeres en las minas y se limitara el de los muchachos. La ley se aprobó, pero ha seguido siendo letra muerta en la mayor parte de las localidades, porque no se nombraron inspectores de las minas que vigilaran su aplicación. La ley se elude fácilmente en los distritos de campo donde existen minas. No debe asombrarnos que el año pasado se hiciera, al ministro del Interior, la denuncia oficial, por parte de la unión de los mineros, de que en las minas del ducado de Hamilton, en Escocia, trabajaban más de 60 mujeres y que el *Manchester Guardian* refiriera una vez, si no me equivoco, que cerca de Wigan una muchacha murió en una mina a causa de una explosión; nadie se preocupó de que se aclarara esta ilegalidad. En algunos casos particulares se ha puesto remedio a estas cosas, pero en general la vieja situación ha continuado siendo la misma.

Estas no son todas las penurias que deben soportar los mineros. La burguesía, no contenta con arruinar su salud, poner en peligro su vida y quitarles toda ocasión de educarse, los explota todavía con el *truck system,* que no es una excepción, sino un sistema implantado de la manera más

directa. Además, el *cottage system,* que es generalmente una necesidad, es aquí usado para una mejor explotación de los obreros. Agréguese a esto los engaños de toda clase. Mientras el carbón es vendido según el peso, el salario del obrero es calculado de acuerdo con la medida, y si su cesto no está del todo lleno, no recibe ningún salario, mientras no se le paga ni un céntimo si pasa de la medida. Si en el cesto hay más de una cierta cantidad de arena, lo que depende del obrero sino de la formación de los filones de carbón, no solo no se paga todo el salario, sino que el obrero incurre en una multa. El sistema de las penas en dinero es explotado tan bien en las minas, que no hace mucho un pobre diablo, que ha trabajado toda la semana y va a recibir su salario, oye del capataz –que castiga a placer y sin advertir al obrero– ¡que no le espera salario alguno y que debe pagar tanto y tanto de multa! El capataz tiene poder absoluto sobre el salario, apunta el trabajo entregado y puede pagar al obrero lo que considere. En algunas minas, donde se paga según el peso, se usan pesas falsas, que nunca son verificadas por ninguna autoridad pública; en una mina había una ordenanza por la que el obrero que quisiera reclamar por la falsedad de las pesas, ¡debía advertir con tres semanas de anticipación al capataz! En muchas localidades del norte de Inglaterra se acostumbra tomar los obreros por un año; ellos se obligan, durante ese tiempo, a no trabajar para ningún otro, pero el propietario no se obliga a darles trabajo, de modo que a menudo están desocupados meses enteros, y si buscan trabajo en otra parte son detenidos y encerrados durante seis semanas por haber descuidado el servicio. En otros pactos se asegura a los obreros trabajo por 14 días hasta 26 chelines, pero no siempre se cumple; en otros distritos, los propietarios prestan a los obreros pequeñas sumas, ganadas a fuerza de servicios, con lo que el obrero queda ligado a ellos. En el norte es costumbre general retener el salario de una semana, para tener así segura la gente. Para que sea más completa la esclavitud de estos obreros, casi todos los jueces de paz de los distritos carboníferos son los patrones mismos de las minas, o los administradores, o sus amigos, y gozan en estas regiones pobres, donde hay pocos diarios –y también estos al servicio de la clase dominante– y donde existe poca agitación política, de un poder ilimitado. Apenas es posible hacerse una idea

de cómo han sido tiranizados estos pobres mineros por jueces de paz, que sentenciaban, como árbitros, en causas propias.

Durante mucho tiempo así permanecieron las cosas. Los obreros no veían sino que estaban destinados a ser exprimidos hasta el final de sus días. Pero poco a poco comenzó a nacer entre ellos, especialmente en los distritos de fábricas, donde se hacía sentir la influencia del contacto con los inteligentes obreros de fábrica, un espíritu de oposición contra la tiranía «de los reyes del carbón». Empezaron a formar asociaciones y a abandonar de cuando en cuando el trabajo. En las partes más civilizadas se unieron en cuerpo y alma con los cartistas. El gran distrito carbonífero de Inglaterra del norte, que estaba cerrado al movimiento industrial, quedó siempre atrás, hasta que después de muchas tentativas y esfuerzos por parte de los cartistas y de los mismos mineros inteligentes, se despertó, en el año 1843, también allí el espíritu de resistencia. Este movimiento aglutinaba a los obreros de Northumberland y de Durham, de modo que se pusieron a la cabeza de la asociación general de mineros de todo el imperio, y nombraron «procurador general» a un cartista, el abogado W. P. Roberts, de Bristol, quien ya se había distinguido en anteriores luchas de los cartistas. Esta asociación se agrandó rápidamente; por todos lados se nombraron agentes, hubo reuniones y se inscribieron muchos miembros; en la primera conferencia de delegados de Mánchester, en enero de 1844, los miembros eran más de 60.000; en la segunda, en Glasgow, medio año después, eran ya 100.000. Se trataron todos los intereses de los mineros y se tomaron resoluciones sobre los paros. Fueron fundados varios periódicos –especialmente interesante la revista mensual *The Miner's Advocate* de Newcastle-upon-Tyne–, que defendían los derechos de los obreros. El 31 de marzo de 1844, en Northumberland y Durham, caducaban los contratos de servicio de todos los mineros. Se hicieron hacer un nuevo contrato por Roberts, en el que pedían:

1) pago según el peso y no según la medida;
2) control del peso mediante pesas y balanzas aprobadas por el inspector público;

3) tiempo de servicio de seis meses;
4) abolición del sistema de multas y pago real del trabajo cumplido;
5) obligación del propietario de garantizar a los obreros que se encuentren a su servicio exclusivo, por lo menos cuatro días de trabajo a la semana o el salario de cuatro días.

Este contrato fue enviado a los reyes del carbón y nombrada una comisión para tratar con ellos; pero respondieron que para ellos el sindicato no existía, que querían tratar con los obreros en particular y que no querían reconocer a la asociación. Los reyes del carbón presentaron otro contrato, que no tenía nada que ver con todos los puntos expuestos y que, naturalmente, fue rechazado por los obreros. Con esto quedó declarada la guerra. El 31 de marzo de 1844, 40.000 mineros abandonaron sus picos y todas las minas de los dos condados quedaron vacías. Los fondos de estas asociaciones eran tan notables, que durante muchos meses cada familia pudo tener asegurados 2,5 chelines por semana. Mientras los obreros ponían a prueba, de tal modo, la paciencia de sus patrones, Roberts organizaba incansablemente la huelga y la agitación, tenía reuniones, cruzaba Inglaterra a lo largo y a lo ancho, recolectaba ayuda para los huelguistas, predicaba la tranquilidad y la legalidad y dirigía una campaña contra los jueces de paz despóticos y los señores del *truck* como nunca se había visto en Inglaterra. Esto había comenzado a principios de año. En cualquier lugar donde hubiese sido condenado un minero por el juez de paz, Roberts se procuraba en el *Queens Bench* un *habeas corpus,* llevaba sus clientes ante la Corte de Londres y obtenía su libertad. Así, el juez Williams, del *Queens Bench,* el 13 de enero ponía en libertad a tres mineros condenados por jueces de paz de Bilston (Staffordshire del sur); el delito de esta gente era haberse negado a trabajar en un lugar amenazado de desmoronamiento ¡y que antes de que pudieran llegar ya se había hundido! El juez Patterson, en un caso anterior, había absuelto a seis obreros, de modo que el nombre de Roberts comenzó a ser, poco a poco, temido por jueces de paz y propietarios de minas.

En Preston estaban presos cuatro clientes suyos. Roberts se puso en camino, la primera semana de febrero, para examinar el asunto de cerca,

pero al llegar se encontró con que los condenados habían sido liberados antes de terminar su condena. En Mánchester había siete presos; Roberts obtuvo del juez Wightman el *habeas corpus* y la absolución completa. En Prescot estaban en la cárcel nueve mineros, que esperaban ser juzgados, y a los que se les acusaba de haber perturbado el orden en St. Helens (Lancashire del sur); en cuanto llegó Roberts, fueron puestos enseguida en libertad. Todo esto sucedía en la primera mitad de febrero. En abril, Roberts libró del mismo modo a un minero de la prisión de Derby, cuatro de la Makefield (Yorkshire) y cuatro de la de Leicester. Y así continuó hasta que esos *dogberries* –por usar el nombre dado a esos jueces de paz según el famoso personaje de una de las obras de teatro de Shakespeare, *Mucho ruido y pocas nueces*– le cogieron respeto. Otro tanto sucedió con el *truck system.* Roberts llevó ante el tribunal a estos propietarios sin honor, uno tras otro, y obtuvo contra ellos una condena de los jueces de paz; y entre ellos cundió tal miedo hacia este procurador general, rápido como el viento, que parecía dotado de la ubicuidad que, por ejemplo, en Belper, cerca de Derby, un fabricante que empleaba el *truck system* fijo, a su llegada, este escrito:

> Aviso.
>
> Administración de las minas de Pentrich.
>
> Los señores Haslam creen necesario hacer saber (para prevenir cualquier engaño) que toda persona, ocupada por ellos, recibirá el salario en dinero y que podrá gastarlo donde y como quiera. El que compre los artículos en el negocio de los señores Haslam podrá obtenerlos a los precios al por mayor; no se exige que se compre en este negocio; se entregará a toda persona el mismo salario y se le dará el mismo trabajo, de modo que pueda comprar en este u otro negocio.

Tal triunfo produjo la mayor alegría entre toda la clase obrera inglesa y la asociación se engrosó con una gran cantidad de miembros nuevos. Mientras tanto, continuaba la huelga del norte. No trabajaba nadie, y Newcastle, puerto principal para la exportación del carbón, estaba tan desprovisto que se lo debió traer de las costas carboníferas de Escocia, aun cuando en inglés *to carry coals to Newcastle* (llevar carbón a Newcastle) sea como entre los griegos llevar lechuzas a Atenas; esto es, hacer una cosa del todo superflua. Al principio, mientras había fondos en el sindicato, todo anduvo bien, pero en el verano la lucha se agravó para los obreros. Dominaba entre estos la

mayor miseria: no tenían dinero, porque las contribuciones de los obreros de las otras ramas de la industria en Inglaterra no eran suficientes para el gran número de huelguistas; tuvieron que sacar mercancías a crédito en las tiendas; toda la prensa, a excepción de los pocos diarios proletarios, estaba contra los obreros; los pocos, entre la burguesía, que tenían bastante sentido de la justicia como para haber podido ayudar a los huelguistas, no conocían más que mentiras sobre la huelga, leídas en las hojas venales de los liberales y conservadores; partió para Londres una delegación de doce mineros, que recolectó allí una suma, escasa, sin embargo, para la gran masa que necesitaba socorro; no obstante todo esto, los mineros se mantuvieron firmes, y lo que es más, tranquilos y pacíficos frente a las provocaciones y la hostilidad de los propietarios y sus fieles sirvientes. No se ejerció ningún acto de venganza, no se maltrató a ningún traidor, ni fue cometido ningún hurto. La huelga había durado ya cuatro meses, y los propietarios no tenían ninguna perspectiva de vencer. Les quedaba todavía un camino abierto: se acordaron del *cottage system;* se dieron cuenta de que las casas de los rebeldes eran de su propiedad. En julio se les reclamó el pago del alquiler, y en una semana 40.000 personas fueron puestas en la calle. Esta medida fue ejecutada con una barbarie indignante. Enfermos y débiles, viejos y lactantes, hasta las mujeres parturientas, fueron desalojadas de sus lechos sin miramientos y puestos en la calle. Un agente se creyó en la obligación de arrastrar fuera de la cama, por los cabellos, a una mujer en extremo grado de debilidad.

Militares y agentes de Policía, en cantidad, estaban prestos al primer signo de resistencia, y a la primera señal de los jueces de paz acosaban a los que debían sufrir este brutal procedimiento. Los obreros soportaban, sin embargo, sin moverse. Se había creído que ellos usarían la violencia, y se trataba por todos los medios de irritarlos, para tener un pretexto y poner fin a la huelga mediante los soldados; los mineros sin techo recordaban las exhortaciones de su procurador, permaneciendo tranquilos, mientras colocaban silenciosamente sus muebles en la llanura pantanosa o sobre los campos en mies. Algunos que no sabían adónde ir, acamparon en las calles, otros sobre terrenos ajenos, por lo que se les iniciaron juicios por haber

producido «daños por el importe de medio penique» y condenados a pagar una esterlina, que, como no la tenían, debían pagar con trabajos forzados. Así, los huelguistas, por ocho y más semanas, vivieron en la humedad del verano del pasado año (1844) al raso, con sus familias, sin otro techo, para sí y sus hijos, que las cortinas de sus lechos, y sin otra ayuda exterior que la de la asociación y el crédito de los tenderos, que ya se iba agotando. Agréguese que lord Londonderry, que posee importantes minas en Durham, amenazó a los dueños de tiendas «de su ciudad» (Seaham) con su cólera, si continuaban dando crédito «a sus» desobedientes obreros. Este «noble» lord fue el Arlequín de toda la huelga por los ucases ridículos, ampulosos y mal escritos, que lanzaba de cuando en cuando a los obreros, sin otro efecto que la hilaridad de la nación[3]. Como ya nada les daba resultado, los propietarios, con grandes gastos, hicieron venir de Irlanda y de las partes lejanas de Gales, donde no había aún movimiento obrero alguno, gente para trabajar en sus minas, y al provocar así la competencia entre los obreros, quebraron la fuerza de los huelguistas. Los propietarios los obligaron a desafiliarse de la asociación y abandonar a Roberts, aceptando las condiciones impuestas por ellos. De tal manera, a finales de septiembre terminó la gran lucha de cinco meses contra los propietarios, una lucha que, de parte de los oprimidos, fue conducida con tal tenacidad, con tal coraje, con tal inteligencia y reflexión, que provoca la más alta admiración. ¡Qué grado de verdadera educación humana, de elevación y fuerza de carácter, supone una lucha semejante, en una masa de 40.000 personas, que, sin embargo, todavía en 1840, eran descritos por el *Children's Employment Commission's Report* como groseros y sin costumbres! ¡Qué brutal ha de haber sido la opresión, que llevó a estos 40.000 hombres a levantarse como uno solo, como un ejército, no solo disciplinado, sino entusiasta, con una sola voluntad para continuar la lucha con la mayor sangre fría y orden, hasta el punto en que toda ulterior resistencia hubiera sido una locura! Si una lucha así –no contra enemigos visibles mortales, sino contra el hambre y la necesidad, la miseria y la falta de techo, contra las pasiones provocadas hasta la locura, por la brutalidad de los ricos– se hubiese llevado

violentamente, ellos, los indefensos, habrían sido fusilados en masa, y un par de días habrían decidido la victoria de los propietarios.

Una vez más, los obreros, no obstante su tenacidad sin par, se doblegaron a la fuerza de los capitalistas. Pero sus esfuerzos no fueron vanos. Ante todo, ese paro de 19 semanas sacó para siempre, a los mineros del norte, de Inglaterra, de la muerte intelectual en que hasta entonces habían vegetado. Dejaron de ser indiferentes, se volvieron alertas para su interés y se unieron al movimiento del progreso, pero especialmente al movimiento obrero. La huelga, que, en primer lugar, demostró toda la barbarie de los propietarios contra el movimiento obrero, estableció para siempre la oposición obrera, y a él se deben las tres cuartas partes del número de los cartistas, y esta conquista de 30.000 individuos, tan enérgicos y probados, fue para los cartistas de gran valor. La perseverancia y la legalidad de toda la huelga, unidas a la activa agitación que la acompañó, atrajeron la atención pública sobre los mineros. En ocasión de los debates sobre el impuesto a la exportación del carbón, Thomas Duncombe, que era el único diputado cartista de la Cámara Baja, habló en el Parlamento sobre la condición de los mineros, leyó en alta voz sus peticiones y obligó con su discurso, aun a los diarios de la burguesía, a dar una versión exacta del asunto, por lo menos a través de las discusiones parlamentarias. Enseguida después del paro ocurrió la explosión de Haswell; Roberts se dirigió a Londres, pidió audiencia a Peel, insistió (como representante de los mineros) en una investigación a fondo de aquel caso y obtuvo que las primeras notabilidades geológicas y químicas de Inglaterra, los profesores Lyell y Faraday, fueran encargados de trasladarse al lugar de los hechos. Siguieron todavía muchas explosiones, y los documentos de Roberts fueron puestas nuevamente ante el primer ministro y este prometió, en la próxima sesión (la de 1845) proponer, donde fuese posible, medidas necesarias para la protección de los obreros. No se habría conseguido esto si los miembros no hubieran probado, con la huelga, ser hombres amantes de la libertad y valerosos, y si no hubieran contratado a Roberts.

Apenas se supo que los mineros del norte se habían visto obligados a dejar el sindicato y a abandonar a Roberts, los mineros del Lancashire

formaron una asociación de cerca de 10.000 obreros y garantizaron a su procurador un sueldo de 1.200 libras anuales. En el verano del año pasado, recolectaron más de 700 libras mensuales, de las cuales 200 fueron gastadas en sueldos, gastos de la justicia, etc., y el resto en gran parte para ayuda a los obreros huelguistas, cierto número de los cuales estaban sin pan y otros habían dejado su trabajo por disensiones con los propietarios. De tal manera los obreros se dan cuenta, cada vez más, de que unidos son una fuerza respetable y de que, en caso de necesidad, podrán afrontar la fuerza de la burguesía. Y esta conciencia, que es la ventaja de todos los movimientos obreros, se formó en parte en los mineros de Inglaterra por el sindicalismo y el paro de 1844. En muy poco tiempo se habrá desvanecido la diferencia entre inteligencia y energía que ahora existe a favor de los industriales, y los mineros del reino podrán situarse a su lado como iguales. Poco a poco, un fragmento tras otro, el suelo es minado bajo los pies de la burguesía y, con el tiempo, todo el edificio del Estado y la sociedad se derrumbará y se hundirán los cimientos que le sirven de sustento[4].

Pero la burguesía no se deja amonestar. La insubordinación de los mineros la amargó todavía más; en lugar de ver en ello un progreso del movimiento obrero, en vez de enmendarse, la clase poseedora encontró solo motivo de cólera contra una clase de hombres, bastante loca para mostrarse en desacuerdo con el tratamiento hasta ahora recibido. Vio, en las justas demandas de los que nada tenían, solo un insolente descontento, una absurda rebelión «contra el orden divino y humano» y, en el caso más favorable, un éxito, que debía reprimirse con toda la fuerza, «de demagogos malintencionados, que viven en la agitación y son demasiado perezosos para trabajar». Trató de presentar, naturalmente sin éxito, a hombres como Roberts, o los agentes del sindicalismo, como astutos estafadores, que a los pobres obreros les sacaban del bolsillo hasta el último centavo. Si la clase poseedora está afectada por tal insensatez, si se ciega por una ventaja momentánea, porque ya no tiene ojos para ver la señales evidentes del tiempo, se han perdido todas las esperanzas de una pacífica solución de la cuestión social en Inglaterra. Única vía de salida posible, resulta la revolución violenta, que ciertamente no ha de tardar.

[1] Según el censo de 1841, el número de obreros ocupados en la explotación de minas en Gran Bretaña (excepto Irlanda) asciende:

	Hombres		*Mujeres*		
	+ de 20 años	*- de 20 años*	*+ de 20 años*	*- de 20 años*	*En conjunto*
Minas de carbón	83.408	32.475	1.185	1.165	118.233
Minas de cobre	9.866	3.428	913	1.200	15.407
Minas de plomo	9.427	1.932	40	20	11.419
Minas de hierro	7.733	2.679	424	73	10.909
Minas de estaño	4.602	1.349	68	82	6.101
Otras, en las cuales el material no es declarado	24.162	6.591	472	491	31.716
En conjunto	139.198	48.454	3.102	3.031	193.785

Como las minas de carbón y de hierro son, por lo general, trabajadas por los mismos obreros, una parte de los obreros inscriptos en el último rubro deben inscribirse entre las minas de hierro.

[2] También en el informe del comisionado Mitchell, en el *Children's Employment Commission's Report.*

[3] [1892: Nada nuevo bajo el sol, por lo menos en Alemania. Nuestros «König Stumm» no son otra cosa que copias de originales ingleses, ya hace mucho tiempo olvidados, e imposibles actualmente en su patria.]

[4] Los mineros del carbón tienen en este momento, 1886, a 6 de los suyos sentados en la Cámara Baja.

X
El proletariado agrícola

En la «Introducción» hemos visto cómo, al mismo tiempo quese desplomaba la pequeña burguesía y el bienestar de los obreros, se arruinó también la clase de los pequeños propietarios terratenientes; cómo, mientras se disuelve la unión del trabajo industrial y agrícola, se ponen simultáneamente en grandes arriendos los campos que quedaron libres y cómo los pequeños agricultores fueron echados de la tierra, por la competencia aplastante de las grandes explotaciones rurales. En vez de ser, como hasta entonces, propietarios o arrendatarios, se vieron obligados a abandonar su economía y a servir como peones junto a los grandes arrendatarios o propietarios. Tales condiciones fueron, por cierto tiempo, soportables, si bien habían empeorado comparadas con las precedentes. El desarrollo de la industria mantuvo el equilibrio de la balanza, por el aumento de la población, hasta que, al fin, el progreso industrial comenzó a hacerse más lento y nuevos perfeccionamientos de las máquinas colocaron a la industria en la imposibilidad de absorber todo el excedente de la población que trabajaba en los distritos agrícolas. Desde ese momento, la miseria –que hasta entonces existía solo en los distritos de fábricas y solo de cuando en cuando– se presentó también en los distritos agrícolas. Sucedió, además, que fortuitamente cesó, al mismo tiempo, la guerra con Francia, que durara 25 años; la producción, disminuida en las plazas alcanzadas por la guerra, el bloqueo de los transportes y la necesidad de proveer a los ejércitos ingleses en España, habían dado a la agricultura inglesa un aumento artificial y sustraído gran número de energías al trabajo. La paralización de los transportes, la necesidad de exportar y la falta de obreros cesaron de golpe; la lógica consecuencia fue la miseria agrícola. Los arrendatarios debieron vender el grano a bajo precio y por ello no podían

pagar sino salarios bajos. Para mantener alto el precio del grano, en 1815 se aprobaron las *Corn Laws,* que prohibían su importación, de modo que el precio del trigo subió a 80 chelines el quintal. Posteriormente estas leyes, como es natural, infructuosas, fueron todavía cambiadas, muchas veces, sin disminuir la miseria de los distritos agrícolas. Todo lo que lograron se resume así: la enfermedad, que se hubiera vuelto aguda por la libre competencia del extranjero y tenido su crisis, se hizo crónica y produjo una opresión, proporcionalmente, más áspera en la situación de los obreros agrícolas.

En los primeros tiempos que siguieron al surgimiento del proletariado agrícola, se desarrolló la condición patriarcal que fue destruida a favor de la industria, la misma condición de los agricultores frente a sus peones, que todavía subsiste casi en todas partes de Alemania. Mientras duró esa situación, la miseria se presentó rara vez entre los obreros; los peones participaban de la suerte del arrendatario y solo eran abandonados en el peor caso. Ahora es otra cosa. Los trabajadores están casi todos a jornada y son ocupados por los arrendatarios cuando lo necesitan. Por esto, a menudo y durante semanas enteras, especialmente en invierno, no tienen trabajo. En el estado patriarcal, en el que los peones y sus familias habitaban en la granja del arrendatario y sus hijos crecían en ella, y el arrendatario, naturalmente, trataba de ocupar la generación crecida en su granja, y los jornaleros eran la excepción y no la regla, se encontraba en toda propiedad un número de obreros más grande que el estrictamente necesario. Por lo tanto, interesaba también al arrendatario disolver ese estado de cosas, sacar de la granja al campesino y convertirlo en jornalero. Esto sucede a finales de la década de los veinte de este siglo, y en consecuencia, adoptando una expresión de la física, se disolvió el latente excedente de población, se rebajó el salario y crecieron enormemente los impuestos de los pobres. Desde ese momento, los distritos agrícolas se convirtieron en la sede principal del pauperismo permanente, como los de las fábricas lo eran del alternante, y la transformación de las leyes sobre los pobres fue la primera medida que el poder público concibió contra la miseria creciente de las comunas agrícolas. Además, la constante extensión de la agricultura a gran

escala, la introducción de trilladoras y otras máquinas, y el empleo de mujeres y niños (que ahora es tan general que sus efectos han sido estudiados por una comisión especial) han arrojado a un gran número de hombres al desempleo. Vemos, pues, cómo también aquí se ha creado el sistema de la industria, por medio de la gran economía, al disolverse el estado patriarcal –que es aquí lo más importante– y con la introducción de las máquinas, del vapor y del trabajo de las mujeres y los niños, y cómo ha empujado, a la parte extrema y más estable de la humanidad trabajadora, al movimiento revolucionario. Cuanto más había probado la agricultura su estabilidad, tanto más grave peso caía sobre el obrero, tanto más violenta se manifestaba la desorganización del antiguo nexo social. El «excedente de población» llegó de súbito y no fue posible, como en los distritos industriales, ocuparla para aumentar la producción. Se podían establecer siempre nuevas fábricas, si existían quiénes adquirieran los productos, pero no se podían crear nuevos campos. El cultivo de tierras comunales inexplotadas era una especulación demasiado arriesgada, para que se pudieran invertir, después de la paz, muchos capitales. La consecuencia necesaria fue que la competencia de los trabajadores entre sí subió al grado máximo y el salario descendió al mínimo. Mientras existía la vieja ley sobre los pobres, los obreros eran socorridos con la caja de beneficencia; naturalmente, con esto, el salario caía aún más; entretanto, los arrendatarios trataban de endosar la mayor parte posible de los obreros a la caja de beneficencia. El aumento de los impuestos en favor de los pobres se hizo necesario por el excedente de la población; creció, por lo tanto, aún más, y así la nueva ley sobre los pobres, de la que volveremos a hablar se hizo necesaria. No por ello mejoraron las cosas. El salario no subió, la población superabundante no fue alejada y la ferocidad de las nuevas leyes sirvió solo para exasperar al pueblo al grado máximo. Igualmente, el impuesto sobre los pobres, que al principio disminuyó, después de pocos años alcanzó el mismo nivel anterior. El único resultado fue que si antes eran asistidos de 3.000.000 a 4.000.000 de semipobres, ahora se tenía 1.000.000 de pobres completos, y los otros, por el hecho de ser pobres a medias, quedaron sin ayuda. La miseria de los distritos agrícolas ha aumentado cada año. La

gente vive en la mayor indigencia, familias enteras van tirando así, con 6, 7 u 8 chelines por semana y, a veces, no tienen absolutamente nada. Escuchemos una descripción, que hace un miembro liberal del Parlamento, del estado de esa población, ya en 1830:

> Un campesino inglés (es decir, uno que trabaja a jornal) y un pobre inglés son sinónimos. Su padre era pobre y la leche de su madre no tenía fuerza nutritiva; desde chico ha recibido mala alimentación y fue siempre saciado a medias, y aún ahora, siente el tormento del hambre insatisfecha. Está vestido a medias, no tiene más calor que el necesario para cocer las magras comidas y el frío y la humedad entran en su casa con el cambio de tiempo, y salen cuando este cambia. Está casado; pero no conoce la alegría de esposo y de padre. Su mujer y sus niños hambrientos, raramente calentados, a menudo enfermos y sin ayuda, siempre llenos de preocupaciones, y como él sin esperanza, son, como es natural, ávidos, egoístas y fastidiosos, en una palabra, él odia su vista y retorna a su barraca solo porque esta lo preserva un poco más de la lluvia y del viento que un matorral. Debe mantener a su familia aunque no pueda; esto lo conduce a la mendicidad, a las maquinaciones familiares de todo género, y termina en la astucia refinada. Si tuviese la voluntad, le faltaría el coraje para convertirse, como otra gente enérgica, en cazador furtivo o contrabandista en grande; pero él roba ocasionalmente, y enseña a mentir y a robar a sus hijos. Su proceder, humilde y servil hacia sus ricos vecinos, muestra que lo tratan duramente y con suspicacia; de ahí que los teme y los odia, pero no les hará ningún mal de manera violenta. Está del todo depravado, está demasiado oprimido para tener la fuerza de la desesperación. Su miserable vida es breve, el reumatismo y el asma lo llevan al hospicio *(workhouse),* donde exhalará su último suspiro sin un solo recuerdo grato y dejará el lugar para otro infeliz, que como él debe vivir y morir.

Nuestro autor agrega, además, que fuera de esta clase de campesinos a jornal existe otra, un poco más enérgica y mejor física, intelectual y moralmente; vive también en la miseria, pero no ha nacido en tal condición. Estos hacen más por sus familias, pero se han convertido en contrabandistas y cazadores furtivos, que tienen a menudo conflictos sangrientos con los guardias forestales y con los agentes de aduana de las costas. Frecuentemente, acaban con sus huesos en la cárcel, lugar que a menudo ha sido su hogar y se exacerban todavía más contra la sociedad. En su odio contra los propietarios, son equiparables a la primera clase. Y, concluye: «toda esta clase es llamada, por cortesía *(by courtesy),* valiente gente del campo (*gold peasantry of England,* términos empleados por Shakespeare)»[1].

Hasta el presente, tal descripción es buena para la mayor parte de los asalariados a jornal de los distritos agrícolas. El *Times* envío, en junio de 1844, un corresponsal a estas regiones, para informar sobre la condición de vida de esa clase, y el informe que dio concuerda completamente con lo citado. En algunas localidades el salario no sobrepasaba los 6 chelines a la semana, así, no era mayor que el de muchas regiones de Alemania, mientras el precio de todos los artículos de primera necesidad es, en Inglaterra, por lo menos el doble que en Alemania. Qué clase de vida es la que lleva esta gente es fácil imaginarlo. El alimento es malo e insuficiente, los vestidos están destrozados y las viviendas son estrechas y miserables; una pequeña y pobre cabaña, sin ningún *confort,* y para la gente joven, alojamientos donde hombres y mujeres no están casi separados, y que incitan a las relaciones ilegítimas. Un par de días desocupados por mes han de precipitar a estos trabajadores en la miseria más profunda. Además, no pueden asociarse para mantener alto el salario, porque viven separados. Si uno se niega a trabajar por un salario bajo, hay una docena de desocupados, o de compañeros de la Casa de los Pobres, que se alegran cuando se les ofrece el mínimo, mientras a aquel que se negó a trabajar la asistencia de pobres le rehusa toda ayuda, salvo la odiada Casa de los Pobres, como si fuese un holgazán disoluto, que no sirve para nada; por otra parte, en la administración están también los arrendatarios, que son, con sus vecinos y compañeros de clase, los únicos que pueden darle trabajo. Y no recibimos informes semejantes solo de uno u otro distrito agrícola de Inglaterra; por el contrario, la miseria es igualmente grande al sur y al oeste, al norte y al este; la situación de los obreros, en Suffolk y en Norfolk, es similar a la del Devonshire, Hampshire y Sussex; el salario en Dorsetshire y en Oxfordshire, es tan bajo como en Kent y en Surrey, Buckinghamshire y Cambridgeshire.

Las leyes sobre caza constituyen una barbarie, que afecta particularmente al proletariado agrícola; estas leyes, en Inglaterra, son rigurosas como en ningún otro país, mientras la caza es abundantísima. El campesino inglés, que, según la costumbre antigua y el hábito, ve en la caza de contrabando solo una noble y natural expresión de valor y de audacia, se exaspera todavía más ante el contraste entre su miseria y el *car tel est notre plaisir*

del lord, que encierra centenares de liebres y de aves para su placer particular. El campesino pone trampas para aves, llegado el caso incluso las mata con escopeta; en realidad no causa ningún perjuicio al lord, que no sabe qué hacer con ellas, pero para el obrero representa un asado con el que alimentar a su hambrienta familia. Si es descubierto, se lo envía preso; en caso de reincidencia, se lo destierra por lo menos 7 años. De la rigurosidad de esta pena derivan los conflictos sangrientos con los guardias, de los que cada año muere un buen número. El oficio de guardabosque, pues, no es solo peligroso, sino también difamante, y determina el aislamiento de quien lo ejerce. En el curso del año sucedieron dos casos, en que los guardias se suicidaron de un balazo en la cabeza, antes de continuar su oficio. Este es el precio por el que la aristocracia terrateniente adquiere el noble placer de la caza; pero ¿qué les importa esto a los nobles *lord of the soil*? Si un par de «los que sobran» vive o no, es del todo indiferente, y aunque la mitad de los «sobrantes», a consecuencia de las leyes sobre la caza, fueran puestos de lado, andaría mejor la otra mitad que queda; así razona la filantropía de la burguesía inglesa.

Pero aunque la condición de los distritos agrícolas, las viviendas aisladas, la estabilidad del ambiente y de las ocupaciones y, en consecuencia, también de las ideas, sean decididamente desfavorables a todo desarrollo, todavía la miseria da sus frutos aquí también. Los obreros de las minas y de las industrias sobrepasaron pronto el primer grado de la oposición contra el orden social, la rebelión directa mediante el delito; los campesinos se encuentran, todavía hoy, en este primer grado. Su modo preferido de guerra social es el incendio. En el invierno que siguió a la Revolución de julio, en 1830-1831, estos incendios fueron, por primera vez, generales, después que ya a principios de octubre, en Sussex y condados vecinos, habían estallado desórdenes por el incremento de la Policía costera (por la cual el contrabando se hizo difícil, y el litoral, según la expresión de un arrendatario, se arruinó), y a causa también de las innovaciones en la administración de los pobres, del salario rebajado y de la introducción de las máquinas; todo el país estaba sublevado. En el invierno, pues, a los arrendatarios les incendiaron el grano y el heno de los campos, los graneros

y establos, bajo sus ventanas. Casi todas las noches ardía un par de tales hogueras, difundiendo el terror entre los arrendatarios y los propietarios de los fundos. Los autores rara vez fueron descubiertos, y el pueblo imputaba todos estos incendios a una sola persona, que llamaba *Swing.* Se rompieron la cabeza para saber quién pudiese ser este *Swing,* de dónde provenía esta rabia de los pobres de los distritos del campo; los menos pensaban –ninguno, ciertamente, en las regiones agrícolas– en la gran fuerza motriz la miseria, la opresión. Después de aquel año, los incendios retornaron cada invierno, en el periodo en que los asalariados a jornal estaban desocupados. En el invierno de 1843-1844 los incendios fueron extraordinariamente frecuentes. Dispongo de una serie de números de la *Northern Star* de aquel tiempo, que contienen, todos, noticias similares de incendios, con datos originales. Me faltan algunos números que no incluiré en el listado, aunque muy probablemente ofrezcan datos similares. Por otra parte, son más los casos ocurridos, dado que una publicación de esta clase no puede señalarlos todos:

25 de noviembre de 1843: dos casos, se habla también de antecedentes similares.

16 de diciembre: en Bedfordshire, después de 14 días, hay agitación general a causa de frecuentes incendios, que se producían cada noche. En los últimos días se quemaron dos granjas grandes. En Cambridgeshire fueron incendiadas cuatro granjas grandes, en Hertforsdshire una, y otros quince incendios tuvieron lugar en distintas localidades.

30 de diciembre: en Norfolk uno, en Suffolk dos, en Essex dos, en Cheshire uno, en Lancashire uno, en Derby, Lincoln y en el sur, doce incendios.

6 de enero de 1844: en total diez.

13 de enero: siete.

20 de enero: cuatro incendios.

De entonces en adelante, cada semana había término medio de tres o cuatro incendios y no, como antes, solo hasta la primavera, sino hasta julio y agosto. Los diarios ingleses que he recibido desde entonces, así como relatan los periódicos alemanes, prueban que ese tipo de delito va en aumento según se aproxima el invierno de 1844-1845. ¿Qué dice el lector, frente a tal estado de cosas en los tranquilos distritos idílicos de Inglaterra? ¿Es o no la guerra social? ¿Es ese un estado natural y apto para perdurar? Los arrendatarios y los propietarios son tan estúpidos y obstinados, tan ciegos frente a todo lo que no produce dinero contante en los bolsillos, como los fabricantes y los burgueses en los distritos industriales. Si estos prometen a sus obreros la salvación por la supresión de las *Corn Laws,* los propietarios de tierras, y gran parte de los arrendatarios, prometen a los suyos el paraíso, con la conservación de las mismas. Pero en los dos casos los propietarios no consiguen ganar a los obreros para sus caprichos favoritos. Como los obreros de las fábricas, los asalariados del campo son indiferentes a la supresión o conservación de las *Corn Laws.* Sin embargo, la cuestión es importante, tanto para los primeros como para los segundos. Por la abolición de las *Corn Laws* es elevada a la cumbre la libre competencia, la moderna economía social; cesa todo desarrollo ulterior de las relaciones existentes, y el único progreso posible es la evolución radical del orden social[2]. Para los asalariados agrícolas esto tiene importancia inmediata. La liberación de la importación de los granos implica –como no podré tratar aquí extensamente– la emancipación de los arrendatarios con respecto a los propietarios, en otras palabras, el cambio de los arrendatarios *tories* en liberales. Además, la *Anti-Corn Law League* –y este es su único mérito– ha preparado el camino para esta evolución. Si los arrendatarios se vuelven liberales, es decir, burgueses convencidos, los asalariados se hacen cartistas y socialistas, necesariamente; es decir, proletarios conscientes. De una cosa surge la otra. Y, que ya ahora, entre los proletarios agrícolas, comienza a hacerse valer un nuevo movimiento, lo prueba una reunión que el conde Radnor, propietario liberal, realizó en octubre de 1844, en Highworth, donde están sus bienes, para que se deliberase contra las *Corn Laws,* y donde los obreros, apáticos frente a estas leyes, pidieron para sí

otras cosas muy distintas, especialmente pequeños arrendamientos a bajo precio, y dijeron a la cara, al conde Radnor, amargas verdades de todo género. El movimiento de la clase obrera penetra también en los distritos agrícolas abandonados, inmóviles, intelectualmente muertos, y se establecerá, por la miseria dominante, con rapidez, firmeza y vivacidad, como en los distritos industriales de las fábricas. En lo que respecta al grado de religiosidad de los asalariados agrícolas, se puede decir que son más píos que los obreros industriales, si bien son muy contrarios a la Iglesia; en estos distritos son, casi exclusivamente, adherentes a la *High Church* (iglesia protestante). Un corresponsal del *Morning Chronicle,* bajo el título «Uno que ha silbado detrás del arado», informa sobre los distritos agrícolas que he visitado; cuenta, entre otras cosas, la siguiente conversación sostenida con muchos asalariados, sobre la Iglesia:

> Pregunté a uno de estos si el predicador era su propio pastor.
>
> —Sí, él es nuestro pastor. Pide limosna de continuo; ha pedido siempre limosna desde que lo conozco. –Había tenido lugar una prédica por la misiones entre los paganos.
>
> —Y desde que lo conozco –continuó otro–, no he conocido un sacerdote que, por esto o por aquello, no pida limosna.
>
> —Sí –dijo una mujer que salía de la iglesia–. Ved cómo el salario baja y ved los ricos vagabundos con quienes los curas comen y beben, y van de caza. Dios es testigo, pero estamos obligados a ir al hospicio y a morir de hambre, para mantener a los curas que van en misión entre los paganos.
>
> —¿Y por qué? –decía otra–. ¿Por qué no mandan a los pastores, que todos los días mascullan en la catedral de Salisbury, para nadie, fuera de las piedras desnudas? ¿Por qué no se van con los paganos?
>
> —Ellos no van –continuó el viejo que había interrogado primero– porque son ricos, tienen más tierras de las que necesitan, quieren tener dinero para sacarse de encima a los curas pobres; yo sé lo que quieren, porque los conozco de hace tiempo.
>
> —Pero, buenos amigos –interrumpí yo–, ¿vosotros salís de la iglesia, siempre, con esos sentimientos amargos contra los curas? ¿Por qué vais, sin embargo?
>
> —Tenemos que ir –dijo una mujer– si no queremos perder todo, el trabajo y todo; por eso vamos.
>
> Vi más tarde que obtenían algunos privilegios si iban a la iglesia, en lo referente al combustible, y un poco de terreno para cultivar patatas, ¡terreno que debían pagar!

Después de describir su miseria y su ignorancia, nuestro corresponsal termina:

> Puedo asegurar que la condición de esta gente, su miseria, su odio contra la Iglesia, su sumisión exterior, su íntima irritación contra los vendedores de milagros de la Iglesia, son la regla en los distritos agrícolas de Inglaterra y lo contrario solo la excepción.

Si la clase de los campesinos de Inglaterra, propiamente dicha, muestra las consecuencias sobre el estado de las comunas rurales, consecuencias que han producido un numeroso proletariado agrícola, concentrado en grandes propiedades, veamos ahora en Gales la disolución de los pequeños arrendatarios. Si las comunas agrícolas reproducen la contradicción entre los grandes capitalistas y los proletarios, la condición de los campesinos de Gales corresponde a la ruina progresiva de la burguesía de las ciudades. En Gales existen, en su mayoría, solo pequeños arrendatarios, que no están en situación de vender sus productos agrícolas con igual beneficio y tan barato como los grandes y favorecidos arrendatarios, con quienes compiten en los mismos mercados. Además, la naturaleza del terreno permite, en muchos lugares, solo el pasturaje, que es de poco beneficio, y por esto los habitantes de Gales, a causa de su zona apartada, en la que permanecen fijos, son mucho más estables que los arrendatarios ingleses. Pero, ante todo, la competencia entre sí y con los vecinos ingleses, y el aumento consiguiente del interés de los fundos, han hecho que ellos apenas puedan vivir, y puesto que no se percatan de las verdaderas causas de su mala situación, la buscan con todo género de peligros, con los altos peajes, etc., que detienen la formación de la agricultura y del comercio, pero que, a cada uno que toma un arrendamiento, le son calculados como cargas inherentes, y, por consiguiente, son pagados por los propietarios de las tierras. Además, la nueva ley sobre los pobres se ha hecho odiar profundamente, porque los arrendatarios mismos están siempre en peligro de caer bajo ella. En febrero de 1843, el descontento de los campesinos de Gales estalló en los conocidos «desórdenes de Rebecca»; los hombres se pusieron trajes de mujer, prendieron las puertas que en Inglaterra hacen de barreras de peaje, las rompieron entre gritos de júbilo y disparos de fusil, demolieron las chozas de los cobradores, escribieron cartas amenazadoras en nombre de la fingida «Rebecca» y asaltaron, por fin, el hospicio en Carmarthen. Cuando más tarde se llamó a las tropas y la Policía fue reforzada, consiguieron, con

extraordinaria habilidad, operaciones de distracción, y mientras destruían en un lugar, los soldados iban en dirección opuesta engañados por falsas alarmas; finalmente hubo pequeños incencios y hasta alguna tentativa de asesinato. Como siempre, estos delitos de mayor gravedad pusieron fin al movimiento. Muchos desistieron por indignación, otros por temor, y la tranquilidad volvió de nuevo por sí misma. El Gobierno envió una Comisión para hacer una investigación sobre lo acaecido y sus causas, y así terminó todo. La miseria de los campesinos continuó, y puesto que en las condiciones existentes de la sociedad no puede reducirse sino crecer, tales hechos se reproducirán, en su momento, más agravados que estas humorísticas mascaradas de «Rebecca».

Si en Inglaterra se nos presenta, en sus resultados, el sistema de la gran administración, y en Gales el del pequeño arrendamiento, en Irlanda tenemos ante los ojos las consecuencias del parcelamiento de la tierra. La gran masa de la población irlandesa está formada por pequeños arrendatarios, que tienen en arriendo una miserable cabaña, sin división interior, y un pedazo de terreno para patatas; tan pequeño, que en invierno les produce apenas el alimento necesario. Por la gran competencia que predomina entre estos pequeños arrendatarios, el crédito del terreno ha subido a un nivel inaudito, al doble o al triple del inglés. Por esto, todo asalariado agrícola a jornal busca volverse arrendatario, y aunque la división de la tierra haya aumentado mucho, subsiste todavía una gran masa de braceros que buscan un arriendo. Aunque en Gran Bretaña se cultiven 32.000.000 de acres ingleses y en Irlanda solo 14.000.000, aunque Gran Bretaña produzca anualmente 150.000.000 de esterlinas de productos agrícolas, e Irlanda solo 36.000.000, sin embargo, en Irlanda hay 75.000 asalariados agrícolas a jornal, más que en las islas vecinas[3]. Cuán grande ha de ser, en Irlanda, la competencia por el terreno, resulta de esta extraordinaria proporción, especialmente si se tiene en cuenta que ya los asalariados ingleses viven en la más extrema miseria. La consecuencia de tal competencia es, naturalmente, un interés tan elevado del terreno, que a los arrendatarios no les es posible vivir mejor que los asalariados. De este modo, el pueblo irlandés es mantenido en una miseria deprimente, de la que

no puede salir en las condiciones actuales. La gente vive en cabañas tan miserables, que poco difieren de los establos para los animales; en invierno, el alimento es más que insuficiente, o –como dice el informe– durante 30 semanas, tienen patatas para quitarse el hambre a medias, y nada que llevarse a la boca el resto del año. En la primavera, llega la época en que la reserva se termina, o se vuelve incomible porque empieza a germinar, y entonces la mujer, con los hijos, va a pedir limosna y atraviesa el país con el caldero en la mano, mientras el marido, enseguida, después de la siembra, en el mismo radio o en Inglaterra, busca trabajo y vuelve a reunirse con su familia en la época de la recolección de las patatas. En estas condiciones vive el 90 por 100 del pueblo irlandés. Los habitantes de Irlanda son pobres como las ratas, visten los andrajos más miserables y están en el grado más bajo de cultura posible en un país medio incivilizado. Según el informe citado, forman una población de 8.500.000, con 585.000 padres de familia en una total miseria y según los datos de Sheriff Alison[4] hay en Irlanda 2.300.000 hombres que no podrían vivir, sin la beneficencia pública o privada; por lo tanto, ¡el 27 por 100 de la población está formada por pobres!

Las causas de tal miseria residen en el orden social existente, particularmente en la competencia, que se da en la forma de parcelamiento del terreno. Se ha intentado descubrir otras causas; se cree que la razón de la miseria está en la posición del arrendatario frente al propietario, que arrienda sus fundos en grandes fracciones al arrendatario, quien, a su vez, tiene subarrendatarios, de modo que, a menudo, diez intermediarios están entre el propietario y el verdadero agricultor, y también en la ley perjudicial, que da al propietario el derecho, si su más próximo arrendatario no paga, de echar al verdadero agricultor, aun si este paga su interés a quien le arrienda directamente el fundo. Pero esto se refiere solo a la forma en que se presenta la miseria. Haced propietarios a los pequeños arrendatarios, ¿cuál será la consecuencia? La mayoría, aunque no tenga que pagar el arriendo, no podría vivir de su campo, y si no mejora algo, volverá en pocos años a la situación anterior, por el continuo y rápido aumento de la población. A los que por esto se encontrasen en mejores condiciones, les

crecerán los hijos, que de otro modo morirían en los primeros años, como consecuencia de la miseria y la falta de alimento. Por otro lado, se ha afirmado que la causa es la infame opresión del pueblo por parte de los ingleses. Ciertamente, esto es verdad, en cuanto que la miseria surgía prematuramente, pero no en el hecho general de que implantasen la miseria. O se acusa a la Iglesia oficial protestante, que es impuesta a esa nación católica; repártanse entre los irlandeses sus deducciones y no se llegará ni siquiera dos táleros por cabeza. Además, los diezmos están a cargo del propietario de la tierra, no del arrendatario, si bien este lo paga; ahora –según la ley de conmutación de 1838– lo paga directamente el propietario y por esto, tanto más, es computado en el arriendo, de modo que el arrendatario no está mejor que antes. Pueden alegarse aún centenares de causas, pero poco prueban. La miseria es una consecuencia necesaria de las presentes condiciones sociales y, fuera de estas, solo puede encontrarse una causa para la especie y el modo en que se presenta la miseria, pero no para la miseria misma. Que la miseria, en Irlanda, se presente así y no de otro modo, está en el carácter nacional del pueblo y en su desenvolvimiento histórico. Los irlandeses son un pueblo afín, por el carácter, con las naciones latinas, con los franceses y especialmente con los italianos. Más arriba habíamos visto, tratados por Carlyle, los lados ingratos de su carácter nacional; escuchemos ahora a un irlandés, que al menos se halla un poco más cerca de la verdad que Carlyle y sus indicaciones teutónicas:

> Son inquietos e indolentes; vigilantes e indiscretos, violentos, intolerantes y sin precisión; valerosos por instinto, arrojados sin mucha conexión; prontos a vengar las ofensas y a perdonar, a trabar y renunciar amistades; provistos espléndidamente de inteligencia, parcamente de raciocinio[5].

Entre los irlandeses domina el sentimiento y siempre la pasión; la inteligencia debe adaptársele. Su naturaleza sensual e irritable no permite que se desarrollen la reflexión y la actividad tranquila y asidua; un pueblo así no es apto para la industria, tal como se ejerce ahora. Por esto, siguen dedicados a la agricultura en modestas proporciones. En las pequeñas parcelas, que aquí no resultaron artificialmente[6], como en Francia y sobre el Rhin, de la división de las grandes propiedades, sino que son

antiquísimas, no se podía pensar en una mejora del suelo con capital invertido, pues, según los datos de Alison, se requerirían 120.000.000 de libras esterlinas, para llevar el suelo de Irlanda, al no muy alto grado de productividad del suelo inglés. La inmigración inglesa, que hubiera podido elevar el grado de cultura del pueblo irlandés, se ha contentado con la explotación brutal del mismo, y mientras los irlandeses, por su inmigración, han comunicado a la nación inglesa un fermento que dará en el futuro sus frutos, Irlanda, tiene poco que agradecer a la inmigración, inglesa.

Las tentativas de la nación irlandesa para salvarse de la perdición consisten, por un lado, en delitos a la orden del día en los distritos agrícolas y casi todos homicidios, especialmente frecuentes al sur y al oeste, contra los más próximos enemigos: los agentes de los propietarios o sus servidores obedientes, los intrusos protestantes, los grandes arrendatarios, cuyos bienes se componen de campos de patatas, cultivados por centenares de familias, etc.; por otro lado, tales tentativas se producen en la agitación por la autonomía.

De lo que se ha dicho, resulta claro que los irlandeses ignorantes han de ver en los ingleses su más próximo enemigo y el primer progreso, para ellos, está en la conquista de la independencia nacional. También es claro que la miseria no se puede anular con ninguna independencia, pero con él puede llegarse a probar que la causa de la miseria irlandesa, que parece residir afuera, debe buscarse en casa. Si, por lo tanto, es necesaria la introducción efectiva de la independencia, para llevar a los irlandeses a pensar así, dejo el asunto sin prejuzgar. Hasta ahora ni el socialismo ni el cartismo han tenido éxito en Irlanda.

Cierro mis observaciones sobre Irlanda porque la agitación por la independencia, en 1843, y el proceso de O’Connell fueron la causa de que la miseria irlandesa fuera de más en más conocida en Alemania.

Hemos seguido así al proletariado de las islas británicas, en todas las ramas de su actividad, y en todas partes encontramos indigencia y miseria, por todas partes condiciones de vida inhumanas. Hemos visto, con el proletariado, nacer, crecer, formarse, organizarse el descontento; hemos visto las luchas abiertas, cruentas e incruentas, del proletariado contra la

burguesía. Hemos estudiado los principios que determinan el destino, las esperanzas y temores de los proletarios y hemos encontrado que no hay ninguna perspectiva de mejora de su condición. Hemos tenido, aquí y allá, la ocasión de observar la conducta de la burguesía frente al proletariado, y encontramos que ella solo se contempla a sí misma, que solo sigue su propio interés particular. Y, entretanto, para no ser injustos, estudiemos un poco más de cerca su conducta.

[1] E. G. Wakefield, M. P. *Swing unmasked, or the Cause of Rural Incendiarium,* Londres, 1831, Opúsculo. Lo que citamos está en las pp. 9-13; los pasajes que, en el original, se refieren a la vieja ley sobre los pobres, entonces todavía vigente, se han omitido en la traducción.

[2] Esto se ha cumplido literalmente. Después de un periodo de expansión sin precedentes, el libre comercio ha conducido a Inglaterra a una crisis que comenzó en 1878 y que va aumentando su dimensión en 1886.

[3] *Informe de la Comisión sobre las leyes para los pobres Irlanda.* Sesión parlamentaria de 1837.

[4] *Principles of Population,* vol. II.

[5] *The State of Ireland,* Londres, 1807; 2.ª ed., 1821, Opúsculo.

[6] (1882) Error. Después de la Edad Media, la pequeña explotación agrícola fue la forma predominante de cultivo. Las pequeñas granjas existían, por lo tanto, ya antes de la Revolución francesa. Esta solo cambió la propiedad; tomó la propiedad a los señores feudales y la cedió directa o indirectamente a los campesinos.

XI
La posición de la burguesía frente al proletariado

Cuando hablo aquí de la burguesía, entiendo hablar también de la aristocracia, porque esta lo es solo, y solo privilegiada, frente a la burguesía, pero no frente al proletariado. El proletariado ve en ambas solo a los propietarios, esto es, burgueses. La diferencia consiste en que el burgués propiamente dicho está frente al proletariado industrial y en parte al de las minas, y como arrendatario, también frente al asalariado agrícola, mientras el llamado aristócrata está en contacto únicamente con una parte del proletariado de las minas y con el agrícola.

No he visto nunca una clase tan profundamente desmoralizada, tan irremediablemente corrompida por el egoísmo, íntimamente corroída e incapaz de todo progreso, como la burguesía inglesa; y aquí aludo a la burguesía genuina, especialmente a la liberal, a la que quiere abolir las *Corn Laws*. Para ella nada existe en el mundo fuera del amor al dinero, porque no aspira a otra cosa que a ganar dinero; no conoce beatitud alguna fuera de la fácil ganancia; ningún dolor, excepto la pérdida del dinero[1]. En la avidez y en la sed de ganancia no es posible que quede inmaculada una sola idea humana. ciertamente, estos burgueses ingleses son buenos maridos y buenos miembros de familia, poseen toda clase de virtudes privadas y aparecen, en las relaciones privadas respetables y decorosos como los otros burgueses; también en el comercio son más tratables que los alemanes, no regatean tanto como nuestros tenderos. Pero ¿de qué vale todo esto? En última instancia, solo el interés, y especialmente la ganancia de dinero, es lo único que tiene valor. Yo iba una vez por Mánchester con uno de estos burgueses y le hablaba de la mala estructura de las casas, de la horrible

condición de un cuarto para el trabajo y declaraba no haber visto nunca una ciudad tan mal construida. El señor observó todo tranquilamente, y en la esquina me dejó, diciendo: «Y, sin embargo, aquí se ha ganado mucho dinero; ¡buenos días, señor!». Al burgués inglés le es indiferente que sus obreros sufran hambre si él gana dinero. Todos los medios de existencia son evaluados por la ganancia de dinero y lo que no rinde dinero es tontería no práctica, idealista. Para ello está la economía nacional, la ciencia que enseña a ganar dinero, la ciencia favorita de estos sórdidos hebreos. La relación que existe entre el fabricante y el obrero no es humana, sino simplemente económica. El fabricante es el «capital», el obrero es el «trabajo». Y si el obrero no quiere dejarse encerrar en esta abstracción; si afirma no ser el «trabajo», sino un hombre que, entre otras, tiene también la calidad de obrero; si piensa que no debe ser empleado como trabajo, que no debe ser comprado y vendido como mercancía en el mercado, entonces el burgués ya no quiere saber nada más. Los burgueses no pueden concebir que, frente a los obreros, puedan ellos estar en otra relación que la de la compra y venta; no ven en los obreros hombres, sino *manos,* como los nombran abiertamente; no reconocen otro ligamento entre hombre y hombre, como dice Carlyle, que el simple pago. Así, el vínculo que los une a la mujer es, en el 99 por 100 de los casos, solo un «simple cálculo». La miserable esclavitud en que mantiene al burgués el dinero está, a causa del dominio burgués, impresa en el lenguaje. El dinero determina el valor del hombre; este hombre vale cien mil libras. *He is worth ten thousand ponds,* es decir, él las posee. El que tiene dinero es *respectable,* pertenece «a la mejor sociedad *(the better sort of people)* es influyente *(influential)* y cuanto hace destaca en su círculo. Todo el lenguaje está lleno de su espíritu tacaño, todas las relaciones se presentan con expresiones del comercio y se explican con categorías económicas. Demanda y oferta, *supply and demand,* estas son las fórmulas por las que la lógica de los ingleses juzga toda la vida humana. De ahí la libre competencia en todas las cosas, de ahí el *régime* del *laissez-faire* y del *laissez-aller,* en la administración, en la medicina, en la instrucción y bien pronto también en la religión, donde el dominio de la Iglesia de Estado tambalea aún más. La libre competencia no

quiere ningún freno, ninguna intromisión del Estado; el Estado le es un estorbo; estaría a sus anchas en un estado de cosas privado de cualquier ordenación coordinadora, donde cada uno pudiera explotar al otro a su gusto. Pero como la burguesía no puede tener frenado al proletariado sin el Estado, que le es necesario, entonces lo vuelve contra aquel y trata de tenerlo alejado de sí lo más posible.

No se crea, sin embargo, que el inglés «instruido» muestre tan abiertamente este egoísmo. Al contrario, lo cubre con la más baja hipocresía. ¿Cómo los ricos ingleses no habían de pensar en los pobres, ellos que han erigido institutos de beneficencia como en ningún otro país? ¡Sí, institutos de beneficencia! ¡Como si al proletario le fuese de utilidad que vosotros le chupéis la sangre hasta la última gota, para poder ejercitar vuestros pruritos de vanidosa y farisaica beneficencia, y mostraros ante el mundo cual potentes benefactores de la humanidad, cuando restituis al desangrado la centésima parte de lo que le pertenece! Beneficencia que envilece más al que la hace que al que la recibe; beneficencia que echa aún más en el polvo al aplastado; beneficencia que pretende que el paria, degradado y arrojado fuera de la sociedad, deba renunciar a su último derecho de humanidad, deba mendigar la clemencia de la burguesía, para que esta tenga la bondad de imprimir en la frente del pobre, con la limosna, la marca de la degradación. Y esto no es todo. Escuchemos a la misma burguesía inglesa. No hace todavía un año que leía en el *Manchester Guardian* la siguiente carta dirigida a un redactor, carta que fue publicada sin ningún comentario, como cosa natural y razonable:

> Señor redactor:
>
> Desde hace tiempo se encuentran en las calles principales de nuestra ciudad una cantidad de pobres que, en parte con sus vestidos rotos, en parte con su aspecto enfermo, en parte con heridas abiertas y mutilaciones, buscan atraerse la compasión de los paseantes con maneras frecuentemente insolentes y molestas. Yo pienso, desde que no solo se pagan las tasas para pobres, sino también se contribuye suficientemente a los institutos de beneficencia, que se ha hecho bastante para tener el derecho de no verse colocado ante semejantes molestias, desagradables y obscenas; y ¿para qué se paga un impuesto tan alto para el mantenimiento de la Policía de la ciudad, si esta ni una sola vez provee a que se pueda caminar por las calles tranquilamente?

Espero que la publicación de estos renglones en su difundido diario inducirá a la fuerza pública a suprimir este inconveniente.

Una señora.

¡Esto es! La burguesía inglesa es benefactora por interés, no echa nada por la ventana, trata sus donaciones como una operación comercial; hace un negocio con los pobres y dice: «Si yo gasto tanto con fines de caridad, yo me compro con ello el derecho de no ser molestada posteriormente, así os-obligo a permanecer en vuestras oscuras cuevas y a no molestar mis nervios delicados con la exhibición de vuestra miseria. Podéis todavía desesperaros, pero debéis hacerlo en silencio; esto me lo reservo, esto me lo compro con mi suscripción de 20 libras a favor del hospital». ¡Oh, esta es la infame beneficencia de un burgués cristiano! Y así escribe una «señora», lo hemos leído, y una señora; hace bien en firmar así; ¡no tiene, afortunadamente, el coraje de llamarse una mujer! Pero si las «señoras» son así, ¿cómo estaremos con los «señores»? Se me dirá que se trata de un caso aislado. Pero no, la carta suscrita expresa el sentimiento de la gran mayoría de la burguesía inglesa; de otro modo, no hubiera sido recibida por el redactor, y este hubiera hecho una réplica que he buscado en vano en los siguientes números. Y en lo que concierne a la eficacia de la beneficencia, el canónigo Parkinson dice que los pobres son mucho más socorridos por sus iguales que por la burguesía, y la ayuda de un buen proletario, que sabe lo que es el hambre y para quien dividir la escesa comida es un sacrificio que cumple con alegría, tiene también otro sentido que la limosna arrojada desde el lujo burgués.

La burguesía finge, además, una humanidad ilimitada, pero solo cuando lo requiere su interés particular, así en su política como en su economía nacional. Se atormentó durante cinco años en demostrar a los obreros que deseaba, solo en el interés de los proletarios, abolir las *Corn Laws.* La cuestión es esta: las *Corn Laws,* que mantienen el precio del pan más elevado que el de otros países, mantiene alto también el salario y hace difícil al fabricante la competencia contra esos otros países en donde el precio del pan, y por lo tanto el salario, son más bajos. Abolidas las *Corn Laws,* disminuye el precio del pan, y el salario se acerca al de los otros

países civilizados de Europa, lo que resultará claro a todos, según los principios arriba desarrollados sobre la regulación del salario. El fabricante puede, pues, hacer más fácilmente la competencia, crece la demanda de las mercancías inglesas y con ella la demanda de obreros. A continuación del aumento de la demanda crecerá, por cierto, un poco el salario, serán ocupados los obreros sin pan; pero ¿hasta cuándo dura esto? La «población excedente» de Inglaterra, y especialmente de Irlanda, es suficiente para proveer los obreros necesarios a la industria inglesa, aun si esta se duplicase; en pocos años, el leve beneficio de la abolición de las *Corn Laws* estaría otra vez a la par, seguiría una nueva crisis y estaríamos en la misma condición anterior, mientras el primer estímulo en la industria aceleraría también el aumento de la población. Los proletarios ven todo esto claramente y lo han dicho centenares de veces a la cara del burgués; la clase de los fabricantes, que toma a pecho solo el interés inmediato que le aportaría la abolición de las leyes sobre los granos, es bastante limitada para no ver que tampoco a ella le traerá esta medida ninguna ventaja duradera, mientras que la competencia de los fabricantes entre sí llevaría bien pronto la ganancia de cada uno al mayor nivel; si, no obstante, esta clase grita hasta hoy, ante los obreros, que todo se hace para su bien, que solo por los millones de hambrientos contribuyen los ricos del partido liberal con centenares y millares de esterlinas para la caja de la *Anti-Corn Law League,* todos saben que ellos no sacrifican su capital y que calculan ganar diez o cien veces más, en los primeros años, con la abolición de las *Corn Laws.* Los obreros no se dejan desviar más por la burguesía, especialmente después de la insurrección de 1842. A cada uno que finge atormentarse por su bienestar, le exigen, como piedra de toque de la pureza de sus opiniones, que se declare a favor de la «Carta del Pueblo», y de este modo protestan contra toda ayuda extraña, ya que en la Carta no piden más que la facultad de ayudarse por sí mismos. A quien no hace esto le declaran la guerra con pleno derecho, sea un enemigo abierto o un falso amigo. Además, la *Anti-Corn Law League* ha empleado, para ganarse a los obreros, las más despreciables mentiras y los artificios más despreciables. Quiere hacerles creer que el precio del trabajo está en relación inversa al precio del grano,

que el salario es alto cuando el costo del grano es bajo y viceversa, hecho que ha intentado probar con los argumentos más ridículos, hecho que es en sí mismo ridículo, como cualquier afirmación que sale de la boca del economista. Por si esto no bastase, se promete a los obreros la más prodigiosa felicidad, a consecuencia de la creciente demanda en los mercados de trabajo; no se tuvo vergüenza de llevar por las calles dos modelos de hogazas, en la mayor de las cuales estaba escrito: «Hogaza americana de ocho centavos, salario de cuatro chelines por día», y en la otra, mucho más pequeña: «Hogaza inglesa de ocho centavos, salario de dos chelines por día». Pero los obreros no se han dejado inducir en error. Conocen demasiado bien a sus patrones. Si se quiere conocer bien la hipocresía de estas hermosas promesas, obsérvese la práctica. Hemos visto, en el curso de nuestra exposición, cómo la burguesía explota, bajo cualquier forma, al proletariado para sus fines. Hasta ahora hemos visto a los burgueses aislados maltratar a su modo propio al proletariado. Pasemos ahora a las relaciones en que la burguesía, como partido, como poder del Estado, se presenta frente al proletariado. Es claro que toda la legislación tiende a proteger a los propietarios contra los que nada poseen. Las leyes son necesarias solamente porque existen los que nada poseen, y aun cuando esto esté directamente expresado en pocas leyes, en algunas, por ejemplo, contra la vagancia y la falta de asilo, por las que el proletariado, como tal, es considerado contrario a la ley, la hostilidad contra el proletariado está tan en el fondo de la ley, que los jueces, especialmente los de paz, que también son burgueses, y con quienes el proletariado está más en contacto, encuentran en la ley, sin más ni más, este significado de hostilidad. Si un rico es llevado ante la justicia o, mejor dicho, citado, el juez se lamentará de obligarle a tanta molestia, vuelve el asunto en su favor cuanto puede, y si debe condenarlo, le duele infinitamente, etc., y el resultado es una mísera multa, que el burgués arroja sobre la mesa con desprecio y altanería. Cuando le toca a un pobre diablo el comparecer ante el juez de paz, pasa, casi siempre, la noche en prisión con otros muchos; desde el principio es considerado culpable y tratado duramente, y su defensa es anulada con un expresivo: «¡Oh!, conocemos esa escapatoria», se le inflige una multa que

no puede pagar y que expiará con dos meses de trabajos forzados. Y si nada se le puede probar, se lo envía a trabajos forzados como pillo y vagabundo dos expresiones que van casi siempre juntas.

El partidismo del juez de paz, especialmente en el campo, supera cualquier imaginación y está tan a la orden del día, que todos los casos no demasiado ruidosos son referidos tranquilamente en los diarios, sin comentario alguno ni es de esperarse otra cosa. Por un lado, estos *dogberries* interpretan la ley según el sentido que tiene, y por otro lado, son burgueses que, ante todo, ven en los intereses de su clase la base de todo el orden social verdadero. Y como los jueces de paz, se comporta la Policía. El burgués puede hacer lo que quiere; frente a él, el agente de Policía es siempre cortés y se atiene estrictamente a la ley; pero el proletariado es tratado brutalmente; su miseria hace recaer en él la sospecha de todo posible delito, y le impide los medios legales contra todas las arbitrariedades de los patrones; para el obrero no existen las formas protectoras de la ley; la Policía entra, sin más ni más, en su casa, lo arresta y maltrata. Solo a veces, si una asociación obrera, como la de los mineros, contrata un Roberts, solo entonces se manifiesta verdaderamente la escasa protección que la ley le ofrece al obrero y cómo la mayor parte de las veces estos deben soportar todo el peso de la ley sin gozar de ni uno solo de sus beneficios.

Hasta ahora, la clase poseedora combate en el Parlamento contra los sentimientos mejores de quienes no están todavía vencidos por el egoísmo, para sojuzgar más y más al proletariado. Una tierra comunal tras otra se pone en manos de las autoridades y se cultivan, lo que permite el desarrollo de la agricultura, pero causa un perjuicio considerable al proletariado. En estas tierras, el pobre podía tener un asno, un cerdo o algunos gansos; los muchachos y los jóvenes tenían un lugar donde podían jugar y correr al descubierto; esto va disminuyendo cada día; el bienestar de los pobres se limita más aún, y la juventud, a quien se roba su espacio, va a las tabernas. Los *Acts parlamentarios,* para la disolución de las tierras comunales, fueron aprobados en gran número en cada sesión. Cuando el gobierno, en la sesión de 1844, se decidió a obligar a la sociedad ferroviaria, monopolista de todo

servicio, a hacer posible también para los obreros el viajar en ferrocarril con un boleto de costo proporcionado a su condición (un penique la milla) y cuando el gobierno propuso que, diariamente, un tren de tercera clase fuese introducido en cada ferrocarril, «el venerable padre en Dios», el obispo de Londres, pidió que el domingo, único día que los obreros ocupados podían viajar, fuese excluido de dicha obligación, y así el domingo se permitió viajar solamente a los ricos. Esta propuesta era demasiado evidente y clara para que pudiese pasar, y por ello cayó. No tengo aquí bastante espacio para enumerar los muchos ataques ocultos que se han hecho al proletariado solo en cada sesión. Hablaré únicamente de una, de la misma sesión de 1844. Un oscurísimo miembro del Parlamento, un señor Miles, propuso una ley para reglamentar las relaciones entre patrones y servidores, una ley que parecía casi sin importancia. El gobierno aceptó la ley y esta fue remitida a una comisión. Entretanto, estalló el paro entre los mineros del norte y Roberts emprendió una gira triunfal a través de Inglaterra, con sus obreros puestos en libertad. Cuando la ley salió de la comisión, se vio que habían sido inscritas algunas cláusulas despóticas al mayor grado, en especial una por la que se daba al patrón el poder de llevar, ante cualquier juez de paz, al obrero que verbalmente o por escrito hubiese firmado contrato por cualquier trabajo, aun una ayuda ocasional, en caso de negativa de servicio, o ante cualquier otra falta. Bajo el juramento del patrón o de sus agentes y capataces –es decir, por el juramento del querellante–, el obrero podía ser condenado a prisión o hasta dos meses de trabajos forzados.

Esta ley despertó en los obreros la mayor cólera, tanto más que el Parlamento trataba, a la sazón, la ley de las diez horas y se había producido gran agitación. Se realizaron centenares de asambleas y se expidieron a Londres centenares de peticiones obreras, al defensor del proletariado en el Parlamento, Thomas Duncombe. Este era, junto al «joven inglés» Ferrand, el único opositor enérgico, pero como los otros radicales vieron que el pueblo se declaraba contra la ley, uno tras otro fueron cambiando de frente y se pusieron de parte de Duncombe, ya que tampoco la burguesía liberal tenía valor, ante la agitación obrera, de pronunciarse a favor de la ley; y

como nadie, frente al pueblo, se interesaba con energía por esa ley, esta cayó estrepitosamente.

La más abierta declaración de guerra de la burguesía contra el proletariado es la teoría malthusiana de la población, y la nueva ley de pobres proviene de ella. He hablado muchas veces de la teoría malthusiana. Resumamos brevemente sus principales conclusiones, según las cuales la tierra tendría siempre superabundancia de población y debería, por tanto, imperar siempre la indigencia, la miseria, la pobreza y la inmoralidad; el destino de la humanidad sería existir en número demasiado grande y, por lo tanto, hallarse dividida en clases diferentes: unas más o menos ricas, instruidas, morales; otras más o menos pobres, miserables, ignorantes e inmorales. Resulta, prácticamente –y Malthus mismo saca esas conclusiones– que la beneficencia y las cajas para pobres no tendrían sentido, porque servirían solo para mantener y provocar el aumento de la población, cuya competencia rebajaría el salario; que el empleo de pobres, por parte de las congregaciones de caridad, sería algo insensato, porque mientras solo una determinada cantidad de productos de trabajo puede ser consumida, por cada obrero sin pan que es ocupado debe quedar sin trabajo otro, que hasta ese momento lo tenía, y así la industria privada sufre perjuicios, en beneficio de las industrias de las congregaciones de caridad; que no se trata, pues, de nutrir la población excedente, sino de limitarla de uno u otro modo. Malthus declara, con palabras ásperas, que el derecho, reconocido hasta ahora, de cada hombre que existe en el mundo a los medios de subsistencia es un absurdo. Cita las palabras del poeta: el pobre viene a la mesa solemne de la naturaleza y no encuentra para sí ningún cubierto –y agrega–: la naturaleza le ordena irse «porque antes de su nacimiento él no preguntó a la sociedad si esta lo quería». Esta teoría es ahora la preferida de todos los genuinos burgueses de Inglaterra, y es natural, porque para ellos constituye el más cómodo lecho de ociosidad y es muy buena para la actual situación. Si no se trata ya de utilizar la «población sobrante», de transformarla en población útil, sino simplemente de dejar morir de hambre a la gente, de la manera más fácil, y de oponerse a que dé al mundo demasiados niños, se llega a la insignificancia de que la «población excedente» debe comprender

su propia inutilidad y dejarse, de buen grado, morir de hambre. Los proletarios se han empecinado en creer, con sus laboriosas manos, que son justamente los útiles, y que los ricos señores capitalistas no son nada, son los verdaderos sobrantes.

Pero puesto que los ricos poseen todavía el poder, los proletarios deben someterse, aun cuando no quieran admitirlo de buena voluntad, a ser declarados, por la ley, como realmente inútiles. Esto sucede en la nueva ley sobre los pobres. La vieja ley, que se basa en el *Act* de 1601 *(43rd of Elizabeth),* deriva todavía ingenuamente del principio de que era deber de la comunidad el proveer a los pobres de los medios de subsistencia. Quien no tenía trabajo recibía ayuda, y el pobre veía cómo, con el tiempo, la comuna estaba obligada a socorrerlo, antes que muriese de hambre. Pedía el socorro semanal como un derecho y no como una gracia, y esto, al fin, pareció demasiado grave a la burguesía. En 1833, cuando por el *Reform Bill* asumía el gobierno, y, al mismo tiempo, se desarrollaba por completo el pauperismo de los distritos agrícolas, puso mano, de pronto, a la reforma de las leyes sobre los pobres, desde su punto de vista. Fue nombrada una Comisión, con el encargo de estudiar el ejercicio de las leyes sobre los pobres y descubrir una gran cantidad de abusos. Se encontró que la clase obrera del campo estaba desnuda, pauperizada, completamente o en parte, y dependía de la caja de los pobres, porque esta, si el salario era bajo, daba a los pobres el suplemento; se encontró que este sistema, que mantenía al desocupado y ayudaba al mal pagado con muchos hijos, concedía alimentación al padre de hijos legítimos, reconocía que la pobreza estaba necesitada de protección, era un sistema que arruinaba al campo, y, en palabras del informe de los comisionados:

> Era un obstáculo para la industria, una recompensa para los matrimonios imprudentes, un estímulo al aumento de la población y que la influencia de la mayor población rebajaba el salario; que era una institución nacional para estancar a los diligentes y honestos y estimular a los pillos, viciosos e imprevisores; que rompía los lazos de la familia, impedía la acumulación sistemática del capital, disolvía el capital existente y arruinaba a los contribuyentes; además, concediendo alimento al padre de hijos legítimos, «ponía un premio a estos[2].

Esta descripción de las influencias de la vieja ley sobre los pobres es muy justa; la limosna favorece la holgazanería y el aumento de la «población excedente». En la condición actual está clarísimo que el pobre es forzado a hacerse egoísta, y, si puede, apenas está bien, antes que trabajar permanece ocioso. Pero de esto solo se sigue que las condiciones actuales de la sociedad no son buenas para nada, pero no que, como pretenden los comisionados malthusianos, la pobreza deba tratarse como un delito y, como tal, debe ser castigada con penas atroces que puedan servir de advertencia a otros.

Estos sabios malthusianos estaban tan convencidos de la infalibilidad de su teoría, que no dudaron un momento en arrojar a los pobres al lecho de Procusto de las propias opiniones, y tratarlos, según estas, con severidad repugnante. Convencidos, con Malthus y otros partidarios de la libre competencia, que lo mejor era dejar a cada uno el cuidado de sí mismo, de introducir por consiguiente el *laissez-faire,* hubieran querido de buena gana abolir del todo las leyes sobre los pobres. Como todavía no tenían autoridad ni valor, propusieron una ley sobre los pobres, malthusiana al máximo, que es más bárbara que el *laissez-faire,* porque es activa, mientras este es solo pasivo. Vimos cómo Malthus caracteriza la pobreza, o más bien la falta de empleo, como un delito bajo el nombre de «superpoblación», y recomienda que el castigo adecuado para dicho delito sea el hambre. Los comisionados no eran tan bárbaros: morir de hambre tiene, incluso para ellos, algo de terrible. «Bien», dijeron los comisionados, «vosotros, pobres, tenéis el derecho de existir, pero solamente de existir; no tenéis el derecho de procrear, como tampoco el de existir humanamente. Sois una plaga nacional y, si no podemos eliminaros inmediatamente como a cualquier plaga, es preciso que sepáis que lo sois, que debéis ser mantenidos a raya e incapacitados para producir más "sobrantes". Vivid, pero que vuestra vida sirva de ejemplo a todos aquellos que puedan tener la ocasión de llegar a ser superfluos».

Los comisionados propusieron la nueva ley sobre los pobres, aprobada por el Parlamento en 1834 y aún hoy en vigor. Se suprimieron todas las ayudas en dinero y víveres; el único socorro que se mantuvo fue el asilo de

pobres, que se construyeron por todas partes. La organización de estos asilos o, como el pueblo las llama, bastillas de la ley sobre los pobres está dispuesta en tal forma que aterrorizaría a cualquiera que pueda tener todavía alguna posibilidad de abrirse camino sin tener que acudir a esta beneficencia pública. A fin de que el asilo de pobres no sea requerida más que en casos extremos, y que el esfuerzo de cada uno sea llevado al máximo grado, antes de hacerse ayudar por las mismas, el asilo de pobres está organizado de la manera más repugnante que el refinado talento de un malthusiano pueda concebir. El alimento es peor que el del más pobre de los obreros ocupados, mientras el trabajo es más duro; de lo contrario, estos preferirían permanecer en el asilo de pobres más bien que llevar su lamentable existencia. Muy rara vez se les da carne, y menos fresca; generalmente comen patatas, pan de peor calidad, harina de avena, poca o ninguna cerveza. También la dieta de los prisioneros es mejor, de modo que los inquilinos de estos asilos cometen voluntariamente alguna falta solo para ir presos. Un asilo de pobres es una prisión; el que no cumple con su trabajo reglamentario, no recibe de comer; el que quiere salir, debe pedir un permiso que le puede ser negado, según su conducta o la opinión que el inspector tenga de él; está prohibido fumar, así como aceptar regalos de amigos y parientes de afuera; los pobres llevan un uniforme especial y están, sin protección, en poder y al arbitrio del inspector. A fin de que su trabajo no haga competencia a la industria privada, se da a los pobres, por lo general, ocupaciones casi inútiles; los hombres pican piedras «tantas cuantas un hombre pueda en una jornada»; las mujeres, los niños y los viejos, deben tirar de los cables de los barcos, no recuerdo para qué fin insignificante. Para que los «sobrantes» no se multipliquen y los padres «desmoralizados» no puedan ejercer influencia sobre sus hijos, se disuelven las familias: el marido es enviado a uno de los asilos, la mujer a otro, los hijos a un tercero, y solo pueden verse en fechas determinadas, nunca con frecuencia, y siempre que se hayan portado bien a juicio del funcionario. Y para que las miasmas del pauperismo queden completamente aisladas, en estas bastillas del mundo exterior, los inquilinos solo pueden recibir visitas

en el locutorio y a voluntad de los inspectores, en general bajo su vigilancia, y solo con su permiso pueden tener relación con gente de afuera.

El alimento debería ser sano y el tratamiento, humano. Pero el espíritu de la ley habla demasiado fuerte para dejar oír esta exigencia. Los comisionados de la ley sobre los pobres y toda la burguesía inglesa se engañan cuando consideran posible la aplicación del principio, sin tener en cuenta las consecuencias. El trato que la nueva ley prescribe, en su letra, está en contradicción con el significado de la ley misma; si la ley declara delincuentes a los pobres, cárceles a los asilos de los pobres, coloca a sus inquilinos fuera de la ley, como objetos de asco y horror, existentes al margen de la humanidad; toda orden en contra no vale nada. En la práctica se sigue, en el trato a los pobres, el espíritu y no la letra de la ley. He aquí un ejemplo:

En el asilo de pobres de Greenwich, en el verano de 1843, un chico de cinco años fue encerrado en castigo, durante tres noches, en la cámara mortuoria, donde tuvo que dormir sobre las tapas de los ataúdes. En el de Herne sucedió lo mismo con una niñita que durante la noche no había mantenido seca su cama; esta clase de castigo parece ser el preferido. Este hospicio, que está situada en uno de los más bellos lugares de Kent, se distingue también porque todas sus ventanas miran hacia el interior, hacia el patio, y solo dos, hacia afuera, permiten a los inquilinos echar una mirada al mundo exterior. El escritor que cuenta esto, en el *Illuminated Magazine,* cierra su descripción con estas palabras: «Si Dios condena a los hombres por los delitos, como el hombre castiga a otros por la pobreza, ¡ay de los hijos de Adán!».

En noviembre de 1843 murió en Leicester un hombre que había sido enviado, hacía dos días, del asilo de pobres de Coventry. Los detalles sobre el trato que se da a los pobres en este lugar producen indignación. Un hombre, George Robson, tenía una herida que no le habían curado; se le hacía trabajar en una bomba, que debía poner en movimiento con el brazo sano; además, recibía solo el alimento común del asilo, que no podía digerir por debilidad, a consecuencia de la herida no curada; se debilitó forzosamente más aún, y cuanto más se lamentaba, tanto más brutal era el

trato. Cuando su mujer, que también estaba en un asilo, quería llevarle un poco de cerveza, le gritaban y debía beberla toda en presencia de la celadora. Cayó enfermo, pero el trato que recibió no fue mejor. A petición propia, y bajo los epítetos más insultantes, salió del asilo acompañado de su mujer. Dos días después moría en Leicester, como declaró el médico de la inspección de los cadáveres, a consecuencia de la herida descuidada y de la comida indigerible para su estado de salud. Cuando consiguió salir del asilo, se le entregaron cartas para él que contenían dinero, ¡cartas que fueron retenidas seis semanas y habían sido abiertas por el director según una norma del establecimiento! En el asilo de pobres de Birmingham sucedían cosas tan feas que, a finales de 1843, fue enviado un inspector para hacer una investigación. Encontró que cuatro *trampers* habían sido encerrados desnudos en el hueco debajo de la escalera y mantenidos así ocho o diez días, hambrientos, sin darles nada de comer antes de mediodía, durante la estación más rigurosa. Un niñito había sido mandado a todas las prisiones del establecimiento: primero en un trastero sucio y estrecho; después, dos veces en el hueco de la escalera; la segunda vez, tres días y tres noches preso en la vieja perrera, que era todavía peor; después, en la habitación para vagabundos, un agujero estrecho, hediondo, sucio, repugnante, con un asiento de madera, donde el funcionario, en su revisión, encontró dos chicos andrajosos y encogidos por el frío, que estaban allí desde hacía cuatro días. En la perrera había, a veces, siete, *y* en la habitación para vagabundos, hasta veinte *trampers*. También las mujeres eran confinadas en la perrera, en castigo por no querer ir a la iglesia, y una había sido abandonada en la habitación de vagabundos hasta por cuatro días, donde Dios sabe en qué compañía estuvo, y todo esto mientras estaba enferma y tomaba medicinas. Otra mujer había sido mandada, por castigo, al hospital de locos, aunque estaba cuerda. En el asilo de pobres de Bacton, en Suffolk, se hizo una investigación similar en enero de 1844, de la que resultó que una deficiente había sido colocada como enfermera, y usaba toda clase de malos tratos con los enfermos, y los que, de noche, eran inquietos o levantiscos, eran atados con cuerdas, arriba o debajo del lecho, a fin de ahorrar a la celadora la fatiga de vigilarlos; un enfermo fue

encontrado muerto en tales condiciones. En el asilo de pobres de St. Pancras en Londres, donde se cosen camisas baratas, un epiléptico se asfixió en el lecho sin que nadie fuese a socorrerlo; en ese mismo asilo duermen de cuatro a seis, a veces hasta ocho muchachos, en una sola cama. En el asilo de Shoreditch, en Londres, un hombre fue puesto una noche en cama con un enfermo que tenía la fiebre más violenta, y el lecho estaba lleno de alimañas. En el hospicio de Bethnal Green, en Londres, una mujer encinta de 6 meses fue encerrada con su hijo, que no tenía dos años, desde el 28 de febrero hasta el 20 de marzo de 1844, sin haber sido registrada ni ingresada en el asilo, sin dejarle usar una cama o un lugar para satisfacer sus necesidades. Su marido fue llevado al asilo y cuando rogó que se librase a su mujer de esta prisión, recibió, por su insolencia, veinticuatro días de castigo a pan y agua. En el asilo de Slough, cerca de Windsor, en septiembre de 1844, se estaba muriendo un hombre; su mujer fue, llegando a las 12 de la noche al asilo de pobres, donde no la admitieron; a la mañana siguiente, recibió el permiso de ver a su marido solo por media hora y en presencia de la celadora, que se irritaba por la visita de la mujer y le decía a cada instante que se fuera. En el asilo de pobres de Middleton, en Lancashire, había, a veces, dieciocho pobres de ambos sexos que dormían en una sola habitación. Este lugar no estaba sometido a la nueva sino a la precedente ley sobre los pobres *(Gilbert's Act)*. El inspector tenía una cervecería por su cuenta en el asilo. En Stockport, un viejo de 72 años fue, el 31 de julio de 1844, llevado del asilo ante el juez de paz porque no quería partir piedras y pretendía no poder hacer este trabajo por la edad y rigidez de una rodilla. En vano se ofrecía a tomar cualquier otra tarea que fuera apropiada a sus fuerzas; fue condenado a catorce días de trabajo forzados. En el asilo de Basford un inspector, en febrero de 1844, encontró que no se habían cambiado las sábanas de las camas en trece semanas, las camisas en cuatro semanas, las medias de dos a diez meses, de modo que de 45 chicos, solo tres tenían todavía medias y todas las camisas estaban a pedazos. Las camas hervían de alimañas y las escudillas eran lavadas en los recipientes para la orina. En el asilo de pobres del oeste de Londres, un conserje que era sifilítico y que había contagiado su enfermedad a cuatro niñas, no fue

despedido, y otro portero se llevó una chica de una de las salas, la escondió en su cama y durmió cinco noches con ella. Tampoco este fue echado.

Como la vida, así es la muerte; los pobres son enterrados sin el menor miramiento, como bestias. El cementerio de los pobres de St. Brides, en Londres, es un pantano desnudo, que después de Carlos II fue utilizado como cementerio, lleno de montones de huesos; cada miércoles, los pobres muertos son tirados en un agujero de catorce pies de profundidad, el pastor barbota apuradamente su letanía, el agujero es cubierto con tierra de cualquier modo, para ser reabierto el miércoles siguiente, y así hasta que está lleno de cadáveres. El olor de putrefacción apesta la vecindad. En Mánchester, el cementerio de los pobres de la ciudad vieja yace frente al Irk, lugar desierto e irregular. Hace como dos años, a través de este lugar se construyo una vía férrea. Si hubiera sido este un cementerio respetable, ¡cómo habrían gritado, burgueses y clero, por la profanación! Pero era el cementerio de los pobres, el lugar de descanso de los pobres y de los «sobrantes», y así, a nadie le molestaba esto. No se tuvo nunca el cuidado de trasladar los entremezclados cadáveres a la otra parte del cementerio, se cavó cuanto se quiso, se hundieron estacas en las tumbas recién hechas, de modo que salía el agua del suelo pantanoso, mezclado con materias pútridas, llenando los alrededores con los gases repugnantes y nocivos. No puedo describir con más detalle la repugnante brutalidad que acompañó a este trabajo.

¿Puede asombrarse alguien de que los pobres se nieguen a aceptar la beneficencia pública en estas condiciones? ¿Que prefieran morir de hambre, antes que ir a estas bastillas? Tenemos delante cinco casos de desdichados que murieron de hambre, real y voluntariamente, y aun pocos días antes de morir, habiéndoles la administración de los pobres negado ayuda fuera del asilo de pobres, prefirieron la propia miseria a entrar en ese infierno. Mientras tanto, los comisionados por las leyes de los pobres han logrado completamente su finalidad, pero, al mismo tiempo, los asilos de pobres acrecentaron todavía más el resentimiento de la clase trabajadora contra la poseedora, que va a la locura, más por la nueva ley sobre los pobres que por cualquier otra medida del partido dominante.

De Newcastle hasta Dover, se oye una sola voz de rebelión contra la nueva ley. La burguesía ha expresado en ella, tan claramente, su opinión sobre cuáles son sus deberes frente al proletariado, que podría ser comprendida hasta por los más estúpidos. No se había afirmado jamás, con tanta evidencia y franqueza, que los que nada tienen solo existen para dejarse explotar por los poseedores, y para morir de hambre, si los poseedores no tienen ninguna necesidad de ellos. Pero esta nueva ley sobre los pobres ha contribuido, de manera esencial, a la aceleración del movimiento obrero, y especialmente a la difusión del cartismo, y porque, en efecto, esta ley es aplicada en el campo, ha facilitado el desarrollo del movimiento proletario, inminente en los distritos agrícolas. Agreguemos, todavía, que aun en Irlanda, desde 1828, existe una ley sobre los pobres, que dispone asilos para 80.000 pobres. También allí se ha vuelto odiosa y sería todavía más odiosa si pudiera llegar a la importancia que ha alcanzado en Inglaterra. Pero ¿qué significa el mal trato de 80.000 proletarios, en un país donde hay 2.500.000 de ellos? En Escocia, salvo excepciones locales, no hay leyes sobre los pobres.

Espero, después de esta descripción de la nueva ley sobre los pobres y su acción, que no se encontrará palabra alguna demasiado dura en lo que he dicho para calificar a la burguesía inglesa. Es en disposición pública, donde esa burguesía *in corpore* como potencia, manifiesta claramente lo que quiere y lo que piensa contra el proletariado, aun en las más pequeñas actitudes, y aunque critique hechos aislados. Y que esta medida no proviene solo de una parte de la burguesía, sino que goza del sentimiento de toda la clase, lo prueban, entre otras, las discusiones parlamentarias de 1844. El partido liberal había dictado la nueva ley; el partido conservador, con su ministro Peel a la cabeza, la defendió y matizó solo algunas pequeñeces, en el *Poor Law Amandment Bill* de 1844. Una mayoría liberal dio la ley, una mayoría conservadora la ratificó y los nobles lords la aprobaron dos veces. De tal manera, se pronunció la expulsión del proletariado del Estado y de la sociedad; de tal modo, se declaró abiertamente que los proletarios no son hombres. Dejemos tranquilamente a los proletarios del Imperio británico en la conquista de sus derechos civiles[3].

Esta es la situación de la clase obrera inglesa, tal como yo la conocí en 21 meses, con mis ojos y con los datos oficiales auténticos. Y si considero tal situación mala e insoportable, como lo he repetido ya suficientemente, puedo decir que no soy el único que piensa así. Ya Gaskell declaró, en 1833, que él desesperaba de una salida pacífica, y que una revolución difícilmente podría tardar. Carlyle, declara, en 1838, que el cartismo y la acción revolucionaria de los obreros provienen de la miseria en que viven, y se maravilla de que se hayan quedado tranquilos durante ocho largos años en el banquete barmáquida, donde han sido alimentados, por la burguesía liberal, con vanas promesas; y en 1844, declara que la organización del trabajo debía ser inmediatamente iniciada, «si Europa, o por lo menos Inglaterra, quieren seguir siendo habitables». Y el *Times,* el «primer diario de Europa», en junio de 1844 dice precisamente:

> Guerra a los palacios, paz en las cabañas; este es el grito de batalla del terror, que aún volverá a oírse, como un eco, por nuestras campiñas. ¡Que estén en guardia los ricos!

* * *

Examinemos, una vez más, la suerte de la burguesía inglesa. Ocurre que la industria extranjera, y especialmente la americana, pueden mantener la competencia inglesa, aun después de la abolición, en pocos años segura, de las *Corn Laws.* La industria alemana realiza ahora grandes esfuerzos; la industria americana se ha desarrollado a pasos de gigante. América, con sus medios de existencia todavía desconocidos, con sus inconmensurables depósitos de carbón y de hierro, con la riqueza sin par de fuerza hidráulica y de ríos navegables, pero especialmente con su población activa y enérgica, frente a la cual los ingleses son flemáticos gorros de dormir, América, en menos de diez años, ha creado una industria, que ya ahora hace la competencia a Inglaterra en los artículos comunes de algodón (el artículo principal de la industria inglesa), que ha arrojado a los ingleses de los mercados del norte de Suramérica y se encuentra en China al nivel de la inglesa. Lo mismo sucede en otros ramos de la industria. Si hay un país que se apropia del monopolio industrial, es América. De este modo es vencida

la industria inglesa. Si en los próximos años subsisten las modernas condiciones sociales, la mayoría del proletariado se hará cada vez más «sobrante» y no tendrá otra alternativa que la muerte por hambre o la revolución. ¿Piensa la burguesía inglesa en tal acontecimiento? Al contrario; su economista predilecto, M'Culloch, dice en su estudio:

> No podemos pensar que un país joven como América, que no está normalmente poblado, puede ejercer con éxito la industria y hacer competencia a un viejo país industrial como Inglaterra. Sería una locura, de parte de los americanos, si quisieran intentar tal cosa, puesto que en esta tentativa no podrían sino perder el dinero que deberían emplear con más utilidad en la agricultura; cuando hayan cultivado toda la tierra, ya vendrá el tiempo en que podrán ejercer con ventaja la industria.

Esto dice el sabio burgués y toda la burguesía lo repite con él, mientras los americanos conquistan un mercado tras otro; mientras, no hace mucho, un audaz especulador americano enviaba una partida de artículos americanos a Inglaterra, donde fueron vendidos para ser reexportados.

Pero aun cuando Inglaterra mantenga el monopolio industrial, ya que los fabricantes aumentan cada día de número, ¿cuál será la consecuencia? Las crisis industriales subsistirán, y con el crecimiento de la industria y el aumento del proletariado se harán cada vez más violentas y más terribles. El proletariado, por la progresiva ruina de la clase media, por la centralización del capital en pocas manos, que llega a pasos gigantescos, aumentaría en proporción geométrica y pronto constituiría toda la nación, excepción hecha de unos pocos millonarios. Este desarrollo llega a un grado en que el proletariado comprueba que fácil le sería abatir la existente fuerza social, y de esto derivaría una revolución.

No se presentará uno ni otro caso. Las crisis comerciales, la fuerte palanca de todo desarrollo independiente del proletariado, unidas a la competencia extranjera y a la progresiva ruina de la clase media, pondrán fin más brevemente a tal estado de cosas. No creo que el pueblo sufra todavía una crisis. Probablemente, ya la próxima crisis, del año 1846 o 1847, traerá la abolición de las *Corn Laws*[4] y la Carta del Pueblo. Es predecible lo que ocasionará la Carta en los movimientos revolucionarios. Pero hasta la crisis siguiente, que según la analogía de las que hasta ahora han sucedido,

tendría que sobrevenir en 1852 o 1853, aunque podría retardarse por la abolición de las *Corn Laws* o por otras circunstancias, o acelerarse por la competencia extranjera, etc., hasta la próxima crisis, el pueblo inglés estará descuidado, se dejará explotar en beneficio de los capitalistas y depauperar hasta que los capitalistas quieran. Si hasta entonces la burguesía no entra en juicio –y, según todas las apariencias, no entrará–, estallará una revolución cuyas consecuencias no se pueden medir. Por la desesperación, los proletarios blandirán las antorchas de que habló Stephens; la venganza popular se desencadenará con un furor del que no tenemos ejemplos ni en 1793. La guerra de los pobres contra los ricos será la más sangrienta que se haya visto jamás. Entonces, aun la conversión de una parte de la burguesía hacia el partido del proletariado, incluso una mejora de la burguesía, serían inútiles. Un cambio general de sentimientos, por parte de la burguesía, solo podría conseguir un lento *juste milieu;* los que se unieran decididamente a los trabajadores formarían una nueva Gironda, y morirían en el curso del violento movimiento. No se quitan como un traje los prejuicios de toda una clase, por lo menos, entre la egoísta burguesía inglesa, inmutable y llena de prevenciones. Estas son todas las conclusiones que pueden deducirse con la mayor precisión, conclusiones cuyas premisas se apoyan, por una parte, en hechos indiscutibles del desarrollo histórico, y, por otra, en la naturaleza humana. En parte alguna, como en Inglaterra, son fáciles las profecías, porque allí todo está claro y netamente desarrollado en la sociedad. La revolución debe venir, es ya demasiado tarde para llegar a una solución pacífica del conflicto, pero podría ser más benigna de lo que hemos previsto. Esto dependerá menos del desarrollo de la burguesía que del proletariado. En la medida en que el proletariado acoja en su seno elementos socialistas y comunistas, justamente en esa misma medida, la revolución ahorrará sangre, venganza y furor. El comunismo se yergue, según su principio, sobre la oposición entre la burguesía y el proletariado; la reconoce, en el presente, solo en su desarrollo histórico, pero no la justicia en el porvenir; quiere, justamente, suprimir tal oposición. Reconoce, mientras perdura el conflicto, el resentimiento del proletariado contra sus opresores, como una necesidad, como la palanca más importante del

incipiente movimiento obrero, pero supera este resentimiento porque el comunismo es una cuestión de humanidad, no solamente una cuestión obrera. A ningún comunista se le ocurriría ejercitar, o creer, sobre todo, en las venganzas individuales, por las que el burgués, en las modernas condiciones, actuaría en forma distinta de lo que acostumbra. El socialismo inglés (es decir, el comunismo) reposa sobre el principio de la irresponsabilidad de los individuos aislados. Por lo tanto, cuanto más los obreros hagan suyas las ideas socialistas, tanto más su actual encarnizamiento, que no conduciría a nada si siguiese tan violento como ahora, se vuelve inútil y tanto más sus pasos contra la burguesía pierden en brutalidad y barbarie. Si fuese posible organizar al proletariado bajo el comunismo, antes que comience la lucha, todo se haría del modo más pacífico, pero esto no es, posible, es demasiado tarde. Creo mientras tanto, que hasta el estallido de la guerra abierta y directa de los pobres contra los ricos, que en Inglaterra se ha vuelto inevitable, la conciencia de la cuestión social se difundirá tanto en el proletariado, que, con la ayuda de los acontecimientos, el partido comunista estará, con el tiempo, en condición de controlar el elemento brutal de la revolución y prevenir un nuevo Termidor. La experiencia de los franceses no habrá sido inútil y, además, la mayor parte de los jefes cartistas ya ahora es comunista. Y como el comunismo se apoya en la contradicción entre el proletariado y la burguesía, así también, a la parte mejor de la burguesía –terriblemente pequeña, sin embargo, y solamente reclutable entre aquellos cercanos a la edad adulta– le será más fácil unirse a este, antes que al cartismo, exclusivamente proletario.

Si estas conclusiones no pueden ser probadas aquí suficientemente, no faltará otra ocasión de probarlas, como necesarios resultados del desarrollo histórico de Inglaterra. Pero continúo creyendo que la guerra de los pobres contra los ricos, que ahora se hace poco a poco e indirectamente, se hará general y directa en toda Inglaterra. Es demasiado tarde para una solución pacífica. Las clases se separan más claramente, el espíritu de resistencia penetra de más en más en los obreros, el resentimiento crece, las escaramuzas aisladas se transforman en batallas importantes y un pequeño hecho cualquiera será suficiente para poner en movimiento la avalancha. El

grito de batalla resonará entonces, ciertamente, por el país, «¡Guerra a los palacios, paz en las cabañas!», pero será demasiado tarde para que los ricos puedan todavía ponerse en guardia.

[1] Carlyle da, en su «Past and Present» (Londres, 1843), una descripción bien hecha de la burguesía inglesa y de su repugnante avidez, descripción que he traducido, en parte, en los *Anales franco-alemanes,* a los que remito.

[2] Extractos de *Information received by the Poor Law Commissioners. Published by Authority,* Londres, 1833.

[3] Para prevenir todas las malas interpretaciones y las consiguientes objeciones, quiero hacer notar que ha hablado de la burguesía como una clase y las cosas referidas respecto a inviduos aislados valen solo como prueba del modo de pensar y actuar de la clase. Por lo tanto, no me he mezclado en las distinciones de las diversas secciones y partidos de la burguesía, que tienen solo significado histórico y teórico y, por lo tanto, puedo nombrar incidentalmente a los pocos miembros de la burguesía que se han mostrado como excepciones honorables. De un lado, estos son radicales decididos, casi cartistas, como los miembros de la Cámara Baja y los fabricantes Hindley, de Ashton y Fielden, de Todmordon (Lancashire), y, por otra parte, los *tories,* humanitarios, que han formado recientemente «La Joven Inglaterra», asociación a la que pertenecen los diputados D'Israeli, Borthwick, Ferrand, lord John Manners, etc. También lord Ashley está con ellos. El objetivo de «La Joven Inglaterra» es la resurrección de la vieja «merry England» con todo su esplendor y romántico feudalismo; este fin, naturalmente, es impracticable y hasta ridículo, una burla frente a todo el desarrollo histórico, pero el buen fin, el valor de volverse contra todo lo que existe y contra los prejuicios, es ya digno de mención. Del todo solitario está el anglo-germano Thomas Carlyle, quien, originariamente *tory,* va más lejos que los nombrados. Va, más que todos los burgueses ingleses, al fondo del desorden social y pide la organización del trabajo. Espero que Carlyle, que ha encontrado el camino recto, estará en condiciones de seguirlo. Lo acompañan mis augurios y los de muchos alemanes. [1892: Pero la revolución de febrero lo convirtió en el más perfecto reaccionario; el justo desprecio contra los filisteos se cambió en despecho exarcebado de filisteo, el flujo histórico pasó más allá, arrojándolo sobre la playa.]

[4] [1892: Y así fue.]

Apéndice I
Canción de la camisa[1]

Con los dedos cansados y consumidos,
    con los párpados pesados y enrojecidos,
hallábase una mujer sentada, vistiendo harapos inhumanos,
    manejando aguja e hilo,
¡Coser! ¡Coser! ¡Coser!
    En la pobreza, en el hambre y en la mugre;
y pese a todo, con voz de dolorido acento,
    cantaba la *Canción de la Camisa.*

«¡Trabajar! ¡Trabajar! ¡Trabajar!
    ¡Mientras el gallo canta a lo lejos!
¡Y trabajar, trabajar, trabajar,
    hasta que las estrellas brillen por los intersticios del techo!
Esto es, ¡ay!, ser una esclava,
    como en los dominios de los turcos bárbaros,
donde la mujer no tiene siquiera un alma que salvar,
    si es que a este trabajo puede llamársele cristiano.

¡Trabajar! ¡Trabajar! ¡Trabajar!,
    hasta que la mente padezca vahidos;
¡Trabajar! ¡Trabajar! ¡Trabajar!
    Hasta que los ojos estén pesados y turbios!
Dobladillos, bocamanga y dobladillos,
    tablón y bocamanga y tablón,
¡hasta que caigo dormida sobre los botones,
    para seguirlos cosiendo en sueños!

¡Oh hombres con hermanas queridas!
¡Oh hombres con madres y esposas!
¡No es ropa blanca lo que desgastáis con el uso,
sino vidas de criaturas humanas!
¡Coser! ¡Coser! ¡Coser!
En la pobreza, en el hambre y en la mugre
se cose a la vez, con un hilo doble,
tanto una mortaja como una camisa.

Pero ¿por qué hablo de la muerte,
ese fantasma de espantosos huesos?
Apenas temo su terrible forma,
¡pues se me parece tanto!
Se me parece tanto,
debido a los ayunos que paso.
¡Oh Dios! ¡Por qué tendrá que ser tan caro el pan
y tan barata nuestra carne y nuestra sangre!

¡Trabajar! ¡Trabajar! ¡Trabajar!
Mi trabajo nunca flaquea.
¿Y cuál es su paga? Un camastro de paja,
un mendrugo y harapos.
Ese techo quebrado, este suelo desnudo,
una mesa, una silla rota
y una pared tan pelada que agradezco que mi sombra
se proyecte a veces en ella.

¡Trabajar! ¡Trabajar! ¡Trabajar!
De un monótono Angelus al otro.
¡Trabajar! ¡Trabajar! ¡Trabajar!
¡Como trabajan los penados por un crimen!
Tablón y bocamanga y tablón,
dobladillos, bocamanga y dobladillos,
hasta que el corazón se enferma y la mente se entumece

tanto como la mano agotada.

¡Trabajar! ¡Trabajar! ¡Trabajar!,
en la triste luz de diciembre,
¡Y trabajar! ¡Trabajar; ¡Trabajar!
cuando el tiempo es cálido y espléndido,
mientras bajo el alero
se refugian los pichones de golondrina
como para mostrarme su plumaje soleado
y advertirme que es ya la primavera.

¡Oh! Pero bastante es aspirar el aliento
de las velloritas y de las prímulas dulces,
con el cielo sobre la cabeza
y la hierba bajo mis pies;
sentirme, aunque sea solo durante una hora fugaz,
como solía sentirme antes,
antes de que conociera las calamidades de la necesidad
y lo mucho que cuesta una comida.

¡Ah! ¡Pero aunque solo sea por una hora fugaz!
¡Una tregua, por corta que sea!
No tener siquiera un descanso bendito para el Amor o la Esperanza.
¡No tener tiempo más que para el dolor!
Sollozar un poco me aliviaría el corazón,
pero en su amargo cauce
mis lágrimas deben detenerse, ¡porque cada gota,
traba aguja e hilo!»

Con los dedos cansados y consumidos,
con los párpados pesados y enrojecidos,
hallábase una mujer sentada, vistiendo harapos deshumanizados,
manejando aguja e hilo;
¡Coser! ¡Coser! ¡Coser!

En la pobreza, en el hambre y en la mugre;
pese a todo, con voz de dolorido acento
–como si pudiera hacerse oír del rico–
cantaba esta *Canción de la Camisa.*

Thomas Hood
(1798-1845)

[1] *Song of the shirt*

With fingers weary and worn, / With eyelids heavy and red, / A woman sat, in unwomanly rags, / Plying her needle and thread— / Stitch! Stitch! Stitch! / In poverty, hunger, and dirt, / And still with a voice of dolorous pitch / She sang the *Song of the Shirt*!

«Work! Work, Work! / While the cock is crowing aloof! / And work-work-work, / Till the stars shine through the roof! / It's Oh! to be a slave / Alog with the barbarous Turk, / Where woman has never a soul to save, / If this is Christian work.

Work-work-work, / Till the brain begins to swim; / Work-work-work! / Till the eyes are heavy and dim! / Seam, and gusset, and band, / Band, and gusset, and seam, / Till over the buttons I fall asleep, / And sew them on in a dream!

Oh, men with sisters dear! / Oh, men, with mothers and wives! / It is not linen you're wearing out, / But human creatures lives! / Stitch-stitch-stitch, / In poverty, hunger, and dirt, / Sewing at once, with a double thread, / A Shroud as well as a Shirt.

But why do I talk of death? / That phantom of grisly bone, / I hardly fear its terrible shape, / It seems so like my own— / It seems so like my own, / Because of the fasts I keep; / Oh, Good! that bread should be so dear, / And flesh and blood so cheap!

Work-work-work, / My labor never flags; / And what are its wages? A bed of straw, / A crust of bread —and rags. / Trat shattered roof —this naked floor— / A table —a broken chair— / And a wall so blank, my shadow I thank / For sometimes falling there!

Work-work-work! / From weary chime to chime, / Work-work-work, / As prisoners work for crime! / Band, and gusset, and seam, / Seam, and gusset, and band / Till the heart is sick, and the brain benumbed, / As well as the weary hand.

Work-work-work, / In the dull December light, / And work-work-work — / When the weather is warm and bright, / While underneath the eaves / The brooding swallows cling / As if to show me their sunny backs / And twit me with the spring.

Oh! but to breathe the breath / Of the cowslip and primrose sweet — / With the sky above my head, / And the grass beneath my feet; / For only one short hour / To feel as I used to feel, / Before I knew the woes of want / And the walk that costs a meal!

Oh! But for one short hour! / A respite however brief! / No blessed leisure for Love or Hope, / But only time for grief! / A little weeping would ease my heart, / But in their briny bed / My tears must

stop, for every drop, / Hinders needle and thread!»

With fingers weary and worn, / With eyelids heavy and red, / A woman sat, in unwomanly rags, / Plying her needle and thread — / Stitch! Stitch! Stitch! / In poverty, hunder, and dirt, / And still with a voice of dolorous pitch, / Would that its tone could reach the Rich! — / She sang this *Song of the Shirt.*

Apéndice II
Epílogo a la edición norteamericana (1887)

El presente libro, que se traduce ahora para el público anglófono, fue escrito hace más de cuatro décadas. El autor, cuando lo escribió, tenía 24 años, y por ello la obra lleva claramente el sello de su juventud, con sus bondades y fallos. Que ahora se publique la edición inglesa no responde a mi propia iniciativa, pero, aun así, espero que se me permita decir algunas palabras para demostrar por qué no se debe impedir que esta edición vea la luz.

El estado de cosas descrito en este libro pertenece hoy, en gran parte, al pasado. Aunque los libros de texto al uso no lo digan expresamente, una de las leyes de la Economía política moderna establece que cuanto más desarrollada está la producción capitalista, menos puede recurrir a aquellas trampas mezquinas y pequeñas raterías que distinguen el periodo inicial de su desarrollo. Las pequeñas trapacerías del judío polaco, las artimañas de ese representante de la etapa más primitiva del comercio europeo y que tan buenos servicios le prestan en su patria, donde son de uso corriente, le traicionan en cuanto se traslada a Hamburgo o a Berlín. Y de la misma manera –por lo menos hasta hace poco–, el comisionista, judío o cristiano, que llegaba a la Bolsa de Mánchester procedente de Berlín o Hamburgo, se convencía inmediatamente de que para comprar a bajo precio hilados o tejidos tenía que renunciar primero a sus tretas y astucias que, si bien ya no eran tan burdas, seguían siendo aún muy mezquinas, aunque en su patria se las considerase como la máxima expresión de la habilidad comercial. En efecto, esos trucos ya no valen para los grandes mercados, donde el tiempo es oro y donde el establecimiento de un determinado nivel de honorabilidad comercial no obedece a cierto fanatismo ético, sino simplemente a la necesidad de no perder inútilmente tiempo y trabajo. Y los mismos cambios

han ocurrido en Inglaterra en las relaciones entre los fabricantes y sus obreros. La abolición de las *Corn Laws,* el descubrimiento de los yacimientos de oro en California y Australia, la ruina de millones de tejedores de la India, el incremento del comercio en China, la rápida expansión de las redes ferroviales y los transatlánticos a lo largo y ancho del mundo, y otras pequeñas causas han ofrecido a la industria de Inglaterra el desarrollo colosal con el que ahora el de 1844 nos parece insignificante. Y a medida que se producía este progreso, la gran industria adquiría una apariencia que estaba más de acuerdo con los requerimientos de la moral. La competencia entre industriales con ayuda de pequeñas raterías cometidas contra los obreros tampoco resultaba provechosa. El aumento de las proporciones de los negocios habían dejado atrás estos procedimientos de hacer dinero; no merecían la pena para el industrial millonario y solo eran válidas aún para la gente menuda sin dinero, obligada a recoger cada céntimo con tal de poder mantenerse a flote. De este modo, desapareció el *truck system* y fueron aprobadas en el parlamento la ley de la jornada de 10 horas y varias pequeñas reformas. Todo esto hallábase en abierta contradicción con el espíritu del libre cambio y de la competencia desenfrenada, pero daba al gran capitalista ventajas aún mayores para poder competir con sus colegas situados en condiciones menos favorables. Cuanto mayor era la empresa industrial y cuantos más obreros ocupaba, tanto mayores eran los perjuicios que experimentaba y las dificultades comerciales con que tropezaba ante cualquier conflicto con los obreros. Por eso, con el transcurso del tiempo, apareció entre los industriales, sobre todo entre los grandes fabricantes, una nueva tendencia. Aprendieron a evitar los conflictos innecesarios y a reconocer la existencia y la fuerza de los sindicatos; por último, llegaron incluso a descubrir que las huelgas constituyen –en un momento oportuno– un excelente instrumento para sus propios fines. Así, resultó que los grandes fabricantes, que antes habían sido los instigadores de la lucha contra la clase obrera, eran ahora los primeros en predicar la paz y la armonía. Tenían para ello razones muy poderosas. Todas estas concesiones a la justicia y al amor al prójimo no eran en realidad más que un medio para acelerar la concentración del capital en

manos de unos pocos y aplastar a los pequeños competidores, que no podían subsistir sin estas ganancias adicionales. Las mezquinas extorsiones indirectas de los años anteriores no solo habían perdido ya todo valor para aquellos pocos, sino que incluso se habían convertido en un estorbo para las empresas montadas en grande. De este modo –por lo menos en lo tocante a las ramas más importantes de la industria, pues en los sectores de menor importancia este no era el caso– el desarrollo mismo de la producción capitalista se había encargado de eliminar las pequeñas cargas que en años anteriores habían empeorado la suerte del obrero. Así, aparecía cada vez más en primer plano el hecho capital de que la causa de la miserable situación de la clase obrera no debía buscarse en ciertas deficiencias aisladas sino en el propio sistema capitalista. El obrero cede su fuerza de trabajo al capitalista a cambio de un jornal. Después de unas cuantas horas de trabajo, el obrero ha reproducido el valor del jornal. Pero, según el contrato de trabajo, el obrero aún debe trabajar unas cuantas horas más hasta completar su jornada. El valor creado por el obrero durante estas horas de plustrabajo constituye la plusvalía, que no cuesta ni un céntimo al capitalista, pero que este se embolsa. Tal es la base del sistema que va dividiendo más y más a la sociedad civilizada en unos pocos Vanderbilts, propietarios de todos los medios de producción y consumo, por un lado, y la enorme masa de obreros asalariados, cuya única propiedad es su fuerza de trabajo, por el otro. Y que la causa de todo esto no reside en tal o cual deficiencia de tipo secundario, sino únicamente en el sistema mismo, lo viene demostrando con toda evidencia el desarrollo del capitalismo en Inglaterra desde 1847.

Las repetidas epidemias de cólera, tifus, viruela y otras enfermedades mostraron al burgués británico la urgente necesidad de proceder al saneamiento de sus ciudades, para no ser, él y su familia, víctimas de esas epidemias. Por eso, los defectos más escandalosos que se señalan en este libro, o bien han desaparecido ya o no son tan evidentes. Se han hecho obras de canalización o se han mejorado las ya existentes; anchas avenidas cruzan ahora muchos de los barrios más sórdidos; ha desaparecido la «Pequeña Irlanda» y ahora le toca el turno a *Seven Dials.* Pero ¿qué puede

importar todo esto? Distritos enteros que en 1844 yo hubiera podido describir en una forma casi idílica, ahora, con el crecimiento de las ciudades, se encuentran en el mismo estado de decadencia, abandono y miseria. Ciertamente, ahora ya no se toleran en las calles los cerdos ni los montones de basura. La burguesía ha seguido progresando en el arte de ocultar la miseria de la clase obrera. Y que no se ha hecho ningún progreso sustancial en cuanto a las condiciones de vivienda de los obreros lo demuestra ampliamente el informe de la comisión real *On the Housing of the Poor,* redactado en 1885. Lo mismo ocurre en todos los demás aspectos. Llueven las disposiciones policiacas como si salieran de una cornucopia, pero lo único que pueden hacer es aislar la miseria de los obreros; no pueden acabar con ella.

Pero mientras Inglaterra ha rebasado ya esta edad juvenil de la explotación capitalista, que describo en mi libro, otros países acaban de llegar a ella. Francia, Alemania y sobre todo Estados Unidos son los terribles competidores que –como había previsto en 1844– están destruyendo cada vez más el monopolio industrial de Inglaterra. Comparada con la industria inglesa, la de estos países es una industria joven, pero crece con mucha mayor rapidez que aquella y ha alcanzado hoy día casi el mismo grado de desarrollo que la industria inglesa en 1844. La comparación es mucho más sorprendente por lo que respecta a Estados Unidos. Las condiciones ambientales en que vive la clase obrera norteamericana son, ciertamente, muy distintas de las condiciones de vida del obrero inglés; pero como en uno y otro sitio rigen las mismas leyes económicas, los resultados, aunque no sean idénticos en todos los aspectos, tienen que ser del mismo orden. De aquí que en Estados Unidos nos encontremos con la misma lucha por la reducción de la jornada de trabajo, por una limitación legal de la misma, sobre todo para las mujeres y los niños que trabajan en las fábricas; pleno florecimiento del *truck system* y del *cottages system* en las zonas rurales, utilizado por los patronos y sus agentes como medio de dominar a los obreros. Cuando leí en 1886 las noticias publicadas en los periódicos norteamericanos acerca de la gran huelga de los mineros del distrito de Connellsville, en Pensilvania, me pareció leer mi propia

descripción de la huelga declarada en 1844 por los mineros del norte de Inglaterra. El mismo engaño de los obreros con pesas y medidas falsas, el mismo sistema de pago en productos, los mismos intentos de quebrantar la resistencia de los mineros poniendo en juego el último y más demoledor de los recursos utilizados por los capitalistas: desahucio de los obreros de las viviendas que ocupan en las casas de las compañías.

Dos circunstancias impidieron durante largo tiempo que salieran a la luz las consecuencias ineluctables del sistema capitalista en América. Estas fueron el tránsito a la posesión de tierras baratas y a la afluencia de inmigrantes, y posibilitaron durante muchos años que las grandes masas de población americana autóctona «se retrajeran» a la primera edad adulta del trabajo asalariado, convirtiéndose en granjeros, artesanos o igualmente contratistas, en tanto que el duro destino del trabajo asalariado, la posición perpetua de proletario, recaía mayormente en el inmigrante. Pero América salió de este estado inicial, los ilimitados bosques vírgenes desaparecieron y las aún ilimitadas praderas pasaron cada vez más rápidamente de las manos de la nación y de los Estados a propietarios privados. La gran válvula de seguridad contra el surgimiento de una clase proletaria permanente ha dejado, prácticamente, de surtir efecto. Hoy existe en América una clase proletaria permanente y al mismo tiempo heredable. Una nación de 60.000.000 que lucha tenazmente, con todas las perspectivas de éxito, por llegar a ser la principal nación industrializada del mundo, semejante nación no puede importar perdurablemente su propia clase de trabajadores asalariados, ni aun cuando cada año llegan a su país 1.500.000 inmigrantes. La tendencia del sistema capitalista es la de dividir, finalmente, la sociedad en dos clases: unos pocos millonarios de un lado y, del otro, una gran masa de simples trabajadores asalariados. Esta tendencia, cuando se entrecruza y encauza continuamente con otras fuerzas, no actúa en ningún lugar con mayor fuerza que en América, y el resultado ha sido el surgimiento de una clase de trabajadores asalariados autóctona, los cuales constituyen, ciertamente, la aristocracia de la clase obrera asalariada en relación con los inmigrantes. Pero cada día, su solidaridad con los últimos se hace más consciente y su actual condena al trabajo asalariado perpetuo se hace sentir

más agudamente, ya que ellos siempre tienen en la memoria los días ya pasados en que era relativamente fácil ascender a un escaño social más elevado. Con arreglo a eso, el movimiento obrero en América se ha puesto en marcha con una genuina energía americana y, como del otro lado del Océano Atlántico como en Europa las cosas marchan con menos del doble de celeridad, podríamos llegar a ver cómo América toma la dirección en este sentido.

En esta edición no he tratado de poner el libro al día, enumerando todos los cambios ocurridos desde 1844. Y no lo he hecho por dos razones. En primer lugar, porque hubiera tenido que hacer un libro dos voces más voluminoso, y lo súbito de la traducción lo hubiera hecho inviable. Y en segundo lugar, el primer tomo de *El capital,* de Marx, cuya edición inglesa está a punto de publicarse, ofrece una exposición detallada de la situación de la clase obrera británica por el año 1865, es decir, la época en que la prosperidad industrial de Inglaterra había llegado a su apogeo. Si lo hubiera hecho, me hubiera visto, nuevamente, caminando tras los pasos de Marx.

No creo que haya necesidad de indicar que el punto de vista teórico general de este libro, lo mismo en el aspecto filosófico que en el económico y en el político, no coincide plenamente, ni mucho menos, con mi actual punto de vista. En 1844 no existía aún el moderno socialismo internacional, convertido desde entonces en una ciencia gracias sobre todo y casi exclusivamente a los esfuerzos de Marx. Mi libro no representa más que una de las fases de su desarrollo embrionario; y lo mismo que el embrión humano reproduce todavía, en las fases iniciales de su desarrollo los arcos branquiales de nuestros antepasados acuáticos, a lo largo de todo este libro pueden hallarse las huellas de la filosofía clásica alemana, uno de los antepasados del socialismo moderno. Así, sobre todo al final del libro, se recalca que el comunismo no es una mera doctrina del partido de la clase obrera, sino una teoría cuyo objetivo final es conseguir que toda la sociedad, incluyendo a los capitalistas, pueda liberarse del estrecho marco de las condiciones actuales. En abstracto, esta afirmación es acertada, pero en la práctica es totalmente inútil e incluso algo peor. Por cuanto las clases poseedoras, lejos de experimentar la más mínima necesidad de

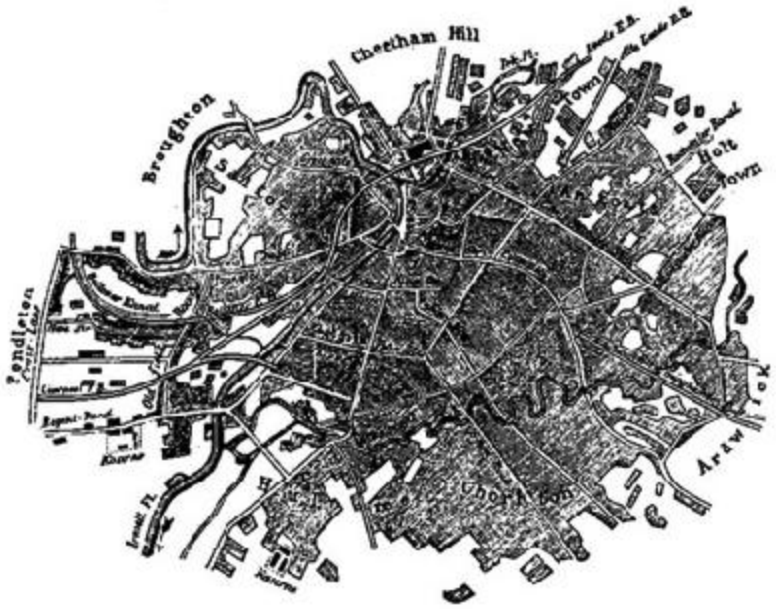
emancipación, se oponen además por todos los medios a que la clase obrera se libere ella misma, la revolución social tendrá que ser preparada y realizada por la clase obrera sola. El burgués francés de 1789 decía también que la emancipación de la burguesía era la emancipación de toda la humanidad; pero la nobleza y el clero no quisieron aceptar esta tesis, que degeneró rápidamente –a pesar de ser, por lo que respecta al feudalismo, una verdad histórica abstracta indiscutible– en una frase puramente sentimental y se volatilizó totalmente en el fuego de la lucha revolucionaria. Tampoco faltan ahora quienes desde el alto pedestal de su imparcialidad predican a los obreros un socialismo situado por encima de todos los antagonismos y luchas de clase. Pero, o bien estos señores son unos neófitos a los que falta mucho aún por aprender, o bien se trata de los peores enemigos de la clase obrera, de unos lobos disfrazados de corderos.

El libro estima en 5 años el ciclo de las grandes crisis industriales. Esta conclusión derivaba del curso de los acontecimientos entre 1825 y 1842. Pero la historia industrial de 1842 a 1868 vino a demostrar que, en realidad, la duración de dichos ciclos debe ser estimada en 10 años, pues las crisis intermedias son de carácter secundario y desde 1842 aparecen cada vez con menos frecuencia.

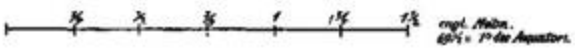
He puesto cuidado en no suprimir del texto muchas profecías –entre ellas la de la inminente revolución social en Inglaterra–, inspiradas por mi ardor juvenil. No tengo la menor intención de presentar mi libro ni de presentarme a mí mismo como mejores de lo que entonces éramos. Lo sorprendente no es que muchas de estas profecías hayan fallado, sino el que tantas hayan resultado acertadas, y que la situación crítica de la industria inglesa a consecuencia de la competencia continental, y sobre todo de la norteamericana, situación predicha por mí en aquel entonces –aunque para un periodo demasiado próximo, ciertamente–, sea actualmente una realidad. En este punto me veo precisado a poner el libro al día, para lo cual les emplazo a leer un artículo publicado por mí en inglés en la revista londinense *Commonweal* del 1 de marzo de 1885. Allí realizo un breve análisis de la historia de la clase obrera durante estos 40 años.

Friedrich Engels
25 de febrero de 1886

Plan von Manchester und seinen Vorstädten.



1. die Börse.
2. die alte Kirche.
3. das Arbeitshaus.
4. der Armenkirchhof
Zwischen Beiden der Liverpooler u. Leedser E.B.Hof.
5. St. Michael's Kirche.
6. Scotland Bridge über d. Irk.
Die Strasse von 2 nach 6 heisst
Long Millgate.
7. Dunie Brücke über d. Irk.
8. Little Ireland.



PINCHE AQUÍ

AKAL

Cuestiones de antagonismo

Table of Contents

Portadilla
Legal
A la clase trabajadora de Gran Bretaña
Prefacio a la primera edición (1845)
El movimiento obrero en América. Prefacio a la edición norteamericana (1887)
Prefacio a la segunda edición (1892)
Introducción
I. El proletariado industrial
II. Las grandes ciudades
III. La competencia
IV. La inmigración irlandesa
V. Consecuencias
VI. Las ramas aisladas de trabajo. Los obreros industriales en su estricto significado
VII. Las otras ramas del trabajo
VIII. Movimiento obrero
IX. El proletariado de las minas
X. El proletariado agrícola
XI. La posición de la burguesía frente al proletariado
Apéndice I. Canción de la camisa
Apéndice II. Epílogo a la edición norteamericana (1887)